

**WILLIAM BRINKLEY**

# **LOS NOVENTA Y NUEVE**

**Por fin una novela  
de guerra diferente:  
¡ardiente, profunda,  
humana, insólita!**

**se**

**Lectulandia**



El título de esta novela hace referencia a los noventa marineros y nueve oficiales que tripularon una LST, «Landing Ship Tank» (transporte de desembarco de tanques) en Anzio durante la Segunda Guerra Mundial.

Durante los dos meses que dura la historia, el LST 1826 culmina su trigésimo amerizaje bajo fuego pesado. Luego lo torpedean, partiéndose por la mitad, pero, milagrosamente, es reparado y retorna al servicio activo más tarde.

Lectulandia

William Brinkley

# Los noventa y nueve

ePub r1.0

Titivillus 12.01.2019

Título original: *The ninety and nine*  
William Brinkley, 1966  
Traducción: Fernando Corripio  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Todos los personajes que aparecen en esta novela son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es puramente casual.

A  
ROGER JOEL WAYBRIGHT,  
audaz en la guerra,  
prudente en la paz.

«Los destinos de dos grandes imperios... parecían estar ligados a unos condenados armatostes llamados “LST”».

WINSTON CHURCHILL

## PRÓLOGO

*Amanece sobre Anzio y los destructores ya están en actividad, formando grandes cortinas de humo blanco por todo el fondeadero, a fin de ocultarlo de los aviones y submarinos enemigos, como lo hacen siempre al alba y al anochecer. Poco después, se procede a cerrar los recipientes productores de humo, situados en la popa de los destructores, y pocos minutos después el blanco manto comienza a elevarse, dejando ver un pequeño puerto atestado de barcos, entre los que destaca una nave extraña, de aspecto nunca visto hasta entonces en la historia de la guerra. El buque avanza con decisión hacia la playa, haciendo caso omiso de una granada que levanta un surtidor de agua a escasa distancia, por estribor, y no tarda en quedar con su proa apoyada sobre la arena. Luego la proa se abre, desciende una rampa y comienzan a salir del barco numerosos soldados y vehículos de guerra. Concluida la operación, la nave retrocede, vira torpemente en redondo y sale del puerto hacia alta mar, rumbo al Sur, para recoger más tropas y carga, y repetir el mismo cometido.*

*La utilidad principal del navío reside en su aptitud para quedar con una parte de su casco en tierra, y poder luego retroceder sin dificultades. Pero una ventaja de tal naturaleza ha obligado a darle una extraña conformación. Aunque tiene unos cien metros de eslora, su calado es de sólo cuatro metros y carece de quilla, lo que significa que con cualquier clase de mar se balancea como ningún otro buque creado por el hombre, mientras que su rechoncha proa parece gozar aporreando las aguas, en lugar de hendirlas. Todo esto hace del aludido navío uno de los más desgarrados de cuantos puedan verse en un puerto o en alta mar, y también uno de los más lentos y menos dóciles a la maniobra. Con el casco limpio y recién pintado, cuidadosamente reparados los orificios abiertos por las granadas, viento favorable y la máquina a pleno rendimiento, el buque puede alcanzar los once nudos y medio. Mas su velocidad normal de crucero es de unos ocho nudos. Como es lógico, esto también hace de él un excelente blanco, tanto para los submarinos como para los aviones enemigos, sin mencionar la artillería e incluso los tanques contrarios, algunos de los cuales han llegado a atravesar limpiamente el barco con sus proyectiles desde la roda al codaste. Otra de las características singulares de la nave es lo generoso de su obra muerta, es decir, que mantiene bastante más de su estructura fuera del agua que dentro de ella, de modo que los vientos la arrastran*

tanto como las corrientes marinas, haciéndola por ello más semejante a un buque de vela que cualquier otra embarcación de la Armada. El referido navío recibe el nombre de «LST»<sup>[1]</sup>, y éste del que hablamos es el «LST 1826», con una dotación de nueve oficiales y noventa marineros.

Los transportes de desembarco son las cenicientas de la Marina, habiendo recaído la fama en buques más clásicos en el combate, como son los destructores, submarinos, portaciones y lanchas torpederas, y ello a pesar de que no podrían haber guerras sin los transportes de desembarco, que son los navíos más indispensables en una contienda. Sus tripulantes pertenecen a un tipo de hombres decididos, a lo que contribuye la convicción, no dolorosa para ellos, de que desempeñan el servicio menos privilegiado de la Armada, a pesar de que es uno de los más rudos y peligrosos, y de que son desdeñados por las jerarquías navales. No obstante, la vida en uno de esos buques es muy independiente, permite acudir a innumerables recursos y sus tripulantes se sienten en cierto modo orgullosos de ello.

El «LST 1826» es, incluso, un buque donde reina el contento. Al leer los relatos de guerra podría suponerse que tal clase de nave no ha existido jamás. Un antiguo adagio marino dice que «un buque disciplinado es un buque contento». Pero nada tiene de disciplinado el «1826». Su capitán no se preocupa de la forma en que visten sus subordinados, por ejemplo, y ello da lugar a que se adviertan a bordo las combinaciones más peregrinas en cuanto a vestuario se refiere. Durante cierto tiempo, las sandalias de Capri fueron el calzado predilecto en el transporte, después de un viaje que varios tripulantes hicieron a aquella isla en lancha, y, tras una rápida visita a Mer-el-Kebir, los conocidos pantalones bombachos árabes se difundieron entre cierto número de marineros, hasta que se dieron cuenta de que ese atuendo era tan engorroso para los trabajos de a bordo como lo sería una falda para una señora que intentase subir al buque por una escala de cuerdas. Son muchos los que conocen al «1826» como el barco de los niños, lo cual se debe a la notable amistad que se ha desarrollado entre los tripulantes y los chiquillos de las pequeñas poblaciones que se apiñan en torno a la bahía de Pozzuoli, la cual constituye el puerto base del buque cuando hace su recorrido a Anzio. Los niños están siempre pendientes de la llegada del «LST», y nunca faltan cuando éste arriba a puerto. La dotación les regala golosinas, comida y ropas, pero no se trata, por parte de los chiquillos, de una amistad interesada, pues se dan cuenta del afecto que les profesan los tripulantes, y ellos les corresponden de buen grado. Los marineros juegan con los pequeños en los muelles, y el carpintero de segunda clase George Wiley suele hacerles unos zancos de madera que ellos acogen, con gran júbilo, en tanto que el marinero segundo Red Carlyle acostumbra a tocar la guitarra para ellos, mientras se reúnen a su alrededor. Los niños de Pozzuoli han llegado a tener en gran aprecio la música de guitarra, a pesar de que no entienden lo que Carlyle canta en inglés. Al marchar el buque, nunca falta la presencia de los pequeños, quienes se alegran enormemente cuando éste regresa, pues saben muy bien que no todos los barcos

vuelven de Anzio, a causa del peligro de las minas y los submarinos alemanes que acechan bajo el agua, y de los cañones y las bombas de los aviones enemigos, cuando la nave está cerca de la costa.

Decir que el «LST 1826» es un buque donde reina el contento no significa que a alguno de sus nueve oficiales y noventa marineros les guste la guerra. Todos ellos la odian, abominan de ella. Pero, empezando por el mismo capitán, todos mantienen una estimable competencia técnica en el desempeño de su tarea, y una norma de conducta que les permite tratarse entre sí con cierta indulgencia. Dentro de este amplio criterio, cada uno de los noventa y nueve integrantes de la dotación ha desarrollado su particular forma de convivir. Por tal motivo, pueden pensar con unanimidad acerca de la guerra, que les coarta la libertad personal y les aleja de sus hogares, sus familias y sus tareas ordinarias, no obstante lo cual se enfrentan con la situación —en algunos casos, como podrá apreciarse, sin vacilar—, logrando sacar el mejor partido de ella, y a veces, consiguiendo, incluso, resultados memorables.

En la época en que se inicia nuestra historia, el «LST 1826» ha tomado parte en tres operaciones de desembarco: en Sicilia, Salerno y Anzio, y en cada una de ellas ha luchado y se ha desenvuelto gallardamente. Como testimonio visible de la azarosa existencia que lleva, el navío presenta demasiadas cicatrices de granada para que sea posible contarlas, y, aunque ningún rasgo exterior pueda dar fe de ello, cierto número de tripulantes han muerto ya en sus cubiertas.

Ahora el buque se dedica a transportar suministros y tropas a las fuerzas aliadas, que han tendido una cabeza de puente en la costa, a sesenta kilómetros de Roma. Como Anzio (lugar de nacimiento de Calígula y de Nerón, aunque pocos en el buque lo saben, si lo considerarían como algo de gran importancia, de saberlo) se halla aislada de las principales líneas aliadas, el apoyo de la cabeza de puente se recibe enteramente por mar y, en gran parte, por medio de los transportes de desembarco, que hacen el viaje por la noche desde Pozzuoli (donde desembarco San Pablo como prisionero, tratando igualmente de llegar a Roma para ver al César, si bien esto tampoco lo conocen la mayor parte de los tripulantes), eludiendo de ese modo a los alemanes, que mientras tanto atacan a los aliados en la abadía de Montecassino. Es de gran importancia el mantener suficientes hombres y materiales en la cabeza de puente, a fin de que los tropas aliadas no se vean repelidas hacia el mar, y, como, además, los «LST» son bastante escasos, dichos buques se hallan continuamente en actividad. El «LST 1826», junto con otros transportes, ha estado efectuando viajes desde hace dos meses, y nadie puede predecir cuánto tiempo seguirá haciéndolo sin interrupción, ya que los alemanes se atrincheran en los terrenos altos y luchan denodada mente. No hay un solo metro cuadrado de terreno, en la cabeza de puente, que no sea accesible a su artillería, tanto de día como de noche.

# 1

## ENFERMERAS RUMBO A ANZIO

El «LST 1826» había transportado ya muchas cosas; entre ellas, raciones C, municiones, tanques, camiones, alambre de espino, loción para después de afeitarse, cepillos de dientes, penicilina, quinina, cemento, y casi cualquier cosa que pueda uno imaginar. Además, transportó soldados americanos, ingleses, polacos, gurkas, sikhs, rodesianos, canadienses, australianos, neozelandeses y franceses, así como prisioneros de guerra italianos y alemanes, sin olvidar numerosas recuas de caballos y mulas. Pero ninguno de esos cargamentos, ni siquiera las mulas, produjo tal conmoción como la que se originó una mañana, cuando se supo el tipo de carga que recibiría el barco por la noche. El capitán anunció la novedad a los oficiales, previamente reunidos en la cámara.

—Les advierto que pienso acabar la guerra gordo, tranquilo y feliz —comenzó diciendo el capitán—. Eso significa que ustedes, los oficiales, tendrán que trabajar duro y vivir siempre alerta. Yo ya estoy demasiado viejo para estos trotes.

Era como invariablemente iniciaba el capitán sus discursos, y ello tranquilizó a todos.

—Señores, debemos hacer otro viaje a la cabeza de puente esta noche —aseguró con vivacidad—. Supongo que después de los dos últimos días en Nápoles, la mayoría de nosotros sabremos apreciar el descanso que ofrece un viaje por mar.

En tales ocasiones, el capitán solía expresarse con burlona formalidad. Los oficiales reían aprobadoramente la bromita, y el capitán seguía hablando.

—El «LST» es bien conocido en estas aguas, y posiblemente en sus numerosos puertos, por el autodominio y el arrojo de los componentes de su dotación. Como es lógico, en este aspecto corresponde a los oficiales dar ejemplo a los marineros. Si en alguna rara ocasión, uno de nosotros no ha llegado a lo que podría llamarse el ideal de perfección, es indispensable que dicho lapsus no afecte a la misión que próximamente hayamos de desempeñar —dijo el capitán, y su voz adquirió un tono más firme—. Mi esperanza (debería decir mis instrucciones, a todos y cada uno de ustedes) es que sigan demostrando el autodominio y la determinación que les caracterizan durante las horas de nuestro próximo viaje a la cabeza de puente.

Todo esto resultaba un tanto oscuro, y el capitán decidió proseguir.

—Señores, este barco (si puede llamarse barco a un chato armatoste de hierro) ha transportado numerosos cargamentos a nuestras tropas de Anzio. Incluso imaginaba que habíamos llevado todo cuanto puede concebirse para las necesidades de una tropa de desembarco. Pero, caballeros, yo estaba equivocado. Acabo de regresar del cuartel general de la Armada, donde me han informado que esta noche debo transportar un cargamento nuevo, aun para nuestra amplia experiencia en la materia. Señores, esta noche, el «LST 1826» llevará a Anzio un grupo de cincuenta y cuatro, repito la cifra, cincuenta y cuatro... —el capitán hizo una pausa, miró brevemente el verde paño de billar de la mesa y luego a los oficiales, y con voz suave dejó caer la palabra con deleite, como acariciándola— enfermeras.

Durante un momento reinó un profundo silencio. Luego, el subteniente Eliot Horner, oficial de comunicaciones, que hacía menos de dos años había salido del colegio de Dartmouth, dijo con voz serena:

—¿Enfermeras, capitán?

—Enfermeras —confirmó éste, más animadamente—. Enfermeras americanas que van a incorporarse a un hospital de campaña. Y ahora escuchen, señores.

El capitán tomó irnos sorbos de café y agregó, mirando fijamente a los oficiales que le rodeaban:

—Por encima de todo, deseo una cosa, y es que hagamos tan placentero como sea posible el viaje a bordo de este barco a esas tan valientes mujeres.

—Puede usted contar conmigo, capitán —afirmó el alférez Horner.

—Como es natural —siguió diciendo el capitán, mientras ignoraba el comentario—, deberemos ofrecerles nuestras mejores raciones. Lo cierto es que en cuanto recibí las órdenes me acerqué por la oficina de intendencia, y, valiéndome de engaños y exageraciones, conseguí que aquellos misántropos me proporcionasen bistecs para la cena de la dotación y de las pasajeras para esta noche. Aparte de eso, habrá que tomar, de más está decirlo, algunas disposiciones de seguridad.

Volvióse el capitán hacia el oficial que tenía a su izquierda y agregó:

—Si no hay inconveniente, Barclay, eso corre de su cuenta.

—Sí, señor —contestó el teniente Matthew Barclay—. Me ocuparé de ello, capitán.

—Bueno, señores, con esto queda dicho casi todo. No necesito recordarles que deben comportarse como caballeros. Ya saben el castigo que corresponde al que pega a un compañero oficial, pero no es menos grave, en este caso, el tocarlo simplemente, si se trata de un oficial femenino.

El teniente Richard Abernethy, oficial de máquinas, se echó a reír estrepitosamente al oír la gracia.

—Caballeros, informen de esto a todos los marineros, y traten de que esta nave sea digna del cargamento que recibiremos dentro de poco.

—¿Algunas flores, capitán? —preguntó Abernethy.

—Bien que me gustaría disponer de ellas —replicó el capitán sombríamente.

—Vaya, cincuenta y cuatro enfermeras —comentó de nuevo el alférez Horner—. De ese modo nos corresponde más de media enfermera por cabeza.

Sin duda, fue aquélla una de las misiones más gratas de toda la contienda. Desde su llegada al muelle hasta su posterior partida a través de las recias mandíbulas del transporte, al llegar a la cabecera de puente, una relación maravillosamente dulce, casi tierna, se estableció entre las enfermeras y la dotación del «1826». Después de la reunión en la sala de oficiales, la noticia extendióse como un reguero de pólvora por todo el barco. Los marineros que tenían permiso, de pronto descubrieron que habían olvidado algunas tareas de las que tenían encomendadas, y todos se dedicaron a hacer del «LST» un lugar lo más cómodo posible. Como primer teniente, el teniente Barclay se hallaba a cargo de la mayor parte de tales disposiciones. Su tarea incluía el proporcionar alojamiento a las enfermeras, lo que constituía una ocasión excelente para conocerlas. Aquel tipo de pasaje obligaba a clausurar determinados pasillos, y Barclay hizo pintar varios letreros de grandes dimensiones, donde se leía: «Reservado para las enfermeras; prohibido el paso», que hizo colocar sobre las puertas adecuadas. El contraмаestre de primera clase Andrew Nelson se tomó la molestia de ir a tierra y buscar algunas ramitas con flores amarillas y rojas —independientemente del deseo expresado por el capitán—, y las dispuso sobre los carteles, a modo de guirnalda.

Se procedió a fregar la cubierta, a limpiar el buque hasta el último rincón, y luego la dotación se dedicó a los cuidados personales. Al acercarse la hora en que debían llegar las pasajeras, los marineros y oficiales se afeitaron, se ducharon y se vistieron con uniforme azul, desechando la ropa de fajina que durante tanto tiempo había sido el único atuendo empleado a bordo. El radiotelegrafista de tercera clase Nathaniel Middleton, que había comprado una maquinilla de cortar el pelo, tuvo el día más ocupado desde que entró de servicio en el buque. A muchos de los tripulantes difícilmente se les podía reconocer cuando aparecieron en cubierta. Así, pues, peinados, restregados y uniformados, todos los marinos se hallaban dispuestos a prestar cuanta ayuda fuese precisa, cuando los primeros camiones con las enfermeras llegaron al muelle alrededor de las cuatro de la tarde.

Las muchachas componían un hermoso espectáculo. En primer lugar, eran los seres más limpios que los marineros habían visto desde hacía mucho tiempo. Desde la primera a la última, parecían increíblemente pulcras y aseadas, y llevaron consigo al buque una mezcla de dulzura de mujeres y de eficacia de enfermeras. Al ascender por la rampa de la proa del buque, cada una de ellas fue acompañada por uno de los marineros, que le llevaba galantemente el equipaje. El capitán se hallaba en la parte superior de la rampa, y al pasar cada muchacha, les decía afablemente:

—Bienvenida a bordo, señorita.

Un tenue rastro perfumado se difundió por los puentes de la nave, llegando, incluso, a dominar al olor del combustible diésel, que era el que siempre predominaba a bordo del «LST». En la dotación no se apreció la menor señal de impertinencia. Por el contrario, el continente de los tripulantes fue de respeto, e incluso de timidez, ante la presencia de algo que ya casi habían olvidado en el barco.

El viaje no podía ser más agradable. Las enfermeras vestían ropas de campaña, pero ello no disminuía en nada el maravilloso atractivo femenino que habían llevado consigo a bordo, sino que, en cierto modo, lo realzaba. Observar las delicadas curvas que modelaban las toscas vestimentas, advertir los ricillos que se escapaban de los gorros de algodón, aspirar el perfume que trascendía de aquellas ropas marciales, no hacía sino incrementar la situación de la presencia femenina en el buque. Las muchachas, por su parte, estaban deseosas de conocer todo cuanto se refería al barco, y los marineros se apresuraban a explicarles la diferencia que había entre una bita y un cabrestante. Una enfermera se dirigió al cocinero de segunda clase Gerald Mason, y le preguntó:

—¿El agua es dulce? Querría lavarme el pelo.

Mason, que deseaba complacerla, le contestó:

—Desde luego, señorita. Yo diría que la que tenemos en este barco es el agua más dulce que hay en el Mediterráneo.

Pero olvidó decirle que el agua de las duchas era el propio Mediterráneo. Después de una cena más larga que de costumbre, todo el mundo salió a cubierta.

Las enfermeras rieron y charlaron de buena gana con los marineros, con quienes habían simpatizado. Además de estar el mar en plena calma, lo que es más raro en el Mediterráneo de lo que se cree, había luna llena. Las siluetas de las muchachas aparecían recortadas contra el mar iluminado por la luna, hablando con los tripulantes u observando las aguas, con el cabello ondeando a consecuencia de la brisa que producía la marcha del barco. Una infantil y femenina carcajada estallaba de vez en cuando en algún punto de la cubierta, y por encima de todo imperaba aquel lejano y a la vez penetrante perfume, dando todo ello al viaje un aspecto de crucero de placer por el Mediterráneo. Lo único que desagradaba a los marinos era la luna llena, que permite situar claramente a su buque en la mira de un bombardero o de un periscopio enemigo. Ninguno de ellos, sin embargo, fue tan poco delicado como para perturbar el gozo de las enfermeras con semejante revelación. En la popa, el marinero de segunda Peter Carlyle, que era un muchacho de sólo diecisiete años y que diez meses antes no conocía el mar ni había salido de su nativa Iowa, se puso a tocar su guitarra y no tardó en reunirse a su alrededor un grupo de enfermeras y de marineros que en varias ocasiones se le unieron en sus cantos.

Cantaron muchas cosas, como *Midnight special* y *John Henry*, así como algunos himnos religiosos, entre los que figuraban *Guíanos, oh Rey eterno* y *Religión de viejos tiempos*. Pero sobre todo entonaron *Shenandoah*, que era el preferido de

Carlyle, y así, las voces conjuntadas de las enfermeras y los marinos cantaron a una a un amplio río de los Estados Unidos, mientras navegaban sobre el mar Tirreno...

*Oh, Shenandoah, anhelo volver a verte,  
Lejos estoy de ti, río sinuoso,  
Shenandoah, nunca podré llegar junto a ti,  
Lejos, lejos, me voy lejos,  
Más allá del ancho Missouri.*

Poco se durmió aquella noche con las numerosas charlas. No ocurrió nada notable, más que la aparición de un sentimiento que iba a durar varias semanas, antes de que la guerra hiciera olvidarse de ello a la dotación del barco. El teniente Barclay hizo una inspección por todo el buque y al fin se encontró, sin saber muy bien cómo, charlando en la mitad de la banda de estribor con una de las enfermeras. De cuando en cuando podía verse el fuego de artillería en el frente del Quinto Ejército, que producía resplandores en el cielo nocturno, aunque el efecto era fantasmal, ya que podían divisarse los fogonazos de los disparos, pero no era posible oírlos a causa de la distancia. Los dos miraron en silencio antes de seguir hablando. Ella parecía tener sincera curiosidad por cuanto se relacionaba con el barco, sin que fueran simples deseos de hacer hablar al hombre, y él le contó acerca de los numerosos cargamentos que habían transportado hasta entonces. La muchacha sintió extrañeza al oír hablar de las mulas.

—No imaginé que también había mulas en el frente —manifestó ella.

—Pues así es —replicó Barclay—. Se las emplea para arrastrar los obuses montaña arriba, así como para transportar suministros por los montes.

—¿No constituían un problema a bordo? Tengo entendido que son animales muy tercos.

—Tal vez, pero parecen ser también prácticos, y saben afrontar los hechos consumados —dijo Barclay seriamente—. Creo que se daban cuenta de que estaban de viaje, y por ello parecían no querer desperdiciar energías. En general, puede decirse que aquellas mulas fueron muy buenos pasajeros. Hicimos esparcir una capa de unos veinte centímetros de arena sobre la cubierta de tanques, y con sogas se construyeron una especie de corralillos, dentro de los cuales las colocamos. El barco parecía un rancho ganadero. Había carromatos, sillas de montar, herraduras, espuelas y pienso esparcidos por la cubierta principal, donde ahora estamos, mientras que la de tanques, más abajo, estaba repleta de animales. Cuando el barco zarpó, las mulas rebuznaron un poco, pero eso fue todo. Ninguna de las bestias se mareó. Como es lógico, los soldados que las acompañaban se cuidaron de alimentarlas. Les daban de beber agua en sus propios cascotes.

Barclay miraba en ese momento hacia el refulgente fuego de artillería que se divisaba a lo lejos en tierra. Debían hallarse en ese momento casi frente a Cassino.

—Cuénteme más acerca de las mulas —declaró la enfermera.

—Todo marchó bien hasta que el barco llegó a la playa, en Salerno. Se habían instalado unos pontones ante la rampa de proa, y las mulas comenzaron a cruzar. Pero sus patas se salían por las ranuras de los pontones, y los animales se quedaban allí atascados. A cada lado de la mula tenían que colocarse dos soldados, y entre los cuatro la levantaban con un tablón por en medio del cuerpo, mientras otro soldado les ayudaba tirando de la cola. A uno de los animales no le gustó que le tirasen de la cola, y propinó una buena coza al soldado encargado de esa misión. El muchacho se puso en pie y se fue a ayudar con otra mula. «Bah, no ha sido nada —dijo—. Las mulas ya me han coceado varias veces antes de ahora». Casi hubiera podido decirse que las bestias se negaban a abandonar el buque. Al fin dispusimos tablas sobre las ranuras de los pontones, y con los soldados empujándolas por atrás, pero sin tirarles de la cola, las mulas accedieron a desembarcar. En cuanto llegaron a la playa se pusieron a retozar sobre la arena, y en seguida se encaminaron hacia unas dunas donde había hierba abundante.

Poco después, Barclay y la enfermera divisaron muy lejos, hacia proa, por estribor, un fulgor de aspecto diferente al del fuego de la artillería. Era el resplandor del fuego antiaéreo y de las bengalas, y él se dio cuenta de que Anzio se hallaba bajo los efectos de una nueva incursión aérea. Comenzó a hablar de otra cosa, antes de que ella pudiera preguntarle qué era lo que producía aquella luminosidad. Luego, el rasgueo de la guitarra y las canciones llegaron suavemente hasta ellos desde popa, y la muchacha cantó en voz baja una de las estrofas...

*Shenandoah, amo a tu hija,  
Lejos estoy de ti, río sinuoso.  
Por ella crucé las aguas agitadas.  
Lejos, lejos, me voy lejos,  
Más allá del ancho Missouri...*

Barclay podía ver muy bien a la enfermera a la luz de la luna. La muchacha tenía el cabello de color nogal, muy corto, y de vez en cuando lo alisaba con una mano. Había gracia hasta en aquel sencillo movimiento. Era una chica delgada, de aspecto casi frágil, y él notaba su penetrante perfume. Desembarcaría en Anzio, y al teniente se le hacía extraño tener que dejarla allí y regresar con el buque vacío. Al cabo de unos minutos, Barclay la acompañó abajo, hasta una puerta donde se hallaba uno de los carteles que él mismo había mandado colocar: «Reservado para las enfermeras; prohibido el paso».

—La veré por la mañana —dijo él—. Espero que esté cómoda y que descanse bien.

—Eso creo, muchas gracias.

—¿Se marea en el mar?

—No, no me mareo. En eso soy como las mulas.

—Buenas noches, señorita... Bueno, quise decir teniente.

—Buenas noches..., teniente.

Los integrantes de la dotación tuvieron dificultades para conciliar el sueño aquella noche. En los alojamientos de los tripulantes, un marinero de segunda se inclinó sobre su litera y se puso a hablar con el marinero de primera que dormía debajo.

—Lo cierto es que no hay nada igual a una muchacha americana, ¿verdad? —manifestó—. Tienen un aspecto tan pulcro y, además, huelen tan bien... Yo tuve que contenerme para no ponerme a olfatearla allí mismo. Imagínate, mujeres como ésas y que tengan que hacer la guerra...

Al mismo tiempo, donde se alojaban las enfermeras, una de ellas sacó la cabeza de su litera y habló con la que estaba abajo.

—Qué jóvenes son casi todos ellos, ¿no te parece? —declaró—. Cuesta pensar que unos muchachos como éstos estén combatiendo en el mar.

Al día siguiente, cuando el transporte llegó al muelle y se abrieron las compuertas y descendieron las rampas de proa, el teniente Barclay se puso a observar a las enfermeras mientras éstas se trasladaban a tierra. Una de ellas silbaba *Shenandoah* cuando el grupo que integraba desapareció colina arriba, por un camino polvoriento. Cuando llegó la enfermera con la que había hablado la noche anterior, le dijo lo mismo que a las que ya habían salido del buque:

—Adiós, señorita; fue un placer el haberla tenido a bordo.

—Me alegro de que piense así, ya que volveré en el barco —replicó ella.

—¿Cómo es eso?

—He sido destinada para regresar con los heridos.

—Encantado de que permanezca aquí. Bien; en ese caso, nos veremos más tarde, señorita. Ah, perdón, he querido decir teniente.

La muchacha parecía estar sonriendo interiormente a Barclay, y manifestó:

—Bueno, teniente, hasta luego.

Él la vio cruzar la playa hasta llegar a una larga fila de ambulancias que había comenzado a estacionarse ante el «LST».

El transporte siempre llegaba poco antes del amanecer, y en cuanto había un lugar en el pequeño y ajetreado puerto, se apresuraba a acercarse a tierra para dejar su cargamento. Un aficionado a las estadísticas había llegado a la conclusión de que en aquella época de la guerra, Anzio llegó a ser el cuarto puerto del mundo, por volumen de operaciones. Barclay no tuvo tiempo de comprobarlo, pero, sin duda, la actividad

que allí reinaba era muy intensa. El «LST» procuraba estar en puerto el menor tiempo posible. Los alemanes no necesitaban ser demasiado sagaces para descubrir el horario de llegada y salida de los buques, y con su arribo a primeras horas de la mañana, arribaban igualmente los «Messerschmitts», que con vuelo rasante dejaban caer sus bombas y se alejaban rápidamente. Había que contar igualmente con los proyectiles de la artillería de tierra, sobre todo los de un cañón de 280 milímetros, instalado sobre un vagón de ferrocarril, en una loma cercana. Este cañón bombardeó intensamente el puerto, cuyas granadas abrieron unos orificios enormes, y acertando de vez en cuando en algún buque.

Nada podían hacer los barcos contra los cañones de tierra. Ni siquiera los veían, ni se sabía de dónde procedían los proyectiles. Lo único que se advertía era un fuerte silbido, viéndose luego cómo se elevaba un surtidor de agua que indicaba con bastante aproximación el calibre de la granada. Por tal motivo, se había tratado de desarrollar al máximo el arte de entrar al puerto y salir del mismo con la mayor rapidez posible.

La carga, por ejemplo, nunca se transportaba suelta en el buque, sino que se la disponía ya en camiones, que descendían a tierra en cuanto se abría la rampa, al llegar a la costa, donde ya había otros camiones vacíos esperando para regresar a Nápoles. Allí, estos vehículos serían cargados de nuevo, como los anteriores, para efectuar un nuevo viaje.

Los heridos, en sus camillas, requerían un poco más de tiempo para ser cargados en el buque, pero, de todos modos, siempre se hallaban preparados y cerca del lugar donde el «LST» solía aproximarse a tierra. Luego el transporte zarpaba lo más rápidamente posible, con objeto de que el cañón instalado en el vagón de ferrocarril no terminase por localizarlo con precisión. Cabe mencionar también los cañones alemanes de menor calibre, que, si no tenían tanta potencia como el grande, en cambio, eran mucho más precisos en sus disparos.

Aquella mañana, en cuanto las enfermeras hubieron desembarcado, comenzaron a subir a bordo los heridos. Barclay permaneció en la rampa de proa, dando instrucciones a los camilleros del ejército americano. Los heridos más graves fueron colocados en las literas que habían dejado libres las enfermeras, ya que faltaba espacio en el barco, mientras que los heridos de menor importancia fueron colocados en sus camillas en la cubierta de tanques, donde el mal tiempo se hacía sentir más durante la travesía.

Teniendo en cuenta el número de heridos, la tarea de cargarlos no llevó demasiado tiempo. Un par de cañonazos que levantaron grandes columnas de agua en las proximidades del «LST» hicieron apresurar el ritmo de los trabajos. La enfermera estuvo cerca de Barclay mientras subían los heridos a bordo. Estos, en su mayoría, llegaban silenciosos, pero uno venía murmurando algo cuando le subieron en la camilla por la rampa. En su tarjeta de identificación se especificaba que había sido

herido por la explosión de una mina. Al detenerse un momento los camilleros, Barclay pudo oír lo que decía el herido:

—Tengo algo que me molesta debajo de la pierna derecha. Quítenmelo, por favor.

La enfermera levantó la manta, y vio que al soldado le faltaba esa pierna. No obstante, se inclinó e hizo como que arreglaba algo en la camilla. El herido se tranquilizó.

—A los alojamientos de las tropas —dijo la enfermera con voz suave, y los camilleros se alejaron con el soldado. Luego continuó el desfile. Algunos deberían ser repatriados a Estados Unidos, pero otros eran casos leves, y en cuanto estuvieran repuestos volverían al frente. Otros más morirían por el camino.

El «LST» no tardó en alzar su rampa de proa, y luego de cerrar las compuertas retrocedió, viró y puso rumbo a alta mar. El fuego de los cañones aumentó apreciablemente, y un proyectil de gran calibre hizo estremecer la cubierta de tanques. Barclay vio cómo algunos de los heridos se incorporaban en sus camillas, con los ojos abiertos, dilatadas las pupilas por el terror, en unos casos y por la cólera, en otros, al creer que aún les perseguían a pesar de hallarse heridos.

Barclay se pasó la tarde entera inspeccionando el buque, para ver si todo marchaba bien. Había varias enfermeras a bordo, pero Barclay no tuvo ocasión de hablar con la que había conocido la noche anterior, lo cual no era extraño, ya que todas las muchachas estaban sumamente atareadas. La cubierta de tanques, que se hallaba tenuemente iluminada, era un conglomerado de camillas y literas repletas de heridos, entre las que desfilaban las enfermeras, deteniéndose aquí o allá para inyectar plasma sanguíneo, cambiar un vendaje ensangrentado, o efectuar cualquier otra operación que permitiera rescatar una vida o facilitar la curación de un soldado. Las enfermeras también encendían cigarrillos y los colocaban cuidadosamente en la boca de los que deseaban fumar y no podían valerse de sus manos, arrodillándose al lado de esos heridos y retirándoles el cigarrillo cada cierto tiempo, para que lanzasen una bocanada de humo. Barclay no quería ni pensar en lo que podía ocurrir si en esos momentos el buque diese contra una mina o fuese alcanzado por un torpedo. Sabía muy bien que no se salvaría ni uno solo de los que estaban en la cubierta de tanques.

El mar comenzó a encrespase a poco de alejarse el buque del puerto, y el sensible «LST» empezó a balancearse pronunciadamente. Barclay se sorprendió al ver que eran muy pocos los heridos que se quejaban, incluso cuando un golpe de mar levantó algunas camillas que estaban directamente sobre cubierta y las dejó caer a continuación bruscamente. Los que vomitaban parecían estar avergonzados de ello, y procuraban hacerlo con la mayor discreción, inclinándose hacia un lado. Ya no olía el buque a perfume, sino a yodoformo y a otros medicamentos, a sudor, sangre y vómitos. Las enfermeras que pasaban entre las literas, resbalaban levemente a veces en lo que habían devuelto los heridos mareados. Barclay se retiró a su camarote poco antes de la medianoche para dormir algo, ya que debía realizar su guardia de cuatro a ocho de la mañana.

Al tomar la guardia a las 3'50 horas, advirtió una línea escrita en el cuaderno de bitácora: «Tres de los heridos murieron entre las 0'30 y las 3'30 horas de la mañana. Olas de dos metros, aumentando de altura». Tanto Barclay como el oficial al que relevó, pensaron que los heridos bien pudieron morir a causa de lo agitado del mar, pero no dijeron nada. Las olas aparecían ya coronadas por un penacho de espuma, y bajo el cielo negro y sin estrellas, daba la impresión de que estuvieran navegando por un mar de color blanco. Barclay veía la proa alzarse y caer pesadamente, y podía imaginar las presiones que actuaban sobre el buque, que crujía y chirriaba como una bisagra mal engrasada. Hacía frío en el puente de mando, y la piel del rostro no tardaba en quedar rígida por efectos del helado viento. El buque se abría camino como un arado por el tormentoso mar, avanzando con su extraño movimiento. Lo oscuro de la noche y lo encrespado de las aguas constituían hasta cierto punto una protección contra los submarinos enemigos, pero Barclay deseó que el mar se calmase cuando pensó en los heridos, varios de los cuales estaban muriendo mientras se acercaban a Pozzuoli. Poco después, el teniente pudo divisar el sinuoso contorno de la costa, que se alzaba por encima de la neblina que cubría el mar, y momentos más tarde llegaron a aguas más tranquilas. Subió entonces el capitán para tomar el mando del buque, y Barclay se aprestó a dirigir las operaciones de descarga. Con sus gemelos, el teniente pudo divisar perfectamente las ambulancias de color caqui, con grandes cruces rojas sobre fondo blanco, que se hallaban alineadas en el muelle. Siguió observando unos instantes, y luego descendió a la cubierta de tanques.

La descarga de los heridos se hizo más despacio, ya que allí no existía el apremio del fuego enemigo. Cuando la última ambulancia descendió por la rampa del buque y se disponía a subir para tomar el desayuno, Barclay vio que la enfermera se marchaba. La joven estaba pálida y parecía hallarse agotada. Barclay se dio cuenta de que ella no había dormido en toda la noche por haberla pasado atendiendo a los heridos. La joven parecía demasiado frágil para un trabajo tan pesado.

—Hola, teniente —dijo él—. Creí que había usted decidido quedarse como polizón a bordo.

—No me importaría hacerlo —replicó ella, sonriendo.

—Entonces quédese cuanto guste.

—Muchas gracias, pero por el momento voy a desembarcar.

—¿Adonde se dirige ahora?

—Voy al 300.º general, que está en la falda de la montaña. Barclay pensó preguntarle si podía verla en tierra, pero luego optó por no hacerlo. El momento no le parecía adecuado. Pero sí le hizo otra pregunta:

—No conozco su nombre, señorita.

—Me llamo Sarah Clark.

—Gracias —replicó él, y le dijo el suyo.

—Bueno, adiós. Me gustó mucho la charla que tuvimos acerca de las mulas —dijo la enfermera, sonriendo.

De pronto, las campanas de la iglesia de la población comenzaron a doblar. Ambos miraron colina arriba, de donde venía el sonido que parecía saludarles, dando la bienvenida al buque y a los heridos de guerra. Pero Barclay sabía que aquellas campanas tocaban siempre a esa misma hora. Los dos permanecieron escuchando un momento, y luego ella se alejó en dirección a donde estaba la última ambulancia.

Él la vio marcharse, y, antes de subir a la parte posterior del vehículo, la enfermera se volvió y le saludó agitando la mano, con un movimiento que él encontraba muy lleno de gracia. Luego la puerta se cerró y la ambulancia emprendió la marcha. Barclay regresó al buque. El perfume de ella se había desvanecido ya, entre el hedor dejado por los heridos y los moribundos. Costaría bastante hacer que desapareciese aquel olor de la cubierta de tanques. Barclay subió luego a desayunar. Sentíase solo como desde hacía tiempo no se sentía, y luego de comer algo se dirigió a su camarote y se echó a dormir antes de comenzar la tarea de preparar el buque para otro viaje a Anzio.

## LORD NELSON Y LOS ESPELEÓLOGOS

La caverna fue descubierta por el contramaestre de primera, Andrew Nelson, al que todo el mundo conocía a bordo del «LST 1826» como lord Nelson. El contramaestre Nelson era un marino profesional y se hallaba orgulloso de serlo. De los dieciocho años que llevaba en la Marina, poco era el tiempo que había permanecido en tierra. En realidad, a él no le gustaba en absoluto desembarcar, y lo consideraba como un mal necesario que permitía acondicionar el buque para que después pudiera navegar mejor. Él sólo se hallaba satisfecho en el mar, y no concebía que nadie en el barco pudiera pensar de otro modo.

—Si a un hombre le gusta estar en tierra —decía Nelson, pronunciando esta última palabra con manifiesto desdén—, allí tiene muchas secciones donde se encontrará mejor, como la Cruz Roja, el ejército e incluso los infantes de marina. Pero eso no es para un marino. Este no debe permanecer en la Armada si le gusta estar en tierra.

Lord Nelson solía escupir cuando hablaba de permanecer en tierra. Era de la clase de hombres que, de no haber existido, habrían hecho imposible la subsistencia de la Marina. Nelson era un excelente marino, y colocaba por encima de todo su barco, por el cual sentía un profundo orgullo. Sus opiniones respecto a los asuntos profesionales eran infalibles, y, cuando afirmaba algo respecto al barco, ningún oficial se atrevía a ponerlo en duda o a comprobarlo siquiera. Su voz potente, aunque perfectamente timbrada, alcanzaba a la mitad de la eslora del buque, cuando era necesario, y hacía volver prestamente al trabajo a cualquier marinero que remolonease más de la cuenta. Sin embargo, Nelson era debidamente considerado con los nuevos marineros y los alféreces mientras adquirían práctica. Les daba siempre algún tiempo, no mucho desde luego, pero sí el suficiente para que se impusieran de la tarea que debían desempeñar. Aunque desdeñaba hallarse en tierra, era un magnífico compañero de correrías cuando el buque estaba en puerto. Como consecuencia de los muchos años que llevaba recorriendo las costas de todo el mundo, Nelson tenía un instinto especial para reconocer los mejores lugares, y, si surgía algún contratiempo, era sumamente hábil para manejar los puños. No era un hombrón, pues tenía corta estatura; pero era

fornido y sus músculos eran duros como piedras. Nelson consideraba que el puerto, la tierra en general, era sólo el lugar donde podía hallar algunos placeres que no encontraba a bordo. Era el último en entrar en alguna pelea, pero si lo hacía, también era el último en abandonar el campo de batalla.

En cierta ocasión, hallándose en un café de Orán, discutió con tres soldados y los dejó fuera de combate con otros tantos ganchos a la mandíbula tan demoledores como cargas de profundidad. Los soldados habían cometido el error de burlarse del «pijama» que llevaba puesto Nelson. Eso le sacó de quicio, ya que el aludido pijama era el uniforme del que más orgulloso se hallaba el contramaestre.

—Y ahora, muchachos —dijo Nelson, ayudando a los soldados a ponerse en pie, lo que le costó bastante trabajo—, procuremos tener un poco más de respeto entre compañeros de armas, ¿eh? Al fin y al cabo todos estamos metidos en este fregado. Veamos, ¿qué vais a beber?

El descubrimiento de la caverna vino como consecuencia del respeto, o, más bien, de la colaboración entre compañeros de armas. En los pocos días en que hacía calor, los tripulantes del «LST» solían pedir prestado un «pato» a un pequeño destacamento del ejército que se hallaba en Pozzuoli. El «pato» era uno de los vehículos de más aplicaciones que hubo durante la Segunda Guerra Mundial, ya que era capaz de avanzar por tierra o por mar, y era empleado principalmente para descargar buques fondeados fuera de un puerto. Desde el costado del barco, el vehículo anfibia regresaba a la costa, trepaba a tierra y se dirigía con su carga directamente hacia un almacén del ejército, dejando a su paso un largo reguero de agua. Con ello, el «pato» ahorrraba un trabajo considerable, por lo que se le apreciaba en todo su valor.

Los tripulantes del «LST» descubrieron un nuevo uso para el anfibia. Con él se dirigían por entre los restos flotantes que impedían nadar en algunas zonas del puerto, llegando hasta lugares apartados de la costa, donde el agua estaba limpia. Allí «estacionaban» el «pato» y se zambullían en el agua, sirviendo de trampolín el mismo vehículo. Los marineros estaban muy agradecidos al ejército por haberles prestado el anfibia, y trataron de corresponder debidamente. Al sargento que estaba a cargo del «pato» le gustaban mucho los habanos, y nunca conseguía los suficientes por las fuentes de aprovisionamiento ordinarias. Los tripulantes del «1826» le proveyeron en abundancia con los cigarros consignados al buque, lo que no les significó gran esfuerzo, ya que nadie a bordo los fumaba. Con ello tenían asegurado el uso del «pato» de vez en cuando. Esto constituía un acuerdo beneficioso para ambas partes, y un ejemplo evidente de lo que significaba la colaboración entre las distintas armas.

Lord Nelson aceptó un día tomar parte en una excursión natatoria, no porque le gustase nadar, es decir, estar metido *dentro* del agua, sino porque le fascinaba la idea de viajar en un vehículo que pudiera andar tanto por tierra como por mar. El timonel

Jerry Boland condujo en el «pato» a la docena de acompañantes hasta una caleta apartada y allí detuvo el anfibio, en un lugar de agua clara y profunda, que permitía las zambullidas. Los marineros se desvistieron, y no tardaron en lanzarse desde el «pato», chapoteando, alborotando y divirtiéndose de lo lindo mientras se refrescaban en el agua. Nelson se apresuró a examinar el vehículo, y mientras movía la cabeza llegó a la conclusión de que, aunque se trataba de un hermoso juguete, con él no se podía llegar muy lejos. No; en realidad no era una amenaza para la supremacía de la Armada en el mar.

Hecho esto, Nelson permaneció en el «pato», observando perezosamente la franja de costa que había algo más allá. En la playa se veían muchos árboles y reinaba una gran quietud. La zona parecía estar deshabitada. Con ojo experimentado, el contramaestre observó el largo promontorio rocoso que se internaba en el mar. Iba ya a mirar hacia otro lado cuando algo le llamó la atención. El agua se movía allí de una forma extraña. En las costas de rocas, el agua suele romper contra ellas y retroceder luego, en movimientos suaves y naturales. Pero, casi al final del promontorio, el agua parecía continuar su camino. No se oía el rumor de las rompientes ni se apreciaba movimiento de retroceso, como en las demás zonas del cabo. Eso resultaba muy extraño, y Nelson hubiera deseado tener a mano unos prismáticos. Como no era así, decidió esperar hasta que los marineros se cansaron de nadar y regresaron al vehículo. Entonces, Nelson pidió al timonel Boland que regresaran al buque pasando por las proximidades del promontorio. Este se hallaba en dirección opuesta al «LST», pero a Boland no se le ocurría jamás discutir una indicación que le hiciera lord Nelson. Así, pues, puso en marcha el anfibio y se dirigió hacia el cabo.

—Ahora disminuye un poco la velocidad de este engendro —dijo Nelson con suavidad, cuando estuvieron cerca del extremo del promontorio.

Así lo hizo Boland. Se hallaban entonces a menos de veinte metros del final de cabo, y seguían aproximándose a él. En ese momento, Nelson dijo sin alterarse:

—Vaya, que me cuelguen. Mirad allí, muchachos.

Los marineros obedecieron y pudieron ver una abertura en la roca. Nelson mandó detener el «pato», y, mientras éste se balanceaba suavemente, procedió a inspeccionar la abertura desde la parte anterior del anfibio. Luego dijo a Boland:

—Vamos a ver, timonel, si puedes avanzar muy despacio con este trasto, y si vosotros, marineros, os quedáis quietos. A ver, haz la prueba.

El timonel hizo avanzar al «pato» muy lentamente, hasta que llegaron a la abertura rocosa. Esta era poco mayor que el «pato», y, cuando el vehículo Ja atravesó, los marineros tuvieron que agacharse. El anfibio se balanceó en la semipenumbra y los excursionistas se pusieron en pie y contemplaron un espectáculo maravilloso.

Se hallaban en el interior de una gran caverna, cuyo techo ascendía como la bóveda de una catedral. Al inclinarse sobre los costados del «pato», los marineros vieron que el agua era la más transparente que jamás habían contemplado. Semejaba

una laguna del Pacífico, llena de colorido, y parecía tener unos siete u ocho metros de profundidad.

Los marineros miraban en silencio, demasiado impresionados para hablar. Vieron que el agua llegaba hasta una vasta plataforma rocosa. Nelson mandó al timonel que se aproximase hasta la gran formación de rocas, y, cuando llegaron junto a ellas, los marineros saltaron sobre la plataforma. Allí permanecieron unos momentos totalmente abstraídos. La plataforma tendría unos veinte metros de circunferencia, y la roca aparecía tan lisa como si la hubieran pulido. Algunos de los marineros vieron que detrás de la plataforma había una especie de pasadizo, y por él se introdujeron, poseídos de la fiebre que acomete a los exploradores. El pasaje se ampliaba luego y a él se iban a abrir media docena de cuevas más pequeñas, aunque cada una tendría el tamaño de una habitación corriente. Si alguien había estado en aquella caverna — forzosamente tenía que haber sido así—, el hecho había ocurrido hacía ya mucho tiempo, pues no se apreciaba por ningún lado señal alguna dejada por el hombre. A continuación, los marineros volvieron a desvestirse y empezaron a zambullirse desde la plataforma, mientras lanzaban gritos de entusiasmo que repercutían fantasmagóricamente, despertando ecos en las paredes y el techo de la gran caverna. Jamás se habían bañado en un agua como aquélla, y los nadadores más hábiles se sumergieron hasta el fondo, donde hallaron un lecho arenoso de finísima consistencia. Desde la superficie podía verse a los nadadores, como si en medio sólo se interpusiera el aire más diáfano.

Llevaban una hora allí, y los marineros no parecían cansarse de la diversión. Aún hubieran permanecido en el lugar mucho más tiempo, de no haber sido por Boland.

—Escuchad, muchachos —dijo el timonel—. Me disgusta terminar con esto, pero si queremos volver a utilizar el «pato» debemos devolvérselo pronto al sargento.

Poco después, Boland salía con todo cuidado de la caverna, y los marineros tuvieron que volver a agachar la cabeza al pasar el «pato» por la abertura. Una vez fuera, Nelson hizo que el timonel condujese el anfibio por ambos lados del promontorio para examinarlo debidamente. La base del cabo estaba formada por un alto cerro rocoso muy accidentado y cubierto por densos arbustos. Nelson comprobó, así y tal como lo que había sospechado que la caverna sólo era accesible por el agua. Una cabra montés de las más ágiles habría tenido dificultades para llegar por tierra hasta el promontorio. Luego, mientras regresaban, Nelson habló con los marineros, que se estaban vistiendo en una de las plataformas del anfibio.

—Me parece mejor —dijo pensativamente— que por el momento no digamos nada a nadie acerca del pequeño descubrimiento que hemos hecho. Y menos aún que lo pongamos en conocimiento del ejército. Creo que sabremos hallar algún cometido para la caverna, y sería una lástima estropear una belleza natural como ésa, convirtiéndola en un lugar público. De todos modos, se trata de una caverna marina, y como tal se halla bajo la jurisdicción de la Armada.

Todos se mostraron de acuerdo, y decidieron no contar nada a nadie, especialmente a los soldados. Hasta la cooperación entre las armas tenía sus límites de prudencia.

Durante un corto período posterior a la liberación, en la pequeña ciudad funcionó un burdel, pero no duró mucho tiempo, ya que la población era demasiado reducida para que aquellos guardianes del orden y la moral que eran la policía militar y la policía naval dejaran de enterarse. Así, pues, se ordenó el cierre del establecimiento y se le mantuvo estrechamente vigilado, para que no volvieran a abrirlo. Los hombres de las letras en los brazaletes estaban decididos a que no volviera a ocurrir en tierra nada parecido, y no imaginaron que serían burlados en el mar.

El «pato» estaba diseñado para transportar abundante carga inanimada, y tenía suficiente profundidad para poder ocultar en él la carga viviente que pronto iba a llevar.

—Haremos una fiestecilla —dijo lord Nelson—. Una reunión en un ambiente fresco y agradable.

Fue así como el «pato» recogió a cierto número de muchachas de la población, en un lugar determinado. Se les dijo que permanecieran agachadas mientras el anfibio recorría la calle Mayor de la ciudad, de modo que sólo se veían las cabezas de los marineros. Luego el «pato» se internaría en el agua, y cuando estuviese a buena distancia de la población y hubieran contorneado la costa, las pasajeras podrían ponerse en pie. Así se hizo, en efecto, pues lord Nelson consideró, con su experiencia de dieciocho años, que los policías militares no eran tan recelosos como para seguir al anfibio con sus binoculares. Las muchachas respiraron a pleno pulmón y gozaron de aquel hermoso viaje por mar. Cuando el «pato» llegó a la entrada de la caverna, todo el mundo se sentó en el fondo del vehículo, tanto las chicas como los marineros, y el anfibio entró lentamente. Ya dentro de la cueva se hallaban totalmente aislados del mundo. Las muchachas se mostraron tan maravilladas por la caverna como lo habían estado los marineros, y lanzaron exclamaciones e hicieron bromas, como si fueran chiquillas de colegio.

Los marineros sumergieron una caja de cerveza en las aguas, que estaban muy frías, por medio de una maroma que habían traído al efecto. Resultaba una escena muy agradable y tranquila la compuesta por los marineros y las *signorinas* sentados en grupos, tomando su cerveza americana y charlando amigablemente, como si estuviesen en un salón. Las *signorinas* pronto tomaron gusto a la cerveza, y uno de los muchachos, Mason, en cuanto hubo tomado dos botellas propuso, en su euforia, que se echasen a nadar en la laguna. Las jóvenes, que no tenían traje de baño, eran demasiado pudorosas para pensar en bañarse de otro modo, y se mostraron algo ofendidas ante la proposición. Después de eso no hubo quien sugiriera algo semejante, y el propio Nelson se encargó de recriminar a Mason por su falta de tacto.

—¿Quieres asustarlas y que no vuelvan más, cabeza de chorlito?

—Lo siento, contramaestre —dijo Mason, con aire contrito—. Le aseguro que no volverá a ocurrir.

—Procura que así sea. No sé a lo que estarás acostumbrado, pero éstas son muchachas decentes. Métetelo en la cabeza, Mason.

—Sí, señor.

—¡Y no me digas «señor»! —rugió lord Nelson, como si le hubieran hecho objeto del peor insulto—. ¡No soy ningún oficial!

El «pato», al fin y al cabo, era un vehículo de carga, y los marineros no vieron razón alguna para no utilizar el anfíbio para el fin al que estaba destinado, con objeto de hacer más cómoda la caverna. Las rocas, pese a lo suave de su superficie, llegaba un momento en que resultaban duras. Así, pues, comenzaron a cubrirlas con aditamentos. Para empezar, llevaron mantas del barco, esas soberbias mantas de la Marina, mullidas y de color crema, en las que se lee «U. S. Navy» en grandes letras azules. Luego llevaron colchones, y, más tarde, algunos catres que habían conseguido del sargento del ejército a cambio de algunas cajas de cigarros. Ya anteriormente se hizo el intercambio de cigarros por catres, a fin de que los marineros pudieran dormir a cubierta en las cálidas noches en que viajaban a Anzio, de modo que el ejército no vio nada de extraño en que la Marina le pidiera más catres. Las muchachas, por su parte, contribuyeron a la decoración de la caverna con almohadones de diversos colores, que dieron alegría al ambiente. Poco a poco, la cueva fue convirtiéndose en un lugar sumamente cómodo y agradable.

No tardó en enterarse toda la dotación del «LST 1826» de la novedad. La Marina tiene una institución que se llama «la hora feliz» con que se designa los momentos de distracción, de balón vuela o cualquier otra actividad que sirva para entretener a la dotación del buque. Nada de ello podía hacerse en el «LST 1826», pero la tripulación consideró que había hallado un buen sustituto. Las excursiones a la caverna pronto se convirtieron en la versión favorita de la «hora feliz», entre los hombres del «1826». La circunstancia de que hubiera media docena de cuevas más pequeñas, del tamaño de un dormitorio, contribuía grandemente a aumentar la utilidad de la caverna. También los oficiales se enteraron del asunto, y lo consideraron como una solución ingeniosa, sintiéndose orgullosos de sus subordinados, que habían sabido hallar ese método para resolver un problema acuciante.

Al cabo de un tiempo las excursiones en el «pato» se hicieron tan populares que hubo que establecer turnos, a fin de que toda la tripulación pudiera disfrutar de aquella forma de recreo. Se hizo necesario echar una firma con dos semanas de anticipación para tener la seguridad de que se dispondría de plaza. Todos los días, mientras el barco se hallaba en puerto, se programaba una excursión. En algunos días muy fríos que se hacía necesario el uso del abrigado chaquetón marino y del gorro de lana empleado en las guardias, el sargento que facilitaba el «pato» quedó francamente sorprendido al comprobar que los marineros desearan ir a nadar.

—Es que tenemos a bordo varios fanáticos —aseguró lord Nelson en una de aquellas ocasiones—. Ya sabe usted, de esos individuos que rompen el hielo con la mano para poder nadar.

—Ah, sí, ya he oído hablar de ellos —decía el sargento, golpeándose las manos para que no se le enfriaran—. Pero nunca he llegado a entenderles.

—Yo tampoco, sargento, y, ya sabe, no deje de decírnoslo cuando ande escaso de cigarros. Es un placer para nosotros cuidarnos del ejército.

—Muchas gracias, contramaestre. Se lo digo con toda franqueza, hasta ahora nunca había tenido mucha confianza en la Marina. Sin duda estaba equivocado, y no me privo de decirlo así. Ustedes, los de la Armada, son unos tipos estupendos —aseguró el sargento, dando evidentes muestras de buena voluntad.

—Me alegro de oírle hablar así, sargento. Estoy seguro de que, para convencerse, sólo tenían que conocernos —dijo Nelson no menos conmovido.

Los idilios en la caverna se habían convertido en una parte esencial en la existencia de los tripulantes del «LST 1826», cuando el contraalmirante Haynes Doddridge, comandante de las Fuerzas Anfibias del Mediterráneo hizo una visita de inspección a la zona de Nápoles. Fue una desgracia que el almirante tuviera la afición que tenía. Doddridge, en efecto, era aficionado a la espeleología.

La caverna llevaba en funciones alrededor de un mes cuando el almirante llegó desde su cuartel general en Argelia para comprobar la forma en que se desenvolvía su Flota en la zona de Nápoles. Como parte de su viaje de inspección, el almirante llegó a Pozzuoli un día después de haber hecho una corta travesía por mar en su reluciente lancha. Echó una rápida mirada a los dos o tres buques que había en el puerto, uno de los cuales era el «LST 1826», y luego, como era un hombre considerado, preguntó si alguno deseaba ir a Nápoles en su embarcación. El alférez Eliot Horner estaba a punto de hacer el viaje, y decidió que sería mucho más agradable viajar cómodamente en la lancha del almirante, y no en el destartado autocar que, atestado de gente, hacía el viaje por tierra. Además, Horner nunca había subido a la embarcación de un almirante, ni siquiera se había hallado cerca de uno de ellos, por lo que consideró el viaje como una experiencia interesante. Así, pues, ascendió a bordo y la lancha emprendió la marcha con una mar serena, costa abajo, en dirección a la distante ciudad.

Apenas habían salido del puerto, cuando el almirante ordenó al timonel que aminorase la velocidad y se aproximase a la costa. Era un día soleado y agradable, y quería gozar de la excursión marítima. Para su desgracia, el almirante rara vez podía abandonar su despacho en el cuartel general de Argelia, y le producía un placer especial hallarse de nuevo en el mar, aunque sólo fuera en aguas costeras y en una lancha. A este respecto hizo un comentario al alférez Horner.

—¿No le parece que el aire tiene un aroma maravilloso, hijo? Y no menos grato es sentir el agua correr debajo de uno aunque sea en esta pequeña lancha —comentó el almirante.

—En efecto, señor —replicó Horner con deferencia, aunque no compartía aquel sentimiento, ya que constantemente estaba sintiendo el agua correr debajo de él, y lo que deseaba tener cuanto antes bajo sus pies era la tierra de Nápoles, donde había proyectado pasar un día muy entretenido.

—Algunas veces he pensado que habría que coger todos los escritorios del mundo y lanzarlos al mar, para que se ahoguen —dijo algo apesadumbrado el almirante—. Pero no hay más remedio; creo que nosotros debemos estar en los despachos, para que ustedes, los jóvenes, puedan hallarse en el mar, en los bosques.

—Sí, señor, comprendo lo que dice. Sin duda esos despachos resultan indispensables.

Esta observación no pareció muy acertada. Había en ella cierta nota de condescendencia, el almirante arrugó el ceño al pensar que aquel cachorro de marino estaba poco menos que juzgándole a él, que había mandado un crucero y un portaviones antes de ser trasladado a tierra. De todos modos hizo caso omiso de la ligera impertinencia y se acomodó para contemplar mejor el panorama, mientras de vez en cuando charlaba con Horner. El alférez estaba sorprendido ante la afabilidad del almirante y comenzó a sentir un profundo afecto hacia él. ¡Ese era un hombre realmente democrático!

—¿Qué le parece su tarea en el «LST»? —preguntó el almirante despreocupadamente, mientras la lancha proseguía su marcha.

—La verdad es que es el primer destino que he tenido en la Armada, señor —replicó con prudencia Horner—. Por lo tanto, no puedo hacer comparaciones. Por el momento estoy satisfecho, señor.

—Esos barcos hacen un buen trabajo.

—Gracias, señor —contestó el alférez, aceptando el elogio en nombre de toda la Flota de transportes de desembarco.

El almirante miró en ese momento hacia la costa, y manifestó:

—Interesante formación esa de allí, ¿verdad?

—¿Qué formación, señor?

—Aquel promontorio. Oiga, timonel —dijo Doddridge al marinero impecablemente uniformado de blanco que llevaba el timón—, acérquenos un poco a aquel cabo que allí se divisa.

—Sí, señor, a la orden —contestó el timonel, y al momento hizo virar la embarcación unos diez grados a estribor. La lancha maniobraba con toda facilidad. Se trataba de una embarcación de hermoso aspecto, con cómodos asientos de cuero, y adornada con borlas blancas. Los accesorios de latón relucían al sol, y todo resultaba inmaculado desde la proa a la popa. Horner se dio cuenta de que el almirante estaba mirando algo con evidente interés.

—Timonel, déjeme un momento esos gemelos, ¿quiere? —dijo el almirante.

El marinero se quitó diestramente con una mano los prismáticos que llevaba colgados del cuello, y Horner se levantó para entregárselos al almirante. Cuando lo hizo, vio que la potencia del instrumento era de 7x50. El almirante, sin quitar los ojos de lo que estaba mirando, dirigió los gemelos hacia aquel punto y los enfocó cuidadosamente.

—Rayos y centellas, ¿sabe lo que le digo, hijo? Que, a mi parecer, allí hay una caverna —aseguró Doddridge, vivamente interesado—. Una caverna marina. ¡Timonel, reduzca la velocidad y acérquese al extremo de ese promontorio!

De pronto, Horner, todo alarmado, observó que se dirigían derecho hacia el final del cabo, y, sin poder remediarlo, lanzó una exclamación:

—¡Almirante!

Lo dijo en voz tan alta que el aludido experimentó una sacudida y se volvió rápidamente hacia él. Su rostro tenía la expresión del hombre que no está acostumbrado a que le griten tan de cerca, y ni siquiera de lejos, si se trata de un alférez.

—Lo siento, señor —dijo Horner, recuperando la compostura—. Pero allí hay algunos bajos, señor, se lo aseguro. Nos han advertido que nos mantengamos alejados de ese promontorio, si no queremos recibir un buen rasguño en el fondo de las embarcaciones, señor.

Era una disculpa bastante torpe, pero el alférez Horner tenía que improvisar. El almirante, sin embargo, siguió impávido, a pesar de la advertencia.

—Gracias por advertírmelo, hijo —declaró—. ¡Timonel, mande a proa a uno de los marineros con una sonda!

—¡Sí, sí, señor! —cantó el timonel—. ¡McDermott, a la proa, con una sonda!

Un instante después el tal McDermott se hallaba en funciones. «Una eficaz tripulación», pensó Horner, algo intimidado. No podía ser de otro modo, cuando se trataba de una dotación de cuatro hombres mandada directamente por un contralmirante. A continuación, el marinero comenzó a exclamar:

—¡Profundidad cuatro brazas!

El almirante volvióse hacia Horner, y éste pudo ver en su rostro la misma expresión de placer anticipado que se observa en el semblante de un niño cuando va en busca de un supuesto tesoro escondido.

—¿Sabe cuál es mi principal afición, muchacho?

—No lo sé, señor.

—¡La espeleología! —exclamó Doddridge, como si se estuviera refiriendo a algún rito paradisíaco.

—¿Qué es eso, señor?

—¿No sabe lo que es la espeleología? —preguntó atónito el almirante—. Pero ¿a qué colegio ha ido usted?

—A Dartmouth, señor. Está en Hanover, Nueva Hampshire.

—Eso tengo entendido —replicó el almirante, y miró recelosamente a Horner, como si dudase de que hubiera asistido realmente a algún colegio. Horner recordó fugazmente la ceremonia de la graduación. Sólo hacía de eso dos años, pero le parecía que habían transcurrido por lo menos diez.

—¿Va a decirme que no le enseñaron lo que es la espeleología? —insistió el almirante.

—Verá, señor, se trata de un colegio modesto, donde sólo enseñan artes liberales. Daniel Webster dijo de él: «Es una escuela pequeña, pero hay gente que sabe amarla».

—¿Eso dijo? —manifestó Doddridge, que seguía mirando a Horner con curiosidad—. Pues sepa usted que la espeleología es una rama de la geología.

—Eso lo aclara todo —dijo Horner, creyéndose obligado a dar una explicación—. A mí me suspendieron en geología.

—¡Tres brazas! —cantó McDermott desde la proa.

—La espeleología —agregó el almirante— es la ciencia que trata de la exploración de cavernas.

—Eso es muy interesante, señor. Nunca habría creído que un marino tuviera muchas ocasiones de dedicarse a explorar cavernas —dijo Horner.

—Comencé con eso cuando estaba destinado en Washington —explicó el almirante, que en su euforia trataba al alférez como si éste fuera su igual—. Lo hacía para mantener mi integridad a salvo, al hallarme en aquel nido de serpientes. Era casi una cura, y resultaba bastante cómodo para mí, ya que sólo tenía que cruzar el río Potomac. ¿Se ha enterado usted de que el subsuelo del Estado de Virginia está casi todo él hueco?

—No, no lo sabía, señor; resulta muy interesante.

—¡Dos brazas y media! —seguía cantando McDermott.

—¡Ah, las cuevas de Virginia! —dijo el almirante, lleno de entusiasmo—. Yo solía ir de excursión los fines de semana, y terminé siendo un entusiasta de la exploración subterránea. Tal vez uno de esos siquiátras que abundan hoy en día aseguren que se trataba de un deseo reprimido de hallarme en un submarino. Quizá sea verdad, pues me rechazaron en el examen médico para esa arma —dijo Doddridge con tristeza. Luego se animó de nuevo y agregó—: No hay nada como la espeleología. Estoy seguro de que salvó mi salud mental. Solíamos estudiar los murciélagos.

—¿En Washington, señor?

El almirante no pudo reprimir una risita.

—No, claro que no. No eran esos los murciélagos que cazábamos. Eran los que habitan en las cavernas. Les poníamos unas chapitas atadas a las patas.

—¿Con qué fin, señor? —preguntó Horner, a quien fascinaba la visión del almirante poniendo chapitas en las patas a los murciélagos.

—Con fines científicos, claro está. Se trataba de estudiar el tiempo que esos animales viven en las cavernas.

—Ah, ¿y cuánto tiempo viven? —inquirió el alférez, cada vez más interesado en el asunto.

—Nunca llegué a saberlo —afirmó Doddridge, sinceramente apenado—. Me trasladaron a otro sitio. Lo único que sentí, verdaderamente, fue el no poder seguir practicando la espeleología. No hay nada como eso, y aún hoy, nunca me pierdo una ocasión si se pone a mi alcance.

Se hallaban ya muy cerca de la entrada de la cueva, y el alférez sintió que le acometía de nuevo la inquietud, aunque trató de serenarse pensando que el almirante sólo deseaba aproximarse un poco para echar una mirada a la entrada. No podrían hacer otra cosa, ya que Horner había oído decir que el «pato» entraba muy justamente, y sin duda la lancha del almirante, con su amplio techo, no podría penetrar por la hendedura. De todos modos no se sentiría tranquilo hasta que hubiesen abandonado aquel paraje.

—¡Dos brazas!

—Creo que no hay murciélagos en ninguna caverna de este país —aseguró Horner.

—¿Ah, sí? ¿Ha estado usted en alguna caverna de Italia?

—No, señor —debió admitir el alférez—. Es sólo un presentimiento. Tengo la certeza de que no hay murciélagos en Italia.

—Nunca dé opiniones si no está muy seguro, hijo —afirmó el almirante con tono ligeramente admonitorio—. De todos modos, los murciélagos son sólo algo accesorio en este asunto. Lo importante es la exploración de las cavernas. Tal vez se trate de algún impulso atávico.

—No hay duda de que debe provenir de algo primitivo que llevamos dentro —dijo Horner, para que el almirante se diera cuenta de que esta vez sí se hallaba al corriente del significado de la palabra.

Estaban tan cerca, que ante la alarma de Horner, el marinero dejó a un lado la sonda y se puso a sondear con un bichero.

—¡Diez pies! —exclamó una vez más.

El almirante y el alférez miraron hacia la entrada, de la que se hallaban a unos quince metros de distancia. Doddridge ordenó al timonel que detuviera la lancha, y mientras se dejaban mecer por las olas, comentó:

—¡Cuánto me gustaría echar una mirada ahí dentro! Claro que en la mayoría de los casos no se encuentra nada. Es lo interesante de esta afición, que, hasta que uno no se halla dentro de la cueva no sabe si va a encontrarse con una madriguera de topos o con el interior de la catedral de San Patricio.

—Eso tiene más aspecto de ser una madriguera de topos. Dudo que hallemos ahí la catedral de San Patricio, señor.

—Tal vez. Pero no es seguro. Si tuviera un traje de baño no resistiría a la tentación de echar una mirada. Creo que me arriesgaría incluso sin traje de baño.

Aquello volvió a alarmar a Horner, quien nunca consideró que el almirante pudiera colocarse en situación tan poco digna. Pensó que Doddridge estaría bromeando.

—Está bien, timonel —dijo el almirante al fin, lanzando un profundo suspiro—. Vámonos de aquí.

El timonel iba a poner en marcha el motor, cuando un sonido inconfundible, una risa penetrante, turbó la calma del lugar. La risa hizo dar un salto al almirante en su asiento, obligándole a mirar hacia el sitio de donde precedía el sonido, que no era otro que la entrada de la caverna.

Al momento se oyó otra carcajada, bastante diferente de la anterior, y mucho más aguda. La primera parecía provenir de un hombre, en tanto que la segunda era indudablemente de una mujer.

—Deben de haber algunos italianos ahí dentro, señor —dijo rápidamente Horner.

Una catarata de frases, entremezcladas con más risas, irrumpió del interior de la cueva. No llegaban a entenderse las palabras, pero era evidente que quien hablaba lo hacía en inglés, y, más precisamente, con acento americano.

—¿*Qué demonios ocurre aquí?* —dijo el almirante, en voz alta—. ¡Timonel, acérquenos todo lo posible! ¡Más! ¡Cuidado, ahora! ¡McDermott, siga atento con la sonda!

Aquella arrolladora avalancha de órdenes parecía provenir de un hombre distinto al que había estado charlando amigablemente de espeleología con el alférez. La lancha se acercaba otra vez a la entrada, y el almirante parecía estar buscando uno de los dos o tres caminos posibles hasta ella. De lo que no había ninguna duda era de que iba a tomar alguno de esos caminos. Horner trató de hallar frenéticamente algún recurso.

—No, no creo que debemos introducir ahí la lancha —dijo el almirante, como hablando consigo mismo—. Me parece que no hay espacio suficiente, además que tampoco sabemos lo que puede haber dentro de la cueva. Deténgase aquí, timonel.

Al instante, Doddridge comenzó a quitarse la ropa. Horner observaba estupefacto mientras el almirante se desnudaba con increíble rapidez. Tal vez un cuarto de siglo de llamadas de alarma le habían enseñado a hacerlo de aquel modo. Entonces, el alférez se dio cuenta de que él mismo se estaba desvistiendo, posiblemente porque no se le ocurrió hacer otra cosa. El almirante, sin embargo, fue mucho más rápido. Horner todavía estaba luchando con los cordones de los zapatos, cuando el almirante se puso en pie sobre la borda, en calzoncillos. El alférez tuvo la fugaz visión de un fuerte torso cubierto de pelo entrecano, de un vientre liso y unas espaldas musculosas, y luego la figura dio un magnífico salto en el aire, entró en el agua como un torpedo, y comenzó a nadar velozmente hacia la entrada de la caverna. Cuando el alférez quedó al fin en calzoncillos, ejecutó una desaparición mucho más desgarbada por la

borda —en realidad pegó de plano con el vientre en el agua—, tras lo cual comenzó a nadar como si estuviera apaleando alfombras. Pero el almirante ya le llevaba una buena ventaja y desaparecía por la boca de la caverna. Horner llegó hasta allí con muchos apuros, y se encontró con un espectáculo singularmente festivo.

Tendidos sobre la gran plataforma de piedra se hallaban una docena de marineros del «LST 1826», y aproximadamente el mismo número de *signorinas*. Estas y los marineros se agrupaban en parejas, charlando alegremente y riendo, mientras bebían lo que parecía ser cerveza. Todos ellos tenían aspecto de estar a sus anchas. Entonces, el alférez vio al almirante emerger de las aguas como si fuera un mitológico dios del mar.

Horner llamóse a sí mismo cobarde, ya que no se atrevió a mezclarse en la escena, pero desde donde se hallaba tenía una magnífica vista de lo que estaba ocurriendo. Las muchachas y los marineros miraron con cierta sorpresa la aparición. Horner no dejó de apreciar que algunas de las *signorinas* miraban con cierto interés al recién llegado, ya que, a su modo, el almirante era un hombre muy apuesto. Entonces, levantando un poco la cabeza sobre el agua, el alférez observó que el contraamaestre Nelson se erigía en portavoz del grupo y se adelantaba, contemplando con extrañeza la chorreante figura que estaba ante él, y que indudablemente había tomado por algún extravagante nadador italiano.

—¿Qué podemos hacer por usted, papi?

El contraamaestre, deduciendo por el silencio del desconocido que éste no comprendía una palabra de inglés, se dirigió a una de las *signorinas*.

—¿Quieres traducir, Angélica? —le rogó—. Pregúntale qué puede hacer la Armada por él.

Horner hubiera preferido hundirse hasta el fondo, para no ser testigo de lo que sucedía, pero su curiosidad pudo más y aguzó el oído. Pudo percibir entonces una voz acerada, que era la del almirante, no la del espeleólogo.

—Resulta innecesaria la traducción —dijo el almirante, mirando fijamente a los que tenía más cerca—. Jóvenes, permítanme que me presente. Soy el contraalmirante Haynes Doddridge, comandante de las Fuerzas Anfibas del Mediterráneo.

—¡Atención, fiiir-mes! —estalló la voz del contraamaestre Nelson, que resonó por toda la caverna como una detonación. Entonces, ante el asombro de las *signorinas*, todos los marineros se pusieron rígidamente en pie, saludando al hombre de los calzoncillos mojados. Pero aun con aquel atuendo, el almirante no parecía despojado de su dignidad. Doddridge miró detenidamente al contraamaestre y a la fila de marineros.

—Deseo una respuesta inmediata. ¿Quién es el responsable de esto? ¿Quién ha descubierto la caverna?

—¡Yo, señor! —contestó Nelson sin vacilar—. Nadie más que yo tiene la culpa. La responsabilidad es mía, señor.

—Bien, ¿y quién es usted si puede saberse?

—¡Lord Nelson, señor! —dijo el contraamaestre, y fue quizá la única ocasión en que alguien vio a éste perder la cabeza—. Perdón, señor, soy Andrew Nelson, contraamaestre primero del «LST 1826».

El almirante miró hacia el agua y manifestó:

—El «1826», ¿verdad? Alférez Horner, venga y reúnanse con sus compañeros de buque —luego levantó la vista hacia arriba y agregó—: Veo que esto no es una madriguera de topos, sino la catedral de San Patricio.

Doddridge volvióse de nuevo hacia el contraamaestre y permaneció en silencio unos instantes.

—Lord Nelson —dijo al fin, con tono afable—. Quiero felicitarle por haber descubierto una de las cavernas más hermosas que he visto en mi vida. Espero que me perdone por haber irrumpido en su intimidad. Desearía, eso sí, que antes de que estas encantadoras *signorinas* y ustedes vuelvan a su agradable conversación, me permita echar un vistazo a esta magnífica cueva que han elegido como punto de reunión. Al fin y al cabo, yo, como todos ustedes, también soy espeleólogo.

Un asunto tan espléndido como el de la caverna no podía durar demasiado. El fin de las reuniones de los espeleólogos aficionados no llegó a causa de la imprevista visita que hiciera el almirante Doddridge, sino porque, un mes después, habiendo decidido hacer una excursión en el «pato» estando el mar bastante agitado, varias de las muchachas se marearon y se negaron a seguir adelante, cuando estaban a mitad del camino.

El «pato», que tenía poca borda, se hallaba casi anegado cuando llegó por fin a la playa. Las *signorinas*, como suele ocurrir con quienes se encuentran muy mareados, desembarcaron inmediatamente del vehículo para poner los pies en tierra firme y sentirse más aliviadas.

La llegada del anfibio atrajo a una multitud de curiosos, en su mayor parte civiles, pero, por desgracia, también atrajo a una pareja de policías de la Marina que pasaba por el lugar. De todas formas, la caverna proporcionó, mientras estuvo en uso, muchas horas felices a los tripulantes del «LST 1826».

### 3

## MUERTE Y NACIMIENTO

La carretera principal contorneaba el pequeño puerto, y a ella iban a desembocar otros caminos, como polvorientos afluentes. Loma arriba se hallaba la intersección con otra carretera, junto a una iglesia cuyo campanario aparecía derruido en parte. Un MP<sup>[2]</sup> se hallaba en el centro del cruce, dirigiendo la fila de vehículos que salía del «LST».

El policía hizo una seña al último de los que integraban una columna, y por un momento el cruce quedó vacío, con excepción del MP. En ese momento se aproximaba a la intersección un «jeep» y el policía se volvió para mirarlo. Estaba éste alzando ya un brazo para indicar al vehículo que siguiera adelante, cuando estalló una granada. Alzóse una densa humareda en el centro del cruce, y el MP desapareció entre ella.

El «jeep» siguió adelante; se detuvo en el cruce, y Barclay y el conductor corrieron hacia la nube de polvo y humo, que aún no había desaparecido, y se internaron en ella hasta que encontraron al policía, el cual yacía tendido en el suelo. La explosión le había volado la cabeza justamente por encima de las cejas, y el polvo ya comenzaba a depositarse en la herida. El soldado que acompañaba a Barclay comentó:

—Al menos no llegó a enterarse.

Entre los dos lo levantaron del suelo y le condujeron a un lado del camino, bajo la sombra de un árbol. Viose entonces a otro «jeep» que llegaba rápidamente por la carretera y en el que venían otros dos MP. Uno de ellos saltó del vehículo y asumió de nuevo la dirección del tránsito, mientras que el otro regresaba con el «jeep» a dar parte y para que acudieran a por el cadáver que yacía debajo del árbol. Barclay y el conductor regresaron a su «jeep» y reanudaron la marcha. No tardaron en llegar a un gran claro donde había una larga fila de camiones cargados. Barclay bajó de su vehículo y se puso a hablar con el capitán que mandaba el destacamento. El polvo se levantaba allí en abundancia, y el rostro del capitán, bajo su casco, aparecía totalmente cubierto, hasta el punto de que hubieran podido ser trazadas unas iniciales en su piel. Los dos hombres hablaron durante unos instantes, y luego el capitán trepó

a uno de los camiones, y, empuñando un megáfono, se dirigió a la gente que estaba en los camiones.

—Este oficial de la Marina —dijo el capitán en italiano—, ha venido a llevarles en su barco. El buque les trasladara desde Anzio a Nápoles, lejos de la guerra. Allí todo está tranquilo. La contienda ha terminado en Nápoles, y sólo hay combate aquí y en Cassino, por cuya razón deben ustedes ir por mar, y no por tierra. Los alemanes están entre nosotros y Nápoles, pero el barco les evitará pasar por Cassino. Este oficial naval habla el idioma de ustedes lo mismo que yo. Obedezcan sus indicaciones, y todo saldrá bien.

De los camiones surgió un murmullo de comentarios en italiano.

—Nos han dicho que hay submarinos alemanes de aquí a Nápoles, ¿es cierto? —preguntó una voz desde los camiones.

—Sí, así es, pero aquí caen las granadas y las bombas de los cañones y aviones alemanes. Eso también lo saben ustedes.

—*Mangiare sopra questa nave?* —dijo a su vez una voz aguda, desde otro vehículo.

—Sí, podrán comer en el barco —replicó el capitán a través del megáfono—. Y ahora creo que será mejor para todos dejar de hablar para no ofrecer más blanco a las bombas enemigas.

Con eso quedaron terminadas todas las discusiones. Barclay subió a un «jeep», y el conductor arrancó seguido de una larga columna de camiones rebosantes de gente. Al mirar hacia atrás, Barclay podía ver un gran remolino de polvo que todo lo ocultaba, con excepción de los camiones que iban inmediatamente detrás de él. Llegaron al cruce de la iglesia, y el MP que había sustituido al muerto les hizo una señal para que pasaran. Pronto la columna de vehículos entró en la carretera principal y contorneó el puerto. Los camiones siguieron hasta llegar al «LST». Descendió Barclay, se dirigió al primer camión y dijo a los ocupantes que se bajaran y le siguieran a bordo del buque. Pidió también a varios hombres que fueran a los camiones posteriores y dieran la misma orden. Poco después, Barclay guiaba a los refugiados rampa arriba. Al llegar a la parte superior de la rampa, Barclay se volvió y sólo entonces advirtió lo larga que era la caravana de vehículos.

Permaneció Barclay en la rampa, ayudando a subir a las gentes, y pudo comprobar que, sin excepción, tenían todos el rostro emaciado a causa del hambre, y la piel pegada a los huesos. Les habló en su idioma, y de vez en cuando les sonreía, para darles ánimo. Las granadas estallaban esporádicamente en el agua, en torno a los buques, y los refugiados miraban con temor las columnas de agua que levantaban. Algunos miraban con igual miedo al buque, que les parecía sumamente extraño, con su proa abierta, por la que estaban penetrando, y parecían temer que cuando estuviesen dentro la nave cerrase sus fauces y les llevase aguas afuera para ahogarles. Para éstos tenía Barclay un apretón oportuno en un brazo o en la mano, que les hacía menos renuentes.

La mayor parte de los refugiados, sin embargo, parecían más asombrados que temerosos, y ascendían dócilmente al transporte. En su mayoría llevaban sobre el hombro una vara de la que pendía un hatillo o una canasta, donde portaban lo que la guerra les había dejado. Una vez dentro del barco, otros tripulantes les iban acomodando lo mejor posible en la cubierta de tanques, para su viaje de un día.

En cuanto hubo subido el último refugiado, Barclay lo comunicó al puente por medio del teléfono situado junto a la rampa, y, al momento, éstas comenzaron a subir al tiempo que se iban cerrando las compuertas de proa.

El «LST» salió del puerto sin incidente alguno, y Barclay fue recorriendo el buque para solucionar los pequeños problemas que se presentaban con aquellos pasajeros, al tiempo que contestaba las preguntas que le hacían. Estaba ya el barco bastante lejos de la costa cuando Barclay subió a comer. A continuación se trasladó a un costado del puente de mando y observó a las gentes que se hallaban en la cubierta principal. Era un día claro y tibio, de mar en calma, por fortuna, y los refugiados parecían hallarse bastante tranquilos. Permanecían sentados en torno a las escotillas, o cerca de la borda, mirando el mar. Los había de todas las edades, con una excepción, pensó Barclay, cuando comenzó a observarlos detenidamente. Había ancianos, chiquillos y mujeres jóvenes, pero faltaban por completo los hombres jóvenes.

Un momento después, Barclay bajó a la cubierta y se mezcló con ellos. Todos parecían bastante más tranquilos que al subir a bordo. Por una parte, habían comido, y por otra, comenzaban a presentir que dejaban atrás la guerra y confiaban más en la seguridad del buque. Estaban al corriente de la situación que reinaba en Nápoles, donde muchos tenían familiares, y donde algunos habían vivido antes de trasladarse al Norte, huyendo del frente, hasta quedar arrinconados en Anzio, con los alemanes por un lado y los aliados por el otro. El teniente tuvo que tranquilizarles asegurando que, aunque Nápoles había sufrido daños, la ciudad estaba tranquila y seguía subsistiendo.

—Incluso hay funciones en el teatro de San Carlos —aseguró Barclay, sabiendo que las gentes comprenderían que si continuaban las representaciones de ópera era que todo marchaba bien—. Todos los días, a las dos y media de la tarde, dan una función. Yo he visto *Aída* hace sólo una semana.

—Es una buena ópera, pero yo prefiero las de Puccini —manifestó un anciano.

—Tal vez se deba a que no tiene muy afinado el gusto. Todo el mundo sabe que Verdi es lo mejor que hay en materia de ópera —intervino otro viejo.

—Me quedo con Puccini —aseguró tercamente el primero.

—¿No ha oído que el teniente prefiere a Verdi? ¿Va a insultar de ese modo a este bravo teniente americano, que nos lleva de vuelta para que podamos ver ópera otra vez, además de salvarnos la vida?

—¿Acaso el teniente es tan ignorante como para considerarme desagradecido porque prefiero a Puccini? No, usted juzga mal a los americanos; ellos no son

dictadores, y no piensan obligar a nadie a oír música de Verdi, en lugar de la de Puccini —dijo el primer anciano, y volvióse hacia Barclay—: Dígame, teniente, ¿me cree desagradecido porque admire a Puccini?

—De ningún modo —replicó el aludido, observando que las cosas marchaban mejor—. En Nápoles dan óperas de ambos compositores, y ustedes dos, señores, tendrán ocasión de verlas juntos, para tener mayor base de comparación.

—Dudo que cambie de opinión respecto a Puccini —aseguró el que había hablado en primer lugar.

—Teniente —dijo una mujer de edad, que se hallaba en el grupo que se había reunido en torno a Barclay—. Si estas dos viejas cabras dejan de hablar un momento, me gustaría preguntarle de qué parte de Italia son sus ascendientes.

—De Roma, indudablemente —afirmó el segundo viejo, sin vacilar.

—Tonterías —dijo el primero—. No hay más que verle para saber que descende de florentinos. Tiene el aire y la gracia que sólo posee el hombre de Florencia.

De este modo, Barclay se enteró del lugar en que habían nacido los dos antagonistas.

—Me temo que ninguno de mis antepasados fuera italiano —manifestó a su vez Barclay—. Que yo sepa, procedían de Escocia.

—Los escoceses son muy parecidos a los italianos —aseguró, muy convencido, el anciano de Florencia.

—Casi no hay diferencias —convino el primero, mostrándose por una vez de acuerdo con el otro.

—Entonces, ¿cómo habla tan bien el italiano? —preguntó la mujer.

—Estudié en la Universidad, aquí en Italia, durante cierto tiempo.

—¿Dónde, teniente?

—Sólo fue un año en la Universidad de Florencia...

—¿No les decía yo? —interrumpió triunfalmente el oriundo de aquella ciudad—. Puedo reconocer a un florentino en cuanto le veo.

—¿Ha estado en Roma, teniente? —preguntó el viejo romano.

—Muchas veces —aseguró Barclay—. Recuerdo que...

—¿Lo ven? Cuando un hombre pasa en Roma tanto tiempo como el teniente, adquiere el sello de dignidad que sólo posee el romano.

—Yo sólo estuve...

—Y tiene un hermoso acento romano —aseguró el segundo viejo—, lo cual quiere decir que no tiene acento de ninguna clase.

—Teniente Barclay —interrumpió una voz de acento evidentemente americano—. El capitán desea verle en el puente de mando, si no tiene inconveniente.

El que había hablado era el marinero de segunda Peter Carlyle, que nunca había estado en Roma ni en Florencia.

—No, no hay inconveniente alguno. Voy allí en seguida. Discúlpennme, señores —dijo luego Barclay a los italianos—. El capitán quiere verme. Ha sido un placer

charlar con ustedes, y espero tener ocasión de hacerlo de nuevo. Créanme, me gusta mucho la ópera, tanto de Verdi como de Puccini.

Todos saludaron al teniente cuando éste se retiró en dirección al puente.

—Ahí tiene a un joven culto y educado —oyó Barclay que decía uno de los viejos, el florentino, le pareció, cuando se iba alejando—. Ya le dije que no todos los americanos eran unos brutos ignorantes.

—¿Quién dijo que lo fuesen? —replicó vivamente el otro—. ¿Acaso no dijo usted que los americanos nos meterían en el barco y que...?

En ese momento, Barclay ya se había alejado bastante y dejó de oírles. Ascendió hasta el puente de mando, donde un hombrecillo muy bajo, vestido con sólo una camiseta, unos raídos pantalones, una chaqueta en no mejor estado y un sombrero de paja, se hallaba ante el capitán gesticulando frenéticamente y lanzando un chorro de palabras, sin que éste entendiese ni una palabra. Barclay se puso a hablar con él, y al poco rato gesticulaba y hablaba en voz tan alta como el hombrecillo, sin que ninguno de los dos pareciera ponerse de acuerdo.

—¡Barclay! —tronó el capitán—. ¿Quiere decirme qué demonios están diciendo? El teniente hizo una pregunta al italiano, y en seguida replicó:

—Capitán, afirma que abajo hay una mujer que va a dar a luz dentro de poco.

—¿Qué dice? —preguntó el capitán, a la vez asombrado y disgustado ante la noticia.

Barclay repitió la frase, aunque era innecesario hacerlo.

—Pregúntele por qué no la dejaron en tierra, donde podría haber recibido asistencia médica adecuada.

Barclay habló más serenamente con el hombre, que también pareció tranquilizarse, y que replicó con una infinidad de gestos detallados y sutiles.

—Asegura que no sabían que el nacimiento se produciría tan pronto. Dice que, por experiencia, sabe que los viajes por mar aceleran el momento del parto. Sin duda, según afirma, el movimiento del barco...

—¡Experiencia! —exclamó, irritado, el capitán—. ¿Qué sabe este hombre de viajes por mar?

—¿Se lo pregunto, capitán?

—Bah, déjelo, no tiene importancia.

—Capitán, la mujer que va a tener el niño...

—¡Un niño! —exclamó de nuevo el capitán—. ¡No se puede tener un niño a bordo! ¡Esto es un buque de guerra!

El capitán se tranquilizó un poco y agregó:

—¿Cuándo ocurrirá eso?

Barclay habló brevemente con el italiano, y contestó:

—Afirma que puede ocurrir de un momento a otro, según le da a entender la experiencia.

—Parece ser que tiene mucha experiencia en todo —afirmó el capitán, observando fríamente al pequeño italiano de absurdo aspecto—. Está bien, vaya a echar un vistazo.

Barclay, acompañado por el hombrecillo, descendió bajo cubierta, y cinco minutos más tarde estaba informando al capitán.

—¡Condenación! —dijo éste, dando rienda suelta a su disgusto—. Bueno, al menos debemos agradecer al cielo que el mar esté sereno.

En efecto, la superficie de las aguas era una sábana reluciente, sin ondas pronunciadas ni crestas blancas. Permanecieron en silencio unos momentos, y Barclay creyó adivinar lo que el capitán estaba pensando: que un «LST» no llevaba médicos a bordo, excepto en las operaciones de invasión.

—En fin —agregó, por último, el capitán, dirigiéndose a Barclay, mientras el pequeño italiano le contemplaba con ansiedad—. Creo que le toca actuar a Latimer. Es la mayor autoridad médica que contamos a bordo.

—Sí, eso me parece, capitán.

Este volvió a suspirar profundamente y dijo:

—Esperemos que un ayudante de farmacia de segunda clase sabrá desenvolverse bien.

—Es un buen ayudante farmacéutico, capitán —aseguró Barclay.

—¿Quién dijo que no lo fuera? —declaró el capitán, irritado—. También yo soy un buen capitán, y usted un buen teniente primero. Pero hablamos de un parto. Escuche, no se le ocurra decirle que dudamos de él, ¿me entiende?

—Ni lo pienso, capitán. Él es nuestro único recurso.

Repentinamente, como si lo hubiera decidido todo en ese momento, el capitán dio una serie de órdenes con voz tajante.

—Barclay, quiero que a partir de este momento se haga cargo personalmente de este asunto. Acompañe a este señor —el capitán señaló al pequeño italiano— hasta donde se halla la mujer, y procure que reciba toda la atención que pueda serle dispensada a bordo. Hágala subir a la cámara y pida a Latimer que la atienda. Pregúntele si se siente capaz de asistir un parto, e infórmeme de su respuesta. Pero, pensándolo mejor, no le pregunte nada. Ordénele que lo haga, y que Dios le ayude. Latimer, usted y el pequeño señor italiano permanecerán junto a la mujer hasta que ésta dé a luz. Carlyle actuará como mensajero, por lo que pudieran necesitar. Pida cuanta ayuda precise. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor —dijo Barclay, reposadamente—. Vamos a...

—Además, me informará personalmente con frecuencia sobre el estado en que se halla la mujer. Si vamos muy rápido y el barco se mueve demasiado, me lo hará saber. ¿Ha quedado todo bien aclarado, Barclay?

—Perfectamente, señor —contestó el teniente, que sintió incrementarse su afecto hacia el capitán.

—Otra cosa, Barclay.

—Diga, señor.

—Espere un momento.

El capitán se volvió hacia un marinero y le dictó un mensaje. Barclay oyó lo que dictaba, pero, no obstante, leyó el mensaje, que decía:

«Origen: “LST 1826”.

»Destino: Comphibmed. Urgente.

»Tenemos a bordo mujer italiana que dará a luz, probablemente, antes de que el buque llegue a Pozzuoli. No hay médico a bordo. Solicito envíen éste inmediatamente en lancha torpedera para misión de emergencia. Nos encontramos a 15 millas de cabo Circeo, marcación 160°. Si desean, mantendremos a PT<sup>[3]</sup> informado en todo momento de nuestra posición».

—Bueno, ¿qué le parece?

—Eso significa que tendremos que hablar por radio, contra lo que aconseja la prudencia.

—Si, ya sé que para enviar un mensaje hay que hablar por radio. ¿Algo más?

Barclay suspiró profundamente y dijo:

—Las PT están muy escasas por aquí, capitán. Será una suerte que consigan alguna. Si nuestro experimentado italiano afirma que el caso es urgente, sin duda el nacimiento se producirá antes de que llegue aquí la torpedera.

—Los partos inducen siempre a error sobre el momento exacto —aseguró el capitán con autoridad—. E invariablemente se afirma que el alumbramiento se producirá antes del plazo real. Tengo siete hijos, y mi mujer siempre creyó que cada uno de ellos iba a nacer antes de tiempo. Es probable, por tanto, que el médico llegue oportunamente. ¿Algo más?

—No Sólo me alegra en el fondo que mande ese mensaje, señor.

—Muy bien. Pero antes de que lo haga quiero que Latimer y usted echen un vistazo a la mujer. Luego pónganme al corriente de las novedades. Retendré el mensaje hasta entonces.

Volvióse el capitán a mirar al mar, y, luego de reflexionar unos momentos, se dirigió de nuevo al teniente.

—Bien, Barclay, manos a la obra, y ayude en lo que pueda a Latimer. A propósito, supongo que conocerá la edad de éste, ¿no es cierto?

—Creo que tiene diecinueve años.

—¿Diecinueve? Dios santo; bueno, adelante.

—A la orden, señor.

Con el pequeño italiano trotando casi a su lado para no quedar rezagado, y Carlyle siguiéndoles de cerca —ambos americanos eran un par de cabezas más altos que el italiano—, el larguirucho Barclay descendió rápidamente por la escalerilla y se

encaminó hacia los alojamientos de las tropas. Una vez allí, el italiano les guió por entre una excitada muchedumbre de compatriotas, apartándolos del paso.

La mujer yacía en un catre, con sólo la cabeza fuera de la manta de color crema con la inscripción U. S. Navy, y con su cabello, moreno, enmarcándole el rostro sobre la almohada. Barclay se asombró al advertir lo joven que resultaba aquel rostro, que parecía el de una niña y que estaba muy pálido y traslucía gran temor. Barclay presintió, aunque hubiera resultado difícil poder afirmarlo en aquel momento, que la muchacha era muy hermosa, y se dio cuenta de que se estaba oprimiendo el vientre por debajo de la manta.

—¿Y el marido? —preguntó el teniente—. ¿Está su marido a bordo?

El hombrecillo se encogió de hombros y movió negativamente la cabeza.

—Nadie sabe dónde está el marido; ni siquiera quién es —aseguró.

Barclay podía ver a los italianos, en la penumbra, observándoles con atención. Dijo entonces a Carlyle que buscara a Latimer dondequiera que estuviese y que regresara con una camilla y cuatro hombres, para transportar a la mujer. Carlyle se marchó apresuradamente, y Barclay arrodillóse junto al catre y comenzó a hablar con la muchacha.

—Tenga paciencia un momento más, *signora*. Está con nosotros un hombre que entiende de medicina. Ahora viene. Ya verá cómo todo sale bien —manifestó con una confianza que estaba lejos de sentir.

La muchacha parecía muy frágil para un parto, y estaba desnutrida. Barclay colocó su gran mano sobre la frente de ella, y notó el dolor que la atenazaba. Siguió hablándole algún tiempo y el hecho de que hubiera alguien con autoridad que conociese su idioma pareció calmarla.

—Tengo miedo —dijo ella con voz débil—. Y empiezo a sentir dolores. ¿Quién es usted, *signora*?

—Soy un teniente del barco.

—¿No me dejará, verdad, teniente?

—No, no lo haré, *signora*. Me quedaré con usted aquí todo el tiempo.

—Esa persona que me va a ayudar, ¿es un médico?

Barclay la miró, y tuvo la sensación de que no podría engañarla.

—No, pero es de los que ayudan a los médicos en sus tareas —afirmó.

—Comprendo, teniente —dijo ella, y Barclay se dio cuenta entonces de que la muchacha era valiente. Bien que iba a necesitarlo.

—¿Qué edad tiene usted, *signora*?

—Diecisiete años.

—¿Nada más?

—Tengo edad suficiente, teniente.

En ese momento llegaron Latimer, Carlyle y algunos marineros, con el contramaestre Nelson al frente del grupo. Carlyle tuvo el buen sentido de poner en

antecedentes a Latimer sobre lo que tendría que hacer, y el ayudante de farmacia hizo lo posible por disimular el temor que sentía, que no era poco, según imaginó Barclay.

—Vamos a llevarla arriba, a la cámara de oficiales —dijo Barclay.

—Carlyle, busca el prontuario médico de la Marina y llévalo a la cámara —dijo Latimer con voz insegura.

—Bien, Nelson, pueden colocarla en la camilla —manifestó a su vez Barclay.

—A ver, muchachos —ordenó Nelson con tono autoritario, casi amenazador—. Quiero que tengan mucho cuidado con la *signora*. ¿Me han comprendido? Dije «mucho cuidado».

Con toda delicadeza, los marineros trasladaron a la joven a la camilla. A pesar de las precauciones, la paciente lanzó algunos quejidos. La llevaron muy despacio por el pasillo hasta el pie de la escalera, donde Carlyle se encontraba ya, cumplido el encargo que le habían hecho.

Los marineros miraron indecisos hacia la empinada escalera, y Barclay decidió que no sería conveniente subir a la muchacha en la camilla. Volvióse entonces a Carlyle, cuyas hazañas de fuerza eran admiradas en todo el buque.

—¿Puedes subirla por ahí, Red? —preguntó.

—No hay ningún problema, señor.

—Adelante, entonces.

Delicadamente, y con igual esfuerzo que el que hubiera tenido que hacer para alzar una criatura, Carlyle levantó de la camilla a la muchacha y subió con ella por la escalera, hasta llegar a la cámara, donde la depositó sobre la mesa, que previamente había sido cubierta con mantas y almohadas. Latimer colocó el prontuario médico de la Armada sobre una mesilla lateral, más para tranquilizarse que para otra cosa, y hojeó brevemente el libro. No encontró nada que le pudiese ayudar en aquella situación, que la Marina parecía Haber omitido por completo. Barclay se acercó a él.

—Cielo santo, teniente Barclay —susurró Latimer—. No tengo la menor idea de lo que es un parto. Jamás nos lo enseñaron en la escuela de farmacia de la Marina.

—Bien, tendrás que aprender con la práctica —aseguró Barclay firmemente.

—¡Una criatura! —exclamó en voz baja el joven, como aterrado por aquella palabra—. Lo único que sé es que hace falta agua caliente, de modo que será mejor que vayan trayendo aquí toda la que puedan.

A continuación, Barclay pudo apreciar que se producía un cambio en la actitud del ayudante farmacéutico de segunda Hugh Latimer. Irguiéndose, habló claramente, y por vez primera su voz no tembló.

—¡Carlyle! —exclamó, y el marinero, que se mantenía a un lado, observando algo intimidado la escena, alzó la cabeza—. Llama a un par de marineros y sube con ellos mucha agua caliente de la cocina. ¡Rápido!

Carlyle salió casi corriendo de la cámara a cumplir su cometido.

Barclay echó un vistazo a la muchacha, que movía la cabeza de un lado a otro sobre la almohada. Tenía el rostro intensamente pálido y lanzaba quejidos incesantes,

profundos, casi animales. De pronto, el teniente se incorporó, dirigióse al teléfono y llamó al puente de mando.

—Capitán, creo que debe enviar lo antes posible ese despacho —manifestó—. La paciente lo está pasando muy mal.

Al cabo de una hora, el capitán llamó por teléfono a Barclay y le leyó la siguiente respuesta:

«Origen: Comphibmed.

»Destino: “LST 1826”. Urgente.

»En camino torpedera uno uno uno nueve con comandante Wilkins Jones, del cuerpo médico reserva naval. Mar agitado entre la base y su buque dificultan llegada. Mínimo seis horas. Establezca contacto directo con uno uno uno nueve en frecuencia tres seis. Buena suerte a usted y a la madre».

Luego, el capitán envió el mensaje escrito a la cámara, y Barclay se lo enseñó a Latimer.

—¿No hay, pues, otra solución teniente Barclay?

—No, no la hay —replicó éste—. Todo depende de usted, de la muchacha y del mar.

Desde ese momento, y mientras el barco avanzaba rumbo al Sur, en dirección a Nápoles, comenzó una prolongada vigilia en la cámara. El capitán acudía con frecuencia para mantenerse al corriente. Parecía tomar el asunto como algo que afectara directamente al prestigio de su buque. En una ocasión en que el barco dio un fuerte bandazo a causa de las olas, el capitán llamó en seguida a Barclay desde el puente de mando.

—¿Se sintió mucho ahí abajo? —preguntó.

—Un poco, capitán. No mucho —contestó Barclay.

—Creo que podemos disminuir un par de nudos la velocidad. ¿Le iría mejor eso?

—Sin duda, capitán.

—Bien; entonces, lo haremos. Es de esperar que llegue pronto la torpedera.

—Eso mismo deseo yo, capitán.

Este permaneció un momento en silencio, y al fin dijo:

—Parece ser una muchacha muy hermosa, ¿no es cierto?

—En efecto, así es.

Poco después, el barco reducía su velocidad.

Pero lo que más asombró a Barclay fue la actitud de Latimer, que parecía incansable y no descuidaba ningún detalle. Tomó el pulso y la temperatura con plena seguridad, y se cuidó de que la muchacha estuviera lo más cómoda posible,

mostrando en todo momento una confianza que terminó por comunicar a la paciente. Latimer sentía grandes temores sobre la forma en que llegaría a desenvolverse, como pudo descubrir Barclay cuando hablaba con él, pero no lo manifestaba, y la muchacha se dio cuenta de ello.

Los dolores seguían presentándose de tiempo en tiempo, y Barclay nunca se alejó del lado de la joven. Permanecía sentado la mayor parte del tiempo a su lado, hablando afablemente con ella. Así se enteró de que la muchacha tenía un primo en Pozzuoli, a cuya casa pensaba ir a vivir. Barclay le dijo que la llevarían al hospital americano y allí la tendrían hasta que estuviera en condiciones de marcharse. Algo hizo que Barclay pidiera a la joven su dirección en Pozzuoli. Mientras hablaban, el teniente descubrió que a ella le gustaba la música. Entonces pidió a Carlyle que tocara la guitarra. El corpulento marinero tomó asiento y comenzó a pulsar el instrumento, cantando en voz baja. La música parecía calmar a la paciente, en cuyo rostro apareció una débil sonrisa. En un momento en que Barclay observaba cómo tocaba Carlyle, descubrió que el marinero miraba a la joven con una mezcla de reverencia, esperanza y temor. A la hora de la cena no había ocurrido nada, y los oficiales cenaron abajo, con los marineros.

Muy tarde ya, el capitán llamó a Barclay desde el puente de mando.

—Malas noticias —dijo el capitán—. Estamos en contacto con la lancha torpedera, y nos comunican que han encontrado mar gruesa. Me temo que eso no beneficiará en nada a una embarcación ligera como ésta.

—¿Para cuándo es lo más pronto que puede llegar?

—Para dentro de cuatro horas, o algo más. ¿Será suficiente?

—Lo dudo. Nunca estuve en una situación semejante, pero creo que será antes, capitán.

Barclay pudo oír cómo el capitán suspiraba.

—Bien, haremos todo lo que esté a nuestro alcance —dijo.

La noticia de lo que estaba ocurriendo en la cámara se había extendido por todo el buque, y todos esperaron con interés el desenlace. Poco era el trabajo que se hacía a bordo, aparte de las guardias indispensables. El carpintero construyó rápidamente una cuna y la instaló en una esquina de la cámara. Esta se hallaba en profundo silencio, con excepción de la suave charla de Barclay con la mujer, en voz tan baja que casi parecía el recitado de una letanía. Ella pareció entrar por un momento en una especie de delirio, e, incorporándose penosamente, le dijo al oído:

—Teniente, si el niño vive y yo no, ¿querrá encargarse de él?

—Desde luego, *signora*. Me cuidaré de la criatura. Pero no tiene nada que temer, y verá que podrá hacerlo usted misma.

—Si no es así, ¿me lo promete? No le preocupe que hable de esta forma, teniente. Es que me gustan las cosas como son. Prométamelo, por favor.

—Está bien, le prometo cuidarme del niño.

—Le creo. Ahora me siento mejor —dijo ella, pero su cabeza seguía moviéndose febril, inquieta, sobre la almohada.

Siguieron recibíendose informes de la lancha torpedera, que estaba primero a tres horas de distancia, luego a dos y media, a dos y, por fin, a sólo una hora. Entonces comunicaron que cruzaban mar muy agitada y que avanzaban con dificultad. Poco después, todo ocurrió rápidamente. El «LST» entró en una zona de mar muy gruesa, seguramente la misma que la torpedera, y el movimiento comenzó a hacerse sentir intensamente en la cámara. Una expresión de terror se dibujó en el rostro de la muchacha. Barclay hizo que cuatro marineros de los más robustos se colocasen a cada lado de la mesa, sosteniéndola para que no se deslizase. Latimer se inclinaba sobre la mujer, y Barclay pudo advertir la profunda preocupación que expresaba su rostro.

—Teniente Barclay —dijo el ayudante farmacéutico—. Creo que hay que reducir aún más la velocidad, si es posible. La paciente parece empeorar.

Barclay se dirigió al teléfono y llamó al capitán, que seguía en el puente de mando. Ordenó el capitán que se redujera la velocidad, hasta que el buque avanzó con gran lentitud. Dio la orden sin vacilar, y sin tener en cuenta el blanco que podía presentar el buque a los submarinos enemigos que hubiera por los alrededores. En la cámara, Barclay podía escuchar las salpicaduras de las olas al golpear contra los portillos. Oyó en ese momento un grito más intenso de la joven, y a Latimer, que decía:

—¡Aquí viene!

El ayudante de farmacia, que era católico, se santiguó, e inmediatamente se aplicó a una tarea que nunca hasta entonces había desempeñado. Barclay se aproximó rápidamente a la mesa.

—Tengo muchos dolores, teniente —decía ella, con el rostro contorsionado por el sufrimiento y la tez tan blanca como la almohada sobre la que se apoyaba.

—¿Dice algo, señor? —inquirió Latimer, que no entendía el italiano.

—Sí, que tiene muchos dolores. ¿Cómo va eso, Latimer?

—No lo sé —replicó el aludido con voz grave—. Si el mar se calmara un poco...

—¿Qué dice, teniente? —preguntó la muchacha a su vez.

—Nada, que pronto habrá terminado todo; tranquilícese.

La joven miró con gesto implorante a Barclay, y le dijo con voz angustiada:

—¡Por favor, teniente, no me deje!

—Claro que no. Aquí me quedo todo el tiempo que usted quiera.

Una mano de la muchacha salió de la manta y apretó la de Barclay, clavándole las uñas en la palma, a la vez que sus pequeños y frágiles dedos se entrelazaban fuertemente con los del teniente.

—Creo que falta ya muy poco, *signora* —manifestó Barclay, procurando animarla.

—¿Le hago daño en la mano?

—No importa; apriete todo lo que quiera, *signora*.

Y ella apretó aún más fuerte, como si su vida dependiera de aquel apretón de manos.

Sucedió en el preciso momento en que el mar entró en un momento de calma, como si también él se hubiera contagiado de la expectación general. Barclay se dio cuenta de que el balanceo del barco había disminuido apreciablemente, y observó asombrado que en los cristales de los portillos ya no salpicaba el agua. Las uñas de la muchacha se clavaron entonces con tal fuerza en su mano, que hicieron surgir unas gotitas de sangre. En ese momento se oyó un débil llanto en la cámara del «LST 1826».

Latimer envolvió al recién nacido en la funda limpia de una almohada, y lo depositó sobre las sábanas de la cunita que el carpintero había construido. Barclay se inclinó sobre la muchacha para darle la buena nueva, y vio que su rostro estaba tremendamente pálido. Pero la prueba había pasado ya.

Llamó Barclay por teléfono al capitán, y éste, al conocer la noticia, habló inmediatamente a los tripulantes y pasajeros del buque por medio de los altavoces.

—Les habla el capitán. Escuchen atentamente todos. En el «LST 1826» acaba de nacer una criatura —dijo con orgullo, como si el transporte de desembarco fuera poco menos que el padre del recién nacido—. Se trata de un niño, y él y su madre se encuentran muy bien. En el parto ha intervenido el ayudante farmacéutico de segunda Hugh Latimer. Rectificamos: acaba de ser propuesto para ayudante farmacéutico de primera. Por desgracia, la Marina no permite a los capitanes conceder el título de licenciado en Medicina.

Un momento después, el capitán entraba en la cámara y felicitaba efusivamente a Latimer y a la madre, y pareció hacerlo también a la criatura, tal fue la sonrisa que le dedicó mientras se mantenía gozosamente al lado de la cuna.

—Bien, ya me siento gordo, tranquilo y feliz —dijo, mientras hacía unas cosquillitas en la nariz al recién nacido—. ¿No les parece un chico muy vivaracho?

Zumbó el teléfono de la cámara y Carlyle acudió a atender la llamada.

—Capitán, informan que se aproxima una PT por la amura de babor, a unas dos millas de distancia.

—Está bien —replicó el capitán—. Diga que coloquen la escala a un costado, y prepárense para recibir al pasajero.

La lancha torpedera se acercó y permaneció balanceándose, de modo que hacía falta bastante agilidad y buenos reflejos para saltar cuando la borda de la lancha y el fondo de la escala estuvieran al mismo nivel. Junto a la borda de la PT se hallaba un oficial de mediana edad, con los galones de primer comandante y las insignias de los médicos navales. No parecía sentirse demasiado feliz mientras contemplaba la escala desde la movediza torpedera. Nelson lanzó un cabo, y uno de los marinos ató a él el

maletín del médico, que izó a continuación el contraмаestre a bordo. Por fin, el comandante se aventuró a saltar y logró hacerlo de forma un tanto insegura, aferrándose a la escala con desesperación. Inmediatamente, la torpedera arrancó, y dejó al oficial mirando, lleno de temor, hacia arriba. El médico consiguió ascender unos escalones, y al fin Nelson se inclinó sobre la borda, le aferró por los hombros y lo empujó dentro del buque. Las primeras palabras del contraмаestre no fueron demasiado alentadoras.

—Por fortuna, ya no le necesitamos, señor —dijo lord Nelson—. Todo ha salido muy bien. Sin embargo, nos complace que haya venido a bordo, señor.

—Es usted muy amable —replicó el comandante—. Y ahora, ¿quiere llevarme inmediatamente adonde está la madre?

—Desde luego, señor —aseguró el contraмаestre alegremente—. Sígame, por favor.

El comandante acompañó a Nelson hasta la cámara de oficiales. Sin preocuparse de las presentaciones, examinó en seguida a la criatura y luego a la madre.

—Bien, es un hermoso bebé, y la madre parece hallarse perfectamente. ¿Quién se ocupó de esto?

Barclay presentó a Latimer, y el comandante le miró detenidamente.

—¿Había hecho esto antes de ahora, muchacho?

—No, señor; ésta ha sido la primera vez. Nunca se me presentó la oportunidad anteriormente.

—Pues debo decirle, joven, que debería usted estudiar para médico.

—Gracias, señor —contestó Latimer—. Eso pienso hacer, si es que esta guerra termina alguna vez.

—Según me han dicho, tienen planes para que eso suceda algún día. Si continúa con ese deseo, póngase en contacto conmigo. Puedo decir que sé algo acerca de escuelas de medicina. Tiene que haber sido un caso difícil —añadió el médico, como si estuviera hablando con un colega—. Me refiero a la pelvis tan estrecha de la madre.

—Ah, sí, es una pelvis muy estrecha —contestó Latimer, quien en realidad había estado tan ocupado que ni siquiera se dio cuenta de cómo era la pelvis de la muchacha.

—De todos modos, le agradecemos que haya venido hasta aquí, señor —dijo, cortésmente, el capitán al comandante.

—Fue un viaje un poco agitado. ¿Estuvo usted alguna vez en una torpedera, a cuarenta nudos por hora y con mar encrespada? —inquirió el comandante.

—No, no he tenido tal privilegio.

—Creí que yo mismo iba a tener una criatura. Soy bastante propenso al mareo. Y, hablando de ello, como supongo que ya no me necesitan aquí, pues todo se halla en buenas manos, me gustaría descansar unos minutos.

—Latimer —dijo el capitán en seguida—, lleve al comandante a mi camarote y proporcióneme cuanto necesite.

Latimer hizo lo que le ordenaban, y regresó al poco tiempo. Los tripulantes iban pasando para ver al recién nacido. Una extraña alegría se había difundido por todo el buque. La dotación entera consideraba aquel hecho como una especie de presagio afortunado para la nave. Era como una señal de que nada malo podría ocurrir nunca a un barco en el que había nacido una criatura. Todos ellos sentíanse profundamente orgullosos.

El capitán dictó el mensaje que debía ser cursado a la base, que decía:

«Preparen ambulancia a la llegada. Tenemos un niño de tres horas de edad a bordo».

La ambulancia se hallaba esperando en el muelle cuando llegó el «LST». En la cubierta de tanques, los italianos, con sus hatillos al hombro, se hicieron cortésmente a un lado, para que descendiera en primer lugar la madre, y la mayoría de los tripulantes se hallaban también presentes para echar una última mirada al recién nacido.

Los cuatro marineros que habían sujetado la mesa en la cámara bajaron a la madre en una camilla. La acompañaban Barclay y Latimer, llevando este último al chiquillo envuelto en una manta de la Marina, seguidos por Carlyle, que portaba la cuna. Dirigiendo la comitiva, con un continente que parecía señalarle como el responsable de la afortunada empresa, iba el pequeño italiano, que movía las manos con aire de importancia, mientras decía en su idioma algo así como:

—Vamos, vamos, abran paso a la *signora* y a la criatura, por favor.

Cuando el grupo descendía por la rampa del buque se oyó una atronadora ovación, que partió de los refugiados.

—¡Viva la Marina americana! —gritaron.

Al final de la rampa, el contraamaestre Nelson entregó a Barclay un bulto envuelto con una tela blanca y atado con una cuerda.

—La tripulación ha hecho una colecta, teniente —dijo lord Nelson—. Es para el niño.

Barclay introdujo el bulto debajo de la manta de la madre, sin que ésta se diera cuenta. Luego, cuando los camilleros iban a colocarla en la ambulancia, la joven hizo una seña a Barclay y éste se inclinó hacia ella.

—¿Quiere decirme su nombre, teniente? —le preguntó.

—Me llamo Matthew —dijo Barclay.

—¿Y el del joven médico?

—Hugh.

—Teniente —manifestó ella—, el niño será bautizado con los nombres de Ugo Matteo.

La ambulancia se alejó, y muchos de los marineros y de los italianos la observaron hasta que desapareció en la lejanía. Barclay se encargó de acomodar a los refugiados en camiones, y se preguntó a dónde los llevarían, y si los volvería a ver alguna vez en la ciudad. Pero lo que más le preocupaba era el sitio a donde pudiera ir la madre. Entonces recordó que en el bolsillo de su camisa tenía la dirección de ella escrita en un papel.

Barclay regresó al buque, y, mientras se dirigía hacia la cámara, se le ocurrió pensar que el mismo día había visto morir a una persona y nacer a otra.

Al día siguiente, la tripulación pintó en el exterior del puente de mando del «LST» un niño en su cuna, del mismo modo que otros buques llevaban las figuras de los barcos o aviones que habían echado abajo.

## 4

### UN VIAJE A NÁPOLES

Si es cierto que el «LST» tenía la cabecera de puente en un extremo de su itinerario, no menos cierto era que en el otro extremo se hallaba Nápoles, lo cual venía a ser una compensación. Semana tras semana, se procedía de igual forma: por la noche, a Anzio; de vuelta, a la mañana siguiente, un día entero en Nápoles, por lo general, y a empezar de nuevo.

Siempre resultaba grato volver desde Anzio. Posiblemente no hubiera por aquellos días, en todo el mundo, una ciudad semejante a Nápoles. Podían verse en ella soldados de todas las nacionalidades del globo, que iban a Anzio o a Cassino, o que venían de allí. En unas pocas manzanas de la vía Roma podían encontrarse americanos, ingleses, franceses, neozelandeses, rodesianos, holandeses, polacos, griegos, sudafricanos, diminutos gurkas, enormes sikhs de grandes turbantes — ambos procedentes de la India y excelentes combatientes—, e incluso se veían algunos soldados brasileños, con sus uniformes color verde oliva.

Todos exploraban la ciudad con el ansia de unas gentes que no estaban seguras de que pudieran volver a hacerlo dentro de pocos días. Se los veía pasear de arriba abajo y de abajo arriba por vía Roma, cuyo aire estaba impregnado de olor a vino y a almendras, mirando, escrutando, siempre a la caza de algo que les pudiera divertir durante unos momentos. Su búsqueda, fuese cual fuere, se veía auxiliada, casi invariablemente, por numerosos civiles italianos de todas las edades, que les ofrecían bebidas fabricadas con dudosos ingredientes y rosarios para protegerles en el próximo enfrentamiento con los alemanes; pero, por encima de todo, mujeres, ofrecidas a veces por sus mismos familiares. Así, algunos chiquillos les decían en voz baja:

—*Mia sorella...*

Siempre producía gozo volver de Anzio, y mucho más, cuando en ese viaje le correspondía a uno el permiso en Nápoles. Si además de eso se estaba citado con una enfermera, la guerra ya parecía definitivamente color de rosa.

Mediada la mañana, Barclay se acercó a la pequeña cabina telefónica que la Marina había instalado en el muelle de Pozzuoli. Le costó bastante trabajo comunicarse con la muchacha.

—¿A qué hora paso por ahí? —preguntó él, cuando consiguió que le dieran la comunicación. No obstante, se oía muy mal, y tenía que gritar con energía. De todos modos, Barclay sentíase sumamente contento al poder estar hablando por teléfono con una mujer.

—Dije a las ocho en punto —contestó ella, y el teniente oyó su leve risa como si llegara desde muy lejos.

—Bueno, allí estaré —dijo él—. Puede que llegue antes, hacia las ocho menos diez.

En ese momento, Barclay no tenía medios de transporte, lo que constituía siempre un problema cuando llegaban en el buque. Sin embargo, estaba seguro de que podría encontrar algo a tiempo. De lo contrario, pasaría un rato con Shanley, si éste se hallaba por allí. No había nadie mejor que Shanley para pasar unos momentos divertidos.

El teniente Allen Shanley parecía gozar con la guerra. Tenía una capacidad tremenda para las diversiones, y se encontró con que Italia era una fuente inagotable de ellas. No podía ser más feliz de cuanto lo era allí, haciendo lo que se le antojaba, fuera de sus horas de servicio. Físicamente, el teniente Allen Shanley se parecía bastante a un oso de Alaska. Debía pesar sus buenos ciento diez kilos, y tenía casi un metro noventa de alto, con sólida armazón y nada de grasa. Cuando se movía, lo hacía con una especie de pesado contoneo, lo que, unido a su abundante pelo negro, le hacían muy semejante al plantígrado antedicho.

Al afán de Shanley por hallar distracciones le ayudaba grandemente su trabajo. El teniente se dedicaba a una de las tareas más peligrosas que pueden desempeñarse durante una guerra. Era desmontador de bombas y cargas sin estallar.

Una de las cosas que más gustaba a Shanley de su trabajo era el tiempo que le dejaba para sus correrías. Por lo general, había muy pocas bombas que desmontar, y Shanley se pasaba los días sin hacer nada. Su interés se dirigía por entonces especialmente a las *signorinas* y al buen coñac, que él sabía dónde podía conseguir fácilmente.

La tarea de Shanley le colocaba en una situación extraordinariamente ventajosa, ya que los desmontadores de bombas figuraban entre las primeras tropas que entraban en una ciudad abandonada por el enemigo, y después de desmontar las bombas podía dedicarse a elegir su residencia entre los edificios abandonados por los alemanes. Estos eran muy ingeniosos en lo concerniente a los explosivos, y, en una ocasión, Shanley encontró una carga de ciento cincuenta kilos dispuesta para que estallase al abrir la puerta de una estantería de libros. El teniente gozaba encontrando los

artefactos y desmontándolos con sus enormes manos, que manejaban el mecanismo con delicadeza de maestro relojero. Le complacía «liberar» tanto a personas como a cosas, y había enviado muchos de los objetos liberados a su madre, una señora que vivía en Chevy Chase, Maryland, y que, creyendo que su hijo los había comprado con buen dinero, sentíase conmovida ante la solicitud de su muchacho, al enviarle tantos y tan buenos regalos, entre los que se contaban espadas, cuadros, pistolas de duelo y otros muchos obsequios. También le mandaba otros regalos más apropiados para una dama, como un par de pendientes de malaquita y plata, diversas pulseras e incluso, en una ocasión, un juego de tocador de concha de tortuga, que constaba de veintisiete piezas. Shanley se había dedicado ya a la «liberación» en África, donde él y Barclay solían verse cuando el «LST» se hallaban en puerto. Sin embargo, Shanley descubrió que los objetos de Oran, Argel y Bizerta no resultaban interesantes, con excepción de un hermoso jarrón de bronce que halló en una oportunidad. Fue en Italia donde su afición halló campo libre, y ya estaba impaciente pensando en la inmediata liberación de Francia.

Era evidente que Shanley no se había hecho desmontador de bombas por aquellas ventajas que obtenía, ya que, cuando se ofreció voluntario para la tarea, difícilmente podía sospechar que se le iban a presentar tan doradas oportunidades. Por su parte, Barclay no sabía a ciencia cierta qué era lo que podía impulsar a un hombre a la ocupación que ejercía su amigo. Comprendía el atractivo de otras tareas peligrosas, como la de navegar en un submarino, que a él mismo le había atraído. Pero pasarse la guerra desarmando extraños artefactos en lejanas ciudades, le parecía una labor solitaria y carente de gloria. Nunca lo comprendió muy bien, hasta que Shanley le habló de ello. Entonces lo entendió a medias.

—El verdadero atractivo de esto —afirmó Shanley— reside en que es el único trabajo de esta condenada guerra donde nadie tiene que ordenarte lo que debes hacer. Fíjate: nadie, muchacho. Si se trata de submarinos, estás constantemente bajo el mando del capitán. Si son los aviones de caza, hasta vuelan en formación, dirigidos por el jefe de la escuadrilla. En las torpederas sigue habiendo un capitán, y hombres que dan y reciben órdenes. Pero cuando me encuentro en un agujero o un sótano, sólo estamos yo y la bomba. Nadie me tiene que decir lo que debo hacer. Así soy yo, muchacho. No me gusta que me den órdenes.

—Es una suerte que todo el mundo no sea tan independiente como tú —aseguró Barclay, tomando unos sorbos de bebida—. De lo contrario no habría quien tripulase un barco.

—Y aún hay algo más —prosiguió Shanley.

—Veamos, dime qué es, Allen.

—La emoción del trabajo —replicó Shanley, dejando oír su profunda risa, que parecía la de un gran oso alegre. A veces, Barclay creía advertir una especie de locura en su amigo. Probablemente hubiera algo de eso.

—¿De veras?

—Sí, muchacho. Cuando estás desmontando una carga, nunca sabes lo que va a suceder dentro de un momento. Es algo verdaderamente emocionante.

Shanley volvió a llenar los vasos con coñac, y agregó:

—Ya no sería capaz de aceptar otro trabajo. No hay nada como ser desmontador de bombas. Es lo único que le hace a uno verdaderamente independiente.

Resultaba sumamente extraño hallar a un hombre tan satisfecho con la misión que desempeñaba en la guerra, y por ello, seguramente, estaba alegre casi siempre y resultaba un magnífico compañero de andanzas para Barclay, el cual, lo primero que hacía al llegar a un puerto era averiguar si en él se hallaba Shanley.

Este tenía también otra peculiaridad interesante, que había salido a la luz en una conversación que él y Barclay habían tenido en Oran o Bizerta.

—¿Crees tú en la guerra, Shanley? —le preguntó Barclay en tal ocasión.

La pregunta era bastante capciosa, y Barclay se sorprendió cuando Shanley le contestó en serio:

—Yo no creo en ninguna guerra. ¿Acaso crees tú en ella?

Barclay vaciló unos instantes, pero en seguida contestó:

—Sí, claro que creo en ella.

—Pues yo, no. Estoy seguro de eso.

—En tal caso, ¿por qué te has hecho oficial desmontador de cargas?

—Para no tener que matar a nadie. ¿Sabes, muchacho? Me opongo a matar a mis semejantes, sea cual sea la razón que para ello exista.

—Podrías oponerte sólo con la conciencia.

—Pamplinas; ésa es una posición muy cómoda. Yo me opongo a las matanzas —aseguró Shanley, y se desvió rápidamente del tema—. A ver, camarero, vengan otros dos coñacs.

Con Shanley siempre se pasaba un rato entretenido, y después de hablar con la enfermera, Barclay le llamó por teléfono desde la cabina del muelle.

Shanley fue a recoger a Barclay en un «jeep» donde se leía la inscripción: «Cuerpo de Desmontaje de Bombas», con unas enormes letras. Bajóse del vehículo y avanzó hacia Barclay como un tanque de gran tonelaje. Mientras sonreía ampliamente, le estrechó una mano con la fuerza de una prensa y con la otra mano le oprimió el hombro, haciéndole lanzar un quejido.

—Vaya, no creía que tuvieras un «jeep» para tu uso personal —dijo Barclay, cuando se hubo librado de la afectuosa acogida de su amigo.

—Desde luego —replicó Shanley, expansivamente—. Nunca se sabe cuándo pueden necesitar me, como bien dije al comandante, y en tal situación no sería oportuno andar por ahí pidiendo un vehículo para trasladarme al lugar donde se requieren mis servicios.

—Y resulta fácil de identificar —comentó Barclay.

—Sí, tuve una gran idea al hacer pintar ahí ese letrero. De ese modo puedo entrar donde yo deseo. Absolutamente en cualquier parte. No hay traba alguna para este «jeep» en cuanto ven el letrerito, y tampoco me hacen preguntas. Bien, vamos allá, muchacho. No perdamos nuestro valioso tiempo en este pozo condenado —dijo, echando una mirada a las casas de Pozzuoli—. Vayamos hacia la ciudad grande y perversa.

Iban de camino hacia Nápoles cuando Shanley preguntó a su amigo:

—¿Qué te parece, muchacho, si me acompañas a una de mis rondas culturales?

—¿Qué has dicho?

Shanley rióse al notar la extrañeza de Barclay, y agregó:

—Como bien sabes, a veces dispongo de bastante tiempo, y sucede que siempre tuve deseos de aprender esgrima.

—¿Has dicho esgrima?

—Tuve la suerte de conocer al *signor* Candela, que fue campeón olímpico de sable tres veces. Ahora es mi profesor, y me da media hora de clase por día. Sus honorarios son un cartón de cigarrillos por semana.

—No está mal —dijo Barclay.

—Ese fue el principio, y decidí que no había motivo para que me detuviera allí. Por consiguiente, me puse en contacto con la condesa D’Oriani —agregó Shanley.

—¿Quién es?

—Mi profesora de italiano. Es algo grande. Se trata de una de esas aristócratas venidas a menos por culpa de la guerra, según dice. Es una profesora nata, y voy a que me dé lección una hora por día. Eso me cuesta seis latas de ración C por semana, y una de melocotones en almíbar. Además, está el *signor* Serafini.

—Vaya, ¿de quién se trata?

—Me enseña historia italiana. Fue profesor en la Universidad de Nápoles. La condesa me puso en contacto con él.

—¿Cuánto te cuesta?

—Sólo una lata de gasolina de quince litros por semana. Creo que la vende. Claro que nunca he sido tan descortés como para preguntárselo. Lo que importa es que es toda una eminencia en materia de historia italiana. En estos momentos estamos estudiando el apogeo de Florencia.

—La Marina te está proporcionando una educación de primer orden, según veo —apuntó Barclay.

—Eso es cierto —replicó Shanley—. Cuando termine la guerra quiero ser una persona culta. Uno de los americanos más entendidos en asuntos italianos.

—Esperemos que logres tu propósito.

La jornada resultó sumamente agradable. Barclay permaneció escuchando atentamente la lección de historia del señor Serafini, y luego se trasladaron a la

«villa» de la condesa. Se trataba realmente de una «villa» de pequeñas proporciones. Al escuchar a Shanley, Barclay se dijo que su amigo hacía grandes progresos en el idioma. A continuación fueron a casa del señor Candela. Barclay contempló divertido al *signor* Candela mientras daba saltos y mandobles a diestra y siniestra, operación que luego repetía el alumno con tal energía que daba la sensación de que la pequeña morada iba a derrumbarse de un momento a otro. Los tres profesores trataban al gigantesco oficial naval con una mezcla de afecto y temor, y se reían a carcajadas cuando él decía algo gracioso.

A la vuelta se detuvieron en la base naval, donde Shanley quería recoger su correspondencia. El teniente saltó de su vehículo y entró en el edificio mientras Barclay esperaba en el «jeep». En otro edificio cercano había un letrero que decía: «Comedor de soldados», y Barclay se dio cuenta de que era la hora de cenar. Los soldados estaban terminando ya, y algunos salían con sus platos, en los que se veían los restos de la comida, que arrojaban a los voluminosos cubos de la basura. Al cabo de un momento, Barclay notó que a un lado de los cubos había esperando una larga cola de italianos, principalmente mujeres, y que llevaban todos un recipiente en la mano, bien fuera una olla o un simple bote de hojalata. También había niños, y ancianos, pero se notaba la ausencia de jóvenes. La escena interesó hasta cierto punto a Barclay, que no comprendió el significado que podía tener aquella cola. Por fin, cuando los soldados hubieron dejado de echar los restos en los cubos, salió del comedor un soldado corpulento que llevaba puesto un delantal y que empuñaba un gran cazo. El soldado se colocó junto a los cubos de la basura, y una especie de estremecimiento se extendió por la cola de italianos.

A una señal del recién llegado, la cola comenzó a avanzar, y al llegar cada persona ante los cubos, el soldado hundía el cazo en el contenido de aquéllos y lo sacaba lleno de restos de comida, que vertía en los recipientes que le presentaban. El soldado realizaba la operación sin mirar el rostro de los que pasaban ante él, con el fin de ser totalmente imparcial y no dejarse influenciar por la edad, u otras peculiaridades. Sin tener en cuenta el tamaño del recipiente, echaba un cazo lleno, e, inmediatamente, la persona se alejaba examinando con atención lo que le había caído en suerte, observando si era líquido en su mayor parte, si había pan, o había tenido la fortuna de recibir un trozo de carne.

Una vez realizado ese examen, la persona, fuera niño, mujer o anciano, atacaba con los dedos el contenido de su recipiente y se ponía a comer rápidamente. La escena se grabó en la mente de Barclay, quien se dijo que no se borraría de su memoria hasta el día de su muerte. En ese momento salió Shanley del edificio de la base con un montón de cartas en la mano, silbando una alegre tonada.

—¿Hacen siempre eso? —preguntó Barclay, cuando el «jeep» se puso en marcha.

—¿A qué te refieres?

—A la cola que había ante los cubos de basura.

—Sí ocurre todas las noches. También se arrojan a los cubos los restos del desayuno y de la comida, pero para que no haya colas más que una vez por día, se entregan después de la cena. Algunos se ponen en fila por la mañana.

Siguieron en silencio hasta que llegaron a la casa donde vivía Shanley. Cuando hubieron entrado en la habitación, Shanley sonrió y dijo:

—Bien, ¿qué te parece?

La casa era un palacete que no podía ser más adecuado para residencia de oficiales solteros. Shanley tenía su habitación en una esquina de la planta baja.

Al mirar a su alrededor, Barclay quedóse boquiabierto. Se trataba de una gran estancia con estatuas en las cuatro esquinas, y desde cuyo techo un grupo de ángeles desnudos miraban con rostro sonriente hacia abajo, en dirección a la cama, que era de las mismas proporciones que el cuarto. Aquí y allá se apreciaban diversos artículos militares mezclados con los muebles del palacio. Había un saco marinero sobre un elegante diván, unas botas al pie de la estatua de Afrodita y una mochila junto a la enorme chimenea. Tampoco faltaba un piano. Desde unas arcadas de aspecto morisco podía divisarse el jardín de la residencia.

—Claro que los elementos principales ya estaban aquí cuando llegué —afirmó Shanley modestamente—. Yo sólo añadí algunos muebles y los detalles decorativos que encontré en las casas vecinas. Por ejemplo, ese diván, al que tengo especial estima. ¿Has visto en tu vida algo parecido? Es de estilo Luis XV, y lo liberé muy cerca de aquí. Espero poder enviárselo a mi madre. Estoy seguro de que le gustará mucho, lo mismo que esa alfombra turca y ese soberbio edredón. La cama, que, como puedes ver, es enorme, ya estaba aquí, por suerte. Yo la llamo la habitación de los querubines.

—Muy conmovedor —dijo Barclay.

—Vamos, vamos, no te hagas el cínico, muchacho.

El cuarto de baño estaba dotado de una bañera bajo el nivel del suelo, donde hubiera cabido con holgura un hipopótamo. Los dos tenientes procedieron a bañarse, y a continuación sentáronse tranquilamente y se pusieron a beber. Shanley insistió en que Barclay aceptase el ofrecimiento de su «jeep» y se fuera él solo con la enfermera, pero éste propuso que les acompañase.

—Está bien, iré con vosotros —dijo al fin Shanley—. Te diré lo que podemos hacer, muchacho. Primero iremos al club y allí tomaremos unas copas. Yo me encargo de prepararte debidamente a la chica. Luego volvéis aquí y os quedáis *tutta la notte*.

—¡Por amor de Dios, no confundas! —exclamó Barclay, realmente alarmado—. No se trata de una cualquiera que debe ganarse la cena, sino de una enfermera. Una enfermera americana con la que tengo una cita. ¿Lo has comprendido? *Tutta la notte!* ¿Habrás visto?

—De todos modos, no te preocupes por mí —aseguró Shanley—. Yo tengo muchos lugares a donde ir. Sólo me encargaré de prepararla, y luego me evaporo.

—Shanley —dijo Barclay, pacientemente—. Te repito que no se trata de eso ni remotamente. ¡Y deja de una buena vez de decir que la vas a preparar!

—No tienes por qué preocuparte. Lo hago con la mejor voluntad del mundo.

Barclay suspiró, comprendiendo que no había quien pudiera hacer entender aquello a su amigo. Miró resignado al techo, y vio los querubines que sonreían, como burlándose de él. Cuando hubieron terminado de beber, los dos tenientes se encaminaron hacia el «jeep» y ascendieron por la colina para recoger a la muchacha. Shanley había cogido una botella de coñac para Barclay —tres estrellas, de Hennessy —, del gran armario de su alcoba, el cual parecía una combinación de almacén naval y de bodega, tal era la mezcla de suministros y de licores de que estaba abarrotado.

—¿Sabes? Nunca estuve con una enfermera por estos sitios —aseguró Shanley—. En realidad, me tienen bastante ocupado las *signorinas*, así como también, en estos momentos, mis estudios acerca de los asuntos italianos. ¿Estás seguro de que no cometes un error, Matteo, al desdeñar el rico material cultural que hay aquí? Yo podría servirte de guía, *amico mio*. Es una pena que hayas viajado tres mil millas para venir a un país que se caracteriza por sus hermosas mujeres, desde los Ptolomeos, y luego te cites con una mujer de Boise, Idaho.

—¿Los Ptolomeos? Shanley, creo que exageras con tus cursos de cultura italiana. De todos modos, no creo que la enfermera sea de Boise.

—Sin embargo, me parece muy gastado eso de ir por ahí con una enfermera americana. Algo burgués y anodino.

Pero cuando la muchacha apareció en el salón donde estuvieron unos momentos esperándola, Shanley lanzó un suave silbido y habló en voz baja a Barclay:

—Hermano, ésa no es una enfermera corriente. Eso es un bombón de la mejor clase, Matteo.

—Sí, no está mal, para ser algo gastado, burgués y anodino —replicó, displicentemente, Barclay.

En ese momento llegó ante ellos la enfermera.

—Vaya, son exactamente las ocho —dijo, y dirigió una sonrisa a Barclay.

Se hallaban en un lugar espléndido. Se trataba, sin duda, del sitio más lujoso que había visto Barclay desde que abandonara los Estados Unidos, o quizá en toda su vida.

—Miren esas mujeres —manifestó Shanley—. ¿No forman un grupo encantador? Creo que es interesante pensar, al menos desde un punto de vista sociológico, que puede disponerse de cualquier muchacha de este salón por sólo un cartón de cigarrillos. Eso no la incluye a usted, enfermera, desde luego.

—No, yo me cotizo un poco más —replicó ella.

—¿Como cuánto, enfermera? —preguntó Shanley.

—Más de lo que usted pueda pagar, teniente.

Shanley se echó a reír, y agregó:

—Es que soy un hombre práctico, sustancial.

—¿Crees que podrás conseguirnos alguna bebida sustancial, teniente? —dijo Barclay, procurando cambiar de tema.

—*Cameriere!* —llamó Shanley, y al momento se acercó un camarero vestido con chaquetilla blanca y estrechos pantalones negros.

Se hallaban en el club de oficiales de la base, instalado en una antigua «villa», y que parecía a Barclay todo hecho de cristalería y terciopelo rojo. En las paredes colgaban ricos tapices; el suelo aparecía cubierto por espléndidas alfombras, y del techo pendía una enorme araña que relucía sobre las pulidas baldosas de la pista de baile.

Numerosos oficiales estaban bebiendo, unos en las mesas y otros en el bar, donde también abundaban las muchachas. Estas aparecían vestidas atractivamente, algunas de una forma un tanto chabacana, animando el ambiente con su presencia, prometedora de deliciosas experiencias eróticas. Las chicas eran bastante jóvenes, y resultaba evidente que casi ninguna había sido profesional antes de la guerra. De la estancia se elevaban las carcajadas y el rumor de las conversaciones. En conjunto, resultaba un ambiente grato, donde se sentía uno satisfecho.

—*Cameriere* —dijo Shanley—, tráiganos otra ronda, por favor, dos whiskies más para el teniente y para mí, y un *Dubonnet* para la señorita teniente.

—Creo que ya he bebido bastante —afirmó la enfermera.

—No concibo que sea tan floja. Camarero, ya ha oído la orden —manifestó Shanley, mientras sonreía a la joven.

«Lo cierto es que la enfermera parecía muy diferente ahora», pensó Barclay. Mucho mejor, desde luego, que cuando la viera por última vez en la cubierta de tanques del «LST», con los heridos de Anzio. En cierto modo, era la primera ocasión que él tenía de observarla detenidamente. Tenía la tez muy blanca, y los ojos castaños, que combinaban perfectamente con su cabello, de color nogal. El color de los ojos, parecido al de las hojas de otoño, producía un contraste con la blancura de su piel que se notaba inmediatamente. Parecía asombrada ante la presencia de tantas muchachas como había allí, pero procuraba mirar sin demasiada insistencia.

—Enfermera, quiero infundirle un sentimiento de consuelo por si acaso lo necesita —dijo Shanley—. Aunque Barclay se halla sólo ocasionalmente en la ciudad, puede tranquilizarse pensando que yo resido aquí constantemente.

—Pero usted tiene todas estas *signorinas* a su disposición, teniente.

—Desde luego, mas considero que una muchacha americana debe tener preferencia.

—Muy patriótico por su parte, teniente. Debo decirle que últimamente no he tenido deseos de que me consuelen, pero lo tendré en cuenta, por si acaso.

—Eso espero, enfermera. Al fin y al cabo, Barclay está fuera la mayor parte del tiempo.

—Yo soy un lobo de mar —intervino Barclay—. No ganaríamos la guerra si todos fuésemos unos marinos de agua dulce como tú.

—Ahí le tiene: está muy interesado en ganar la guerra él solo.

—De todos modos, no quiero que ninguno de ustedes dos me consuele —insistió la muchacha.

—¿Has oído alguna vez una declaración más pedante que ésta, Barclay? Me parece muy quisquillosa, para ser tan joven. ¡A ver, *cameriere!*

—Me voy a ahogar en *Dubonnet* —afirmó la enfermera.

—Entonces, ¿prefiere unos *Martinis*? —preguntó Shanley, deseoso de ayudar.

—Cielos, no.

—Bien, enfermera —prosiguió diciendo Shanley, una vez que hubo hecho el pedido al camarero—. ¿Cuánto tiempo lleva usted con nosotros?

—¿Con ustedes, teniente?

—Quiero decir en la guerra, sirviendo a su país como lo está haciendo ahora.

—A ver, déjeme recordar... Sí, serán unos dos años y medio. Hace uno, aproximadamente, que estoy aquí.

—¡Dos años y medio! Es una buena hoja de servicios, enfermera. ¿Y antes?

—Si realmente le interesa, le diré que estudiaba en una escuela de música, en Nueva York.

—¡Una escuela de música! ¿Cómo podrá alguien abandonar una cosa así? Supongo que habrá querido aportar su granito de arena, como todos nosotros, ¿no es cierto?

—Tal vez. No quise perderme lo más interesante.

—¿Interesante, enfermera?

—Siempre me ha gustado ver las cosas desde la primera fila.

—En ese caso, está usted en el lugar adecuado. Personalmente, considero que la guerra resulta cada día más interesante *Cameriere!* Debemos tomar algunas de estas bebidas, que contribuyen también a aumentar el interés.

—Creo que ahora tomaré un whisky —dijo la enfermera.

—Una decisión muy sabia. Verá que todo le parece más fácil. Camarero, traiga tres *scotch*.

Barclay deseó que Shanley no estuviera tratando de «prepararla». Se daba cuenta de que éste sólo quería ayudarle a él. Pero Barclay no necesitaba que se la preparasen. Le complacía ver que la joven parecía decidida a no dejarse «preparar». Entonces él se dio cuenta de que era el primer juicio personal que emitía sobre ella.

—Enfermera —prosiguió diciendo Shanley—, hace ya bastante tiempo que no tenía ocasión de hablar con un súbdito americano de su sexo. Meditemos acerca de esas mujeres que hay allí, si no tiene inconveniente. Vemos a los *ufficiale* ofreciéndoles cartones de cigarrillos, y a las *signorinas* aceptándolos. La muchacha que acepta el cartón, o las tabletas de chocolate, o la barra de jabón, ¿se degrada más que el que lo ofrece? Ese es el profundo pensamiento filosófico que podemos estudiar antes de pasar a otros asuntos más profundos.

La enfermera sonrió levemente, y dijo:

—Creo que no resulta muy difícil de comprender, teniente. La muchacha lo hace para comer, para subsistir. Eso es indispensable. Yo diría que es el hombre el que se degrada.

—Y yo diría que está usted con ánimo moralizador, enfermera —aseguró Shanley.

—¿Qué opina usted, teniente Barclay?

—Creo, Shanley, que esta muchacha es bastante más inteligente de lo que tú crees. Ya te lo decía cuando nos dirigíamos hacia el hospital. No sólo me parece inteligente, sino verdaderamente brillante.

—Me están resultando los dos un buen par de embusteros —aseguró la joven.

—Enfermera, debo reconocer que en el fondo estoy de acuerdo con mi amigo. Ha pasado usted la prueba. Quedamos, pues, en que la guerra degrada más al conquistador que al conquistado. Al conquistador, a veces llamado libertador.

Shanley miró con gesto levemente sarcástico a su alrededor, y prosiguió diciendo:

—Mire en torno suyo, y fíjese en esos libertadores. ¿No constituyen un deprimente espectáculo? Pero pasemos a otros asuntos más concretos. ¿Dónde vive usted, enfermera?

—En el hospital. ¿Y usted, teniente?

—Yo vivo en una «villa». Un palacete muy hermoso. Y mi aposento no es menos acogedor, ¿eh, Matteo?

—Sí, es una habitación preciosa —aseguró Barclay—. Hasta tiene angelitos desnudos pintados en el techo.

—Realmente poético —apuntó la enfermera.

—Sí, es el lugar más poético que he visto en los últimos tiempos —dijo Barclay.

—¿Toca usted el piano? —inquirió Shanley.

—Desde luego —contestó ella.

—En la habitación de los querubines hay un gran piano. Deseo que se acuerde de ese detalle.

—Lo tendré en cuenta.

—Eso espero. También yo soy una persona culta. Y, a propósito, creo que lo que hacen los oficiales y las muchachas no es más que seguir la consigna general de nuestros días, a saber: conseguir lo que uno pueda, mientras se está a tiempo. ¿No le parece razonable, enfermera?

—Hasta cierto punto lo es.

Shanley se puso en pie, y dijo:

—He tenido un gran placer al conocerla, enfermera. Y, antes de marcharme, quiero favorecerla con uno de mis maduros pensamientos: hágame caso y no se comprometa con nadie que vaya en barco. Hoy están aquí y mañana se han marchado. Lo que tiene que hacer, enfermera, es depositar su confianza en un nombre de tierra. Créame, no se comprometa con un lobo de mar, como nuestro común amigo Barclay.

—Gracias, eres un verdadero amigo —dijo éste.

—No es nada personal, muchacho. Sólo lo hago por el bien de la enfermera.

—¿Es siempre tan considerado? —preguntó ella a Barclay.

—Sí; hay que conocer a muchísima gente antes de dar con alguien tan considerado como Shanley, aquí presente.

De pronto, el corpulento teniente depositó algo en la mano de Barclay y se marchó. Barclay abrió la mano y vio en ella un par de llaves sujetas por una anilla. Sabía que una era la del «jeep», y en cuanto a la otra, no hacía falta tener mucha imaginación para sospechar a dónde pertenecía.

Al salir, un chiquillo de unos diez años se aproximó a Barclay y le preguntó si deseaba una mujer.

—Mi hermana —dijo—, mi hermana puede hacerle pasar un buen rato.

—Claro que sí, pero sucede que tengo aquí una chica, y no querrá esperar por mí —contestó Barclay.

—¿Quiere una habitación? —preguntó de nuevo el pequeño, mientras andaba junto a Barclay, que se dirigía al «jeep»—. Tengo una alcoba muy bonita para usted y la *signorina*, teniente.

—No, no necesito habitación. Gracias, de todos modos.

—Comete un error, teniente. La *signorina* que tiene ahí es muy hermosa.

—Ya me he dado cuenta.

—Entonces, ¿cómo desperdicia una ocasión como ésta, teniente? —preguntó el chiquillo, que parecía poseer un profundo sentido comercial—. Tal vez no vuelva a presentársele una oportunidad así, teniente. Puede ocurrirle algo a usted, o a la *signorina*...

Barclay se estremeció imperceptiblemente y miró al niño como si éste fuera una especie de geniecillo. Luego introdujo la mano en la guerrera y extrajo algunas liras, que le entregó.

—Ya lo sabe, teniente: cuando necesite una habitación, yo puedo proporcionarle una muy bonita —manifestó el chiquillo, antes de marcharse.

Cuando la enfermera hubo tomado asiento junto a Barclay, le preguntó:

—¿Qué quería ese pequeño?

—Quería venderme algo. ¿A qué hora tiene que volver al hospital?

—Entro a trabajar a las ocho de la mañana.

—¿A las ocho en punto?

—Justamente —contestó ella, riendo.

Sentíase Barclay un tanto tímido en presencia de ella, y al fin le preguntó:

—¿Cuánto tiempo suele dormir?

—Según. A veces me basta con dos horas, si se hace necesario.

—No suelo tener un «jeep» a mi disposición con frecuencia. He pensado que podíamos dar un paseo hacia Amalfi. Estaremos aquí, de vuelta, al amanecer.

Ella vaciló un momento, y al fin dijo:

—Está bien, creo que tengo ganas de pasear.

Por la ciudad había ya poco tránsito, y, cuando hubieron salido de ella, los coches fueron aún más escasos. No tardaron en encontrarse pronto en las montañas, a la luz de la luna, pudiendo contemplar el mar a sus pies.

—Es un club muy interesante —comentó, al cabo de un momento, la muchacha—. Nunca tuve ocasión de ver algo como lo que allí ocurría.

—¿A qué se refiere?

—A las muchachas, ganándose la vida de esa forma. Y en cuanto a Shanley, me resulta simpático —aseguró ella, y se rió por lo bajo.

—Sí, es un gran muchacho. Siempre que estoy por aquí voy a verle.

—¿Cómo le conoció?

—Fuimos compañeros en la escuela naval, en Nueva York, y ya íbamos juntos a recorrer la ciudad. Creo que es el mejor amigo que tengo.

—Pero el trabajo que desempeña no es de los más recomendables, ¿no es cierto?

—A mí, al menos, no me gustaría tener que hacerlo.

El «jeep» tomaba las curvas con facilidad, y Barclay notaba que el cabello de la muchacha, cortado reglamentariamente como debían llevarlo las enfermeras, revoloteaba al viento. Él se sentía a gusto con la joven a su lado, aunque ya casi había olvidado cómo se hablaba a una mujer. Además, era un placer manejar el «jeep», y no se notaba rastro alguno de la guerra por aquellos contornos. Luego, la carretera descendió hacia el mar.

La pequeña playa de la caleta estaba totalmente desierta, y los dos se pusieron a caminar despacio bajo la luz de la luna. A ambos lados se proyectaban dos acentuados promontorios. El mar se hallaba en calma. Barclay había sacado una manta del «jeep», la extendió sobre la arena y ambos se sentaron sobre ella, mirando al mar.

—¿Está contenta de haber venido a Italia? —preguntó él.

—Creo que es bastante mejor que haberme quedado en los Estados Unidos. Prefiero esperar aquí el fin de la guerra.

—Sí, creo que la comprendo.

—Y usted, ¿se alegra de estar aquí?

Echóse a reír Barclay, y manifestó:

—Bueno, para un hombre no hay alternativa posible, ¿no cree? Sin embargo, me gusta el mar. Siempre me ha gustado más que cualquier otra cosa.

Permanecieron unos instantes en silencio, y al fin la muchacha volvió a preguntar:

—¿Sigue haciendo los viajes a Anzio?

—En efecto.

—¿Qué transportaron la última vez?

—Soldados británicos, que habían estado en el desierto.

—¿No hubo más mulas?

—No. Lo que sí echamos todos de menos fue el viaje con ustedes, las enfermeras. Deberían viajar más a menudo en nuestro barco. Sin duda, son desde ahora nuestra carga favorita.

—¿Cada cuánto tiempo llegan aquí?

—El buque atracaba cada dos o tres días. Yo suelo ir una vez por semana a la ciudad.

—Eso le sirve de descanso, sin duda. ¿Cree que resistirá la cabeza de puente?

—Es lo que deseo. Dicen que van a avanzar a partir de allí, y que al mismo tiempo lo harán desde Cassino, hasta que nuestras tropas se encuentren en Roma. Pero lo cierto es que hace bastante que se comenta eso mismo.

—Entonces, es probable que mientras resistan en Anzio, usted siga volviendo a Nápoles, ¿verdad?

—Desde luego —replicó él, y de pronto se dio cuenta de lo que aquello significaba.

—Luego, cuando se haya consolidado la cabeza de puente, ¿no cree que le trasladarán a otro lugar con el barco?

—Puede ser.

Ambos quedaron meditando un momento, y Barclay trató de rechazar los pensamientos pesimistas. Por el aspecto del cielo podía advertirse que el amanecer no tardaría en llegar. Deseaba ver el mar y la ciudad bañados por la luz del alba, desde las colinas cercanas, y pensó que a la muchacha también le gustaría ver el espectáculo.

Poco después regresaban al «jeep», y volvían velozmente por los montes que se alzaban junto a la costa. Las primeras luces de la mañana iban surgiendo cuando se aproximaron a la ciudad. Barclay detuvo el vehículo en lo alto de la carretera, y ambos contemplaron cómo el alba desplazaba la oscuridad poco a poco, más allá del mar. No había nadie en los alrededores. A lo lejos podía divisarse el cono rojizo del Vesubio, y al otro lado se extendía Nápoles.

Resultaba difícil hallar una bahía tan hermosa como aquélla, encerrada entre colinas y donde no se advertía traza alguna de la guerra. El panorama era espléndido, sobre todo desde el mirador en que lo contemplaban. Luego, cuando caminaban monte abajo, comenzaron a divisarse algunas señales de la contienda: algunos edificios derruidos, camiones militares destrozados y, sobre todo, la presencia de los grandes buques pintados de gris que había en el puerto. Barclay se dijo que la presencia de los barcos de guerra era ya más familiar para él que un panorama tranquilo, apacible.

Avanzaron hacia una iglesia, adonde iban llegando algunas ancianas encorvadas que se tocaban con pañoletas negras.

—¿Podemos detenernos un momento?

—Desde luego.

Entraron los dos en el templo, y ella humedeció ligeramente sus dedos en la pila del agua bendita, tras lo cual hizo una rápida genuflexión y se santiguó. Él volvió a pensar, como lo había hecho varias veces antes, en la gracia que trascendía de la muchacha. Se encaminaron luego hacia un banco, y mientras ella permanecía de rodillas, Barclay tomó asiento y contempló el interior de la iglesia. Se trataba de un templo modesto, posiblemente de una barriada pobre de los alrededores de Nápoles, donde los amarillos y los azules de las pinturas murales resultaban excesivamente llamativos. Había una docena de personas rezando. Todas eran mujeres, y de edad avanzada. Después de un momento, las ancianas se dirigieron al altar para comulgar. Barclay se preguntó si no tendrían problemas para conseguir la harina de las hostias, cuando tan escaso andaba ese artículo. Poco después, la joven se puso en pie, y ambos salieron de la iglesia, subiendo de nuevo al «jeep».

—Le agradezco que se haya detenido —dijo ella.

—Lo he hecho con gran placer.

Barclay condujo loma arriba, hasta llegar al hospital, y detuvo el vehículo ante la puerta. Luego miró su reloj, y dijo:

—Le quedan casi dos horas para dormir. Puedo asegurarle que lo he pasado muy bien. Hacía bastante tiempo que no lo pasaba tan entretenido.

—Lo mismo me ha ocurrido a mí. ¿Cuándo sale su barco?

—Esta noche regresamos a Anzio, y estaremos de vuelta pasado mañana temprano, pero no habrá permiso para abandonar el buque. Luego haremos un nuevo viaje a la cabeza de puente, y entonces tal vez... —Barclay se puso a contar con los dedos, y agregó—: Dentro de cuatro noches volveré a tener permiso. ¿Podré verla?

—Me encantaría. ¿Me llamará cuando vuelva?

—Lo haré sin falta, descuide.

La acompañó él hasta la puerta del hospital, y luego regresó al «jeep» y condujo el vehículo lentamente colina abajo, hasta el puerto. Pensó que Shanley le quitaría la muchacha. Tenía un sentimiento fatalista acerca de esas cosas, tal como estaban los tiempos. Quizá la joven se enamorase de Shanley o tal vez no ocurriera así. El tiempo lo diría. De todos modos, la llamaría cuando regresara. De eso sí estaba seguro.

Lo importante era que había pasado un día muy agradable, y le disgustaba tener que volver al barco. Este le estaba esperando siempre, para hacer el monótono viaje a Anzio. Aquélla era la dura realidad, mientras que Nápoles no pasaba de ser un dulce sueño, una quimera, como dejaba de serlo la chica. Shanley la conquistaría, si había alguien capaz de hacerlo. Pero, en el fondo, aún le quedaba una ligera esperanza, y Barclay se aferró a ella.

## EL MARINERO PELIRROJO

Todo comenzó en realidad cuando Carlyle levantó a la muchacha de su camilla con la misma facilidad que si fuera una criatura y, después de ascender por la escalera, la colocó suavemente sobre la mesa de la cámara de oficiales, donde nacería el niño. Algo debió de sucederle a Carlyle a partir de entonces. A pesar de todo, le hizo falta una gran decisión para hablar con Barclay. De haber sido otro oficial, seguramente no se hubiera atrevido, pero Barclay era el preferido por él. Poseía una especie de sexto sentido, en lo que al barco se refería, y daba a veces la sensación de que tenía en la cabeza todo el buque, tal era la facilidad con que resolvía algunos problemas de la profesión marinera.

Por otra parte, nada parecía sacarle fuera de sí. Si algún marinero hacía algo mal, Barclay no le reprendía delante de todos, sino que, con delicadeza y, sobre todo, en privado, le hacía comprender su error. Luego de eso, no había tripulante que no pusiera todos sus esfuerzos en enmendar el yerro. Por fin, Carlyle había visto la valentía de Barclay en la batalla, cuando, hallándose en una ocasión en Palermo, bajo un duro ataque aéreo, un trozo de proyectil destrozó una pierna a un artillero llamado Colwell, que se hallaba al lado del oficial. Barclay recogió inmediatamente al herido, y mientras las granadas estallaban a su alrededor, lo llevó hasta el botiquín de primeros auxilios situado en el muelle. El teniente Barclay era para Carlyle la encarnación de lo que un oficial de Marina debía ser, al tiempo que podía hablársele sin reparos, tanto dentro como fuera del buque. De todos modos, Carlyle tuvo que pensarlo bastante para decidirse a hablarle en aquella ocasión.

Por fin, Carlyle se dirigió a la cámara de oficiales, una noche en que navegaban hacia Anzio con una carga de vehículos y conductores militares, y se enteró de que Barclay no estaba de guardia en esos momentos. Encaminóse hacia el camarote del oficial y, después de golpear suavemente en la puerta, oyó que contestaban desde dentro:

—Adelante.

Abrió Carlyle la puerta y encontró a Barclay echado en su litera, escribiendo una carta.

—Desearía hablar con usted un momento, si fuera posible, teniente Barclay — dijo el marinero.

El oficial dejó a un lado la carta y se sentó en el borde de la litera.

—Tome asiento, Carlyle —replicó Barclay.

Sentóse el marinero en la única silla que había en la habitación, y mantuvo rígida su corpulenta figura. Carlyle no se hallaba realmente cohibido, pero la pregunta que había pensado hacer era un tanto difícil. El joven decidió empezar hablando sobre los recientes sucesos, a modo de introducción.

—Latimer hizo un excelente trabajo, cuando el nacimiento del niño, ¿no es cierto, teniente? —manifestó.

—Ciertamente —contestó Barclay—. Creo que Latimer es por hoy el único ayudante de farmacia de la Marina capaz de asistir con éxito a un parto.

—Yo me pregunto cómo seguirán la madre y el niño —dijo el marinero, tragando saliva, y decidiendo arriesgarse—. ¿Sabe usted dónde están, teniente Barclay? Creo que me gustaría volver a verlos cuando regresemos, señor.

El oficial miró a Carlyle un momento, y luego replicó:

—Me parece una excelente idea, Carlyle.

—¿Cree usted, teniente? —dijo el muchacho, y su semblante resplandeció—. ¿Sabe dónde se encuentran?

—Justamente conseguí su dirección. ¿Le interesaría, Carlyle? —Se lo agradecería mucho, señor.

Barclay se puso en pie y se dirigió a su escritorio, de donde sacó un trozo de papel. El barco dio entonces un fuerte bandazo. Barclay se aferró al escritorio, y Carlyle afirmó los pies en el suelo al deslizarse un poco su silla.

—Aquí lo tiene. La muchacha se llama Coco Comparo, y vive en vía Giuseppe Mazzini, 36, Pozzuoli. Creo que no le costará encontrar la dirección en el pueblo.

—Coco Comparo —murmuró Carlyle pensativamente—. Es un nombre muy bonito.

Y eso fue todo. Al fin resultó bastante más fácil de lo que Carlyle había esperado. Cuando éste se dirigía hacia proa, por el pasillo, otro golpe de mar le lanzó contra un mamparo, y, tras enderezarse el buque, Carlyle siguió adelante.

A semejanza de muchos otros americanos, el marinero de segunda Peter Carlyle tuvo que interrumpir sus estudios a causa de la guerra. Él los dejó en el décimo grado. Hasta el momento de alistarse en la Armada nunca había visto el mar, es decir, ni siquiera había salido del Estado de Iowa, donde nació y creció en un ambiente de granjeros. Antes sólo tuvo ocasión de hacer un viaje con su padre a vender cerdos en Omaha.

Por más que fuera la primera vez que veía un buque, Carlyle se entregó al mar y a la vida de a bordo como si hubiera nacido en una litera. Desde el primer momento le

gustó el barco, y como también era inteligente, se desenvolvía a la perfección. Tanto si se trataba de manejar calabrotes, como de utilizar la sonda, o de otros menesteres, Carlyle aprendía con rapidez, como si hubiera estado haciendo aquello toda su vida, en lugar de ordeñar vacas, lavar caballos y cavar la tierra.

No había cargador más rápido que él en su puesto de combate de la batería artillera de proa. Tenía la vista más aguda de todos los que estaban a bordo, y todo el mundo, del capitán para abajo, se sentía más tranquilo cuando atravesaban un campo de minas o una zona de submarinos y Carlyle estaba de guardia. Sus compañeros afirmaban que era capaz de localizar una mosca en la caseta del timonel de una lancha torpedera situada a diez millas de distancia, en lo que sin duda exageraban bastante.

Carlyle era un joven singularmente apuesto. Tenía una figura que bien podía haber descendido del pedestal de una deidad mitológica para cobrar vida en la cubierta del «LST». El uniforme de marinero, con sus pantalones ajustados a la cintura y amplios en los bajos, y el blusón de ancho cuello, parecía estar concebido para que un hombre de cualquier edad, especialmente si era algo grueso, tuviera un aspecto decididamente ridículo. Pero a Carlyle le sentaba perfectamente. Este medía un metro ochenta y cinco de altura, y era todo músculo, con vientre plano y caderas estrechas. Su fuerza se había hecho legendaria entre los tripulantes del buque, y, cuando se requería mover algo realmente pesado, solía decirse: «Llaman a Carlyle». Tenía los ojos tan azules como el mar sobre el que navegaba, y sus mejillas apenas si experimentaban la acción de la navaja barbera, ya que el marinero contaba sólo diecisiete años. Pero lo más notable de su apariencia era su cabello. Se trataba de un pelo intensamente rojo, que parecía relucir como una especie de cimera de fuego sobre su cabeza. Todos decían en el buque que si éste se hundía, bastaría con que Carlyle se hallase en una lancha salvavidas para atraer rápidamente a los buques y aviones de rescate, con su cabello.

Sólo en una ocasión, que pudiera recordarse, había usado Carlyle su fuerza por razones personales. Un marinero nuevo en el buque se hallaba trabajando un día con un grupo de tripulantes cerca del cabrestante del ancla de babor, cuando comenzó a aludir a Carlyle como «el niño bonito», en términos evidentemente de burla. Durante un buen rato, Carlyle hizo caso omiso de las pullas, hasta que, ya cansado, y sin mediar señal alguna, se dirigió serenamente hacia el marinero, lo alzó sobre la cabeza y lo arrojó por la borda al agua. Todo ello, sin decir una sola palabra. La maniobra tuvo pleno éxito, y el individuo no volvió a mofarse de Carlyle en lo sucesivo.

Los hombres de los buques, que viven en un reducido mundo, se juzgan siempre unos a otros con mayor severidad de lo que suele hacerlo cualquier otro grupo social. Ninguna peculiaridad del carácter, sea buena o mala, puede permanecer disimulada durante largo tiempo, y nada se logra con tratar de disimular o engañar a los demás. Además de no beber, ni fumar, ni jurar, Carlyle no concurría a aquellos lugares de los puertos mediterráneos que la Policía Naval señalaba como prohibidos. De haberse

jactado de su apariencia, de su fuerza o de sus virtudes, Carlyle se hubiera hecho objeto de la antipatía general de la tripulación del «LST». Respecto a su fuerza, sólo consideraba que era una ayuda en las tareas de a bordo. Su apariencia parecía tenerle sin cuidado, y, por lo demás, sólo hallaba satisfacción trabajando en el buque, y al llegar a puerto se limitaba a visitar los lugares que cualquier turista habría visitado en tiempo de paz. Red Carlyle había prometido a su madre que leería todos los días algunos versículos de la Biblia, y hasta el momento había cumplido fielmente su promesa. En aquel viaje a Anzio estaba con los salmos, y, sentado en el borde de su litera, leía un capítulo cada noche, antes de echarse a dormir.

Nadie consideraba extraña tal actitud, pues nada hay peor en un buque de guerra que el hacinamiento en los lugares donde duermen los marineros, y son muchos los que desean aislarse durante algunos momentos del ambiente. Lo uno hace necesario lo otro. Los tripulantes parecían darse cuenta de que, si no contaban con aquellos escasos momentos de intimidad personal, terminaría por no quedar nada de sí mismos. Así, pues, Carlyle era apreciado por todos sus compañeros y por los superiores. Además, tocaba muy bien la guitarra, lo que contribuía a distraer a los tripulantes del tedio de a bordo. A veces, Red Carlyle también cantaba, y lo hacía con bien templada voz, entonando sentidas canciones. Solía cantar, por ejemplo:

*Estuve haciendo un largo viaje,  
Creí que estabas enterada;  
Estuve haciendo un largo viaje,  
Por donde se pierde el camino...*

Los que le escuchaban se sentían transportados a sus lejanos hogares en América. Otras veces entonaba himnos del Evangelio, no menos conmovedores.

También la guitarra había contribuido a la popularidad alcanzada por Carlyle entre las gentes italianas, y especialmente entre los niños. Cuando el buque se hallaba en Pozzuoli, el marinero solía sentarse largo tiempo en el muelle con una veintena de chiquillos a su alrededor, que escuchaban con gran atención. Les intrigaba el rojizo cabello del joven, y también su guitarra, instrumento que muchos de ellos no conocían.

Carlyle parecía tener un atractivo especial para los *bambini*, que aplaudían ruidosamente sus interpretaciones, y a menudo se echaban todos encima de él, jugando. Precisamente a causa de Carlyle el «LST» se hizo conocido de los chiquillos de Anzio, que se hallaban siempre en el muelle para recibir al buque, y en especial al marinero pelirrojo que tocaba la guitarra.

Vistióse Carlyle de uniforme azul y se encaminó a Pozzuoli. Tenía la dirección de la joven madre en un papel, y, una vez en la población, pidió que le orientasen. Como era una localidad pequeña, no tuvo dificultad para hallar el lugar. Se trataba de una

antigua casa de piedra, en fila con muchas otras, de sólido aspecto, ante la cual se hallaba sentada una anciana. Esta era un poco sorda, y Carlyle se vio obligado a gritar.

—*Sigaretta?* —dijo la mujer.

Carlyle no tenía cigarrillos, pero solía llevar algunos confites para los niños, y entregó unos cuantos a la vieja. Después de desenvolverse uno parsimoniosamente, la anciana se lo llevó a la boca, y luego señaló con gesto indiferente hacia la escalera situada enfrente. Carlyle subió escaleras arriba, llegó ante una puerta y golpeó en ella con los nudillos. Un llanto de criatura le confirmó que se hallaba en el sitio preciso. Abrióse un momento después la puerta y apareció la joven. Esta pareció extrañada al principio, pero en seguida le reconoció, abrió la puerta de par en par y dijo algunas palabras en italiano, invitándole a pasar.

Encontróse Carlyle en la estancia más desnuda que hubiera contemplado jamás. El mobiliario se reducía a una estrecha cama, una silla, una mesa pequeña, una especie de cómoda y una cuna. Eso era todo. La muchacha no estaba mucho más adornada que la habitación. Llevaba un vestido negro, sandalias de madera, iba sin medias y carecía del menor vestigio de maquillaje. Parecía sumamente joven y, de no saberse que era madre, más bien semejaba una de las chicas que cuidan a los niños en ausencia de sus padres.

Carlyle casi no hablaba italiano, excepto unas pocas palabras que había aprendido de los *bambini*. Ella, por su parte, no conocía nada de inglés. Carlyle llevó con él uno de los vocabularios de idiomas extranjeros que la Marina entrega a sus miembros, y con la ayuda de este librito y de una profusión de gestos, pudieron entenderse el primer día.

Eso hizo recordar a Carlyle las películas de Tarzán que proyectaban en el pequeño poblado de Iowa, cerca de donde él vivía, y donde el héroe y su compañera se entendían casi del mismo modo. No resultaba fácil comprenderse, pero Carlyle dedujo que la habían tratado bien en el hospital americano, y que cuando salió de allí se enteró de que su primo se había marchado con rumbo desconocido, por lo que ella tuvo de instalarse en aquel mismo sitio con los pocos muebles que pudo conseguir.

La muchacha sacó al niño de la cuna y lo enseñó al marinero. Era una criatura diminuta, y sus manecitas se dirigieron inmediatamente al pelo de Carlyle, lo que hizo reír a la joven. Esta colocó al niño en su cuna, y a continuación volvieron a entenderse por medio de signos y de unas pocas palabras, hasta que parecieron haber agotado aquella limitada forma de expresión. Carlyle temió que aquello fuese un obstáculo para que pudieran volver a verse, y, como en el fondo lo deseaba, hojeó el manual y se las arregló para hacerle entender a la joven que deseaba aprender el italiano, y que le pagaría la enseñanza, si ella accedía a hacerlo. Ella vaciló un momento, pero al fin manifestó que lo haría. Así, pues, quedaron en que Carlyle iría allí cada vez que tuviera tiempo disponible.

Transcurrió un mes de lecciones, y éstas se hacían muy prolongadas, durando a veces cuatro horas o más. Entre ellas, Carlyle estudiaba incesantemente a bordo, cuando se hallaba fuera de las horas de guardia, en los libros que había pedido a Barclay que le trajera de Nápoles. Incluso cuando estaba de guardia con Barclay, a veces, hablaba en italiano con éste, para practicar.

Con dos profesores, las prolongadas lecciones y el incesante estudio, en horas libres, Carlyle iba haciendo grandes progresos en su aprendizaje del italiano. Como éste es uno de los idiomas más fáciles de aprender, y como, por otra parte, Carlyle era inteligente y encontraba un gran incentivo en su estudio, al cabo de cuatro semanas podía entenderse muy bien en aquel idioma. Y cuanto más aprendía, mejor podía comunicarse con la muchacha... y más agradable le resultaban las visitas a la vía Mazzini.

Lo primero que hizo Carlyle fue comprar otra silla. Consultó en el vocabulario las palabras correspondientes, y se dirigió a un comercio que vendía objetos de recuerdo para los marineros, en el puerto de Pozzuoli. El comerciante, en lugar de enviarle a un establecimiento del ramo, se levantó y vendió a Carlyle la silla en que estaba sentado. El marinero llevó la silla hasta la habitación de la muchacha, después de lo cual ambos pudieron estar cómodamente sentados para dar las clases.

Al finalizar una de éstas se hallaban un día haciendo ejercicios de práctica. Ella preguntaba en italiano, y él tenía que contestarle en la misma forma.

—¿Cuántos marineros hay en su buque?

—En mi buque hay noventa marineros.

—¿Y cuántos oficiales?

—Hay nueve oficiales.

—¿Se ha mareado alguna vez?

—Me mareé al cruzar el Atlántico, como todo el mundo —manifestó él—. Desde entonces no he vuelto a marearme.

—¿Le gusta estar en un barco?

—Sí, me gusta estar en un barco.

—¿No prefiere estar aquí?

Ella intercalaba a veces preguntas como aquélla, sin previo aviso y sin cambiar de expresión, y eso les hacía reír alegremente a ambos.

—Claro que prefiero estar aquí.

—¿Qué hará cuando termine la guerra?

—Después, probablemente, me dedique a... —Carlyle hizo una pausa y pareció elegir la palabra adecuada— a granjero.

Ella le corrigió la pronunciación del último vocablo, y prosiguió diciendo:

—¿Le gusta mi niño?

Sonrió él, al ver que, además de un ejercicio, aquello resultaba un juego.

—Sí, me gusta su niño.

Eso era cierto, y, con frecuencia, el marinero cogía en brazos a la criatura y le decía algunas cosas, lo que parecía alegrar extraordinariamente al pequeño. Carlyle miró a la cuna donde estaba el chiquillo, y repitió:

—Desde luego, me gusta mucho.

—¿Sabe de cuándo le recuerdo? De cuando tocaba la guitarra en el barco.

Él se decidió a hacerle otra pregunta:

—¿No se acuerda que la llevé desde la camilla a la cámara de oficiales?

Ella pareció grandemente sorprendida.

—No, eso no lo recuerdo en absoluto. Pero se lo agradezco ahora. Fue una gran atención por su parte.

—¿Proseguimos con la lección?

Esperó ella unos instantes, y al fin inquirió:

—¿Cómo me va a pagar las lecciones?

—En liras, creo yo.

—¿Por qué no me paga en especie?

—No lo hago porque... —comenzó a decir Carlyle, y luego de vacilar brevemente, agregó—: Porque no sé muy bien lo que quiere decir usted por «especie».

—Me refiero a alimentos, por ejemplo. Así podría ahorrarse el dinero.

Así fue como ocurrió todo. Carlyle comenzó a llevarle paquetes de alimentos del buque. Cosas sin importancia, como latas de raciones C, o cajas de raciones K, que siempre abundaban en el buque. De todos modos, insistió en pagarle en liras.

—Lo otro no son más que unos obsequios —aseguró Carlyle.

Ella tenía que interrumpir a veces las lecciones para amamantar al niño, que reclamaba el alimento con algunos lloriqueos y un remover de bracitos y de piernas. Mientras ella se cuidaba del niño, él bajaba a la calle y daba un paseo por los alrededores, pretextando que deseaba descansar un poco de las lecciones. Un día le sorprendió un chaparrón, y ella se disculpó porque él se sintiera obligado a salir de la habitación mientras daba de mamar al niño.

—No tiene por qué disculparse —dijo Carlyle.

—Si al menos tuviera otra habitación, usted podría pasar a ella, en lugar de tener que bajar a la calle.

El tema de la conversación turbaba un poco a Carlyle, el cual contestó:

—La verdad es que no me importa salir un momento, pero creo que le conviene más vivir en otro sitio. No es que esto esté mal; pero, en fin, creo que hay sitios mejores.

—Lo siento, pero no puedo pagar un sitio mejor.

Quedaron un momento en silencio, y al fin ella agregó:

—Tal vez si usted me pudiera conseguir otras cosas, como cigarrillos...

—Pero si usted no fuma —replicó él, sonriendo.

—No los quiero para mí. ¿No comprende lo que podría conseguir con un cartón, un solo cartón de cigarrillos americanos?

Carlyle no contestó, y prosiguieron adelante con la lección. No volvió a acordarse del asunto hasta que estuvo de nuevo en el barco, y le vino la conversación a la memoria. Tendría que pensar en eso, se dijo.

## 6

### JOSEPHUS DANIELS CONTRA SAN PABLO

Ningún marinero u oficial del «LST» hubiera puesto reparo alguno al capitán Jacob Adler como comandante del buque. Y no es que el capitán Adler fuera demasiado tolerante en su tarea, lo cual, por otra parte, no contribuye a aumentar el prestigio de un capitán entre sus hombres. El individuo que se embarca suele preferir un capitán tiránico y competente, a otro condescendiente pero de escasa competencia. Es mejor acostarse en la litera pensando que en el puente está un déspota que conoce su oficio, en lugar de un buenazo que es capaz de embarrancar el buque o de conducirlo inexpertamente en la batalla.

La virtud del capitán Adler era que conocía perfectamente su profesión, proporcionando a sus subordinados una gran sensación de seguridad, al tiempo que les trataba como a personas corrientes, lo cual no suelen hacer todos los capitanes de buque. Podía ser sumamente exigente en cuanto concernía al funcionamiento de la nave —artillería, navegación, maniobras, funcionamiento de las máquinas—, pero se mostraba comprensivo con la dotación, haciendo todo cuanto era posible porque llevasen a bordo una vida cómoda y sin complicaciones.

El capitán Adler gobernaba su buque de acuerdo con el principio que descubriera después de hallarse un tiempo en la Marina, y que revelaba que los reglamentos y usos de la Armada tenían un objeto determinado y prestaban indudable utilidad.

Sin embargo, el capitán era el primero en dejar de lado e incluso en olvidar por completo, aquellas reglamentaciones que contribuían a dificultar la vida a bordo. Lo relativo a los uniformes era un ejemplo a este respecto en ambos sentidos. Insistía en que la dotación debía vestir reglamentariamente cuando bajaba a tierra de permiso o en misión oficial, pero a bordo, en cambio, como todo quedaba bajo su jurisdicción —pues hasta el capitán de un «LST» es el amo absoluto del buque—, los marineros y oficiales podían vestir como gustaran.

La mayoría de ellos usaban los pantalones y la camisa de reglamento, pero había quienes usaban diversas vestimentas extrañas que indicaban cuál había sido el puerto de su última escala, lo cual era señal de que deseaban introducir un poco de variedad en sus vidas. El capitán, en esos asuntos, dejaba que sus hombres actuaran a su gusto.

En resumen, el capitán Adler prefería que la vida transcurriera en su barco sin complicaciones. Consideraba que, por larga que fuera la guerra, siempre sería demasiado corta para tratar de inculcar a noventa marineros y nueve oficiales, la mayor parte de ellos procedentes de campos de adiestramiento o de un corto curso naval, la disciplina y los conocimientos propios del que ha pasado cuatro años en la academia de la Armada. Y más hallándose en un transporte de desembarco, que se contaba entre los desheredados de la Marina.

El capitán Adler tenía un procedimiento propio y peculiar, mezcla de fiereza y de benevolencia, para tratar con un reglamento determinado cuando se hacía necesario. En una ocasión, Latimer, el ayudante de farmacia, estaba tratando los casos de enfermedades venéreas en secreto, para no poner en evidencia a los afectados, pese a que el capitán sabía que ello no impediría que al llegar a tierra volvieran a las andadas. Por esa época, Latimer fue a ver al capitán y le pidió que instalase una enfermería en el muelle para atender a los chiquillos de la ciudad, cuando el buque se hallaba en puerto. Adler le contestó irritado:

—¿No comprende que tendría que usar suministros navales, Latimer? ¡Por Dios, hombre, eso es algo totalmente irregular, y, además, hallándonos en guerra!

—Sí, señor —replicó Latimer mansamente—. Pero una de las cosas que nunca nos faltan es suministros.

—Eso no es una justificación, Latimer. Constituye un delito el entregar material de la Marina a personas que no pertenecen a la misma. ¿Tiene deseos de que comparezcamos los dos en Portsmouth?

—Claro que no, señor. No querría que sucediera eso.

—Por lo tanto, queda denegado el permiso —dijo Adler—. En consecuencia, bajo ninguna circunstancia podrá usted atender a los *bambinos* enfermos más de una vez por día, ¿queda entendido?

—Desde luego, señor —contestó alegremente Latimer.

Jake Adler procedía, no sólo de una, sino de dos de las familias judías más antiguas y ricas de Nueva York. Tan acaudalados eran sus progenitores, que, cuando contrajeron matrimonio, la gente dijo escandalizada que era una vergüenza que gentes tan ricas se casaran entre sí, en lugar de favorecer a un cónyuge menos afortunado. La fortuna que se juntó de este modo fue fabulosa, y permitió al único vástago del matrimonio dedicarse a sus dos únicas pasiones, que eran la navegación y el tener hijos.

Sus conocimientos de navegación le habían permitido ocupar el puesto de capitán del transporte, después de algunos meses de práctica con el «LST» bajo la supervisión de la Marina. Y su esposa le había proporcionado vástagos al ritmo de uno por año, en los siete primeros años de su matrimonio. Adler tenía una fotografía de sus siete hijos sobre el escritorio del camarote. Los niños ofrecían una escala perfecta desde los seis a los doce años cuando asumió el mando del «LST», y la

duración de la guerra se hacía ostensible para él por el aumento en la edad de sus hijos.

El capitán solía escribir con frecuencia a su familia, y recibía a su vez largas y alegres cartas que incluían con frecuencia fotografías. El comparar éstas con las que tenía sobre el escritorio, solía dejarle estupefacto, y lo que más le dolía de la guerra era el hecho de que aquellos niños crecieran sin que él pudiera estar a su lado, y sin saber el tiempo que podría durar la contienda. Tanto llegó a preocuparle ese asunto, que incluso tuvo intenciones de pedir a su mujer que no le enviase más fotografías familiares, pero se contuvo porque comprendió lo extraña que ella encontraría su petición, y porque, en el fondo, no podría él dejar de sucumbir a la tentación de ver cómo sus hijos iban creciendo. No menos le dolía el hecho de que algunas canas fueran apareciendo ya en sus sienes.

Para Adler constituía una dura prueba el hecho de que el «LST 1826» fuera el barco preferido de los niños, al que siempre esperaban en Pozzuoli. Nada le afectaba tanto como la degradación que se apreciaba en algunos de aquellos chiquillos como consecuencia de la guerra. A menudo, cuando el marinero Carlyle tocaba su guitarra en el muelle para ellos, Adler solía contemplarlos procurando que no le viesen, y al regresar a su camarote y encerrarse en él, se echaba a llorar pensando en esos niños, en los suyos e incluso en él mismo. Era en momento como éstos cuando se daba cuenta del odio que sentía por la contienda.

El capitán conservaba en su escritorio, junto a la fotografía de sus hijos, un trozo de proyectil del tamaño de un limón que debía pesar algo más de un kilo, el cual había sido extraído del cuerpo de un muchacho de veintiún años llamado Harrison, al que había reemplazado el alférez Horner. El trozo de metralla había alcanzado a Harrison cuando éste se hallaba en la rampa de proa, dirigiendo el ascenso y el descenso de vehículos. Cuando le extrajeron el pedazo de metralla, el joven se hallaba en la cámara de oficiales, y había dejado ya de existir. El capitán conservó el trozo de metal sobre su escritorio, a fin de recordar que, al mismo tiempo que debía cumplir eficazmente las misiones que le encomendasen, su obligación era la de devolver, cuando concluyese la guerra, el mayor número posible de los tripulantes del buque a sus hogares.

Solía recorrer Adler su buque, no con el fin de espiar lo que hacían sus subordinados, sino porque dormía poco por las noches, y porque le gustaba también estar en contacto de vez en cuando con sus hombres, para solucionar los problemas que pudieran surgir. Lo cierto es que la dotación se alegraba cuando le veía pasear por cubierta.

El buque se hallaba a mitad de camino de regreso desde Anzio, y el capitán estaba sentado en su camarote, tratando de coser una esquina desgarrada del bolsillo de una camisa, cuando llegó a verle una delegación de marineros con una singular petición.

La Marina de guerra de Estados Unidos es la única Armada donde no se consiente a bordo ninguna clase de bebidas alcohólicas. No siempre fue así, y la situación se

originó durante el mandato de Josephus Daniels como secretario de la Marina en la Primera Guerra Mundial. La razón del edicto fue, en primer lugar —o al menos eso es lo que se pensaba—, la creencia de que la Marina sería un cuerpo más eficaz sin esas bebidas que con ellas. Según parece, existía el temor de que los marineros y oficiales se dirigieran borrachos perdidos a sus puestos de combate al comenzar una batalla. Esto resulta tanto más extraño cuanto que son muchas las armadas del mundo que suministran diariamente a los marineros una ración de bebidas alcohólicas, y que dejan plena libertad a los oficiales para que las consuman, pese a lo cual, el comportamiento de esas dotaciones no deja nada que desear.

Por ejemplo, la Marina Real británica proporciona puntualmente todos los días, a las once de la mañana, un vaso de ron a los marineros, así como al entrar en batalla, y si esto dejara de hacerse, es probable que se originase un motín comparable al de 1797. No obstante, la Armada inglesa tiene una hoja de servicios excelente, y no se ha registrado un solo caso de un buque de Su Majestad que hubiera dejado de cumplir con su cometido debido a la intoxicación etílica de sus tripulantes.

Hasta la misma Marina de Estados Unidos tenía una excelente trayectoria antes del edicto de Josephus, conducta que no experimentó variación alguna después de aplicarse el mencionada edicto. A pesar de todo, la prohibición había subsistido a través del tiempo, y era una de las cargas que los miembros de la Marina americana debían aceptar con resignación. Lo único que podía decirse en favor de esto, es que había contribuido a fomentar las relaciones amistosas con otras armadas, especialmente la británica, cuyos buques solían ir a visitar muchos oficiales americanos en cuanto se hallaban en puerto.

No todos los tripulantes del «LST» conocían la historia de aquella prohibición, pero todos ellos estaban al corriente de que existía. Muchos pensaron sin duda que era algo natural, que existió siempre, como el hecho de que un buque flotase. Otros, más inquietos, reflexionaron acerca del asunto y entrevieron la posibilidad de solucionarlo, aunque no tenían grandes esperanzas en ello. Cuando el radiotelegrafista tercero, Nathaniel Middleton, llegó en una ocasión con una intoxicación alcohólica que puso en peligro su vida, después de haber recorrido los bares y tabernas del puerto, algunos de los marineros decidieron hacer una tentativa aprovechando el percance de aquél.

Los tripulantes eligieron con gran cuidado su comité representativo de cuatro miembros. Estaba integrado por el ayudante farmacéutico de primera, Hugh Latimer; el cocinero de segunda, Gerald Mason, el maquinista de segunda, Joel Chatham —el cual antes de la guerra había sido propietario de un bar en un pueblo de Nueva Inglaterra—; y por el marinero de primera, Edgar Allan Poe Porterfield, timonel del buque y capellán oficioso, pues había estudiado el sacerdocio antes de estallar la contienda. Esa era la delegación que fue a ver al capitán, interrumpiéndole su labor de costura.

El capitán Adler les recibió en su camarote y les invitó a que tomaran asiento. Mason, Chatham y Porterfield lo hicieron en el borde de la litera de Adler, y Latimer se sentó en una silla. Habían elegido a Latimer como portavoz de la delegación, porque se le juzgaba el más preparado en cuestiones médicas.

—Capitán —comenzó diciendo el ayudante de farmacia—, deseamos hablar con usted acerca de ciertos trastornos que algunos marineros están sufriendo en el estómago.

—¿Qué clase de trastornos son éstos? —inquirió el capitán.

—Ocurre, señor, que últimamente se han producido una serie de dolencias de ese tipo. Middleton ha sido el más afectado de todos —dijo Latimer con aire profesional.

—Vaya, es una verdadera lástima —contestó el capitán—. Creo que habrá que buscar el origen de la dolencia. ¿Cuál es la causa del problema, tal vez la comida?

—No, no señor, no es la comida, puedo asegurárselo —afirmó rápidamente el cocinero—. En nuestro barco se sirve tan buena comida como en cualquier otro buque de guerra, menos en un crucero, claro está, pero es que aquí no nos proporcionan los mismos suministros que en esos buques.

—Sí, ya me doy cuenta de que salimos perdiendo, comparados con un crucero, Mason —dijo el capitán.

—Yo sólo deseaba tranquilizarle asegurándole que no se trata de la comida —insistió Mason.

—Está bien, de acuerdo. ¿Qué es entonces? —inquirió aquél, con un dejo de impaciencia en la voz.

—Verá, señor. Se trata de que los muchachos han bebido algo muy malo en tierra —dijo Latimer—. No hay ninguna duda acerca de eso. Chatham puede confirmar lo que digo. Él fue tabernero, como usted sabrá, señor, y entiende de bebidas.

—Es cierto, capitán —aseguró Chatham—. Lo que beben en esos bares es un brebaje de pésima calidad. Me apenaría tener que decirle lo que echan en esas bebidas que venden en los puertos, capitán.

—Incluso he hablado con uno de los compañeros ayudantes farmacéuticos de la base —siguió diciendo Latimer—, al que fui a ver para tratar de este problema, y dijo que el departamento médico había analizado algunos vinos, hallando en ellos sustancias sumamente nocivas.

El capitán permaneció en silencio unos instantes, pensando en lo bien que habían presentado el caso, y preguntándose cuánto tiempo haría que proyectaban realizar aquella visita.

—Vaya, se trata de una interesante investigación, Latimer —dijo Adler—, y es usted digno de elogio por haberse tomado todas esas molestias.

—Puedo asegurarle —manifestó Latimer con vehemencia— que me apena extraordinariamente verlos ir a la enfermería, lanzando tremendos quejidos, señor. Es algo que parte el alma.

El capitán trató de imaginarse el sombrío cuadro que le presentaban.

—Sí, me hago cargo de ello —dijo—. Pero sucede una cosa, Latimer, y es que nadie les obliga a que beban, ¿no cree? No es una medicina que hayan de tomar forzosamente.

—Claro que no, señor, pero ya sabe lo que pasa. No pueden pasar sin beber algo. Es más fuerte que ellos mismos, capitán.

—Y bien, ¿qué es lo que desean que haga yo, que envíe un químico con ellos, para que les analice las bebidas? —dijo el capitán Adler.

—No, señor, hemos pensado en algo mucho más sencillo que eso —replicó Latimer, y, después de aspirar profundamente, agregó—: Pensamos que si se permite a los marineros tomar un poco de vino a bordo, sin duda no beberán tanto en tierra. Chatham, aquí presente, entiende mucho de vinos, y puede aconsejar la compra al por mayor a un viñedo. Se nos ocurrió que podría almacenarse en uno de los depósitos pequeños —aseguró Latimer, como si el almacenamiento fuera uno de los problemas fundamentales del asunto.

El capitán miró fijamente a los marineros que le rodeaban, y al fin dijo:

—¿Me están proponiendo seriamente que se sirva vino a bordo de mi barco?

—Bueno, no es exactamente que se sirva, señor —dijo Chatham—. Nuestra idea es que, si tuviéramos un depósito lleno de buen vino..., pues que se sería mucho mejor para todos.

—También pensamos que cada hombre, al abandonar una guardia, podría tomar un confortador vasito de vino, nunca antes de ella —aseguró Latimer—. Chatham tendría la llave del depósito, y se encargaría de administrar la bebida, lo mismo que lo hacía en tiempo de paz.

Latimer terminó riendo débilmente, pero se puso serio cuando vio que el rostro del capitán permanecía impasible.

—Ya lo veo, se trata de un plan sumamente interesante —dijo lentamente el capitán—. Ahora bien, ¿ha oído alguno de ustedes hablar de Josephus Daniels?

Porterfield, que había leído bastante, preguntó:

—¿No fue secretario de Marina en un tiempo, señor?

—En efecto —replicó el capitán—. ¿Y saben ustedes lo que tiene que ver Josephus Daniels con esta conversación?

Nadie, incluso Porterfield, sabía que el antiguo secretario Daniels era la causa de su problema. Por consiguiente, el capitán se explicó:

—Fue Daniels quien estableció la reglamentación según la cual no pueden tomarse bebidas alcohólicas a bordo de los buques de guerra de Estados Unidos.

—¡El muy condenado! —estalló Mason, sin poder contenerse, y al momento enrojeció visiblemente y se disculpó—. Perdone, mi capitán. No me di cuenta de lo que decía.

—Comprendo sus sentimientos, Mason. Ninguno de nosotros podrá olvidarse del secretario Daniels. Su memoria perdurará tanto como su reglamento.

Los marineros reflexionaron hoscamente un momento al conocer el papel que había tenido Josephus Daniels en la vida de a bordo. De pronto, Chatham tuvo una idea.

—Señor, ¿incluyó Josephus Daniels el vino italiano en su edicto? —inquirió.

—Bueno, creo que así sería, pero no tengo completa seguridad. No poseo copia del reglamento de Josephus Daniels, y no sé si se aplicaría específicamente al whisky, ginebra, ron y otras bebidas similares, o si abarcaba también el vino de Italia.

El capitán se puso en pie, se dirigió al portillo de babor y miró hacia afuera, admirando el hermoso día que hacía. Luego se volvió hacia el antiguo propietario de bar y dijo:

—¿Qué contenido alcohólico tiene el vino de aquí, Chatham? Creo que en el reglamento se especificaban las bebidas alcohólicas de una determinada graduación.

—No lo sé con exactitud, señor. Puedo averiguarlo, pero, de todos modos, sé que el vino de la zona es de graduación bastante baja —contestó Chatham.

El capitán quedóse un momento reflexionando, y al fin declaró:

—Les diré lo que voy a hacer. Solicitaré una copia del edicto, y entonces sabremos exactamente a qué bebidas se aplica.

Los marineros no parecieron sentirse muy felices, y Latimer manifestó:

—Tardará mucho tiempo en conseguirse una copia desde Washington, con todo el papeleo oficial, ¿verdad, señor?

—Eso es cierto —dijo el capitán—. Cuando haya pasado por los distintos conductos, ComRonPhib, ComDivPhib, ComPhibMed, ComNavMed y otros más, habrán transcurrido tres o cuatro meses como mínimo.

—Para entonces habrá muchos más casos de intoxicación, señor.

—Eso puede incluso llegar a afectar nuestra eficacia combativa, ¿no es cierto? —inquirió el capitán Adler.

—No me sorprendería, señor —replicó prestamente Latimer—. Nada destruye más las energías de un hombre que la intoxicación etílica.

El capitán reflexionó unos momentos más, y luego se dirigió a Porterfield, el cual no había dicho nada todavía.

—¿Qué piensa usted de esto, Porterfield? —le preguntó.

—Pues fue San Pablo, señor —declaró el marinero, mirando con gesto reverente al techo—, quien dijo: «Consume un poco de vino en beneficio de tu estómago», Timoteo, 5, 23.

—¿Piensa usted que lo que dijo San Pablo debe anteponerse a lo que dijo el secretario Daniels? —preguntó el capitán.

—Con el debido respeto para el antiguo secretario de Marina —dijo Porterfield piadosamente—, creo que San Pablo es una autoridad más elevada.

El capitán echó un nuevo vistazo al mar y se volvió hacia los marineros.

—Verán lo que voy a hacer —dijo—. Puesto que no conozco exactamente el texto del edicto de Daniels, pediré que me lo envíen. Hasta que llegue, sin embargo, podrán

ustedes poner en práctica el plan de utilizar el depósito pequeño para almacenar vino, y podrán consumirlo moderadamente, a fin de que no disminuya nuestra eficacia combativa.

—Muchas gracias, señor —dijeron los cuatro marineros, poniéndose en pie, para luego salir del camarote del capitán lo más rápida y discretamente posible. El capitán Adler examinó otra vez el bolsillo roto, se dijo que no valía la pena el trabajo que le estaba dando, lo arrancó de un tirón y se puso a leer *An Occurrence at Owl Creek Bridge*, de Ambrose Bierce, escritor que no pertenecía a la Armada.

Cuando el buque llegó a puerto, Chatham llevó el depósito pequeño hasta un gran viñedo que había descubierto no lejos del pueblo, e hizo que se lo llenaran de vino. Una vez a bordo, el antiguo tabernero procedió a suministrar diariamente un vasito de vino a cada marinero, según la norma británica. Nadie pudo decir que la eficacia de la tripulación hubiera experimentado merma alguna.

Respecto al edicto de Josephus, el capitán olvidóse de pedir que se lo enviaran, con el ajetreo de la contienda. Habiendo asuntos tan importantes que solucionar, resultaba fácil olvidarse de un detalle burocrático como aquél. Y, de esta forma, la tripulación del «LST» dispuso de vino. Buen vino, y no el brebaje que con ese nombre vendían en los bares de Nápoles. La moral de los hombres del «LST 1826» se mantuvo muy elevada, lo cual parecía venir a confirmar la sentencia de San Pablo.

## DOS HABITACIONES

Sucedió en la desnuda habitación de vía Mazzini, hacia el final de una larga clase. Ocurrió como una explosión, sin advertencia previa. La lección del día había tratado sobre prendas de vestir y alimentos, y la muchacha dijo a Carlyle el nombre de cada uno de los artículos, como bizcocho, harina, queso, carne, camisa, zapatos, sombrero, vestido. De pronto la joven se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

—Estoy tan avergonzada... —dijo ella—. Ni siquiera tengo ropa interior aceptable.

La confesión cogió tan desprevenido a Carlyle, que produjo en él un sobresalto.

—Un par de zapatos, o un vestido —prosiguió diciendo ella—. Usted no puede imaginar lo que significa eso para una muchacha. En el barco tienen ustedes ropa, buena comida y hasta calefacción. Yo no tengo ni siquiera un abrigo que ponerme cuando hace frío. Esta guerra es inhumana, terrible.

Los sollozos estremecían todo el cuerpo de la joven. Era algo en lo que Carlyle no había pensado hasta entonces.

—¿Sabe usted que cuando me entero de que llega su barco me tengo que quedar todo el día en casa, lavando y dejando secar el único vestido que tengo?

Carlyle se dio cuenta entonces de que no había visto a la muchacha con otra prenda que no fuera aquel vestido negro, pero no había reparado en ello.

—¿Conoce usted lo que es padecer hambre, hambre de verdad? —prosiguió ella.

—No, nunca tuve hambre, por suerte —replicó el joven, que había crecido en una granja donde abundaban los alimentos.

Entonces, por simple cansancio, la muchacha dejó de sollozar y se tranquilizó un poco.

—Perdóneme, pero, a veces, una se abandona a la desesperación —dijo ella, y su voz adquirió un tono resuelto—. Creo que hay una solución. Otras chicas la adoptan, y si ellas lo hacen, yo también puedo hacerlo.

—¿A qué se refiere?

—A menos que halle alguna forma de subsistir, tendré que convertirme en una...

Antes de que ella terminara la frase, el marinero le había colocado una mano sobre la boca. La retuvo allí un momento antes de bajarla lentamente.

—No lo diga —manifestó él—. Esa es una palabra italiana que no quiero aprender. Y mucho menos deseo que la diga refiriéndose a usted misma.

Carlyle comprobó con asombro que estaba temblando. Esperó unos instantes hasta que pudo hablar serenamente.

—No tiene por qué preocuparse —agregó él, por fin—. Ni debe volver a pensar jamás en lo que ha estado a punto de decirme. Yo me cuidaré de todo, ¿me entiende?

La muchacha le miró a la cara. En su extremada juventud parecía tan desvalida como una niña.

—Le creo —manifestó—. Creo en lo que me dice.

Pero aquella noche, Carlyle dio vueltas en su litera sin poder conciliar el sueño. Era la primera decisión importante que tomaba en su vida. En su existencia de sólo diecisiete años.

Al día siguiente, el marinero de segunda, Peter Carlyle, salió del barco llevando una mochila. Mientras iba calle arriba se consolaba a sí mismo pensando: «A la Marina le sobran las provisiones. No echarán esto de menos».

Además, se le ocurrió otra cosa. ¿No tenía la Armada la obligación moral de ayudar a una criatura que había nacido en un barco, así como a su madre?

En la alcoba de los querubines, el teniente Matthew Barclay, de la Marina americana, se hallaba reclinado en el diván estilo Luis XV, oyendo tocar el piano a la teniente Sarah Clark, del Cuerpo de Enfermeras de la Marina. A través de las puertas del balcón se percibía el rojo colorido de las buganvillas y el intenso aroma de las madre selvas. Shanley se había marchado costa arriba, a desarmar un artefacto explosivo, de modo que ese día no disponían del «jeep». Pero al menos contaban con la habitación, cuya llave había entregado Shanley a Barclay.

Girando rápidamente en el taburete, la enfermera dejó de tocar y echó una mirada hacia las estatuas de los rincones, a la gran chimenea y al descomunal lecho; a los mármoles que cubrían las paredes de la vasta estancia y al abovedado techo con su profusión de ángeles pintados. Luego miró a Barclay y se rió brevemente. Tenía una risa atractiva, natural, sin estridencias.

—Nunca había contemplado una habitación tan espléndida —dijo—. Resulta maravilloso poder tocar de nuevo un piano, y más si es uno como éste, tan grande y bien afinado. Creo que hace más de un año que no tocaba.

Barclay pensó lo agradable que le resultaba estar junto ella. Era una chica inteligente, que además tocaba muy bien el piano. También él se sentía extraordinariamente a gusto en aquella habitación con piano o sin él.

—Es una de las cosas que echo de menos, la música, el piano —prosiguió diciendo Sarah—. Creo que en esta guerra todos echamos de menos una cosa en

especial.

Suspiró la enfermera, pero era el suyo un suspiro de satisfacción. Luego se puso en pie y dio un paseo por la habitación, observando todo detenidamente. Al fin se acercó a un gran armario y preguntó:

—¿Puedo mirar aquí dentro?

—Supongo que a Shanley no le importará que mires.

La muchacha abrió el armario, y exclamó llena de asombro:

—¡Pero si son vestidos! ¡Jamás había visto tantos vestidos juntos!

Barclay se puso en pie y se acercó a ella. El gran armario se hallaba repleto de vestidos, en efecto. Habría treinta o cuarenta, y debajo se apilaban las cajas de raciones alimenticias, los cartones de cigarrillos y las botellas de whisky. Sin embargo, la enfermera sólo tenía ojos para los vestidos.

—¡Qué maravilla! —exclamó, y extrajo un vestido y lo colocó delante de ella. Parecía ser aproximadamente de su misma medida—. Me pregunto de quién serían estas prendas.

—Probablemente de la esposa del dueño de la casa, o bien de su hija.

—Tenía muy buen gusto —afirmó Sarah, y pasó una mano sobre la fila de vestidos.

—Casi parece sentir codicia.

—La siento.

—Vamos, pruébate uno —dijo él impulsivamente.

—Eso es lo que deseaba hacer. Elige tú el que más te guste.

Él le entregó un vestido de seda negra, y la joven se dirigió hacia el cuarto de baño, volviendo a salir al cabo de un momento. Se mostraba sonriente, gozosa como una chiquilla con nuevas galas. Mientras se reía burlonamente, dio un pequeño paseo por delante de Barclay, imitando los ademanes de una modelo.

—Desde hace mucho tiempo venía deseando verte con un vestido como éste, y no con el uniforme. Estás... encantadora.

La enfermera tenía un aspecto exquisitamente femenino, pero aun vestida de uniforme no perdía aquella cualidad, y hasta cuando Barclay la conoció, en el «LST», ella aparentaba una gran femineidad con su rudo traje de fajina. Claro está que el vestido de seda realzaba extraordinariamente su belleza.

—¿Me pruebo otro? —inquirió Sarah tímidamente.

Debieron de estar más de una hora entretenidos de ese modo, y la muchacha se probó unos diez vestidos. Él se alegraba viendo cómo disfrutaba ella de aquel momento. Sarah era capaz de extraer toda su alegría a la vida, compartiéndola con los demás. Resultaba notable la forma en que había hecho de un acto tan sencillo como el probarse unos vestidos, un motivo de extremado regocijo, del que participaban los dos por igual.

—¿Cuál de ellos te gusta más puesto? Creo que voy a dejármelo un momento.

Barclay hizo que la chica se pusiera delante un par de vestidos, y luego manifestó:

—Para mi gusto, éste, el azul.

Cambióse ella de traje al poco tiempo, haciendo su pequeño paseo de exhibición.

—¿Te parece bien que toque un poco más el piano? —dijo Sarah a continuación.

Los rayos de sol que entraban por las altas arcadas moriscas iluminaron el cabello de la enfermera, que pareció a Barclay extraordinariamente hermosa, mientras ejecutaba una pieza al piano. Un momento más tarde ambos se encaminaron al jardín, y, cogidos del brazo, comenzaron a pasear. El jardín estaba bastante bien conservado, teniendo en cuenta que eran tiempos de guerra; estaba formado por numerosos senderos cubiertos de piedrecillas y flanqueados por tupidos setos.

—Vestida de este modo soy capaz de olvidar que estamos en guerra —dijo ella—, e incluso de que tú tienes que regresar a tu barco y yo al hospital. Quiero darte las gracias por haberme traído aquí. Es hermoso poder olvidarse de todo durante unas horas, ¿no crees?

Eso era precisamente lo que él quería, y al lado de ella era capaz de no acordarse de nada. Era una virtud inestimable en tiempos de contienda.

Al caer la noche, la enfermera se volvió a poner su uniforme, y los dos fueron a cenar al comedor de oficiales de la «villa». En un ambiente elegante, los camareros italianos atendían vestidos con chaquetillas blancas, sirviendo una comida excelente, que principiaba con langosta del país servida en copas de pie alto. Seguían luego unos bistecs de ternera con patatas y cogollos de alcachofa. Como postre, sirvieron crema de chocolate, queso «Bel Paese», peras y uvas. Podían tomar vino blanco o rosado. La cristalería y la vajilla eran excelentes, y los manteles y servilletas, inmaculados y de tela de la mejor calidad.

Mientras comían, ella contó a Barclay algo acerca de su familia.

—Mi padre es profesor de griego y de arte de la antigua Grecia —manifestó Sarah—. Tanto le gusta aquella época, que a veces creo que vive en ella. Por ese motivo me envió a la escuela de señoritas Bryan Mawr, de Baltimore, pues Edith Hamilton, la directora, es, según mi padre, la persona más entendida de toda América en lo que concierne a la civilización griega.

—¿Tienes más hermanos?

—Tengo uno.

—¿Está en la guerra?

—Acaban de incorporarle a la infantería de Marina. Se encuentra en un campo de adiestramiento llamado Parris Island.

Barclay le pidió que le hablara de sus actividades musicales antes de la contienda.

—No creo que hubiese llegado a ser una pianista de concierto —aseguró la muchacha—. Nunca tuve la inspiración ni la habilidad necesarias, a mi entender. Pero quise asistir a la academia de música y aprender piano lo mejor posible, por lo mucho que me gusta, y para mi propio deleite.

Terminada la cena, regresaron a la habitación de Shanley, charlaron algo más y ella tocó de nuevo el piano. Poco después llegó Shanley, cubierto de polvo y con

aspecto de hallarse bastante cansado.

—Lo primero que voy a hacer es tomarme un buen trago —dijo, y extrajo una botella de coñac, sirviendo tres copas—. No tuve más remedio que trabajar un poco para variar. ¿Qué tal os ha ido durante mi ausencia? Estoy seguro de que me habéis echado mucho de menos, ¿no es cierto?

—Estuve tocando el piano y me probé tus vestidos —dijo ella, aún contenta, al recordarlo.

—¿Mis vestidos? —inquirió Shanley, extrañado.

—Bueno, los del armario.

—¡Ah, esos vestidos! Vaya, me hubiera gustado hallarme aquí para verlo —dijo él, suspirando—. Matthew, hoy estuve hablando con algunos compañeros de primera línea, y están de acuerdo en que la gran ofensiva está a punto de comenzar. Desde Anzio y Cassino partirán las dos columnas que se unirán para avanzar sobre Roma.

—Hace ya bastante tiempo que se habla de eso —aseguró Barclay.

—Aseguran que ahora va en serio. En fin, ya veremos lo que sucede —contestó Shanley, encogiéndose de hombros.

Permanecieron un momento en silencio, saboreando pensativamente el coñac, y, al fin, Shanley agregó:

—Maldita guerra. Condenada colina de Montecassino y condenados alemanes. Esos sí que son soldados. Hasta estas piedras milenarias parecen estar de su parte.

Montecassino se había convertido en el monasterio más famoso del mundo, resistiendo en una colina a todo un frente desde hacía largo tiempo. En un principio, los aliados se negaron a bombardear la abadía, ya que era un monumento religioso que databa del siglo XIV. Por fin se decidieron a hacerlo, y con ello contribuyeron irónicamente a reforzar la posición de los alemanes, con los escombros añadidos a las fortificaciones que aquéllos habían ya construido. Por último, los aliados estaban excavando en las laderas del monte para colocar cargas explosivas subterráneas.

La enfermera se puso en pie, dispuesta a marcharse. Entraba de guardia a medianoche.

—Coge el vestido que más te guste y llévatelo —dijo Shanley a la muchacha—. O, mejor, coge todos los que quieras.

—Muchas gracias, pero creo que ahora no me permitirían usarlos.

—Bien, en tal caso, ven cuando gustes y, por lo menos, pruébatelos.

—Eso ya es más factible. Muchas gracias por habernos dejado tu habitación y tu piano. Es una estancia magnífica.

—¿Verdad que sí? —manifestó Shanley, sonriendo repentinamente, lleno de orgullo.

Cuando le dejaron, Shanley aún no había abandonado la botella de coñac. Barclay subió en el «jeep» con la enfermera, para llevarla al hospital. Al llegar a la cima de la colina detuvo el vehículo. Aún quedaban quince minutos para la medianoche, y no deseaban desperdiciar un solo instante.

—Matthew —dijo Sarah—. No sabes cuánto me alegra estar a tu lado.

—También a mí me sucede lo mismo. Hoy lo he pasado muy bien —replicó Barclay.

—¿Cuándo vuelves? Vamos, empieza a contar con los dedos.

Él se echó a reír, pues ya había comenzado a hacerlo. Al momento le dijo la techa.

—Estaré en el muelle, esperándote —dijo Sarah.

—No dejes de hacerlo.

—Lo haré; puedes estar seguro.

Él la acompañó lentamente hasta el vestíbulo del hospital.

—No desperdiciemos estos días, Matthew —manifestó la joven con tono sombrío—. Debemos aprovecharlos mientras nos sea posible.

Luego, ella se volvió y comenzó a subir las escaleras. Barclay se encaminó hacia la puerta, y tuvo que detenerse para dejar pasar a un soldado en su silla de ruedas. Los dos muñones de las piernas cruzaron fugazmente ante él y luego desaparecieron de su vista. No costaba demasiado volver a sentirse otra vez en la guerra.

## EL POLIZÓN

Lo verdaderamente extraño fue que no hubiera ocurrido antes. Las grandes compuertas de la proa del buque se hallaban casi constantemente abiertas, cuando el «LST» se hallaba en Pozzuoli, con el fin de permitir a la dotación entrar o salir, y aunque allí permanecía una especie de guardia, la vigilancia era tan poco efectiva que, de haber intentado subir a bordo un elefante, seguramente nadie se habría dado cuenta. El «LST» llevaba ya dos horas navegando desde que saliera de Pozzuoli, y avanzaba rumbo al Norte, hacia la cabeza de puente.

Estaba anocheciendo y en la cámara de oficiales acababan de servir la cena. El capitán y tres o cuatro oficiales charlaban alrededor de la mesa mientras tomaban una segunda taza de café. El capitán Adler, que se sentía comunicativo, estaba contando una anécdota acerca de algo que le había ocurrido hacía tiempo, y, al llegar al desenlace, iba a tomar un sorbo de café, cuando retuvo la taza en el aire al oír a un lado el bronco sonido de alguien que se aclaraba con fuerza la garganta. Miró en aquella dirección y vio en la puerta la fornida figura del contra maestre Nelson.

—Diga, Nelson —manifestó el capitán, sin perder su buena predisposición.

—Señor —explicó lord Nelson—, acabo de encontrar esto.

El contra maestre se hizo a un lado, y dejó ver algo inesperado en aquel lugar y momento. Se trataba de un chiquillo descalzo, muy delgado y que vestía unos pantalones y una camisa muy raídos y sucios. No parecían haberle cortado el pelo desde hacía varios meses, y casi podía decirse que tampoco había comido desde entonces.

—¡Santo cielo! —exclamó el capitán, depositando ruidosamente su taza sobre el plato—. ¿Quién es? ¿De dónde ha salido? Vamos, dígame dónde lo encontró.

Nelson se apresuró a contestar al menos la última pregunta.

—Lo encontré en la despensa de los contra maestres —dijo.

—¿Y qué demonios estaba haciendo allí?

—No lo sé, señor. No hablo italiano.

El capitán se volvió hacia Barclay, que, junto con los otros oficiales, contemplaba la escena con evidente interés.

—Barclay, pregúntele de qué modo entró en el barco, y cómo hizo para meterse en la despensa de los contramaestres —manifestó.

El chiquillo estaba temblando intensamente al advertir el revuelo que había provocado. Barclay le habló con calma.

—Veamos, ¿cómo te llamas, pequeño?

—Rebi —dijo el niño.

—Rebi, ¿y qué más?

—Sólo Rebi —contestó el chiquillo, encogiéndose de hombros.

—¿Qué ocurre? —interrumpió el capitán—. ¿Puede saberse qué dice, Barclay?

—Dice llamarse Rebi, señor. Pero asegura que no tiene otro nombre.

—Bien, ¿y qué más da como se llame? Lo que importa es saber la forma en que subió a bordo.

—Oye, Rebi —dijo Barclay, inclinándose hacia el niño—, ¿cómo subiste a este barco?

El pequeño mantuvo clavados los ojos en Barclay, que le aterraba menos que el capitán. Pero no dijo nada, y se limitó a permanecer quieto, en silencio, temblando siempre.

—Mira, nadie va a hacerte daño —aseguró Barclay—. Sólo tienes que decirme cómo llegaste hasta aquí.

El chiquillo tomó al fin aliento y habló durante unos minutos, mientras el capitán esperaba lleno de impaciencia. Por último se detuvo, y entonces Barclay tradujo los pormenores al capitán.

—Dice que subió por la «boca» del barco sin que le vieran, y se escondió en una habitación pequeña (la despensa de los contramaestres, sin duda), hasta que sintió que el barco se movía.

—Mal sitio eligió el pequeño —dijo el capitán.

Barclay pensó que así era. La despensa de los contramaestres se hallaba en la proa del buque, al fondo del mismo, y resultaba ser un lugar sumamente incómodo.

—Pregúntele si le ayudó alguien a esconderse a bordo —ordenó el capitán.

Habló unos instantes Barclay con el pequeño polizón, y luego dijo:

—Asegura que no, señor. Dice que fue una idea que se le ocurrió a él solo.

—No puedo creer que haya podido subir al transporte sin ayuda de nadie.

—Lo cierto es que la rampa de proa es bastante grande, capitán —aseguró Barclay—, y la vigilancia no es muy estricta.

El capitán volvióse hacia Barclay, y dijo:

—¿Pretende describirme las características de la proa de un «LST», Barclay, e insinuar que las guardias no son efectivas? —dijo el capitán Adler, malhumorado.

—De ningún modo, capitán. No ha sido ésa mi intención.

—Lo que hay que tratar de descubrir es quién ayudó al pequeño a subir a bordo, y por qué lo hizo. Y que el cielo ayude al culpable —manifestó Adler—. Barclay, hay que averiguar si alguien de la dotación conoce a este niño.

—De haber alguien, ése tiene que ser Carlyle.

Barclay se arrepintió al momento de haberlo dicho.

—¿Cree usted que Carlyle puede tener algo que ver en este asunto? —preguntó lentamente el capitán.

—Tampoco quise decir eso. Lo único que afirmo es que Carlyle conoce a muchos chiquillos de Pozzuoli, que le rodean cuando toca la guitarra. Pensé que bien podía conocer a este niño.

—Nelson —ordenó Adler—, que venga Carlyle.

Un momento después el aludido entraba en la cámara de oficiales. El niño se hallaba a un lado, y al principio no le vio.

—¿Me llamaba, señor? —preguntó Carlyle, mirando al capitán. Luego, al seguir la mirada de éste, divisó al pequeño y exclamó—: ¡Rebi!

—Rosso! —dijo el niño, sonriendo ampliamente y acercándose al marinero.

—Veo que es amigo suyo, Carlyle —dijo el capitán Adler, secamente.

—Sí, señor. Es uno de los chiquillos de Pozzuoli. Se llama Rebi.

—¡No me interesa su nombre! —rugió el capitán—. ¿Tiene usted algo que ver con esto?

—¿Con qué, señor?

—¡Con la presencia de este niño a bordo, con qué va a ser!

Carlyle tragó saliva y replicó:

—No, señor. No tengo nada que ver.

El capitán suspiró, lleno de alivio, y dijo inmediatamente:

—Bien, le creo. Usted es de los que no saben mentir, aunque se lo propongan.

A Carlyle no le hizo mucha gracia el elogio por la forma en que el capitán se expresó.

—Barclay —agregó Adler—. Pregunte ahora al niño por qué subió al buque. A ver si podemos sacar algo en claro.

El teniente y el niño hablaron brevemente.

—Afirma que vio muchas veces zarpar el barco —dijo Barclay—, y que tenía deseos de conocer el lugar a donde íbamos.

—De modo que ha sido eso, ¿eh?

La voz del capitán Adler seguía siendo severa, mientras miraba al chiquillo, pero algo parecía haber cambiado en él. Reinó el silencio unos instantes, y al fin Adler dijo:

—Pregúntele qué edad tiene.

Lo hizo el teniente, y replicó:

—Dice que tiene doce años.

—¿Doce años? Si no representa ni siquiera nueve.

—Por aquí todos parecen tener menos edad, mi capitán.

—Sí, claro, es lógico —admitió Adler, mirando al chiquillo, y con aire ausente agregó—: Yo tengo un hijo de su misma edad. Bien, creo que lo más acertado será

darle de comer.

—Es una gran idea, capitán —apuntó Barclay.

—¡Carlyle!

—¡A la orden, señor!

—Lleve el niño abajo y que le den de comer.

—Sí, señor —dijo rápidamente Carlyle, y, cogiendo a Rebi por la mano, le dijo —: *Mangiare*.

—*Mangiare*? —inquirió el pequeño, con gesto de ansiedad.

—Sí, *mangiare* —repitió el marinero, y se encaminó hacia la puerta, sin soltarle la mano.

—Escuche, Carlyle —dijo el capitán, antes de que éste cruzara el umbral.

—¿Diga, señor?

—Después que le hayan dado de comer —manifestó Adler, mirando de arriba abajo al niño—, será conveniente que le den un buen baño.

—A la orden, señor. Primero le daremos de comer, y luego le bañaremos, mi capitán.

En los alojamientos de la tripulación el chiquillo se atiborró de comida, mientras un grupo de marineros se sentaba a su alrededor viéndole comer. Como daba la sensación de que nunca se detendría, Carlyle le apartó el plato y le dijo que podría volver a su ocupación un poco más tarde.

—Es que necesita un baño —explicó Carlyle.

—Y también un corte de pelo —agregó Nelson.

Introdujeron al pequeño en una ducha y comenzaron a restregarle vigorosamente. Al observar el montoncito de ropa sucia y raída que había en el suelo, Nelson dijo:

—No podemos volver a ponerle eso, una vez que esté bien limpio.

—Claro que no, lord Nelson. De poco habría valido entonces la ducha.

El conremaestre miró significativamente a Carlyle, y manifestó:

—¿Sabes lo que pienso? Que será mejor que vayamos a ver a Rutledge.

Envolvieron al niño en una toalla con las letras de la Marina, y avanzaron con él pasillo adelante.

El «LST 1826» no tenía sastre oficial, como sucedía en los grandes buques de guerra, pero el maquinista de tercera, Timothy Rutledge se aplicaba a esta tarea cuando era necesario. Le convencieron de la urgencia del caso, y, extrayendo un par de pantalones y una camisa de fajina, se puso a trabajar con las tijeras, la aguja y el hilo. Algún tiempo más tarde había achicado considerablemente las prendas, que eran las más pequeñas que había encontrado. Luego llevaron a Rebi hasta el radiotelegrafista de tercera Middleton, el peluquero oficioso del buque, quien le dio un buen repaso con la maquinilla.

—Jamás en mi vida corté tanto pelo —aseguró Middleton.

Una vez alimentado, bañado, con ropas limpias y el pelo cortado, el pequeño tenía mucho mejor aspecto.

—*Mangiare* —dijo Rebi por todo comentario.

De nuevo le dieron de comer. Luego, como el buque se aproximase a una zona que los submarinos alemanes habían sembrado de minas, lord Nelson decidió preparar al chiquillo para un caso de alarma general. Se procuró un casco que rellenó en parte con algodón, al que aseguró con esparadrapo, pese a lo cual la cabeza del pequeño casi desaparecía por completo dentro del casco. Luego le colocó un chaleco salvavidas. Al pasar frente a la zona donde combatía el Quinto Ejército americano, Carlyle llevó a Rebi a la parte superior de cubierta para que viera a lo lejos el resplandor del fuego de artillería. Este era especialmente intenso durante la noche, y produjo en el chiquillo una fascinación exenta de temor. El niño manifestaba un acentuado interés por la guerra, como si ésta, y todo lo que con ella se relacionaba, fuera el único mundo existente, que debía prolongarse indefinidamente. Permanecieron en silencio un buen rato, y, al fin, Carlyle dijo:

—¿No te echarán de menos tus padres?

—No tengo padres —contestó el pequeño sencillamente, y en una forma que hizo lamentar a Carlyle haberle hecho aquella pregunta.

—¿Con quién vives? —preguntó el marinero—. ¿No crees que te echarán de menos?

—Nadie me va a echar de menos —aseguró Rebi sin el menor asomo de pena, como si fuera algo natural.

—¿Dónde vives entonces?

—En las cuevas de azufre de Pozzuoli.

—¿En las cuevas de azufre has dicho? —inquirió Carlyle, lleno de asombro. Había estado en esas cuevas, y para entrar en ellas era necesario arrastrarse. Una vez en el interior, no podía permanecer mucho tiempo de pie, debido a los vapores sulfurosos que se difundían por la parte superior de los pasadizos. Las cuevas se hallaban en unas colinas situadas en zona volcánica, donde abundaban las fisuras por las que se filtraban los vapores sulfurosos y algunas corrientes de lava burbujeante. Aquello parecía una escena del infierno.

—No es mal sitio —afirmó el pequeño, defendiendo su morada—. Cuando tengo frío, sólo necesito ponerme en pie un momento. Entonces entro en calor y me echo a dormir rápidamente antes de sentir frío de nuevo.

El chiquillo, más interesado por el espectáculo del lejano bombardeo, agregó:

—¡Mira, allí hay más cañonazos!

Era tarde cuando regresaron a los alojamientos de la marinería. Carlyle colocó a Rebi en una litera vacía que había al lado de la suya, y, aún envuelto en su chaleco salvavidas, el niño se durmió inmediatamente.

A la mañana siguiente, Carlyle le llevó a dar una vuelta por todo el buque, para que lo viera bien. En el momento en que la playa de la cabeza de puente apareció en

la lejanía, entre las brumas matinales, el niño pareció quedar como extasiado.

—¿Es ahí donde venís siempre? —inquirió.

—Sí, ahí es, Rebi.

El pequeño miró con ansiedad el gran número de barcos entre los que comenzaban lentamente a desfilar. Cuando el «LST» hizo descender su rampa sobre la arena, Rebi bajó hasta la proa y permaneció junto a Carlyle, que estaba de guardia para controlar los vehículos que salían y los que llegaban. El marinero se mostró satisfecho viendo que el niño no manifestaba deseos de bajar a tierra. Parecía contento a bordo, como si estar en el buque constituyera el colmo de todas sus aspiraciones y fantasías. El buque fue cargado con vehículos vacíos, luego retrocedió y puso proa a alta mar. Carlyle subió con Rebi a cubierta. Las granadas estallaban a bastante distancia, y el niño, apoyado en la borda, al lado de Carlyle, observaba los surtidores de agua que levantaban. Estaba decidido a no perderse nada del espectáculo.

—¿Cañones alemanes? —preguntó.

—Sí, son alemanes —contestó Carlyle.

—¿Cuánto tiempo vais a estar aquí vosotros, los americanos?

—Creo que estaremos mucho mucho tiempo —aseguró el marinero. Acababan de salir del puerto, y Carlyle se puso a mirar indolentemente el agua, cuando oyó decir al niño:

—Oye, Rosso, he visto algo meterse en aquella nube.

Carlyle miró hacia arriba y observó un gran cúmulo redondeado que se hallaba hacia proa. No vio más que la nube en el cielo azul que la rodeaba.

—¿Qué era? —preguntó Carlyle despreocupadamente.

—Creo que era un avión —contestó Rebi.

Carlyle volvió a mirar, y un momento más tarde advirtió una diminuta mancha que salía de la nube. Carlyle se dirigió a un marinero que pasaba y le dijo:

—Boland, déjame esos prismáticos un momento, ¿quieres?

Carlyle enfocó los gemelos hacia la mancha y sólo tuvo que mirar un instante. Inmediatamente se acercó al teléfono de proa y comunicó con el puente de mando.

—Atención, torre de mando —dijo—. Hay un avión hacia proa. Acaba de salir de aquella gran nube. Creo que se trata de un «FW-190».

Poco después se daba la alarma general, que consistía en una serie de toques de gong intermitentes. El niño miraba con gesto de curiosidad hacia el puente, de donde venía aquel ruido.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El toque de alarma —dijo Carlyle, el cual ajustó firmemente el chaleco salvavidas de Rebi, y le colocó el casco en la cabeza.

—Hagas lo que hagas, ten cuidado de no quitarte el casco —le advirtió.

Al mirar hacia arriba, Carlyle pudo observar la nube, y enmarcado por ella, como un pájaro diminuto, el avión, que comenzaba a descender. Empujó al niño bajo la

coraza blindada de uno de los cañones y le dijo:

—Aquí va a haber jaleo. No te quites el casco, ni salgas de ahí hasta que yo te diga.

Carlyle fue a ocupar su puesto como cargador de la pieza de cuarenta milímetros. Nelson y Porterfield se hallaban ya en sus asientos de la batería, y ambos estaban girando las manivelas, Nelson para elevar el cañón, y Porterfield para desplazarlo horizontalmente. Carlyle pudo ver el avión que descendía cobrando velocidad y dando la impresión de que aumentaba de tamaño cada segundo que pasaba. Allí le tenían ya. La batería del cuarenta de proa fue la primera que abrió fuego, y al momento se oyeron las del veinte que le hacían coro. El aparato picaba sobre el buque con un ángulo de unos sesenta grados, y Nelson y Porterfield rectificaron la puntería. Carlyle y Mason —el otro cargador—, se apresuraban a cargar para mantener el rápido fuego de la pieza. Un instante más tarde el aparato pasó rugiendo sobre sus cabezas, y Carlyle divisó una gran columna de agua que se elevaba a unos sesenta metros por la amura de estribor. El buque vibró con la explosión, pero, lo mismo que el avión, no sufrió daño alguno.

—Volverá —aseguró Nelson.

Transcurrieron cinco minutos aproximadamente, pero pareció bastante menos. Carlyle tuvo tiempo para echar una rápida mirada bajo la coraza del cañón. El chiquillo estaba echado boca abajo, mirando hacia afuera y con los dedos sobre los oídos, por debajo del casco. «El ruido donde él se hallaba, debía de ser tremendo», pensó Carlyle.

—¿Se ha ido? —preguntó Rebi—. ¿Puedo salir?

—Se fue, pero no tardará en volver —contestó Carlyle—. Quédate ahí, ¿me oyes?

—Está bien, me quedaré. No te preocupes por mí, Rosso.

Carlyle se puso en pie y miró hacia el cielo. Aún divisaba el aeroplano, y se dijo que volvería una vez más. Siempre solían hacer dos pasadas.

—Ahí viene —oyó que Nelson decía serenamente.

El contramaestre dejó que el aparato alemán se pusiera a tiro, y todas las piezas comenzaron a disparar a un tiempo, haciendo estremecer el buque. Nelson hacía fuego con gran rapidez, y el avión aún seguía acercándose, mientras aumentaba el rugido de sus motores. Carlyle tenía la impresión de que el barco y el avión se acosaban como dos lobos hambrientos, y que, al fin, alguno de los dos caería en la contienda. El aparato se acercaba a velocidad aterradora. Se hallaba a un centenar de metros de la proa, cuando Carlyle vio que se desviaba en su trayectoria. El avión, en lugar de pasar sobre el centro del buque, lo hizo hacia babor, a pocos metros de la amura. Pudo divisarse claramente la cruz de hierro del fuselaje, el número, y una silueta en la cabina.

—Santo cielo —dijo Nelson—, creo que uno de nosotros le ha dado.

El aparato fue a cobrar altura, cuando Carlyle observó que despedía humo. Siguió una trayectoria casi vertical, y de pronto se produjo una gran explosión, y una lluvia

de restos ardientes cayó sobre la superficie del mar. En el aire sólo quedó flotando una tenue humareda grisácea.

Carlyle se volvió y advirtió que Rebi se había puesto en pie y miraba hacia donde el avión había desaparecido.

—¿Cuánto hace que estás ahí? —inquirió Carlyle severamente.

—Muy poco. Salí al final —replicó el chiquillo, y movió violentamente la cabeza, como para librarse del ruido que aún le parecía sentir. No parecía arrepentido, sino lleno de júbilo por el resultado de la escaramuza. Luego añadió—: No quería perderme el final.

—Menos mal que el final fue allí, en lugar de ser aquí —comentó Carlyle.

Era ése el primer avión que habían derribado desde el buque, si bien dañaron considerablemente dos más, cerca de Sicilia y de Salerno, aunque terminaron por abatirlos otros barcos. De todos modos, en la torre de mando había pintadas dos mitades de aviones. Para variar, sería magnífico pintar allí un avión entero. En ese momento, Carlyle oyó que le decían:

—Carlyle, el capitán quiere verte en el puente de mando.

El marinero se encaminó hacia allí llevando de la mano a Rebi. El capitán Adler, que estaba mirando hacia el cielo cuando llegaron, se volvió hacia ellos.

—Deseo felicitarle, Carlyle, por haber localizado aquel «FW». Tiene usted buena vista, como siempre dije.

—No tan buena como la del niño, capitán —contestó Carlyle—. Él fue quien descubrió el aparato.

—¿Él lo hizo? —inquirió, asombrado, el capitán, mirando al chiquillo—. Bien, dígame que le felicito.

Más tarde, la dotación del buque entregó al niño una citación que Barclay tradujo al italiano. El papel decía:

«Por destacada ayuda al “LST 1826” a derribar un “FW-190”, ante la cabeza de puente de Anzio, localizando el avión antes que nadie en el buque.

»Este parte autoriza al portador a comer en el “LST 1826” siempre que el barco se halle en puerto».

Rebi se mostró especialmente complacido con el segundo párrafo. Cuando el buque llegó a Pozzuoli, el chiquillo tuvo muchas cosas que contar a sus amigos sobre la vida en el «LST». Tal vez exageró un poco, pero lo cierto es que había presenciado una acción bélica y que había descubierto el aparato alemán. Dijo también que había comido magníficamente a bordo, y se convirtió en un personaje de indiscutible prestigio entre los demás arrapiezos del muelle, hasta el punto que muchos de ellos quisieron emular su hazaña.

Pero el capitán Adler había previsto ya tal contingencia, y aunque en el fondo no le disgustó la permanencia de Rebi en el barco, no tenía ningún deseo de que volviera a repetirse el episodio. Por lo tanto, ordenó que las compuertas de la proa se cerraran una hora antes de zarpar el transporte de Pozzuoli, y que un grupo de marineros se dedicara a buscar por todo el buque, sobre todo en los lugares más recónditos, como la despensa de los contramaestres. Adler encargó a Carlyle, que era quien mejor conocía a los niños, para que dirigiera el grupo de búsqueda.

Desde entonces, y antes de zarpar la nave, tenía lugar en la torre de mando del «LST 1826» una singular ceremonia. Un marinero alto y pelirrojo se plantaba ante el capitán, saludaba en posición de firmes y manifestaba:

—¡Capitán, no hay ningún niño a bordo!

Sólo entonces el capitán daba la orden de zarpar.

## VINO Y RACIONES K

Barclay detuvo el «jeep» a la entrada de la playa, y él y la enfermera contemplaron el panorama. El sol brillaba sobre la campiña, y el azul del cielo sólo se veía moteado por algunos grupos de cirros hacia el lado del mar. La costa era una serie ininterrumpida de pequeñas playas, situadas una tras otra, y todas en forma de U y con los brazos dirigidos hacia el mar. La playa donde Barclay y la enfermera se hallaban no era diferente de las demás, pero por la forma especial en que la carretera pasaba por allí, y por el cobertizo que había hacia un extremo de la caleta, se dieron cuenta de que en épocas anteriores el lugar debió ser un refugio de pescadores.

Barclay condujo el «jeep» hasta el borde del agua, y, a continuación, ambos echaron a andar por la arena. Mar adentro, podía divisarse un buque que se dirigía hacia el Norte. Era un destructor, uno de los nuevos, con una sola chimenea.

Poco después regresaron al vehículo; Barclay cogió de él la manta y la extendió sobre la arena, cerca de la orilla. Sacó también tres raciones K, que colocó, junto con una botella de vino, sobre la manta, en la que los dos se sentaron a continuación. Barclay descorchó la botella.

—Prueba esto, a ver qué te parece —dijo él, y entregó la botella a la muchacha. Como no tenían vasos, tuvieron que beber directamente de la botella. El vendedor aseguró que se trataba de vino del Vesubio de nueva cosecha, y lo cierto era que tenía un excelente sabor, levemente áspero. Barclay hizo un agujero en la arena y depositó en él la botella.

—Veamos, ¿qué prefieres, un desayuno, un almuerzo o una cena de ración K? —inquirió él.

—¿Cuál es la diferencia?

—El desayuno consiste en una lata de huevos revueltos, deshidratados, con carne. El almuerzo es una lata de queso, y la cena es otra lata, pero que contiene cierta clase de verduras mezcladas con un poco de carne.

—Me apetece más el queso; por lo tanto, creo que voy a tomar el almuerzo —dijo la muchacha.

Barclay abrió la lata de queso y otra de verdura con carne, y desgarró el celofán de un paquete de dorados bizcochos. Comieron con apetito, e hicieron honor al vino del Vesubio. Sarah dio a Barclay una parte de su queso.

—Esto está un poco desolado —dijo ella—. Pero me gusta. Me da la sensación de que por ahí pasean los fantasmas de los pescadores.

—Sí, aquí era sin duda donde recalaban.

—¿Me prometes una cosa? —preguntó Sarah, después de un momento de silencio.

—Tal vez.

—Prométeme que cuando caiga Roma pedirás a Shanley el «jeep» y me llevarás a pasar un día entero allí. Quiero visitar Roma. Siempre tuve deseos de hacerlo.

—Con mucho gusto te lo prometo, aunque no sé cuándo podré cumplir mi promesa.

—No creo que tardes mucho.

—Ojalá sea así.

—Sin embargo, a veces me siento pesimista a ese respecto, sobre todo cuando les veo llegar al hospital —dijo Sarah—. Son tantos y tantos los heridos que vienen de los frentes de Anzio y de Cassino... Estaban a un paso de Roma, pero no consiguieron llegar a ella.

—Me gustaría, de verdad, enseñarte Roma —afirmó Barclay; luego de un momento de silencio añadió—: Me gustaría llevarte al Foro, a la tumba de Adriano, a la fuente de Bernini, al Palatino, al Janículo, y a ver al Santo Padre.

—Son todos unos nombres preciosos, y tengo muchos deseos de admirar cuanto pueda. ¿Me prometes que lo harás?

—Yo me cuidaré de todo, y tú de solicitar la admisión en un grupo que sea recibido por el papa.

—Está bien —contestó la muchacha—. Cuando pase el tiempo, podré contar a mis nietos que un teniente de la Armada me llevó a ver Roma.

—Si tus nietos resultan ser buenos estudiantes de geografía, se extrañarán de que un marino te llevase a visitar Roma.

—Les diré: llegamos en su barco por el Tíber. ¿Acaso no desemboca en el mar?

—Sí, pero no creo que tenga suficiente calado. De todos modos, quizá se lo crean tus nietos. Lo que sí es cierto es que deseo de todo corazón enseñarte Roma —dijo él, poniéndose serio.

—Tienes que prometerlo formalmente.

—Formalmente prometo llevarte a ver la ciudad de Roma —aseguró él con solemnidad.

Habían concluido las raciones K y el vino, y se tendieron sobre la manta, mirando al cielo. El vino les dejó algo soñolientos, y al poco rato ambos dormían de espaldas el uno al otro.

Barclay despertó y notó que estaba oscureciendo. Oyó que Sarah murmuraba algo entre sueños, y a continuación sintió en la piel algunas gotas de lluvia. Se levantó de la manta y cubrió con ella a la muchacha, que pareció dormir más reposadamente.

Luego, Barclay volvió a sentarse y observó el cielo, donde iban apareciendo algunas estrellas cerca de las colinas. Pero las nubes no tardaron en cubrirlas. En la playa reinaba ya la oscuridad. El teniente pensó en la chica, en la forma con que su sola presencia contribuía a hacerle olvidar el buque y la guerra. Esa era una de las grandes virtudes de Sarah.

Las gotas de lluvia volvieron a caer suavemente, y la joven quejóse en sueños, y pareció sollozar. Él la protegió con la manta, y, en ese momento, Sarah se despertó.

—¿He llorado en sueños? —preguntó ella.

—Un poco. Tal vez fueron las gotas de lluvia.

—No, no es eso. Siempre suelo llorar en sueños. Pero no quiere decir nada —replicó ella, y al despejarse del todo agregó—: Veo que me has cubierto con la manta.

No bien acababa de hablar, cuando la lluvia comenzó a caer con fuerza. Corrieron hacia el «jeep» y se sentaron en el interior, mientras las gotas percutían contra el techo y el parabrisas del vehículo. Caían verticalmente, por lo que no entraba mucha agua en el interior del «jeep». Cuando disminuyó un poco la intensidad del chaparrón, Barclay puso el vehículo en marcha y se encaminaron hacia la encharcada carretera de la montaña.

Faltaban algunos minutos para la hora en que ella tenía que entrar de guardia en el hospital. Permanecieron sentados en el «jeep», escuchando el golpeteo de la lluvia que aún caía suavemente sobre el techo de lona del vehículo.

—Ha sido una excursión muy agradable —manifestó sonriendo la joven.

—Es cierto. Hasta las raciones K me parecieron mejores que otras veces.

Permanecieron en silencio unos instantes, y al cabo, sin mirarle, ella dijo:

—Creo que me marchó de aquí dentro de un mes.

—¿Te marchas? —manifestó él, sorprendido, mirando a la muchacha.

—Así es. Están formando un nuevo grupo destinado a Anzio y he sido incluida en él.

—¿A Anzio dentro de un mes?

—Sí, siempre que para entonces subsista la cabeza de puente. Tal vez puedas llevarme tú mismo en el «LST».

—Eso espero.

Guardaron silencio unos instantes, y luego él preguntó:

—¿Podré verte otra vez?

—Sí, desde luego —replicó ella con vehemencia.

A continuación, Barclay se puso a contar con los dedos los días que tardaría el transporte en regresar, y se lo dijo a la enfermera. Luego la acompañó hasta el interior del hospital y regresó carretera abajo en el «jeep» hasta el buque. En cuanto arrancó

el vehículo, sin ella a su lado, Barclay sintióse más solitario que nunca. La sensación era mucho peor que antes de haber conocido a Sarah.

«Cuatro semanas más. Media docena de ocasiones para volver a verla», pensó Barclay. Seis días escasos saliendo con ella, y luego seguramente todo habría terminado. Y si la cabeza de puente se desmoronaba antes de esa fecha, en tal caso enviarían el buque a otra parte. De una u otra forma, Barclay sintióse perdido.

## UN NUEVO MIEMBRO EN LA FAMILIA

Al día siguiente de llegar en el transporte, Carlyle llevó a Rebi a la casa de Coco Comparo. Lo hizo como la cosa más natural del mundo, como si deseara que uno de sus amigos conociera al otro. Al cabo de un momento de estar charlando, el marinero manifestó, sin darle mucha importancia, que el chiquillo no tenía familia, y que dormía en una de las cuevas de azufre.

—Estuve pensando —dijo Carlyle— que yo estaría mucho más tranquilo a bordo si supiera que Rebi se quedaba contigo. Sería una compañía, y hasta una protección.

La muchacha, sorprendida, miró a Carlyle, luego observó al pequeño y replicó:

—¿Este chiquillo? No creo que fuera una gran protección.

—Puede servirte de gran ayuda —afirmó Carlyle—. Se encargaría de cuidar al niño cuando tuvieras que salir, y de muchas otras cosas similares.

La joven se hallaba realmente asombrada, y más aún cuando se dio cuenta de que Carlyle le pedía que el niño fuera de verdad a vivir con ella. Pensó en los problemas que aquello podría crearle.

—No sé si me ayudaría el niño, pero sí estoy segura de que me comería lo poco que tengo. Los chiquillos comen mucho.

—Yo como muy poco —aseguró Rebi.

—Yo me ocuparía de la comida —manifestó Carlyle.

—Pero ¿dónde va a dormir? —preguntó ella—. Sólo tengo una cama.

—Dormiré en el suelo —dijo Rebi, el cual sólo intervenía en la conversación cuando veía una coyuntura favorable—. Es bastante mejor que la tierra de la cueva de azufre.

—Esta habitación no es lo bastante grande para que vivan en ella tres personas —objetó de nuevo Coco—. Aunque una de ellas duerma en el suelo.

—Quizá pueda conseguirte un lugar con dos habitaciones —dijo el marinero.

—Yo me cuidaré del *bambino* —insistió Rebi—. Soy muy bueno para cuidar *bambinos*.

—Claro, imagino que tendrás una larga experiencia —dijo la joven, tratando de no sonreír.

—Claro que sí. Yo entiendo bastante de eso, porque conozco a muchos *bambinos*.

Rebi se dirigió a la cuna y echó un vistazo. Los bracitos de la criatura se tendieron hacia él, y Rebi la levantó, cogiéndola con asombrosa habilidad.

—Bueno, creo que podrá quedarse —dijo Coco, sonriendo levemente. En seguida se puso seria y agregó—: Pero tendrás que obedecerme, ¿me entiendes?

La situación resultaba cómica para Carlyle. Coco era poco más que una chiquilla también y se parecía a esos mayorcitos que tratan de hacerse respetar por los más pequeños.

—Desde luego, *signora*. La obedeceré siempre, y cuidaré del niño. No tendrá que preocuparse de mí, *signora* —dijo Rebi.

Lo que hasta entonces había parecido algo superfluo, se convirtió en una necesidad. Carlyle consiguió un pisito en el mismo edificio en que se hallaba la habitación. Si los muebles parecían escasos en una sola estancia, distribuidos en dos el ambiente parecía aún más desolado. Carlyle procuró agregar algo a la mesa, las dos sillas, la cama, la cuna y la cómoda originales. Y, habiendo otro miembro en la familia que alimentar, Carlyle comenzó a sacar del buque mochilas más voluminosas.

## LOS NOVENTA Y NUEVE

Hacía un día cálido, sin viento, y el mar estaba extraordinariamente sereno, cuando el barco zarpó de Pozzuoli hacia un horizonte en el que parecía fundirse el intenso azul del cielo con el del mar.

Este se mantuvo así durante varias horas. El teniente Barclay tenía una guardia corta, de dos horas solamente, desde las seis a las ocho de la tarde, pero volvería al puente bien entrada la noche, para permanecer de servicio desde las cuatro a las ocho de la mañana. Cuando se dispuso a hacerse cargo de la guardia corta, se dijo que no había visto jamás un mar tan sereno como aquél. El alférez Horner, al que relevaba, le dio el rumbo, la velocidad y demás detalles, y pronto quedó Barclay con los integrantes de su guardia: Nelson, el contramaestre; Abbot, el señalero; Carlyle, el telefonista; Mason, el registrador, que, de cocinero, había sido promovido recientemente a aquel puesto, y, algo más abajo de la torre de mando, en la caseta del timón, Porterfield, el timonel.

En efecto, se trataba de un mar increíblemente sereno, tan apacible que hasta el «LST» se desplazaba sin balanceo alguno. Algo más tarde, Barclay observó que algunos marineros se habían echado a dormir sobre la escotilla número dos, lo cual era indicio de que abajo hacía calor. En el cielo brillaba una profusión de estrellas, a las que daba gozo contemplar. Barclay echó un vistazo a su reloj, comprobó la hora con la caseta del timonel, por medio del tubo acústico, y ordenó un cambio de rumbo.

—Timón a rumbo, dos, seis, cinco.

—Timón a rumbo dos, seis, cinco —replicó la voz de Porterfield, como un eco, por el tubo.

Barclay notó que el navío viraba ligeramente hacia estribor, y poco después volvía a oírse la voz de Porterfield.

—Vamos con rumbo dos, seis, cinco, señor —dijo el timonel.

—Muy bien.

El teniente y los marineros de su guardia habían hecho juntos tantas singladuras, que habían llegado a conocerse bien a fondo.

—¿Sabe que éste es el viaje número treinta que hacemos a Anzio, teniente Barclay? —inquirió Mason.

—No lo sabía —replicó Barclay pensativamente—. Lo cierto es que ya he perdido la cuenta.

—Yo llevo la relación en mi diario. Son treinta viajes —dijo Mason, y lanzó un suspiro, quizá como tributo a la cifra—. Estoy bien seguro de ello.

Barclay se puso a examinar el mar a través de sus prismáticos, y de vez en cuando echaba una mirada al cielo. No se veía nada, aparte de un mar llano bajo un cielo profundamente tachonado de estrellas. Como consecuencia, tal vez, de la observación hecha por Mason, Barclay se puso a pensar en lo que harían los marineros al terminar la guerra. Había hecho ya tantas guardias con ellos, que creía saberlo con todo detalle. Abbot se convertiría en maestro; Mason anhelaba establecerse en California, sin importarle la actividad, siempre que fuera allí precisamente; Porterfield se haría pastor protestante; Carlyle regresaría a su granja, y sólo lord Nelson seguiría donde estaba, en un barco. En cuanto a él mismo, tenía diversos planes y anhelos para lograr una existencia satisfactoria. Lo único que por el momento deseaba era que concluyese la guerra, para ser dueño de su propio destino.

—Me gustaría beber un poco de leche fresca, recién ordeñada —dijo Mason—. Creo que en este instante es lo que más anhelo en el mundo. Me bebería una botella entera, sin respirar siquiera.

Eso dio lugar a que cada uno citase el manjar que echaba de menos en el buque.

—Verduras frescas —aseguró Carlyle—. Me gustaría un buen plato de verduras.

—Yo añoro la langosta del Maine —aseguró Barclay, haciéndosele agua la boca—. O quizá algunos cangrejos. Sí, creo que sería eso lo que elegiría.

—Helados —dijeron casi al mismo tiempo Abbot y lord Nelson.

De este modo, los méritos de cada manjar fueron alabados por quienes los preferían. Poco a poco, y conforme fueron explayándose en el tema, se generalizó la convicción de que el helado era lo que más apetecía a todos.

—Creo que cedería mis verduras por una buena ración de helado —admitió Carlyle.

—Oye, lord Nelson, ¿es cierto que en los cruceros dan helado a los tripulantes? —inquirió Mason.

—En los cruceros tienen todo lo que desean —aseguró el aludido, que había servido en casi todos los tipos de buques de guerra conocidos—. No sólo puede tomar uno helados en un crucero, sino también leche malteada, batidos y otras cosas por el estilo.

—Prefería que no me hubieras confirmado eso, lord Nelson —aseguró Mason lúgubrementemente—. Pensar que hay quien está a bordo de un barco donde hay helados y leche malteada...

Esta conversación les hizo añorar desesperadamente aquello de que carecían, pero al menos tuvo la virtud de apartarles el pensamiento de cosas peores, como la

sensación de soledad que experimentaban todos ellos en algunos momentos, a pesar de hallarse entre muchos compañeros.

Había llegado la hora de modificar otra vez el rumbo, y Barclay habló por el tubo acústico.

—Timón a rumbo dos, cinco, cinco —ordenó.

—Timón a rumbo dos, cinco, cinco —contestó Porterfield, y poco después, añadió—: Vamos a rumbo dos, cinco, cinco, señor.

—Perfectamente.

Barclay volvió a otear la noche con sus prismáticos. No se veía nada de particular, y tampoco se percibía sonido extraño alguno, con excepción del monótono rumor de las máquinas y del rítmico golpear de las olas contra el casco. Barclay sentía en el fondo un profundo amor hacia el mar. Ni el hecho de hallarse a bordo de un «LST» podía atenuar aquel cariño.

De pronto se puso a pensar que aquel armatoste al que llamaban buque se había convertido en su hogar. Lo era desde hacía bastante tiempo, y lo seguiría siendo Dios sabía hasta cuándo. Entonces desfiló con rapidez por su mente la historia del barco: la forma en que lo construyeron en una localidad de Indiana, llamada Jeffersonville, y cómo lo pusieron a flote por el Ohio y el Mississippi, hasta que llegó a Nueva Orleans, donde inició su vida activa y la dotación se hizo cargo de él para comenzar las travesías. La Armada lo había destinado al otro lado del Atlántico, y Barclay recordó la prolongada travesía, en que las aguas casi parecían tragarse al buque, tan poco marineramente, y todo el mundo se mareó tremendamente. Pensó en los tripulantes que habían muerto en él; en la ingente cantidad de soldados que llegó a transportar, muchos de los cuales estarían ahora muertos en alguna ladera o en un camino polvoriento.

Acordóse Barclay de la estancia de la nave en Sicilia, donde una bomba cayó en la popa, matando a cinco marineros y a cuatro soldados; de Salerno, donde un oficial perdió la vida en la rampa, por efecto de un trozo de metralla que reposaba ahora sobre el escritorio del capitán, y donde el buque estuvo embarrancado treinta y seis horas, antes de que pudieran remolcarlo y librarlo de su crítica situación. Se acordó de Anzio, adonde estaban realizando su trigésimo viaje, según acababa de enterarse.

Pensó Barclay en las innumerables huellas de granadas que aparecían en el casco del buque, en lo fogueado que éste estaba. Luego, al reflexionar acerca de los componentes de su guardia, Barclay se dijo que lo único de positivo que producían las guerras era un cierto sentimiento de camaradería entre los compañeros de armas. Lo cual no dejaba de ser irónico, tratándose de un hecho tan absurdo, inútil y nocivo como la guerra. Fuera de eso, no tenía más, nada más, que fuese digno de elogio. Comprobó Barclay que Nelson se hallaba haciendo una ronda por el buque. Mason había ido abajo a buscar café, y al marcharse Abbot a la cabina de radio, sólo quedaron él y Carlyle durante unos minutos.

—¿Cómo se encuentra la madre, Carlyle? —preguntó el teniente.

—¿Mi madre? —inquirió Carlyle, sorprendido.

—No. *Nuestra* madre, la del buque.

—Ah, se refiere a Coco —dijo Carlyle, y a Barclay casi le pareció verle sonreír en la oscuridad—. Está muy bien, magníficamente, lo mismo que el pequeño. Los veo muchas veces.

—Me doy cuenta por los progresos que haces en italiano. Jamás he visto alguien que aprendiese un idioma con tanta rapidez.

—Es muy buena maestra —aseguró el marinero—. Y muy inteligente también. Cuanto más la veo, más me gusta.

Acababan de regresar Nelson y Mason, cuando una luz sumamente intensa brilló a unos novecientos metros por la amura de estribor, sobre la superficie del agua.

Todos la habían visto casi al mismo tiempo. Los vigías de proa informaron de ella inmediatamente por teléfono, lo mismo que el timonel, desde su caseta.

Todos los componentes de la guardia se pusieron a mirar en dirección a donde se produjo la luz. Barclay se dirigió al tubo acústico que comunicaba con el camarote del capitán, el cual había ordenado que le avisaran si se divisaba alguna luz extraña. Segundos más tarde, Adler se hallaba en la torre de mando.

—Creí conveniente llamarle, capitán. No sé bien de qué se trata —declaró Barclay.

—Me alegro de que lo haya hecho —dijo el capitán, y observó durante unos instantes el lugar en el que se había producido la luminosidad, para luego agregar—: Tampoco yo sé qué es eso.

—¿No podría ser un gran pez?

—Los peces no llevan luces de popa —aseguró Nelson.

Y, de pronto, la luz se apagó tan de improviso como se había encendido. El capitán permaneció en el puente, hablando con tono apacible.

—¡Qué hermosa noche! —exclamó, mientras contemplaba las estrellas—. Bien, creo que no tengo más que hacer por aquí. Buenas noches, Matthew. Buenas noches, muchachos.

—Buenas noches, capitán.

Marchóse el capitán y, algún tiempo después, los componentes de la guardia hicieron lo mismo, al ser relevados en sus puestos. Los cinco marineros y Barclay sabían que volverían a verse muy pronto, a las cuatro de la madrugada, en que se iniciaba la guardia de más larga duración.

—No me puedo quitar los helados de la cabeza —dijo Mason, cuando se dirigía hacia abajo con sus compañeros—. Muchachos, ¡cómo me gustaría tomar una ración de helado de fresa!

Aunque les preocupaba la extraña luz que habían divisado, cuando llegaron a sus alojamientos, casi todos los marineros iban pensando en lo mucho que les gustaría probar un helado.

Barclay se dio cuenta de que algo sucedía cuando fue despertado por el mensajero de guardia. Se levantó, comenzó a ponerse los pantalones, y ya tenía introducida una pierna cuando un bandazo le arrojó contra su litera, donde quedó sentado. Terminó de ponerse los pantalones en esa posición.

Podía oír el viento aullar desde el mar, y, cuando de nuevo se puso en pie, dirigióse, haciendo eses por el pasillo, a causa de los pronunciados balanceos del buque, hasta llegar a la cámara de oficiales. Hallábase ésta desierta, y Barclay se sirvió una taza de café, parte del cual le cayó sobre una mano, escaldándosela. Acababa de servirse azúcar, cuando el azucarero decidió abandonar la mesa, y voló contra un mamparo, haciéndose pedazos.

Cuando concluyó de tomar el café, Barclay cogió el platillo y la taza y los llevó a la despensa adyacente, para salvar algo de la vajilla de la nave. Luego recogió los trozos del azucarero y los arrojó a un cubo de desperdicios que había en la despensa. Llegó en ese momento el teniente Richard Abernethy, desde la sala de máquinas, y realizó la misma operación para servirse el café.

—Esta es la clase de noche que me pone más contento, a pesar de lo que me disgusta pertenecer a la «pandilla de negros» de abajo, en lugar de hallarme sobre cubierta —dijo Abernethy—. Supongo que comprendes lo que quiero decir.

—Desde luego que lo comprendo —respondió Barclay.

—De todos modos, en una noche como ésta, sólo un sádico pudo haber inventado algo como tener que permanecer cuatro horas seguidas ahí, en la torre de mando. No sé qué será peor.

—Tienes razón en lo que acabas de decir, Richard.

—Sí, suelo tener razón a menudo —aseguró Abernethy.

—Ten cuidado de no resfriarte allá abajo. Necesitamos gentes como tú —manifestó Barclay, mientras Abernethy se reía de buena gana.

Barclay avanzó por el corredor dando tumbos de un mamparo al otro. Cuando llegó a la caseta del timonel se dio cuenta de que se trataba de lo que pensara en un primer momento. Se hallaban en medio de una de las violentas tormentas que suelen azotar de improviso el mar Tirreno. Siguió ascendiendo y entró en la torre de mando. Tuvo que gritar para hacerse oír del teniente Scot Fairchild, al que relevaba, y quien le entregó la guardia con evidente placer. Afirmó que el capitán había subido varias veces, y que ordenó a las guardias de proa y popa que se colocaran en lugar seguro, para que no fuesen arrastradas por un golpe de mar.

—El condenado capitán de submarino que sea capaz de ver algo a través de esta borrasca, bien se hará acreedor del mérito de mandarnos al fondo —dijo, malhumorado, Fairchild, y se marchó.

Barclay echó un vistazo hacia proa. La tormenta arreciaba con fuerza salvaje. El mar aparecía cubierto de espuma por todas partes, y grandes ráfagas de helada lluvia

se estrellaban contra la cubierta. La parte delantera del barco se perdía totalmente entre la cortina de agua, y la vista no alcanzaba más allá de la segunda escotilla. Parecía imposible que sólo unas pocas horas antes varios hombres hubieran estado durmiendo allí apaciblemente.

El mar hacía estremecer al buque, que cabeceaba y se balanceaba acentuadamente. El balanceo suele lanzar a los tripulantes hacia los lados, mientras que el cabeceo los levanta y los baja alternativamente. Cada vez que la llana proa del transporte golpeaba contra la superficie del mar, podía sentirse la vibración de las planchas metálicas bajo los pies.

Durante esa guardia iba a haber pocas conversaciones entre sus componentes, y sólo se percibía la fiera disonancia del viento y las olas. Los crujidos habituales en el buque se habían convertido en una especie de prolongado mugido, que apagaba el estrépito de la proa al golpear sobre las aguas.

Algunos «LST» se habían partido por la mitad durante tormentas muy intensas, y en otros se habían resquebrajado las soldaduras de las planchas, pero aquella borrasca por la que atravesaba el «1826» no parecía lo suficientemente fuerte como para producir esos destrozos. Al menos, eso fue lo que trataron de pensar los componentes de la guardia. El mar, no obstante, ofrecía un espectáculo imponente, y, con cada cabeceo, Barclay podía ver un gran torrente de agua penetrar por la proa y luego correr como un río sobre la cubierta principal.

Barclay deseó que los camiones y vehículos blindados que llevaban en cubierta estuvieran bien asegurados. De lo contrario, podía producirse un desastre. Una sola amarra que se soltara haría que el armatoste de varias toneladas se precipitase contra los costados con fuerza incontenible. No obstante, al echar una mirada hacia abajo, donde se hallaban los vehículos, Barclay pudo ver que éstos se mantenían firmemente, resistiendo los embates de la borrasca.

Lo principal, por el momento, era mantener el buque a un rumbo determinado, expuesto como estaba a la acción del viento y el mar. Miró Barclay hacia la timonera y advirtió que Porterfield se había atado con una correa al timón. Sus huesudas manos se aferraban con fuerza a la rueda. Barclay estaba satisfecho de tenerle por timonel, ya que con semejante tiempo la responsabilidad aumentaba considerablemente.

Salió Barclay de nuevo al exterior, utilizando la espalda para mantener abierta contra el viento la puerta de oscurecimiento, mientras cerraba la interior, y quedó clavado contra un costado, envuelto totalmente en la oscuridad, con sólo el rugido del viento y el agua atronando a su alrededor. Hacía un frío intenso y los bandazos eran continuos. Pasaban en ese momento ante la zona del frente del Quinto Ejército, y Barclay se preguntó si la tormenta llegaría hasta ellos. En tal caso, imaginaba que los de tierra bendecirían la borrasca, que interrumpía las acciones militares. Tal vez incluso les permitiera descansar despreocupadamente, y al menos esa noche morirían menos hombres. No estaba seguro de ello, sin embargo, ya que la cortina de agua le impedía ver si en la lejanía continuaba apreciándose el fulgor de los cañonazos.

Con las primeras luces del alba, la tormenta comenzó a amainar, como si hubieran viajado a través de un tumultuoso túnel de agua y viento, al otro lado del cual reinase la quietud. De pronto todo quedó en calma, poco antes de cambiar la guardia del buque. El viento amainó, abriéronse las nubes y un momento después pudieron ver la proa de la nave.

Miró Barclay hacia cubierta y advirtió que los vehículos y la carga de cubierta tenían rotas las lonas protectoras, pero todo lo demás había resistido bien, lo mismo que el buque. Lo primero que disminuyó fue el cabeceo del barco, y luego se atenuaron los balanceos. Más tarde, al aumentar la visibilidad, Barclay pudo ver hacia proa la costa de Anzio, bañada por un mar sereno.

Cuando llegaron a la playa, todo pareció haber concluido, después de una noche endemoniada. En el transporte se recibió un mensaje de tierra advirtiéndoles que la carga para el viaje de regreso no estaría preparada hasta las cuatro de la tarde, aproximadamente, por lo que debían anclar aguas adentro.

Al cesar la tensión provocada por la borrasca, Barclay notóse extrañamente aliviado. Divisó en ese momento a varios soldados que parecían estar andando por el agua, en la playa. El tiempo era frío y el agua debía de estarlo también. Barclay hizo una sugerencia a los componentes de su guardia.

—Vamos a ver lo que hacen aquellos soldados —dijo—. Hace demasiado frío para que la gente esté metiéndose en el agua, aunque vayan vestidos.

Así, pues, el teniente echó a andar en aquella dirección, en compañía de Porterfield, Mason, Abbot, Carlyle y lord Nelson. Mientras caminaban notaron que desaparecían de ellos los últimos restos de tensión de la noche anterior. Porterfield fue el primero en descubrir lo que ocurría, debido, tal vez, a que estaba relacionado con su futura actividad profesional. Se hallaban aún a cierta distancia, y los demás podían advertir la extraña escena de unos soldados vestidos que entraban en el mar y luego salían chorreando. La fila era bastante larga.

—Vaya, se trata de un servicio bautismal —dijo Porterfield, suavemente.

Al acercarse vieron que los soldados eran unos cincuenta. Algunos se hallaban dentro del agua, otros, fuera de ella, esperando en fila su turno. Pertenecían a una división de infantería, y con ellos se encontraban dos capellanes. Uno de éstos era bautista, y estaba dentro del agua, donde ésta le llegaba al pecho. En cuanto concluía de bautizar a un soldado, entraba otro.

Algunos soldados se quitaban los zapatos y otros la camisa, pero los había que entraban totalmente vestidos en el mar, con sus uniformes de fajina. El capellán murmuraba:

—En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Luego hacía inclinar al soldado hacia abajo, hasta que desaparecía por completo en el agua. Lo retenía allí un instante, y a continuación lo levantaba, como símbolo de resurrección. El agua debía de estar sumamente fría, y una brisa helada que había comenzado a soplar empeoraba las cosas.

Una vez fuera del mar, los soldados recién convertidos se cambiaban de ropas. Algunos habían optado por la Iglesia metodista, y para ellos había un capellán de este credo, que, situado sobre la arena, hundía los dedos en un casco lleno de agua y derramaba unas gotas sobre la cabeza de los soldados.

—Creo que voy a hacerme metodista —afirmó Mason, temblando ligeramente—. Pensaba unirme a los bautistas, pero después de ver esto, he cambiado de opinión.

Los hombres del «LST» observaban la escena en actitud respetuosa. De vez en cuando, una granada alzaba una columna de agua cerca del lugar donde se celebraba la ceremonia, pero todos parecían ignorarlo. Cuando los soldados estuvieron bautizados en su totalidad, formaron una fila en la playa e inclinaron la cabeza, mientras uno de los capellanes elevaba una plegaria. A continuación cantaron un himno religioso.

Los marinos lo conocían gracias a Porterfield, que se lo había enseñado, y se unieron al coro de conversos. El himno se titulaba *Los noventa y nueve*, y sus ecos se difundieron por toda la playa.

*Eran noventa y nueve que, seguros, se albergaban  
entre las vallas del redil;  
pero uno se marchó hacia las colinas,  
más allá de las puertas de oro,  
lejos, hacia los montes estériles, desnudos,  
más allá de los tiernos cuidados del pastor...*

Cuando hubo concluido la ceremonia, los cinco marineros y el teniente echaron a andar por la playa. No habían andado mucho cuando divisaron una lancha del ejército que transportaba numerosos heridos a un buque-hospital que podía verse anclado a la distancia, todo pintado de blanco.

—¿Por qué no vamos a verlo, teniente Barclay? —manifestó lord Nelson—. Los barcos-hospital son naves interesantes, muy diferentes de las demás.

Los heridos iban siendo colocados en sus camillas sobre la cubierta de la lancha, cuyas ametralladoras habían sido cubiertas con fundas, en tanto que sobre la embarcación se había extendido una gran lona con una cruz roja pintada sobre fondo blanco. Aquellos de los heridos que podían andar, permanecían en silencio a un lado, de espaldas a tierra, mirando hacia el anclado buque-hospital. Barclay y los marineros subieron a la gran lancha, y en cuanto la cubierta estuvo llena de camillas y de heridos de menor gravedad, retrocedió hacia el mar, dio la vuelta y puso proa hacia el barco pintado de blanco. Los heridos de las camillas permanecían quietos, mientras

algunas enfermeras en traje de campaña se desplazaban entre las filas, prestando pequeños cuidados a los heridos.

De la cabeza de un soldado no se veían más que los labios, hallándose el resto cubierto por un vendaje. Junto a este herido se hallaba una enfermera, que, colocada de rodillas, sostenía un trapo húmedo, del que dejaba caer de vez en cuando algunas gotas de agua en la boca del soldado. Entre los heridos se notaba la presencia de un extraño pasajero. Se trataba de una niña de unos cinco años, que casi desaparecía en la litera donde reposaba. Su rostro se asomaba pálido por debajo de la manta, pero con expresión serena. Uno de los marineros de la lancha le dio algunos dulces, y la chiquilla le sonrió tímidamente. Barclay y sus marineros se enteraron de que una granada le había arrancado un brazo en las cercanías de Anzio. Arrodillada al lado de la niña se hallaba una mujer, evidentemente su madre, con el rostro totalmente inexpresivo. Cuando la lancha se hallaba a mitad de camino, el mar comenzó a picarse, y Barclay pudo oír que la mujer decía:

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Un soldado americano que yacía al lado de la niña tendió un brazo y cogió la mano de la pequeña. Luego comenzó a explicar a la madre, en italiano, que todo saldría perfectamente. La madre lloró un poco, y luego quedóse en silencio. La chiquilla, en cambio, no se quejó en todo el camino.

El buque-hospital, conforme se iban acercando, parecía ser muy grande, y se hallaba pintado de blanco y muy limpio. En un costado tenía una gran abertura, bajo la cual habían colocado una pasarela horizontal, y al lado de ella fue a atracar la lancha de desembarco. Mientras los heridos eran trasladados al barco, Barclay y sus muchachos subieron a bordo a echar un vistazo, y recorrieron las instalaciones. Se trataba de una nave donde reinaba la limpieza más absoluta, hasta el punto de que les hizo sentirse incómodos, notándose sucios y sin afeitar. Todos los miembros de la dotación iban de uniforme azul, con los galones correspondientes cuando se trataba de oficiales. Las gorras de éstos estaban cubiertas con su funda blanca, refinamiento que Barclay, por no haberlo visto desde hacía mucho tiempo, casi había llegado a olvidar. Lord Nelson no tardó en hallar otro contraмаestre —los contraмаestres, en cualquier marina, constituyen uno de los grupos más unidos—, y por él se enteró de que el barco acababa de salir de los Estados Unidos, siendo aquél su primer viaje desde Nápoles a Anzio, en busca de heridos.

—Salimos de Nueva York hace diez días —afirmó el otro contraмаestre, y los del «LST» le miraron como si fuera un ser de otro mundo.

—¡Hace diez días estaba en Nueva York! ¿Qué os parece? —exclamó, maravillado, Mason.

—En efecto —confirmó el contraмаestre, complacido—. Y allí es adonde volveremos en cuanto hayamos completado en Nápoles el número de los heridos que pueden subir a bordo. Estaremos de regreso dentro de dos semanas, aproximadamente.

—¡Dos semanas y volverá a Nueva York! —agregó Mason, aún más asombrado que antes.

Barclay y los demás salieron a cubierta, donde se hallaban varios oficiales, tanto hombres como mujeres, acodados sobre la borda y mirando con gran interés hacia la playa. Nelson permaneció con el contraamaestre del barco-hospital, y cuando Barclay volvió a mirarles, le pareció que estaban enzarzados en una especie de discusión. Después de un momento, Nelson se acercó a Barclay y le dijo:

—Teniente Barclay, ¿puedo hablarle un momento?

Nelson tenía un aire de misterio que impulsó a Barclay a conducirlo a un lado, para hablar con más libertad.

—Teniente Barclay —dijo Nelson—, ¿ha visto el hombre con el que yo estaba hablando?

—¿El contraamaestre? Sí, le he visto.

—Se llama Rollins, y es un marino profesional. Estuvimos juntos en el «Vincennes» antes de la guerra.

—Bueno, magnífico —declaró Barclay—. Me alegro de que haya encontrado un antiguo compañero.

—Sí, y, además, Rollins siempre fue un excelente muchacho —aseguró Nelson. Pareció vacilar un momento, y luego agregó—: Me ha preguntado si podemos llevarles de excursión.

—¿Qué dice, Nelson?

—Desea que les enseñemos el puerto y la costa.

—¿Para qué demonio quieren ver eso?

—Ya sabe lo que ocurre, señor. Muchos de ellos es la primera vez que salen de los Estados Unidos, y si regresan, quieren decir que han estado en el frente.

—No acabo de entender.

—Créame que tienen muchos deseos de conocer esto —aseguró lord Nelson—. Rollins sabe que disponemos a bordo de algunas lanchas de desembarco que no usamos por el momento.

—Oiga, Nelson, usted sabe muy bien que el capitán no le va a ceder ninguna lancha para que haga jiras turísticas por la costa. Además, ¿qué le parece si la lancha resultase hundida por una granada alemana?

Lord Nelson y Barclay no apartaban la mirada, mientras hablaban, de la fila de enfermeras que observaban apoyadas en la borda hacia tierra. Para ellos eso constituía un panorama mucho más interesante que lo que pudiera suceder en la costa.

—Puede olvidarse de eso —agregó el teniente—. No podemos guiar ninguna excursión, ya lo sabe.

—Es justamente lo que yo le dije a Rollins, teniente Barclay —aseguró lord Nelson con vehemencia, dando ahora la sensación de que la propuesta de Rollins le hubiese ofendido profundamente—. Le aseguré que más valía que lo olvidara, lo

mismo que usted me ha dicho. Le advertí que el capitán nunca lo consentiría. Todo eso se lo dije bien claro. Y añadí que usted y el capitán lo pensarían muy bien antes de acceder.

—¿Dijo que lo pensaríamos? ¿Cómo es eso, Nelson? —inquirió Barclay, recelosamente.

Lord Nelson se acercó al oficial un poco más y le miró como si fuera a revelar la fecha del día D. Luego dijo, con tono de conspirador:

—Teniente Barclay, he averiguado algo que usted ni siquiera sospecha. Este barco puede decirse que es casi una fábrica de helados.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor. Lo dicho. Pueden fabricar cuantos helados les venga en gana, y por kilos. Cualquiera cantidad.

—Eso me parece muy interesante —respondió Barclay secamente.

—Opino igual que usted —confirmó Nelson—. Se trata de una circunstancia verdaderamente interesante. Pues bien señor, yo le dije a Rollins que podríamos llevarles a una o dos excursiones si, a cambio, nos facilitaban ocho kilos de helados por viaje. Él trató de rebajar la cantidad a sólo cinco kilos, ¡habráse visto!; pero yo dije que ni pensarlo. Tienen que ser ocho kilos por excursión, o no hay arreglo.

Barclay miró atentamente al contraamaestre y preguntó:

—Y bien, ¿qué contestó su compañero?

—«Acepto», es lo que dijo, teniente Barclay. Todas esas enfermeras y los civiles vestidos con ropas de oficiales (perdón, señor) están perdidos por hacer un viaje a tierra.

—¿Quiere decir que nos piensan «pagar» por hacer esos viajes? —inquirió Barclay.

—Bueno, no puede hacerse una cosa como ésa gratuitamente, señor —dijo lord Nelson, escandalizado por la idea.

Barclay volvió a mirar recelosamente al contraamaestre y declaró:

—Nelson, contésteme francamente: ¿fue Rollins quien le hizo la proposición de ir a tierra, o ha ocurrido de otra manera?

—Ah, no, señor —replicó prestamente Nelson—. Yo no sería capaz de hacer eso. Digamos que a los dos se nos ocurrió a un tiempo lo de la excursión. Ha sido como una especie de inspiración que tuvimos Rollins y yo a la vez.

—Ya comprendo —dijo Barclay, y viendo que la lancha del ejército se disponía a regresar, agregó—: Volvamos a esa lancha y hablaremos con el capitán.

—¡Eh, vamos, pollinos! —aulló lord Nelson, y su voz resonó como el megáfono de a bordo. Las enfermeras y los médicos alzaron rápidamente la cabeza, pero Nelson sólo se dirigía a sus marineros, que de aquel modo reaccionaban con mayor rapidez. Los seis hombres saltaron a la lancha y un instante después ésta se alejaba del costado del buque-hospital.

Durante el viaje, Nelson comentó algo más de la conversación que había tenido con su antiguo compañero del «Vincennes».

—Hay algo más, teniente Barclay. Rollins me preguntó si teníamos algunos recuerdos de la cabeza de puente. Están muy interesados en ese tipo de recuerdos.

—¿Qué clase de recuerdos?

—Bueno, no entramos en detalles acerca del asunto. Creo que se trata de cualquier objeto de los alemanes: cascos, armas o cualquier cosa por el estilo. Me parece que en ese barco-hospital hay un verdadero filón, a mi entender.

—Muy alentador —replicó Barclay—. La lástima es que no tenemos cascos alemanes, ni nada parecido.

—No, pero en tierra los hay. Rollins también me dijo que estaban interesados en cascos americanos que hubieran estado en el frente.

—Veo que son un grupo de coleccionistas de cascos —dijo Barclay, mirando con sorna al contramaestre.

—Es uno de los mejores recuerdos de una guerra —aseguró Nelson—. Es un objeto bonito y robusto, que dice algo. Créame, teniente Barclay: ese barco es una mina de oro. Están cargados de cosas que nos faltan, como encendedores, estilográficas y muchos otros objetos por el estilo. Y eso sin contar los helados. Creo que no debemos dejarles marchar sin realizar algunas pequeñas transacciones. Quizá no vuelva a presentárenos una oportunidad semejante, teniente Barclay.

La lancha de desembarco, que se dirigía a un punto de la costa en cuya dirección se hallaba el «LST», dejó al teniente y los marineros en su buque. Barclay se encaminó a hablar con el capitán.

—Los marineros tienen metidos los helados en la cabeza, señor —manifestó.

El capitán miró a Barclay, aproximadamente del mismo modo que éste había mirado a Nelson cuando le hizo la proposición.

—No había proyectado que nuestras lanchas fueran utilizadas para jiras turísticas por la costa —afirmó hoscamente. Permaneció un momento pensativo, y luego inquirió—: ¿Y dice usted que son ocho kilos de helado por viaje?

—Exactamente, señor. Ese es el acuerdo a que llegó Nelson —dijo Barclay.

—Vaya, helados —murmuró Adler—. No despreciaría yo una ración. Bien, haga que bajen una de las lanchas de desembarco y ponga a Nelson al mando de la misma. Además, ordene que vaya a bordo un señalero con banderas.

—¿Un señalero, señor?

—Si vamos a hacerlo, hagámoslo bien. Diga a Nelson que se mantenga cada cierto tiempo en contacto con nosotros por medio de las señales, y que le avisaremos el momento en que vayamos a zarpar. Puede llevar a cabo cuantos viajes desee. Si vamos a conseguir helados, que sea en cantidad suficiente.

Regresó Barclay y comunicó a Nelson la aprobación del capitán y sus órdenes complementarias. Antes de dirigirse a proa, para hacer descender la lancha, Nelson dijo:

—¿Le parece que hagamos una colecta de recuerdos, como material de intercambio, teniente Barclay?

El teniente dio su consentimiento, y, en seguida, el contramaestre se dirigió a proa, y durante casi diez minutos estuvo dando órdenes, y colocó al artillero de primera James Plimpton a cargo del grupo de búsqueda de recuerdos, por considerarle el más capacitado para la tarea. Luego, Nelson formó la tripulación de la lancha con Boland de timonel, Chatham de maquinista y Porterfield, Abbot y Mason para ayudar a bajar y subir a los pasajeros, seguramente poco acostumbrados a desenvolverse en el mar.

—¿No te parece que debiéramos arreglarnos un poco, lord Nelson? —inquirió Mason—. Lo digo por las enfermeras.

—No hay tiempo suficiente —replicó el aludido—. Cada minuto que pasa nos cuesta una ración de helado. Además, les gustaremos más así. Ya ven demasiada gente con uniformes impecables. Lo que desean es un poco de color local.

—Nosotros tenemos mucho de eso —aseguró Mason, mirando a la tripulación, que aparecía vestida con grasientos pantalones, camisas sudadas, mugrientas sandalias, gorras teñidas de pintura y rostros sin afeitar.

Arriaron la lancha al agua, subieron los marineros a bordo, y Boland puso rumbo hacia el impecable buque-hospital. Pronto se inició la primera jira. Las enfermeras aparecían inmaculadas, con sus nuevos uniformes, lo mismo que los oficiales médicos. La diferencia residía en la forma física de unas y otros. Las muchachas eran todas sumamente esbeltas, en tanto que los oficiales presentaban figuras excesivamente orondas, para lo que era corriente en un oficial naval. Los médicos tenían en su mayor parte la graduación de teniente de navío, y el brillo de sus galones resultaba casi ofensivo, lo que aumentaba el contraste con los tripulantes de la lancha.

Los marineros del «LST» ayudaron a las enfermeras y a los médicos a subir con todo cuidado a la lancha, y, cuando ésta se dirigía hacia la playa, las tripulaciones de los buques anclados ante el puerto salían a cubierta para contemplar la desusada carga de la embarcación.

La razón de que aquellos hombres parecieran haber sacado su uniforme de una caja, aquella misma mañana, resultó bien evidente con lo que lord Nelson y sus compañeros pudieron escuchar mientras les llevaban hacia tierra. Al buque-hospital había destinado un vasto grupo de médicos, enfermeras y técnicos sanitarios, reclutados todos ellos en un gran hospital civil. Fue un sistema muy empleado por el ejército y la Marina durante la guerra, y parecía dar buen resultado, ya que en el grupo se contaban todas las especialidades que podían precisarse. Lo único que se requería era quitar a los doctores sus ropas civiles y colocarles unos uniformes de la Marina. Pero ello significaba, en la mayor parte de los casos, que, aunque los médicos llevasen a veces galones correspondientes a altas graduaciones, seguían, en cambio, tan inexpertos en asuntos navales como un granjero de Idaho. Habiendo descubierto eso, Nelson quedóse más tranquilo. A él siempre le gustó saber cómo

tenía que enfrentarse con una situación determinada. Allí había una pandilla de civiles, y pensaba tratarlos más o menos como se merecían. No obstante, no podía dejar de sentir simpatía hacia ellos. Los médicos y las enfermeras se conocían, indudablemente, desde hacía mucho tiempo, y charlaban y reían como viejos amigos que hubieran salido de excursión.

—¿No te parece asombroso, cariño? —oyó lord Nelson que decía una voz femenina a su lado. Se trataba de una menuda enfermera de rubios rizos y figura provocativa, pero se estaba dirigiendo familiarmente a una de sus compañeras, con el característico acento del sur de los Estados Unidos.

—Oiga, marinero —oyó entonces Nelson que uno de los tenientes de navío le decía—, queremos que nos lleve lo más cerca posible de la guerra. No tenga miedo de acercarnos. Estamos deseando ver cómo es eso.

—Haré lo que pueda, señor —dijo lord Nelson.

—Sí, queremos ver lo más que podamos —insistió el oficial médico.

Nelson hizo que Boland se aproximase a corta distancia de la costa. Lo único que se veían eran algunos árboles desgajados por las granadas, y unos cuantos soldados americanos que miraban la lancha llenos de asombro, pero los oficiales quedaron muy impresionados. Cuando descubrieron un tanque inutilizado, todos ellos se mostraron embelesados. Nelson regresó pronto al buque-hospital, y como el trato había sido hecho por el número de viajes, procuró que éstos no se alargaran demasiado. No obstante, procuró dar interés a las excursiones y se colocó sobre la cubierta del motor y fue dando una explicación de los alrededores a su admirado auditorio.

—Al principio había bastantes minas en el puerto —explicó Nelson con voz tan clara y potente que incluso atraía la atención de los soldados que se encontraban en la playa—. Pero la Marina las eliminó, lo que se hace con unos barcos llamados dragaminas. Y ahora, señoritas oficiales y señores oficiales, sepan que esta misma lancha en que viajan sirve para desembarcar tropas en aquella playa que están viendo.

Las enfermeras y los médicos observaron, llenos de respeto, el interesante artefacto en que navegaban.

—Eso se hace —prosiguió diciendo Nelson— llegando hasta la misma playa y haciendo descender la rampa, que es lo que tienen delante de ustedes, señoritas. Y entre aquellos árboles se hallan las posiciones alemanas. Tienen la ventaja de estar en los terrenos más altos, con lo que dominan nuestras posiciones.

Mientras tanto, la operación relativa a los recuerdos de guerra se estaba llevando a cabo con no menos eficacia, bajo la dirección de Plimpton. Se despachó una misión a tierra, que cambió a los soldados, urgentemente, diversos suministros, tales como cigarrillos, golosinas y loción de afeitar, por cascos, dagas y otras pertenencias que fueron teutónicas. Algunos de los cascos alemanes y americanos que obtuvieron eran demasiado nuevos para que tuviesen valor como objetos de campaña, pero el artillero Plimpton los sometió a un tratamiento adecuado mediante el empleo de una pistola

del 45, con lo que muchos quedaron debidamente agujereados. Como tenía pocas balas, el artillero se aplicó a la tarea con un martillo, labor en que le ayudaron luego todos los tripulantes.

Los marineros se pasaron casi todo el día recogiendo y «elaborando» recuerdos de guerra, y iodo el «LST» resonaba de quilla a perilla con las detonaciones de pistolas y los martillazos. Se trataba de una tarea agotadora, pues había que trabajar contra reloj, y los cascos habían sido contruidos para resistir toda clase de golpes y malos tratos.

En la lancha de desembarco, los tripulantes gozaban realmente con su tarea. Lo cierto es que pasajeros y marineros lo estaban pasando magníficamente bien. Lord Nelson se convenció de que aquellos médicos eran decididamente unos tipos estupendos. Resultaban un poco gordos y desgarbados con sus uniformes, que casi todos llevaban desabrochados, pero el contra maestre ya había oído decir que los médicos se preocupaban poco de sí mismos, atentos como estaban siempre a cuidar de la salud de sus semejantes. Muchos llevaban la gorra echada con desenfado hacia atrás, y la mayoría de ellos fumaban como chimeneas. Un ambiente de franca camaradería se había creado dentro de los reducidos límites de la lancha de desembarco. Los médicos charlaban de manera muy llana con los tripulantes —no actuaban en forma alguna como oficiales—, y las enfermeras se mostraban aún más llanas e interesadas, a juzgar por las miradas de franca admiración que dirigían a los marineros, quienes parecían extremadamente varoniles y musculosos al lado de los pálidos y rechonchos médicos.

—Ustedes parecen estar en excelentes condiciones físicas, marinero —dijo la enfermera de los ricillos rubios a lord Nelson, la cual parecía tomar parte en todos los viajes.

—Es lógico, teniendo en cuenta que nos pasamos la vida haciendo ejercicio al aire libre —replicó el contra maestre.

—Estoy segura de que es así. ¿Y qué es lo que hacen, cariño?

Nelson no podía dar crédito a sus oídos, pero lo cierto era que la enfermera se estaba dirigiendo ahora a él.

—¿Qué... qué es lo que hacemos? —tartamudeó Nelson—. Pues no sabría cómo describirlo exactamente, señorita. Se trata de trabajos en cubierta.

—Eso es terriblemente interesante.

—Claro que sí.

«¡Qué situación!», se dijo lord Nelson para sus adentros, y advirtió que estaba profundamente sonrojado. La enfermera, en cambio, no parecía darse cuenta de ello, ni de la impresión que estaba causando en el rudo contra maestre.

—Oye, cielo, no puedo encender el cigarrillo. ¿Serías tan amable? —pidió ella en seguida.

—Encantado.

La enfermera le tendió el cigarrillo y Nelson pudo ver una tenue mancha de carmín en él. Y el contramaestre, que ordinariamente era capaz de encender un veguero en medio de una galerna, necesitó dos cerillas esta vez para lograr su objetivo. Por fin devolvió el cigarrillo encendido a la muchacha.

—Vaya, cariño, te tiemblan las manos.

—Estoy un poco resfriado y con fiebre —aseguró Nelson, tosiendo levemente.

—Será de estar mucho al aire libre. Deberías cuidarte.

Cada vez que la lancha de desembarco regresaba con sus satisfechos pasajeros al buque-hospital, Abbot se ponía de pie sobre la caja del motor y hacía señales con las banderas al «LST», para saber si aún tenían tiempo de hacer otro viaje más. Los pasajeros se admiraban también ante aquellas muestras de arte mariner, y Abbot terminaba el mensaje con un gran revuelo de banderas.

En las últimas horas de la tarde, Nelson llevó la lancha hasta el «LST» y descargó una profusión de objetos de las más diversas clases. No faltaba mucho para anochecer cuando la lancha de desembarco hizo su sexta y última jira por la costa. No había tiempo para más, porque el capitán Adler había comunicado por señales, desde el buque, que les recogería cuando saliese el «LST» del puerto. Mientras recorrían el litoral y Nelson iba haciendo los rutinarios comentarios, el contramaestre iba pensando en los helados que dentro de poco estarían saboreando. Se sentía muy a gusto hablando con la pequeña enfermera rubia, que estaba junto a él en todas las expediciones. Para aquel entonces había aprendido que las palabras «cielo» y «cariño» eran una forma que tenía ella de dirigirse a cualquiera, como él podía decir «oye, Mac», o «escucha, pollino». De todos modos, las palabras le parecían terriblemente sugestivas cuando ella las pronunciaba.

—Vaya, el agua está tan serena que dan ganas de darse un baño, cielo.

Apenas esta observación había surgido de la bonita boca de la enfermera, cuando una columna de agua originada por la explosión de una granada se produjo a unos quinientos metros de distancia. Nelson, que salió repentinamente de su beatífica contemplación, se dio cuenta de que debían haberse aproximado excesivamente a las posiciones alemanas.

—¿Qué ha pasado, cariño?

—Marinero, ¿qué ha sido eso? —preguntó a Nelson uno de los oficiales cuyos galones relucían al sol poniente, sin disimular su alarma.

—Perdón, señor, ¿cómo dice?

—¿Qué fue ese chorro? ¿No es el que levantan los proyectiles al estallar en el agua?

—Tal vez, señor.

—¿Tal vez? ¿Acaso podía ser otra cosa?

—Es difícil de decir, señor —replicó Nelson evasivamente—. De todos modos, no tiene por qué preocuparse. Creo que ha sido una de nuestras baterías.

El oficial reflexionó acerca de lo que acababa de oír, y cuanto más pensaba en ello, menos satisfactoria le parecía la respuesta. Al fin sintióse irritado y dijo:

—¿Y qué demonios importa quien haya disparado? Si llegan a darnos, no creo que interese mucho que el proyectil sea alemán o americano.

—En eso tiene razón, señor —replicó Nelson—. Sólo queríamos llevarles cerca de la costa, como nos habían pedido.

—Se lo agradecemos mucho, desde luego, pero no exageremos la nota, ¿eh? No olvide que... que llevamos mujeres a bordo.

—No, claro que no, señor. No podría olvidarlo —contestó el contramaestre, observando detenidamente a las muchachas, que se inclinaban sobre la borda para ver mejor la costa y la estela que dejaba la lancha.

Casi inmediatamente después estalló otro proyectil algo más cerca, a unos trescientos metros.

—¡Boland! —exclamó Nelson—. Fin de la jira. Llévanos de vuelta al buque-hospital.

El contramaestre inició entonces una de sus explicaciones para distraer la atención de los pasajeros, mientras la lancha ponía rumbo al barco.

—Vean ahí uno de nuestros destructores más recientes, el «Hilary P. Jones». Es ese buque de dos chimeneas, que tiene ya una buena hoja de servicios bombardeando al enemigo gracias a sus cañones de...

Estaba pensando Nelson con satisfacción que no se había producido ningún incidente, cuando ocurrió.

Lord Nelson no vio al principio a la muchacha. Se hallaba él contemplando embelesado las gallardas formas del «Hilary P. Jones», recordando con nostalgia los años que había prestado servicio en un destructor, cuando vio con el rabillo del ojo una figura que se hallaba en la proa. Era la de una chica, sin duda, y en seguida se volvió a mirarla. Se trataba de la pequeña rubia a la que había encendido el cigarrillo, la cual trepaba por las vigas de la rampa para tener una visión mejor del panorama y del destructor en particular. La chica subió demasiado alto. De pie en la rampa, ofrecía el aspecto de un hermoso mascarón de proa, como los que llevaban antaño los buques de vela. Al momento los pasajeros se estremecieron por el estruendoso estallido de una granada que dirigían los alemanes, sin duda alguna, contra el «Hilary P.».

La lancha de desembarco se hallaba por entonces lo suficientemente cerca del destructor como para sentir los efectos de la explosión. Oyóse entonces una voz que desde el destructor, y amplificadas por un megáfono, exclamaba:

—¡Lancha de desembarco, márchense de aquí cuanto antes! ¡Inmediatamente!

—Vaya, qué forma tan descortés de pedir las cosas —manifestó Nelson a un teniente de navío que contemplaba todo a su lado sin decir palabra—. Será, sin duda, algún alférez nuevo. ¡Boland, diez grados a estribor!

Al virar, la lancha se balanceó fuertemente con el movimiento provocado por la ola de la explosión, y Nelson advirtió que el mascarón de proa ya no estaba en su sitio. En el mismo instante se oyó la voz de uno de los marineros —Mason, le pareció que había sido—, que exclamaba alarmado:

—¡Mujer al agua!

El timonel Boland obró instintivamente, sin esperar órdenes. Y es que Boland era un excelente timonel. Hizo virar la embarcación, ya que la muchacha no había caído directamente sobre la proa, sino un poco a estribor, donde podía verse su rubia cabellera flotando sobre el agua.

Casi al instante, y sin esperar órdenes, Mason, Porterfield y Abbot saltaron desde la borda y se lanzaron al agua. Dos tenientes de navío y un teniente de fragata subieron en seguida a la borda de la lancha, pero Nelson les empujó hacia atrás, sin contemplaciones, mientras decía:

—Ellos la sacarán, señores. Conocen mejor estos mares.

Boland comenzó a describir círculos en torno a las figuras que nadaban en el agua. Desde la lancha, los impresionados espectadores observaron a los marineros, que avanzaban rápidamente hacia la muchacha. Cuando llegaron a ella, la pobre chica casi estuvo a punto de ahogarse, no porque le abandonaran las fuerzas, sino por el excesivo celo de tres marineros, que luchaban entre sí para salvarla. Lord Nelson oyó al fin que dos voces, al menos, gritaban:

—¡Ya la tengo!

El más corpulento de los nadadores era Porterfield, y seguramente por eso logró hacerse con la muchacha. La remolcó hasta la lancha, y numerosas manos alzaron a bordo la chorreante figura de la enfermera, que lord Nelson recibió en sus brazos, y retuvo allí unos minutos, apretándola con fuerza. Luego la depositó en el suelo, y la enfermera, de improviso, echóse a reír.

—¡Vaya estupidez que he cometido! —comentó.

No parecía temerosa ni avergonzada. Lord Nelson no sabía de qué tela estaban hechos los uniformes de las enfermeras, pero lo cierto es que, mojado, el de la muchacha parecía ser de celofán, tal era su transparencia y la forma en que se le pegaba al cuerpo. Trató de mirar a otra parte, para no turbarse más, pero su obligación, por estar al mando de la lancha, le exigía mirar hacia adelante, y, como ella se hallaba allí, tuvo que aguantar y seguir observando.

Lo importante era regresar cuanto antes al barco, a fin de que la joven no cogiese una pulmonía con la fría brisa que reinaba. Nelson ordenó a Boland que aumentase la velocidad, cuando se oyeron unos gritos desde el agua. En la confusión, se habían olvidado de los salvadores. Ayudaron a subir a Porterfield, Mason y Abbot, y la embarcación se dirigió hacia la nave-hospital a la máxima velocidad que le permitía su motor.

Mientras regresaban, ninguna de las enfermeras ni de los médicos, y menos aún la víctima del suceso, parecían hallarse impresionados. La misma reacción de la rubia

enfermera había cambiado el cariz del accidente, y algo que pudo ser aciago se convirtió en una especie de francachela. Lo cierto es que, cuando la lancha llegó al barco-hospital, todo el mundo se reía a mandíbula batiente. Uno de los médicos había prestado su guerrera a la muchacha, y siendo él uno de los más altos, la prenda le llegaba a la joven casi hasta las rodillas.

Entre el jolgorio general, subieron a bordo a la mojada enfermera, no sin que ésta besara antes, profusamente, a Porterfield, como muestra de gratitud por haberle salvado. Luego, los demás fueron subiendo, sin dejar de reír, hasta que el último pasajero quedó depositado a bordo, a salvo.

Un cargamento de rico helado americano fue arriado con mil cuidados a la lancha de desembarco, como pago de las excursiones. Luego los marineros hicieron el último trueque, que consistía en una docena de cascos alemanes y americanos, bien agujereados y aporreados, así como tres banderas alemanas, dos cuchillos de campaña, dos cantimploras, una cajita con insignias militares y otros varios objetos de presunto origen teutónico. Todo fue acogido con grandes muestras de gratitud, y, en pago de ello, los marineros recibieron, además de los helados, numerosos encendedores, plumas estilográficas, mazos de naipes nuevos, dos maquinillas de cortar el pelo, cuatro relojes, dos máquinas de afeitar eléctricas, un fonógrafo y un buen número de discos, todo lo cual andaba bastante escaso en aquellos momentos en el Mediterráneo.

Se trataba de un buen negocio, en suma, para las partes que habían intervenido en él. La lancha estaba concluyendo su feliz tarea, y embarcando los últimos objetos, cuando una lancha de aspecto sumamente elegante se acercó y fue amarrada a la escalerilla, algo por delante de donde estaban ellos. Un marino de edad saltó ágilmente de la lancha, y lord Nelson, que dirigía la faena de la carga, advirtió las dos estrellas de sus hombreras. Nelson se sentía un poco incómodo cuando tenía en las proximidades a un contraalmirante, y se dijo que habría llegado al buque a hacer una visita de inspección. También decidió, en beneficio de la prudencia, que lo mejor era marcharse de allí lo más rápidamente posible. Se volvió hacia Abbot y Mason, y les dijo que se dieran prisa.

Debió de ser la voz de Nelson lo que atrajo la atención del almirante, el cual se volvió hacia los tripulantes de la lancha y les observó con gesto de curiosidad. Mason y Abbot estaban entregando los últimos recuerdos —dos cascos alemanes tremendamente maltratados— a cambio del fonógrafo y los discos.

El almirante se hallaba a unos cinco metros de la lancha, y algo debió de interesarle, pues se aproximó un poco más. El motivo de su interés parecía ser el contraaestere.

—¡Vamos, aprisa, muchachos! —exclamó Nelson, con su tono convincente.

—Oiga, ¿no nos hemos visto antes en alguna parte? —oyó Nelson que decía una voz al lado suyo.

Lord Nelson se volvió y se puso en actitud de firmes.

—¿Yo, señor? Bueno, he servido en numerosos buques, almirante.

—Vaya, un marino profesional, ¿eh? —manifestó el almirante aprobatoriamente

—. ¿Cuánto tiempo lleva en la Armada, hijo?

—Dieciocho años, señor.

—¡Dieciocho años! —exclamó el almirante, más aprobatoriamente aún. De pronto pareció recordar, y agregó—: ¿Por casualidad, no estuvo usted en el «Vincennes»?

—¡Justamente, almirante! —dijo lord Nelson, lleno de gozo, al encontrar allí a otro antiguo compañero, por así decir, de su época de servicio en el crucero.

—Buen navío, el «Vincennes» —aseguró el almirante, lleno de nostalgia.

—No lo hubo mejor, señor.

—Bien, me gustaría charlar de aquellos tiempos que pasamos en el «Vincennes», pero me esperan a bordo, y veo que están a punto de zarpar. ¡Buena suerte, hijo!

Por vez primera en su larga carrera naval, lord Nelson había sido saludado en primer lugar por un almirante, aunque sólo fuera mediante un leve roce de los dedos en la visera. Nelson saludó con rigidez y luego se volvió hacia Boland.

—¡*Avanti*, timonel!

Nelson vio que el almirante se detenía en mitad de la escalerilla y se volvía con gesto pensativo.

—¿Sabe? Creo que le he visto en alguna otra parte. Me parece...

Para entonces la lancha de desembarco ya comenzaba a moverse. Estaba aún a escasa distancia de la escalerilla, cuando Nelson oyó que la voz agregaba:

—¡Ah, ya recuerdo! ¡Nelson, eso es! ¡Lord Nelson, vuelva aquí un momento...!

El ruido del motor bien pudo ahogar la voz del almirante, pensó Nelson, que no tuvo valor para mirar hacia atrás hasta que ya se encontraban bastante lejos. Mientras avanzaban con su valiosa carga, los marineros pudieron ver a las enfermeras que, inclinadas sobre la borda, les saludaban agitando los brazos. Entre ellas había una que estaba envuelta en una clara bata de baño. Era la enfermera de los rubios rizos. Ella y el barco constituían una visión nítida, allí en el puerto, mientras las sombras iban cayendo sobre el mar Tirreno. Nelson quedóse cavilando unos instantes, y luego hizo a un lado sus pensamientos. Nunca había sido un nostálgico. Eso sí, mostróse satisfecho al ver que su retentiva seguía siendo aún lo bastante eficaz como para reconocer vestido de uniforme a un almirante al que viera antes en calzoncillos. Gracias a eso pudo acelerar las cosas y salir rápidamente con la lancha hacia el «LST».

Poco después izaban la lancha a bordo y se procedía a descargar los helados, junto con los demás objetos.

Aquella noche, todos los miembros pudieron tomar helado, y algunos incluso repitieron. Resultaba maravilloso saborear aquello después de tanto tiempo, y todo el mundo estuvo de acuerdo en que era el manjar que más deseaban. Se dijeron también que era una forma magnífica de rematar el trigésimo viaje a la cabeza de puente.

Mason y Abbot se pasaron el resto de la velada llamando «cielo» y «cariño» a lord Nelson, mientras se reían a pleno pulmón. Alguien sugirió que Porterfield fuera propuesto para la concesión de una medalla de salvamento, y el timonel aseguró que prefería mucho más la recompensa que le había dado la enfermera, lo que provocó nuevas carcajadas maliciosas. El regreso resultaba así sumamente alegre, a lo que contribuía un mar terso, propio de la estación veraniega. Varios marineros tomaron asiento en la escotilla número dos y escucharon complacidos las canciones que entonaba Carlyle. Entre ellas cantó el himno que tenía por título *Los noventa y nueve*.

## UNA NOCHE Y UNA HORA

Aquel día, Sarah no quedaba libre en el hospital hasta la medianoche, por lo que Barclay tuvo que esperarla hasta entonces. Aun así, sólo estarían juntos una hora en el hospital, para charlar un poco, tras el regreso de Barclay a Nápoles. El teniente había ido a ver a Shanley, y consiguió que éste le prestase el «jeep». Shanley le dijo que se quedase con él hasta el momento de ir a ver a la enfermera.

—Eres un hombre afortunado, muchacho —aseguró Shanley—. Esta noche vas a entrevistarte, sin lugar a dudas, con la cosa más hermosa y deseable que existe en todo el Mediterráneo y sus costas.

—Tengo la impresión de haber oído eso anteriormente en alguna parte —replicó Barclay.

—Te aseguro que he conocido a muchas otras por aquí, pero ninguna es como ella —afirmó Shanley, y su voz pareció temblar imperceptiblemente—. Es la muchacha por la que todos estamos esperando. Todo lo anterior no parecen sino pasatiempos a su lado.

Barclay había llegado al club de oficiales hacia las nueve y miró a su alrededor, buscando a Shanley. El lugar estaba tan atestado de militares, bebiendo y bailando con sus compañeras, que, por un momento, el teniente no pudo descubrir a su amigo. Luego vio que Shanley le hacía señas desde el otro lado del amplio salón, como un señalero desde el puente de un buque, y se dirigió hacia allí haciendo eses entre las mesas.

La muchacha que acompañaba a Shanley estaba sentada de espaldas, de modo que Barclay no pudo verle la cara al principio. Shanley había hablado a Barclay de tantas muchachas italianas, que éste ya no las llevaba en cuenta. Pero aquélla era realmente digna de atención. Tenía un semblante clásico, dentro del molde italiano, y su tez era tersa y ligeramente morena. Su delgadez resultaba natural, y no hacía pensar que estuviera escasamente alimentada. Pero lo que más impresionaba en ella era la inocencia y pureza que dejaba traslucir y que la hacía parecer distinta del resto de las muchachas que había en el salón. No podía decirse que fuera una mujer para comprarse y venderse. Parecía muy joven, y cuando Shanley la presentó, la chica

tendió la mano a Barclay y le sonrió. Luego éste se dio cuenta de que la había visto en alguna otra parte. En efecto, la última vez que la viera la estaban colocando en una ambulancia, con su pequeño, que había nacido en el «LST». Ella también le reconoció en seguida.

—*Buona sera, signorina.*

—*Buona sera, tenente.*

Momentos más tarde, los dos estaban bailando en el alegre y atestado salón. Todo le parecía extraño a Barclay aquella noche, como si estuviera fuera de lugar: lo abigarrado de la concurrencia, el bar con su profusión de botellas de licor y la reluciente cristalería, el rico terciopelo de sillones, el fulgor de las arañas, la suave melodía de la orquesta, el lujo sensual de las mujeres que le rodeaban.

Todo ello parecía chocante a Barclay aquella noche, hasta que se dio cuenta de la razón. Era porque provocaba un agudo contraste con la dulzura y la dignidad de la muchacha. Le parecía imposible que ella estuviese allí. Aún la recordaba en la cámara de oficiales, cuando le pareció a él, en un momento de irracional idealismo, la encarnación de la pureza.

—Teniente —dijo ella al fin—, podría decirle en qué está pensando. Piensa cosas malas de mí, ¿no es cierto? Piensa usted que no debiera estar en este lugar.

—¿Por qué no?

—Por Carlyle. Estoy segura de que usted lo sabe. Él me habla muchas veces de usted.

—También él me habla a mí de usted.

—¿Y qué dice, teniente?

—Asegura que es una chica magnífica, que le gusta mucho estar con usted, y cosas por el estilo. Y dígame, ¿usted le quiere?

—Tal vez ahora mismo no —replicó la joven, pensativamente—. Pero, sin duda, le querré con el tiempo. Es un muchacho muy bueno.

—En efecto, y me complace que se haya dado cuenta.

—Sí, pero con él es diferente.

—¿Ah, sí? Ya veo: quiere decir que él está enamorado de usted, ¿no es eso?

—No me lo ha dicho —aseguró ella con tono sincero—. Pero estoy casi segura de que así es.

La joven lo dijo con naturalidad, sin el menor asomo de vanidad.

—En tal caso, *signorina*, ¿por qué hace usted esto?

—¿A qué se refiere, teniente?

—Digo que por qué se encuentra aquí.

—Son dos cosas distintas, teniente. Quiero salir un poco. Me moriría, si tuviera que estar siempre encerrada en aquella habitación. Aquí, al menos, puedo vivir un poco, y el teniente Shanley es muy simpático.

—Sí, Shanley es un viejo amigo mío.

—Y tiene una comida exquisita en la casa donde vive. Nadie, aparte los militares, puede conseguir en Italia unos alimentos semejantes.

—En efecto, he comido a veces con él.

—¿Sabe usted lo que cené en mi casa, anoche, teniente? Una pequeña lata de ración C. Sólo eso.

—Comprendo.

—¿De verdad? ¿Sabe, en cambio, lo que acabo de cenar? *Maccaroni*, pescado, bistec con guisantes y patatas, queso, pastel, fruta y todo el pan y la mantequilla que he querido.

Barclay sonrió levemente, y dijo:

—Parece imposible que haya podido usted comerse todo eso.

—Tenía que haberme visto comer, y se hubiera convencido —replicó la joven.

—No es necesario; la creo.

—Puede imaginar el tiempo que hacía que no probaba cosas como ésas, teniente. Es decir, que no probaba siquiera una comida decente.

—Sí, la comprendo. Ya sé que las cosas no son tan sencillas como parecen.

—De vez en cuando necesita uno comer bien, teniente, y, asimismo, algo de distracción —agregó ella, mirando a su alrededor.

—Vivir un poco, en resumen.

—¿Me juzga mal, teniente?

—No, tal como están aquí las cosas, los americanos no estamos en condiciones de juzgar moralmente a nadie.

—¿Va a decírselo a Carlyle?

El quedóse un momento pensativo, y al fin contestó:

—No lo sé.

La muchacha sonrió a Barclay y pareció despojarse de su aspecto inocente.

—Haga lo que guste, teniente —afirmó ella, y se encogió de hombros, como si las cosas fueran a suceder fatalmente como tenían que suceder. Al mismo tiempo, y mientras bailaban, ella se apretó un poco más contra él. Barclay admiró la despreocupación de la joven. No podía menos que simpatizar con ella. Era tan natural como una criatura.

Mientras evolucionaban por la pista, Barclay la miró de nuevo y le pareció ver en ella algo conocido que no podía precisar. Por fin se dio cuenta de lo que era. Se trataba de su vestido. Era el que Sarah se había probado aquel día en la habitación de Shanley, el vestido azul que él eligiera para ella.

La mochila de la Marina había cambiado bastante la vida de Coco, y también su espíritu. Llegaba siempre con Carlyle, y en ella venían muchas cosas que producían a la muchacha gran satisfacción. Según las existencias del almacén del buque, Carlyle podía llevarle, además, cigarrillos, jabón, chocolate, chicle, pasta dentífrica, que le

dejaba junto con las latas de raciones K y C. Una ocasión trascendental fue cuando pudo conseguirle de la despensa del «LST» una lata de melocotones en almíbar. Ella los comió estando él delante, y no necesitó decirle lo delicioso que aquello le resultaba. Hasta la criatura, a quien Coco le dio unas cucharaditas de almíbar, pareció disfrutar enormemente.

No constituía para Carlyle gran problema procurarse aquellos artículos, y en cambio, sentíase plenamente recompensado con la felicidad que proporcionaba a la muchacha. Le producía un placer que Carlyle no había conocido hasta entonces. Entre una visita y otra, lo que ella no usaba desaparecía, pero él nunca le preguntó qué hacía de ello. Carlyle se daba cuenta, no obstante, de que la joven utilizaba aquello para procurarse cosas que necesitaba, como un vestido, unas prendas para el niño y otros artículos similares. En resumen, la mochila de la Marina estaba contribuyendo a mantener a la chica y a su hijito.

A pesar de todo, la vida resultaba sumamente dura para Coco. Lo que Carlyle le llevaba y el dinero que le entregaba en pago de las clases le permitía ir subsistiendo, pero nada más. Con lo de las lecciones conseguía una o, a veces, dos botellas de leche, en el mercado negro, y si bien era cierto que le daban un centenar de liras o un dólar por una barra de jabón, luego, con ese dinero, no podía comprar más que una pieza de pan pequeña. Fuera de eso, lo pasaba muy bien junto a Carlyle. Después venía la soledad de los días en que él estaba lejos, en que todo resultaba triste y no tenía más que los estrictos alimentos para sobrevivir.

Sin darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo, fue el pequeño Rebi quien la introdujo en un mundo mucho más amplio. Un día en que Shanley fue a recoger a Barclay al buque, Rebi, que solía vagar a menudo por los muelles, se acercó al «jeep». El niño sonrió y se dirigió a Barclay. Era un chiquillo simpático, y el teniente le escuchó complacido. Luego Rebi les preguntó si le podían llevar hasta la ciudad. Shanley no opuso ningún inconveniente, y el pequeño subió al vehículo con un saco que llevaba consigo. Ya en camino, Shanley se enteró de la historia de Rebi, cuando entró como polizón a bordo del «LST», y mostróse sumamente complacido con el suceso. Eso hizo que Shanley invitase a Rebi a que fuera a la «villa» con ellos. El chiquillo quedó maravillado con la habitación de los querubines, y antes de marcharse a hacer el recado que le llevaba a Nápoles, Shanley le dio un par de raciones K.

En realidad, Rebi iba a la ciudad a vender algunos de los artículos que Carlyle había llevado a Coco. La muchacha empleaba a Rebi para tal fin, y el niño cumplía su misión con toda eficacia. A la vuelta traía abundante dinero por las latas de comida, las barras de jabón y los paquetes de cigarrillos que ella le confiaba. Con ello, las tres personas podían comer mejor: Coco, Rebi y el hijo de la joven.

Desde ese día, cuando Rebi iba a la ciudad a cumplir con su cometido, a veces se acercaba por la casa de Shanley y lograba dar una vuelta en «jeep» con él. Por lo general, el teniente se hallaba fuera, pero un día el niño llegó justamente cuando

Shanley se marchaba a recoger a Barclay, y aquél le llevó en su vehículo hasta Pozzuoli.

De haber llegado unos minutos antes o después, las cosas no hubieran salido de aquella forma. En el primer caso, Shanley hubiera visto a Carlyle entrar en la casa. En el segundo, Coco habría ido a hacer el recado que tenía pensado, en cuando llegase Carlyle y pudiera quedarse con el pequeño. Pero ocurrió que ella abandonaba la casa justamente cuando Shanley llegaba con el «jeep», para ir calle abajo, a un lugar donde cambiaría la barra de jabón que acababa de traerle Carlyle, por medio litro de leche para su pequeño.

Coco tenía el jabón aferrado con una mano cuando bajó las escaleras, en el preciso momento en que Rebi salía del «jeep». Shanley miró a la muchacha y no hizo movimiento alguno para marcharse, aun cuando Rebi ya se encontraba fuera del vehículo. Por un momento, Shanley fijó su vista en el rostro de la chica, luego en la barra de jabón que llevaba en la mano y, a continuación, otra vez, en su rostro, al darse cuenta de que ella parecía avergonzada de llevar aquello. Rebi, con su aguda intuición infantil, no hizo ademán alguno para presentarles, y, por el contrario, inclinó la cabeza y eludió a Coco para dirigirse hacia las escaleras.

—Oye, Rebi —llamó Shanley—. Ten, aquí tengo algo para ti.

El teniente extrajo de la guantera una ración K y se la tendió al niño, que volvió lentamente hasta el «jeep» y la cogió, casi de mala gana.

—Rebi —le dijo entonces Shanley—, no me has dicho quién es la *signorina*.

El niño lo hizo así y luego desapareció escaleras arriba.

Con eso fue suficiente. Si algo había de cierto en este mundo, eso era que el teniente Shanley no dejaría marchar una muchacha como aquélla sin concertar una cita con ella. En cuanto a la chica, nadie podía estar con mayores deseos de divertirse un poco, y sabía que no había sitio más alegre que el club de oficiales de Nápoles.

Rebi, que se sentía en cierto modo culpable, sin saber exactamente por qué, nunca mencionó lo ocurrido a su amigo Carlyle, y tampoco volvió en un tiempo a casa de Shanley para que le llevase en el «jeep». Lo único que sabía era que Coco le decía que se quedase con el niño cuando el barco de Carlyle se hallaba afuera. De todos modos, le gustaba estar con el pequeño. Era un crío muy simpático.

Ahora las cosas habían cambiado. Se trataba de diferencias que el mismo Rebi no llegó a establecer con exactitud. Desde hacía un tiempo, cuando Rebi iba a vender las cosas que Carlyle llevaba a Coco le seguían dos hombres. Entre otros lugares, los hombres le siguieron hasta la «villa», y le vieron subir a un «jeep» en el que aparecía la inscripción: «Servicio de Desmontaje de Bombas». Los hombres que seguían al niño eran miembros de un organismo oficial norteamericano: la División de Investigación Criminal.

Durante unos momentos, mientras se alejaba del club en el vehículo, Barclay retuvo en su mente la imagen de la muchacha tal como la viera en la mesa de la cámara de oficiales del «LST», imagen que en seguida se confundía con la que ahora acababa de captar de ella. Por un instante, incluso pensó en regresar y decir a Shanley que dejara en paz a la chica, que pertenecía a Carlyle. Luego se encogió de hombros. Al demonio con todo eso, se dijo. Nadie pertenecía a nadie, y él nunca había sido aficionado a arreglar la vida de los demás. Por lo tanto, siguió conduciendo colina arriba, hacia el hospital.

Sarah le había dicho que, si podía ir a las once de la noche, estaría con ella algún tiempo, hasta que a las doce pudieran hablar con más calma durante una hora. La muchacha no podía abandonar el hospital aquella noche, y él tendría que marcharse a la una.

Cuando Barclay llegó al hospital y ella se presentó en el vestíbulo, el teniente recordó los numerosos atuendos con que la había visto hasta entonces: las ropas de campaña, cuando la conociera en el barco; el uniforme con que salía cuando tenía permiso; los vestidos que se probara con tanto gozo en la habitación de Shanley, y ahora, la blanca bata con la cofia de enfermera. Le pareció que la joven tenía un espléndido aspecto, y ello llenó de satisfacción a Barclay.

—Me alegra que hayas venido hasta aquí, aunque yo no pueda salir —dijo ella.

—No hice más que marcharme del club de oficiales. No resultaba tan difícil.

—Es mejor que así fuera.

Se encaminaron hacia el interior del hospital, y Sarah presentó a Barclay al médico de guardia. A continuación visitaron un par de salas, donde el médico, con la ayuda de la muchacha, fue examinando las largas filas de heridos. La mayoría de ellos estaban mutilados en mayor o menor grado. Un subteniente había perdido una pierna en Cassino, un alférez de un destructor era casi una masa de vendajes, que le cubrían las quemaduras producidas al hundirse su buque frente a Anzio; un teniente segundo estaba ciego a consecuencia de la explosión de una granada. Barclay miró el rótulo que figuraba al pie de la cama del alférez herido, por si le conocía, pero no fue así. Se sintió mucho mejor cuando terminó la visita y regresaron al vestíbulo.

—Vamos a sentarnos en el «jeep» —dijo ella—. Es, seguramente, el lugar más reservado que hay por aquí.

Salieron del edificio y bajaron las escaleras exteriores. Las grandes letras que decían «Cuerpo de Desmontaje de Bombas» captaron la mirada de la muchacha, que se echó a reír cuando tomó asiento en el vehículo.

—No sé por qué me hace tanta gracia subir a un «jeep» que tiene este letrero —manifestó.

—Yo, en cambio, me siento incómodo en él. Me parece que voy haciendo siempre trampa, pues sé que todos piensan que soy un oficial desmontador de explosivos.

—Matthew —dijo ella, cuando estuvieron acomodados en el interior del vehículo —, nunca me has hablado de ti mismo, de tu familia, de lo que hacías antes de la guerra.

—Pues verás, estoy seguro de que, de haberse conocido, tu padre y el mío habrían sido grandes amigos. El tuyo domina el griego, y el mío también, además del hebreo.

—¿Qué me dices?

—En efecto. Mi padre es clérigo y ha estudiado hebreo y griego para poder leer el Antiguo y el Nuevo Testamento en sus versiones originales. Cuando yo era niño, fui un día con él a una sinagoga donde tenía que hablar, aunque es pastor protestante. Sin embargo, asombró a todo el mundo hablando en hebreo.

Ella se echó a reír y afirmó:

—Sí, creo que me habría gustado conocer a tu padre.

—También yo lo creo. Se ha afirmado que las convicciones religiosas intensas llevan a la persona que las profesa hacia los extremos del bien o los extremos del mal, y que los sucesos más notables de la historia tuvieron lugar en nombre de la religión, así como los peores. Yo creo que es cierto, a juzgar por lo que he podido comprobar. Mi padre pertenece a las primeras personas.

—¿No has pensado en seguir también la carrera religiosa?

—No, nunca lo pensé. Y tú, ¿tienes la intención de seguir de enfermera cuando termine la contienda?

—No, pero me alegro de serlo ahora, mientras dure esto.

—Mientras dure esto —repitió él pensativamente—. Es toda una frase. A veces tengo la sensación de que durará eternamente.

—Sigue, por favor —manifestó ella—. ¿Qué hacías antes de la guerra?

—Fui alumno en un pequeño colegio de Wisconsin, y luego, durante un año, estuve en la Universidad de Florencia; acompañé a mi padre en un viaje con que su iglesia le había obsequiado. Él siguió hacia Tierra Santa. Más tarde pasé un año estudiando Leyes en Yale, hasta que ingresé en la Marina.

—¿Piensas volver a estudiar Derecho?

—Sí. Me gusta esa clase de estudios, aunque no sé realmente si me gustará ejercer como abogado.

—Entonces, ¿aún no estás del todo decidido?

—En efecto. Al principio me pasaba el tiempo pensando lo que debía hacer. Ahora ya he dejado de preocuparme.

—Algo tendrás que hacer —dijo ella.

—Desde luego —replicó Barclay—. Me dije también que podría escribir. Mi padre tenía una buena biblioteca, y no toda sobre temas religiosos, sino más bien sobre literatura y asuntos generales. Yo solía leer bastante.

—¿Qué leías?

—Autores conocidos, como Dickens, Thackeray, Conrad, James, Twain. Conrad me gusta mucho. Tal vez me guste el mar por sus libros. Y también leo con agrado a

San Agustín. A ti también te pasaría lo mismo, si lo leyeras.

—¿Crees tú? —dijo ella, riendo—. Bueno, el caso es que no le he leído.

—Debieras hacerlo. Además, leí cuanto pude acerca de los reyes ingleses. Siempre fue un tema que me atrajo.

—No hablas como un abogado.

—Ya te he dicho que el ejercicio de la abogacía no parece ser mi fuerte.

—Insisto en que debes decidirte por algo.

—Antes creo que viajaré un poco. Estaré un par de años recorriendo el mundo, y luego pensaré lo que puedo hacer. Creo que no podría decidirme sin antes realizar ese viaje. En resumen, estudiaré Derecho, viajaré, y trataré de disfrutar todo lo que pueda. Creo que es un programa bastante amplio.

Estaban hablando quedamente, y ella declaró:

—Creo que lo dices convencido. Eres uno de esos hombres que llevan a cabo lo que se proponen, estoy segura.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —manifestó él, sonriendo—. Bueno, me alegro de que sea así.

—No sueles hablar mucho de ti; por eso tengo esa impresión.

—Bueno, desde que estamos en el «jeep» no he hecho otra cosa que hablar de mí.

—Pero me ha costado mucho lograrlo. Yo sostengo la creencia de que las gentes que menos hablan de sí mismas son las que mejor llevan a cabo sus propósitos.

—Puede que tengas razón. Nunca me había puesto a pensarlo, pero creo que estás en lo cierto. Así ocurre con los escritores. O habla uno de escribir, o se pone a ello. Hacía bastante tiempo que no pensaba cosas como éstas.

—Matthew, creo que me estoy enamorando de ti.

Los dos estaban mirando hacia adelante, a través del parabrisas. Él observó, más allá de las puertas del hospital, que un soldado con una pierna enyesada iba avanzando lentamente, apoyado en sus muletas.

—No digas eso —replicó él, al fin—. No debes decirlo. Estos no son tiempos para enamorarse.

—Lo sé. Y no tienes idea de lo que estoy luchando para no dejarme dominar por ese sentimiento. Un momento más y me acompañas adentro, ¿quieres? Mi tiempo está a punto de terminar, Matthew.

Permanecieron en silencio unos instantes, y Barclay se dio cuenta de que ella hacía esfuerzos para no echarse a llorar. Él no la miró.

—Bueno, vamos adentro —afirmó por último la muchacha.

Entraron en el vestíbulo del hospital y ella le sonrió. Él le devolvió la sonrisa y manifestó:

—No son tiempos para enamorarse, pero creo que a mí también me está ocurriendo lo mismo. Debemos tratar de impedirlo, ¿no te parece? Buenas noches, Sarah.

Barclay regresó al «jeep». Había una larga fila de ellos estacionados ante el edificio, y el teniente sintióse satisfecho por una vez de que el letrero fuera tan visible. De lo contrario, no estaba seguro de que lo hubiera identificado. Luego se dijo que no quería enamorarse estando en guerra. Ni siquiera deseaba pensar en ello.

## DISCIPLINA

En el buque se temía más a las minas que a los torpedos. Estos podían pasar a veces bajo la quilla, poco profunda, del «LST», pero con las minas no ocurría lo mismo. Los alemanes habían estado lanzando recientemente numerosos de estos artefactos desde los aviones. Durante algunos viajes a la cabeza de puente, los tripulantes del transporte pudieron ver incluso a los «JU-88», que, a lo lejos, se dedicaban a esa tarea. Las minas fueron uno de los temas que surgieron, de una forma algo singular, durante la conversación que sostuvieron aquel día con los alemanes.

A los integrantes de la dotación del «1826» les gustaba hablar con los prisioneros alemanes. Los habían transportado un par de veces, y ello contribuía a distraerles de la monotonía habitual. Resultaba interesante cambiar impresiones con algunos de los enemigos que resistían en Anzio. Los germanos, por su parte, se hallaban igualmente interesados en charlar con sus capturadores.

Aquel día, mientras el transporte avanzaba hacia el Sur, los alemanes se agrupaban en cubierta, a la luz del crepúsculo, hablando con los tripulantes, lo cual resultaba posible debido a que dos o tres soldados germanos hablaban inglés. Por lo demás, no había guardia alguna que vigilase a los alemanes. Al fin y al cabo, ¿a dónde podían ir, o qué podían hacer? Si se les ocurría saltar por la borda, tanto peor para ellos. Mas ninguno lo hacía.

La conversación entre los dos tripulantes y los prisioneros era bastante amistosa, con excepción de algunos momentos de apasionamiento. Se discutía el motivo que había llevado a los alemanes a la guerra, y más tarde a los Estados Unidos. Se habló, además, de una gran variedad de temas.

—Es evidente que nosotros llevamos las de ganar —aseguró un sargento alemán—. Miren, si no, lo que ocurre en Anzio, y en Cassino.

—Sin embargo, tengo entendido que nosotros bombardeamos Berlín con gran intensidad —replicó el marinero de primera Edward Polk, un montañés de Tennessee que tenía habilidad para rebatir argumentos.

—No hay tales bombardeos. Es sólo propaganda de sus jefes para mantenerles a ustedes la moral.

—En tal caso, lo consiguen muy bien —dijo Polk.

Varios de los americanos se rieron con la observación, y Polk prosiguió diciendo:

—Lo que no alcanzo a comprender es que ustedes hayan bombardeado uno de nuestros buques-hospitales. Eso sucedió frente a Anzio. ¿Cómo pueden hacer algo semejante?

—Ah, no, eso no pudo haber sucedido. Será una información errónea. Los americanos, en cambio, sí que bombardearon un hospital en Berlín.

—Creí que había dicho que los americanos no bombardeamos Berlín —manifestó rápidamente Polk.

—Bueno, sólo lanzaron unas pocas bombas —respondió el alemán, sonrojándose levemente.

—Sobre los hospitales nada más, ¿no es eso?

El maquinista de tercera Timothy Rutledge preguntó a continuación:

—¿Quién les parece que ganará la guerra?

—Los alemanes, sin duda —aseguró un cabo teutón.

—¿En serio lo creen así? —preguntó Rutledge.

—Desde luego. Miren, si no, el tiempo que llevamos en Anzio y Cassino. Les hemos detenido, y ganaremos la guerra aunque tardemos cincuenta años —dijo el cabo.

—Estoy de acuerdo en lo de los cincuenta años —dijo un marinero americano, desde atrás, y los demás se echaron a reír. Uno de los alemanes tradujo la observación a sus compañeros, y ellos también rieron.

—¿Qué sucederá cuando abandonen ustedes Anzio? —preguntó Eliot Horner.

—Nunca abandonaremos Anzio —replicó el cabo alemán—. Mantendremos nuestras posiciones. Se habrán dado cuenta de que este barco está navegando frente a zona alemana.

Al pronunciar estas palabras, el cabo señaló con la cabeza hacia tierra.

—¿Por qué no trata de llegar nadando hasta allí? —preguntó el artillero de primera James Plimpton.

—No soy buen nadador —contestó el alemán, y todos volvieron a reír.

—Nunca saldrán ustedes de Anzio ni de Cassino —aseguró el sargento germano, que, como sus compañeros, parecía decidido a recordar a cada momento a los americanos el punto muerto al que éstos habían llegado en Anzio y Cassino.

De vez en cuando, algunos marineros se marchaban del grupo, bien para integrar las guardias, o para realizar sus tareas. Cuando el alférez Horner se alejaba, notó la presencia de un oficial alemán, que, a un lado y de espaldas al mar, miraba con gesto de disgusto al grupo de los que conversaban. Era un oficial joven, rubio y apuesto, y Horner se detuvo para ver si podía charlar con él, en el supuesto caso de que hablase inglés. Horner le había visto en algunas ocasiones, brevemente, cuando el alemán comía solo en la cámara de oficiales, antes de hacerlo los americanos, pero no habían cruzado palabra alguna, sino que se limitaron a saludarse con una inclinación de

cabeza. Poco después, Horner descubriría que el oficial hablaba muy bien el inglés. Se trataba de un miembro de la Luftwaffe, y dijo que tripulaba un «JU-88» cuando el día anterior le derribaron sobre el puerto de Anzio, habiéndole recogido del agua una lancha americana.

—Antes de eso —dijo el aviador— recorrí esta zona una y otra vez, lanzando minas en el mar.

—Sí, ya sabemos que lo han hecho —manifestó Horner—. Incluso vimos los aviones dedicados a la operación.

—Últimamente hemos intensificado el lanzamiento de minas. Es probable que este mismo buque dé con alguna de ellas, en uno de sus viajes.

—En tal caso, habrá que mantener una buena guardia de vigías.

—Hemos conseguido disimular bastante bien nuestras minas; de modo que creo que les costará mucho divisarlas a tiempo.

—Mala cosa.

—Yo mismo lancé gran cantidad de ellas en estas aguas. No estaría mal que chocaran ustedes con una de las minas que yo arrojé desde mi avión —comentó el alemán.

—Sí, resultaría gracioso —contestó Horner irónicamente—. Sobre todo si usted se encontrase a bordo, teniente.

El alemán, por vez primera, sonrió levemente. Luego dijo:

—Es posible. Precisamente estaba pensando en una contingencia de ese tipo. Conocemos muy bien los horarios e itinerarios de ustedes, y sabemos que es posible que tropiecen con una mina por la noche, cuando no pueden ser vistas con facilidad.

—Ya veremos lo que ocurre —dijo Horner sentenciosamente.

El oficial alemán miró entonces hacia un lado, donde se hallaba el teniente Abernethy charlando despreocupadamente con un par de marineros que se apoyaban con indolencia en un mamparo del transporte.

—Eso no está nada bien —dijo el aviador, con tono desdeñoso. —¿A qué se refiere, teniente?

—No es correcto que los oficiales fraternicen de ese modo con los marineros. Eso quebranta la disciplina.

El alférez Horner contempló pensativo el grupo, y manifestó:

—No había caído en eso, pero, desde luego, creo que tiene usted razón. Esa camaradería entre oficiales y marineros no resulta aconsejable.

—Me alegro que lo comprenda.

—Hablaré con el capitán acerca de eso en cuanto pueda —dijo Horner, con un ligero tono sarcástico.

—Hay que tener en cuenta que, en la vida militar, la disciplina es esencial —confirmó el aviador alemán.

Horner asintió con la cabeza.

—Uno de los defectos de ustedes, los americanos, es que no son bastante disciplinados.

Horner sintióse ya un poco molesto.

—Sin embargo, a pesar de nuestros defectos, seguimos sin ceder terreno —afirmó.

—Créame que lo más importante en una guerra es la disciplina —insistió el oficial de la aviación alemana.

—Sí, creo que no hay nada más importante que eso, salvo ganar la contienda, que es lo que hasta el momento parece que estamos haciendo. Bien, he tenido mucho gusto en charlar con usted, teniente. Buenas noches.

El alférez Horner se alejó sin mostrar disgusto alguno. Era un joven de afable carácter, casi un muchacho. La Armada le había sacado de su colegio de Dartmouth antes de que pudieran cumplirse los planes paternos, establecidos desde el nacimiento del niño, de que asistiese a la Escuela de Derecho de Harvard, para luego ingresar en el despacho que su padre, también abogado, tenía en Nueva York. Con sus veinte años, Horner era el oficial más joven a bordo. Estaba muy contento con que le hubieran enviado al Mediterráneo, en lugar de al Pacífico, pensó, mientras avanzaba por el pasillo. Debía de ser horrible hallarse en el océano, casi sin ciudades importantes que ver, aparte de aquellas islas dejadas de la mano de Dios, y sin un oficial de la Luftwaffe, por ejemplo, con el que mantener una amena charla de un cuarto de hora.

Era ya bien entrada la noche cuando algunos de los oficiales que no estaban de guardia seguían charlando en la cámara, principalmente de los prisioneros alemanes. Poco antes de la medianoche todos se habían retirado ya, con excepción del capitán, de Horner y de Barclay, que seguían sentados perezosamente, tomando la última taza de café.

Barclay acababa de dejar la guardia, y manifestó que aquella noche notaba el mar desusadamente sereno. Horner habló del oficial alemán y de la conversación que habían tenido acerca de las minas. Luego habló del concepto que poseía el alemán de la disciplina, y los tres rieron suavemente.

Levantóse luego Horner, y, tras dar las buenas noches, salió de la cámara, dejando al capitán y a Barclay que terminasen su café. Mientras avanzaba por el pasillo se rió en voz baja al recordar su conversación con el aviador. Luego bostezó ampliamente. Había sido un día agotador, y tenía bastante sueño. Lo cierto era que nunca durmió tan bien en su vida como lo estaba haciendo en el barco. Era capaz de beber diez tazas de café, y a pesar de ello, quedábase dormido en cuanto apoyaba la cabeza sobre la almohada. Horner se llevó una mano a la boca, para disimular un bostezo, y en el mismo momento sintió un objeto duro contra su espalda, y oyó una voz de leve acento extranjero, aunque se expresaba en correcto inglés:

—Coloque sus manos sobre la cabeza, alférez, y no haga ningún movimiento sospechoso.

Horner hizo lo que le ordenaban y la voz siguió diciendo serenamente:

—Tengo apoyada en su espalda una pistola americana del 45, y está cargada. Será mejor que haga lo que le diga o disparo. Ahora vuélvase y regrese por donde ha venido.

Obedeció Horner, sintiendo siempre la presión del arma, y del alemán avanzó detrás de él.

—Adelante, alférez, y cuando entre en la cámara, deténgase.

El capitán y Barclay oyeron un golpe en la puerta, y al levantar la vista vieron a Horner, que estaba junto a la puerta, con las manos entrelazadas sobre la cabeza. Al principio pensaron que el joven oficial les estaba gastando una broma. Luego divisaron el uniforme gris que se hallaba detrás. El que vestía el uniforme empujó a Horner hacia adelante y entró también en la cámara. Entonces pudieron ver bien al oficial de la Luftwaffe, que sostenía una pistola con la que apuntaba a la cabeza de Horner.

—Pónganse de pie, caballeros, por favor —dijo el alemán haciendo gran alarde de sangre fría.

El capitán y Barclay se levantaron lentamente de sus sillas, y el alemán se mostró satisfecho al ver que no llevaban armas encima.

—Pueden volver a sentarse, señores. Es usted el capitán, ¿verdad? —preguntó, dirigiéndose a Adler.

—Yo soy, en efecto.

—Bien, capitán, voy a hablar sin rodeos. En esta pistola hay ocho balas, como todos sabemos. Si algo marcha de manera diferente a como yo ordene, ocurrirá lo siguiente: la primera bala será para el oficial que está ante mí —dijo el alemán, señalando a Horner—. La segunda será para usted, capitán, y la tercera para el oficial que se encuentra a su lado. Luego saldré fuera de la cámara y dispararé contra los cinco primeros americanos que encuentre. Estoy seguro de que lo haré antes de que acaben conmigo. En el bolsillo tengo otro cargador con siete balas, pero no creo que me den tiempo a cargar la pistola. De todos modos, estoy seguro de que ocho americanos, entre ellos el capitán, habrán muerto si no se siguen al pie de la letra mis instrucciones. Si me obedecen, en cambio, no le sucederá nada a nadie. Sólo me resta decir que hablo perfectamente en serio, y que tengo una puntería excelente. Espero que crean lo que afirmo. Y ahora he aquí lo que deben hacer.

El alemán habló rápidamente, pero con calma, durante casi un minuto, dando detalladas instrucciones. Se expresó con toda claridad.

—Y ahora, capitán —terminó diciendo—, tenga la bondad de descolgar ese teléfono y de llamar al puente, comunicando lo que acabo de explicarle.

El capitán esperó un momento mientras miraba fijamente al alemán, como si quisiera asegurarse de algo. A continuación se dirigió hacia el teléfono y lo descolgó.

—¿Es la torre de mando? —inquirió—. Habla el capitán; comuníqueme con el oficial de cubierta.

Pasaron unos instantes, y el capitán volvió a hablar:

—Fairchild, le habla el capitán —dijo con voz serena—. Escuche con atención lo que voy a decirle. El oficial alemán que está a bordo ha conseguido apoderarse de una pistola y nos está amenazando en este momento con ella. Quiero que haga justamente lo que voy a ordenarle. Mande que reúnan a treinta y cinco prisioneros alemanes en los alojamientos de la tripulación. Luego haga que arrien la lancha de estribor hasta la borda y carguen en ella a los alemanes. Proceda lo más rápidamente posible, y cuando hayan concluido avíseme. Y no haga ningún intento de venir a la cámara, o de actuar de modo diferente a como le he dicho, ¿está claro?

El capitán volvió a colgar el teléfono y regresó a su asiento.

—Otra cosa, capitán —dijo el alemán—. Para nuestro viaje en la lancha necesitaremos un marinero que maneje la embarcación, y un oficial para que nos proteja, digámoslo así. No vale la pena que se molesten ustedes en hacer la elección. El oficial deberá ser uno de los dos que aquí se hallan.

—Veo que ha pensado su plan en los menores detalles, ¿verdad, teniente? —dijo el capitán.

—Eso creo. He tenido tiempo de sobra para pensar en estas últimas horas, como puede atestiguar el alférez —afirmó el aviador, señalando con la cabeza hacia Horner.

—Es el oficial con el que estuve hablando de las minas, capitán —dijo Horner con voz débil.

—Teniente —manifestó Adler—, antes de que siga adelante con su plan, creo que debo decirle algo. Yo soy un hombre de espíritu práctico, y no me interpondré en su camino mientras esté a bordo, ya que, con toda seguridad, eso costaría la vida a ocho americanos. Pero, como es usted observador, se habrá dado cuenta de que en el transporte llevamos bastantes cañones de cuarenta milímetros. Es mi deber informarle, a ese respecto, que abriremos fuego en cuanto estén en el agua.

El alemán sonrió levemente, y contestó:

—No creo que lo haga, capitán. Estoy seguro de que dejará marchar a treinta y seis alemanes antes de permitir que mueran dos de sus compatriotas. No, usted no dará esa orden.

—Para serle franco, teniente, le diré que no sé con certeza lo que haré —afirmó el capitán, y Barclay se dio cuenta de que hablaba sinceramente—. No lo sabré hasta que me haya enfrentado con la situación. Hasta ese momento, tenga la seguridad de que me queda esa duda, teniente.

—Su conciencia no le impulsará a un acto semejante. No matará usted a sus hombres.

—La preocupación que demuestra por mi conciencia me conmueve profundamente, teniente. Pero tal vez yo pueda acallarla. Y en cuanto a que equipare

usted a treinta y seis soldados alemanes con dos americanos, no deja de resultar halagador para nosotros.

—No son treinta y seis soldados alemanes, sino treinta y seis prisioneros. Hay una gran diferencia en ello, capitán.

—De todos modos, teniente, he cumplido con mi deber al informarle del riesgo que corre. Tomaré la decisión sobre la marcha de los acontecimientos. Eso es todo.

—Gracias, capitán. Por mi parte, voy a confiar en su espíritu humanitario.

En ese momento sonó el teléfono. Lo cogió Adler, quien habló brevemente, y luego se volvió hacia el alemán.

—Sus soldados ya se encuentran en la lancha, teniente —dijo Adler.

—Perfectamente, capitán. Dé ahora al oficial el resto de las instrucciones.

Adler echó una mirada a la pistola del 45 que empuñaba el teniente germano, y en seguida volvió a hablar por teléfono.

—Escuche, Fairchild —dijo—. Haga exactamente lo que voy a decirle. Uno de nuestros marineros deberá ir en la lancha con los alemanes. Deberá ser un voluntario. Usted le explicará que los alemanes intentan llegar a la costa ocupada por los suyos, y que deberá ir con ellos. Cuando esté designado el marinero, mande detener el buque y no haga nada más. Bajo ninguna circunstancia, le repito, debe usted tratar de asaltar la cámara donde estamos, ¿está bien claro, Fairchild? El alemán dice que tiene usted cinco minutos para hallar el voluntario y detener el barco. Y ahora lo último. Haga que despejen las cubiertas por completo. No deberá haber nadie en ellas, a excepción del marinero que acompañará a los alemanes, y del que arriará la lancha. Eso es todo, Fairchild.

El capitán esperó unos instantes y luego colgó el teléfono.

—Y ahora queda sólo elegir el oficial que irá con nosotros —dijo el aviador, y señaló con la cabeza hacia Horner y Barclay—. ¿Cuál de ellos va a ser, capitán?

—Iré yo, capitán —dijo Barclay.

—Señor —intervino Horner, con vehemencia—. Yo les he metido en esto. A mí me corresponde ir.

—Nadie tiene la culpa de lo que ocurre —manifestó Adler—. Vaya usted, Barclay.

En ese momento pudo notarse que la nave disminuía su velocidad, hasta que por fin se detuvo.

—Bien, capitán, salga usted primero. Luego irá usted —el alemán señaló a Barclay—, y en cuanto a usted, se quedará aquí —concluyó diciendo, mientras se dirigía a Horner.

—Antes de que se marche, teniente —dijo Adler—, ¿podría satisfacer mi curiosidad y decirme de dónde ha sacado el arma?

El alemán sonrió y dijo:

—Con mucho gusto. Me apoderé de ella durante la cena. Sus oficiales dejan los camarotes abiertos, con todas sus pertenencias al alcance de cualquiera. Eso es una

muestra de muy escasa disciplina. Y ahora, adelante, señores.

El capitán y Barclay salieron de la cámara, y Barclay notó que el alemán le seguía con la pistola apoyada levemente en su espalda. La noche era estrellada y el mar estaba en calma. Las cubiertas aparecían desiertas. Adler abrió la marcha hacia la lancha de estribor. Podía ver ya las cabezas de los soldados alemanes que la llenaban, así como a dos americanos que estaban a un lado de la embarcación. Eran Carlyle y Nelson. Barclay se preguntó cuál de los dos sería el voluntario, y cuál el que arriaría el bote.

—Ahora, capitán —dijo el aviador alemán—, como última precaución, tenga la bondad de ponerse de frente a la lancha, lo mismo que el que tenga que arriarla.

Al oír esto, Nelson se colocó junto al capitán, mirando hacia la embarcación. Luego, y mientras les apuntaba cuidadosamente con la pistola, el alemán ordenó a Barclay y a Carlyle que subieran al bote. Cuando lo hubieron hecho, él mismo trepó a la lancha, ordenó a Barclay y a Carlyle que se colocaran delante, y luego habló con el capitán Adler.

—Bien, capitán —dijo—, ya estamos dispuestos. Gracias por su hospitalidad. La lancha fue arriada lentamente, y tocó la superficie del agua con suavidad.

Lo que más extrañó a Barclay fue contemplar la gran silueta del «LST» totalmente inmóvil sobre el mar. Por un momento sus deseos y los del oficial alemán coincidieron. Ambos querían alejarse cuanto antes del buque. El alemán miró hacia el cielo y luego hacia la estrella Polar, que se hallaba un poco a babor de la proa de la lancha.

El aviador había establecido con claridad sus intenciones. Dijo al capitán que dejase avanzar la embarcación un centenar de metros por la proa del «LST», e inmediatamente la lancha se dirigiría hacia tierra, tras lo cual el transporte podría disponerse a zarpar. El alemán procedió ahora a dar unas rápidas instrucciones a Carlyle, y el marinero le obedeció.

A continuación, el oficial dijo algo en su idioma a los soldados, y éstos se agacharon bajo el nivel de la borda, de modo que sólo quedaron en pie Carlyle al timón, Barclay y el propio aviador, con lo que el alemán tenía un fácil blanco en los dos americanos. Barclay no dejó de admirar la increíble minuciosidad con que el germano había pensado en todos aquellos detalles, que hasta el momento tan buen resultado le estaban dando.

La lancha se deslizó sobre las tersas aguas. Se iban acercando al punto de giro, unos cien metros a proa del «LST», y Barclay miró con ansiedad a Carlyle. A la tenue luz de las estrellas, Barclay tuvo la sensación de que los ojos del marinero se clavaban en los suyos y volvían a mirar al frente inmediatamente.

Tal vez fuera su imaginación, pero Barclay siguió la mirada de Carlyle. Más tarde recordaría aquella mirada del marinero. Ahora observó, por delante de la proa de la

lancha, y ligeramente a babor, pero por donde debían pasar, una forma oscura en el agua. Parecía aparecer y desaparecer alternativamente. La lancha avanzaba despacio y la mancha, que había vuelto a aparecer, tomó una forma definida. Barclay advirtió que tenía un contorno totalmente esférico, de color oscuro.

Barclay podía notar, casi sin mirarle, que Carlyle tenía los ojos clavados hacia adelante, como él mismo los tenía. Se dio cuenta de que el marinero pensaba que no podía dar el primer paso estando ocupado, como estaba, con el timón de la lancha. Barclay comprendió que debía actuar él, y hacerlo con rapidez. La lancha se hallaba ya a sólo ochenta metros aproximadamente del objeto. Barclay esperó, inmóvil pero en tensión, y sintió, más que vio, que el oficial alemán alzaba la vista y decía a Carlyle:

—Ahora tiene que virar hacia allí, con rumbo a la estrella Polar...

Carlyle movió el timón sólo unos grados a babor, y Barclay, a punto de actuar, oyó en ese momento que el alemán preguntaba:

—¿No puede ir la lancha un poco más rápido?

—Sí, con tal que se interrumpa el escape bajo el agua —aseguró inmediatamente Barclay—. Entonces el escape se produce por encima. Hay más ruido, pero de ese modo se gana en velocidad, teniente.

—Entonces háganlo. Los ruidos poco importan en este momento.

Barclay se puso en pie, se acercó a la caja del motor, y buscó la palanca del escape, que colocó en posición horizontal. Inmediatamente, el ruido del motor aumentó de manera notable y la lancha saltó hacia adelante. Con un movimiento casi convulsivo y utilizando la caja del motor como punto de apoyo, Barclay dio una tremenda patada al alemán en el vientre. Notó Barclay que su pesada bota se hundía en el cuerpo del oficial, oyó un ahogado grito en alemán y en seguida la pistola voló de la mano del aviador. Barclay dio un salto hacia él, y Carlyle fijó al instante la rueda del timón al rumbo que llevaba la lancha y se lanzó en ayuda de Barclay, contra el oficial germano. Le golpearon ferozmente y le dejaron tendido, inconsciente, al lado del timón. La acción había durado escasos segundos, y había tomado desprevenidos a los soldados alemanes.

—¡Salte! —gritó Barclay.

Trepando rápidamente sobre la borda, Carlyle dio un gran salto hacia el agua y notó que Barclay le seguía inmediatamente. Luego los dos hombres comenzaron a alejarse de la lancha dando grandes brazadas. Oyeron vagamente el ronco sonido del motor de la lancha, la cual seguía a toda velocidad el rumbo establecido por Carlyle, al empuñar el timón, y poco después se escuchó la explosión.

Los dos hombres que nadaban sintieron zarandeados y temieron por un momento perder el conocimiento a causa de la enorme conmoción provocada por el estallido. Se volvieron y sólo pudieron ver algunos restos flotando en el agua. Nada más. La mina, situada directamente por donde debía continuar su marcha el «LST», y

que de otro modo le hubiera hundido, había destrozado la pequeña lancha y sus pasajeros como si fuera un bote de juguete cargado de soldaditos de madera.

Desde el «LST» estaban ya lanzando otra lancha al agua. Cuando ésta estuvo cerca, Barclay y Carlyle nadaron hacia ella y fueron izados por numerosas manos que se tendieron sobre la borda, entre ellas las del alférez Horner. Cuando la segunda lancha estuvo en su pescante, el transporte reanudó la marcha.

La dotación del buque sintióse inmensamente agradecida hacia el oficial de la Luftwaffe, que les había salvado, sin proponérselo, de chocar contra la mina.

Al día siguiente, mientras se hallaba tomando café en la cámara de oficiales, Horner manifestó pensativamente:

—Me pregunto si habría sido el teniente alemán quien en realidad lanzó esa mina.

—Esperemos que haya sido así —dijo con gesto sombrío el capitán, y luego miró fijamente a Barclay y agregó—: A propósito, teniente, he olvidado algo.

—¿Qué es ello, capitán? —inquirió Barclay.

—Me refiero a que no les felicité, a usted y a Carlyle, por la peculiar virtud de que ambos hicieron gala.

—¿Qué virtud es ésa, capitán? ¿Disciplina?

—No. Es una cualidad que sin duda puede considerarse más importante que la disciplina. Es, en resumen, el saber adaptarse a las circunstancias.

## LA SEMANA

Nadie podía prever que la destrucción de la lancha iba a ser motivo de un hecho tan oportuno. La tripulación se daba cuenta de que habría que reponer la embarcación desaparecida, lógicamente, pero no sabían las consecuencias que tendría el hecho en el alto mando naval. Alguien, perteneciente a dicho mando, decidió que al tiempo que se proporcionaba al «LST» una nueva lancha, se le proveyese también de un cañón más, el de cuarenta milímetros, con que se estaba dotando a algunos buques para aumentar su capacidad de combate, a fin de contrarrestar la acción intensiva que desplegaban los alemanes en las rutas marinas entre Nápoles y Anzio, tanto con aviones como con submarinos, entre los que se contaba uno sumamente ingenioso tripulado por un solo hombre, el cual lo abandonaba antes de dirigirlo con su carga de explosivos contra la nave enemiga.

Es innecesario decir que la dotación del «LST» se mostró encantada con la instalación del nuevo cañón de 40 mm, pues, por si fuera poco, tardarían una semana en montarlo. El capitán Adler, inclinado a conceder permiso a su dotación siempre que le era posible, hizo que sólo quedasen en el buque los hombres indispensables para mantener la guardia, y de ese modo la dotación se vio gratificada con el mayor período de libertad que tuviera desde que llegaron de Estados Unidos.

El marinero de segunda, Carlyle, se marchó a última hora de la tarde, y poco después ascendía por las empinadas calles de Pozzuoli, silbando alegremente. Los italianos se volvían al paso del marinero, impresionados por su pelo rojizo y su elevada estatura, y algunos sonrieron al ver el feliz aspecto que irradiaba. Carlyle estaba impaciente por dar a Coco la buena nueva. Pero cuando llamó a la puerta y la muchacha le abrió, quien recibió la sorpresa fue él.

El atuendo normal de Coco era un gastado aunque limpio vestido negro, pero ahora iba ataviada con uno de seda azul que parecía recién salido de un comercio de lujo. Llevaba también unas medias muy finas, y en vez de las habituales sandalias usaba ahora unos relucientes zapatos de tacón alto. Carlyle la miró lleno de asombro. Luego se echó a reír y una frase gozosa acudió a sus labios.

—¡Qué hermosa estás! —dijo.

No se le ocurrió pensar en dónde había conseguido Coco aquellas ropas, aunque presumía vagamente que serían el resultado de cambiar los cigarrillos, las raciones C y otros artículos que él le llevaba. Por otra parte, estaba tan agradablemente sorprendido por el aspecto de ella, que consideró secundario el pensar en la forma como lo habría logrado. Ella pareció un tanto sorprendida al verle allí, lo cual se hizo evidente cuando le habló.

—Red, tengo que salir justamente ahora. Estaba esperando que llegase Rebi para que se quedara con el niño.

—¿Que tienes que salir? —inquirió Carlyle, sin comprender—. Muy bien, iré contigo. ¿Adonde vamos?

—Lo siento, pero no sabía que llegabas, Red. Comprenderás que no voy a estar siempre brazo sobre brazo, esperando que vuelvas de tus viajes.

—No, claro que no —contestó él, y sintió las primeras sospechas—. De todos modos aquí estoy. Te acompañaré a donde tengas que ir.

—Red, no puedes venir al lugar adonde voy.

—No comprendo. ¿Adonde vas, que no pueda ir yo? —dijo Carlyle, y luego echóse a reír—. Bah, los americanos podemos ir a todas partes, ¿es que no lo sabes?

—Voy al club de oficiales de la Marina. Ya sabes que no te dejarán entrar allí —replicó ella, sin el menor deseo de causar daño, sino estableciendo un mero hecho.

Él la miró largo tiempo antes de poder contestar. Luego, con ira mal contenida manifestó:

—Sí, creo que no podría entrar, como tú dices.

—Compréndelo, Red, tenía que salir un poco. Necesitaba algo de distracción.

—Bueno, yo mismo te llevaré a algún sitio donde puedas divertirte.

—¿Adonde? —preguntó ella inmediatamente.

Entonces Carlyle se dio cuenta de que en Nápoles prácticamente no había lugar donde un marinero o un soldado raso pudieran llevar a una muchacha a divertirse, si no eran los lugares que estaban plagados de prostitutas, y, ciertamente, Carlyle no quería llevarla a uno de esos sitios.

—¿Adonde puedes tú llevarme, Red? ¿No comprendes que tengo que divertirme un poco? —dijo ella, y su voz se elevó levemente de tono por vez primera.

—¿Y tienes que ir precisamente al club de oficiales para distraerte?

—Es un sitio espléndido, donde se baila y reina la alegría. Y cuando voy allí como magníficamente.

—Hablas como si fueras a menudo.

—Así es. No puedo quedarme siempre en esta cueva.

—¿Cuántas veces has ido? —preguntó él en voz baja, dominando su cólera.

—No las he contado —contestó Coco, que no pretendía irritarle, pero que tampoco le gustaba que la interrogasen como Carlyle lo estaba haciendo.

—Di, ¿cuántas veces?

—Escucha, tú eres un marinero. No puedes pretender que permanezca atada a ti, cuando hay por ahí tantos oficiales. Ellos me pueden llevar a sitios donde tú no puedes ir, ¿comprendes? Yo les gusto, les gusto mucho, ¿te das cuenta?

El semblante de Carlyle aparecía profundamente pálido.

—¿Qué es lo que te dan? ¿Qué te han dado esos oficiales? ¿Acaso ese vestido, y los zapatos y las medias? ¿Te dan también ropa interior? ¿Es eso lo que te dan?

Elle le miró fríamente, y replicó:

—Tú no tienes ningún derecho sobre mi persona. No pienso venderme por unas barras de jabón y unos cartones de cigarrillos. Y ahora es mejor que te marches y vuelvas cuando demuestres mejores modales.

Aquellas palabras hirieron profundamente a Carlyle. Abandonó la casa ciego de ira, y aquella noche, por primera vez en su vida, el marinero Peter Carlyle se emborrachó. Fue de bar en bar, de taberna en taberna, mezclando vino, coñac y otras bebidas, cuando a muchas de ellas no lo hubieran resistido estómagos acostumbrados. El efecto fue estremecedor, y todo pareció concluir en la rampa del «LST», donde Barclay se hallaba de guardia. El mistral empezaba a soplar sobre Nápoles con sus ráfagas frías, precursoras de lluvia, y Barclay envió un marinero a por el chaquetón. Estaba poniéndoselo cuando llegó el «jeep».

—¿Es éste de ustedes? —preguntó el contramaestre de la Policía Naval desde el vehículo.

Barclay, lord Nelson —que era el contramaestre de la guardia— y Mason, el mensajero, se aproximaron al «jeep» y miraron adentro. Derrumbado entre dos policías había un marinero que era Carlyle, sin duda, pero de aspecto muy distinto al que conocían habitualmente. Nelson llegó incluso a quitarle el gorro, para estar más seguro.

—¡Carlyle, borracho! —exclamó Nelson, asombrado—. Nunca lo hubiera creído; pero es él, no hay duda alguna, teniente Barclay. No hay otro pelo como ése en todo el Mediterráneo.

—Sí, así parece —manifestó Barclay, y agregó, dirigiéndose al contramaestre de la Policía Naval—: En efecto, es uno de nuestros marineros.

—Pues la ha cogido buena —aseguró el policía.

—No hay duda —replicó Barclay.

—¿No cree que alguien pudo obligarle a beber, señor? —dijo Nelson—. Jamás vi a Carlyle acercarse siquiera a la barra de un bar.

El contramaestre de la Policía Naval miró a Nelson burlonamente y declaró:

—Sí, no hay duda de que le obligaron. El pobre es tan débil y pequeño... Cuando dimos con él estaba solo en una mesa, y gritaba a voz en cuello: «¡Camarero, quiero beber! ¡Tráigame lo primero que encuentre!». Desde luego tuvieron que forzarle a beber.

—Nunca lo hubiera creído —repitió lord Nelson, moviendo la cabeza—. Tiene que haberle pasado algo de lo que no estamos enterados.

—Bueno, la cosa no deja de ser normal hasta cierto punto —dijo Barclay—. ¿Dónde le encontraron, contra maestre?

—En uno de esos bares que sirven poco menos que veneno, en vía Romana, señor. Situados, además, fuera del límite permitido a los marineros. Tuvimos que intervenir los tres para lograr reducirle.

—Claro, es un chico muy corpulento —observó Barclay.

—No me gustaría vérmelas con él cuando está sereno, en plenas facultades —afirmó el policía.

—No hay cuidado —dijo Barclay—. Cuando está sereno es una persona totalmente pacífica.

Se requirieron los esfuerzos de Nelson, Mason y Latimer para sacar a Carlyle del «jeep» y subirle por la rampa. Mientras lo hacían, Carlyle pareció volver un poco en sí y comenzó a cantar con voz ronca, *Shenandoah*, con algunos añadidos:

*Dijeron que era un sucio marinero,  
Lejos, lejos, me voy lejos  
Del amplio Missouri...*

En seguida trató de ponerse en pie ante Barclay e hizo una tentativa para saludarle, en lo cual tuvo escaso éxito.

—Permiso para subir a bordo, teniente Barclay —dijo con tono aguardentoso—. ¿Cómo está usted, teniente Barclay?

—Bastante mejor que usted ahora, Carlyle —respondió Barclay, sonriendo—. Vamos, muchacho, adentro.

—Un momento, señor, un momento —dijo el marinero, levantando el índice, con gesto solemne—. Tengo que estar agradecido a estos caballeros por haberme traído.

Carlyle se inclinó ante los policías navales, y hubiera caído de bruces de no haber sido por Nelson y Latimer, que le cogieron a tiempo por los brazos.

—Bueno, ya les ha dado las gracias. Ahora, adentro, Carlyle —insistió Barclay.

—Teniente Barclay, deseo decirle una cosa, sólo una cosa. He aprendido a odiar a los oficiales, pero debo decirle que aún sigo apreciándole a usted, señor.

Tras estas palabras, Carlyle volvió a derrumbarse, y entre los tres marineros le introdujeron en el barco.

—¿Quieren tomar una taza de café caliente, muchachos? —preguntó Barclay, deseando captarse la simpatía de los policías, ya que un duro informe sobre Carlyle en nada le favorecería.

—Me parece una buena idea, señor —dijo el contra maestre. Levantó éste la cabeza hacia el mar, como si aspirase el aire frío que parecía estarse levantando. Era un hombre viejo para estar en la Marina, pensó Barclay. El contra maestre observó un momento el cielo y luego añadió:

—Creo que se prepara una buena borrasca para esta noche.

—En efecto —contestó Barclay.

El viento aumentaba poco a poco, y las olas comenzaban a golpear contra el buque. Barclay sabía por experiencia que antes de que la noche terminase habría tormenta con fuerte lluvia. Cuando regresó lord Nelson de acomodar a Carlyle en su litera, Barclay le indicó que asegurase bien todo lo que podía golpearse durante una borrasca. La de aquella noche iba a ser intensa, y Barclay se alegró de que Carlyle estuviera durmiendo antes que se desatase.

En el pisito de Coco, Rebi se despertó repentinamente, y permaneció un instante adormilado, sin saber muy bien qué era lo que había interrumpido su sueño. Luego oyó el llanto de la criatura, pero se dio cuenta de que lo que le había despertado realmente era el frío viento que entraba por la ventana, que había dejado abierta a la tibia noche. El niño se levantó, cruzó la habitación y cerró la ventana.

A continuación acercóse a la cuna, miró al pequeño y le tendió un dedo. Eso le gustaba, según había podido darse cuenta, y la criatura jugó un momento con el dedo y poco después volvía a quedarse dormida. Rebi regresó a su cama y permaneció sentado un momento en el borde de la misma. A pesar de estar cerrada la ventana, la habitación se estaba enfriando a cada momento que pasaba. Volvió de nuevo a mirar por la ventana, y vio que una ráfaga empujaba calle arriba un bote de hojalata de regulares dimensiones. Como cualquier chiquillo criado en la costa de Nápoles, sabía muy bien lo que aquello significaba. Era el mistral. Sólo ese viento podía presentarse tan repentinamente y hacer descender la temperatura de aquel modo. Pozzuoli, situada junto al mar, era la primera en recibir las consecuencias. Rebi se dio cuenta de que aquella noche iba a hacer frío, mucho frío. Luego oyó de nuevo el llanto del pequeño.

Acercóse a él otra vez y le miró pensativamente. Tenía sólo una delgada manta cubriéndole, y se la remetió un poco. Pero eso no bastaría dentro de unas horas. Oyó entonces el crepitar de la lluvia contra los cristales de la ventana. Notando que el frío se intensificaba por momentos, Rebi cogió a la criatura envuelta en su manta y la llevó a su lecho. Se acostó y colocó al pequeño hacia la pared, para que no pudiera caerse, y permaneció allí, unos minutos, escuchando el furioso mugido del viento que era tan familiar para él, lo mismo que el intenso frío que traía consigo.

El chiquillo tosió ligeramente y volvió a llorar. Rebi lo arrimó contra él, tratando de proporcionarle algo del calor de su propio cuerpo. Pero no era mucho lo que podía hacer, ya que también él comenzaba a tiritar, mientras oía arreciar la lluvia con violencia. Se apretó cuanto pudo contra el pequeño, temblando aparatosamente de vez en cuando, pero sin moverse de aquella posición.

En la alcoba de los querubines también habrían notado la fuerza del viento y de la lluvia si alguien hubiera estado despierto, por más que la casa se hallaba algo alejada del mar. Sólo al amanecer, cuando el viento había alcanzado gran intensidad y la lluvia golpeaba fuertemente contra los cristales, la muchacha se despertó y se arrebujó debajo del tibio edredón. Tenía demasiado sueño para pensar en nada más, y, con gesto de satisfacción, dio media vuelta en la cama y se dispuso a seguir durmiendo. Entonces oyó un ramalazo de lluvia golpear los cristales del balcón, y un relámpago iluminó vividamente la habitación. Estaba mirando al techo en ese momento, en esos segundos de terror que siguen tras haberse despertado una persona repentinamente, y vio los querubines que parecían observarla desde el techo.

Durante un momento sólo oyó la furia del vendaval, y comprendió que se trataba del mistral. Luego un trueno pareció retumbar precisamente sobre el techo de la mansión, y ella se sentó bruscamente en la cama. Otro relámpago fulguró en la estancia, y en seguida la violencia del trueno hizo vibrar los cristales del balcón. La joven se dio cuenta de que hacía un frío tremendo. Se incorporó un poco, y con ambas manos sacudió el gran cuerpo tendido a su lado, que dormía profundamente, ajeno a todo lo que no fuera por lo menos un tifón.

—¡Shanley! —exclamó ella—. ¡Despierta, Shanley! ¡Tengo que volver a casa!

El teniente despertó en seguida, y unos minutos después estaba vestido y salía en busca del «jeep». A continuación lo acercó al pórtico de la casa para que Coco se mojara lo menos posible, y luego ambos partieron en dirección a Pozzuoli. El viento seguía aumentando en intensidad cuanto más se acercaban al pueblo situado junto al mar. Shanley apenas podía ver el camino, y condujo a través de una verdadera tromba de agua durante todo el trayecto. Cuando llegaron a Pozzuoli era la hora del amanecer, y de hecho habría amanecido de no estar el cielo tan encapotado.

Coco murmuró unas palabras de agradecimiento al teniente por lo agradable de la velada, y subió corriendo hasta su piso. Llegó cuando la criatura tosía con fuerza, y se acercó a la cama. Rebi estaba despierto, tratando de proteger al pequeño del frío. La habitación estaba húmeda y helada. Volvióse ella al momento y bajó apresuradamente hasta la calle, pero Shanley ya se había marchado. Cuando entró de nuevo en la habitación, la muchacha cogió al pequeñín y lo apretó contra su cuerpo. Al mismo tiempo habló al otro niño.

—Rebi —dijo—, corre a buscar al médico.

No había necesidad de decir qué médico, ya que sólo había uno en Pozzuoli, y todo el mundo sabía dónde vivía.

—¡Corre, por favor, corre! —exclamó la joven.

Rebi bajó la escalera de dos en dos, y salió a la calle. Una ráfaga le empujó contra la pared de la casa. La lluvia sólo permitía ver a unos pasos de distancia. Pegándose a los muros de las casas, Rebi comenzó a avanzar hacia la colina donde el médico del pueblo tenía su residencia.

El marinero de segunda, Peter Carlyle, se despertó al día siguiente en un estado lamentable, lo cual era algo totalmente nuevo para él. No se había enterado de la tormenta, y después de una ducha y un reparador desayuno, sintióse mucho mejor físicamente, aunque persistía la torpeza que invadía su mente. Por fin, después de ir a ver a Barclay para pedirle disculpas por lo poco que recordaba de su actitud la noche anterior, Carlyle bajó a tierra.

El viento soplaba helado mientras avanzaba calle arriba, pero la lluvia se había atenuado un tanto. No tenía necesidad de pensar demasiado en lo que iba a hacer, ya que, seguramente, era lo único que cabía realizar. Lo cierto era que nada podía cambiar sus sentimientos hacia ella. Nada que hiciera nadie, ni siquiera ella misma. Tenía que retenerla, se dijo. Eso era lo único que importaba. Por malo que fuera lo que ella hiciera, y Carlyle no quería saberlo, pensó que sólo él tenía la culpa. Debió haberle llevado más cosas, para que estuviera satisfecha. Muchas más cosas. Bien, aún estaba a tiempo de hacerlo. Si *ellos* hacían regalos a Coco, él le haría muchos más. Pero no pensaba pedirle nada. No quería tener exigencias con ella. Lo único que deseaba era estar a su lado.

Perderla para siempre, no volverla a ver, era algo que Carlyle no podía concebir. En consecuencia, podía decirse que no tenía ninguna decisión que tomar. Poco después entraba en la habitación. Coco usaba el vestido negro y las sandalias de siempre. Había en la estancia un hombre, seguramente italiano, y Coco dijo que era el médico. La muchacha parecía terriblemente apenada, y tan desvalida como una criatura. El médico estaba inclinado sobre la cuna, y por fin se incorporó. No prestó atención alguna a Carlyle, pero habló como si lo hiciera ante una concurrencia.

—El pequeño tiene pulmonía —dijo, y encogióse significativamente de hombros—. No es de extrañar, por otra parte, con el frío que hace aquí.

Coco estaba demasiado afligida para contestar, y el médico preguntó entonces:

—¿Quién es el padre?

—Yo —contestó rápidamente Carlyle.

El médico miró atentamente al marinero, y guardó silencio unos instantes.

—Comprendo —dijo al fin, y pronunció aquella palabra como si fuera el compendio de cuanto ocurría.

—¿Es grave el estado en que está el niño, doctor? —inquirió Carlyle, con una voz tensa que hubiera resultado extraña para aquellos que le conocían.

—La pulmonía siempre es grave —volvió a afirmar el médico con tono doctoral.

—Doctor, voy a hacerle una pregunta, y no quiero tener que repetirla.

El desacostumbrado tono de Carlyle hizo que Coco saliera de su abstracción y mirase al marinero, cuya voz tenía un evidente acento autoritario, no exento de una sombra de amenaza.

—¿Me comprende, doctor? Y le ruego que no mire a otra parte cuando le hablo.

El médico era un buen juez de hombres, y contempló al marinero plantado frente a él, con los pies algo separados y la cabeza casi tocando el techo. Era un joven en su plenitud física, seguro de sí mismo.

—Bien, ¿cuál es la pregunta? —manifestó.

—¿Puede salvar al niño, doctor?

—Creo que puede hacerse, si conseguimos los medicamentos adecuados. También se precisan alimentos, mantas y más calor en la habitación. Hacen falta muchas cosas aquí.

El médico miraba ahora directamente a Carlyle, y con voz firme dijo:

—Eso debe ser fácil para usted, que es el padre. Los americanos tienen de todo.

—Yo conseguiré lo que se necesite —respondió Carlyle.

—Perfectamente —aprobó el médico—. Otra cosa; ya que va a traer esos suministros, ¿querría conseguirme un cartón de cigarrillos americanos? Los prefiero «Camel», pero si no hay, pueden ser «Lucky Strike».

—Le conseguiré los «Camel», doctor. ¿Vendrá esta tarde si se los traigo?

El médico sonrió ligeramente. Le complacía ver que no estaba tratando con un necio, como siempre había creído que eran los americanos.

—Desde luego —afirmó—. Pero, de todos modos, pensaba venir esta tarde.

—Supongo que el hecho de que le traiga los cigarrillos no impedirá que venga usted, ¿no es cierto, doctor?

—Volveré a las dos —dijo el médico, sin dejar de sonreír.

—Otra cosa, doctor. Si logra salvar al pequeño, si viene a visitarle a menudo, tendrá muchos cartones de cigarrillos. Muchos cartones de «Camel».

El médico miró a Carlyle unos instantes y replicó:

—Bien, creo que podré acercarme por aquí dentro de una hora, en vez de hacerlo por la tarde.

Cuando el médico se hubo marchado, Coco se acercó a Carlyle y comenzó a llorar desconsoladamente.

—Qué mal me he portado anoche —dijo sollozando.

—Olvídalo. Haz como si la noche pasada no hubiera existido nunca.

—Sí, ha existido, y yo he recibido el castigo de Dios, tanto por mi crueldad contigo como por dejar solo al pequeño. El niño morirá por culpa mía.

—No digas tonterías —respondió Carlyle con cierta brusquedad. Nunca he creído que Dios sea capaz de castigar la culpa de los padres dejando morir a sus hijos. No creo que haya un Dios así.

—Fui muy mala contigo —dijo ella, mientras sollozaba contra el hombro del marinero—. No debí haberme marchado.

—Bueno, debes dejar ya de lamentarte —dijo él con firmeza—. ¿Me oyes? Tenemos mucho que hacer, y no hay tiempo para llorar. Escúchame ahora.

Ante el tono autoritario que denotaba la voz de Carlyle, ella levantó la cabeza y le miró.

—Sí, tienes razón —dijo Coco—. No es momento para llorar. Dime lo que tengo que hacer.

La joven quedóse asombrada ante la inteligencia, la capacidad y la energía de que hacía gala el marinero, tratando de salvar al pequeño.

Se vio cumpliendo las órdenes que él le diera, y le miró con temor y respeto, mientras se dedicaba, al mismo tiempo que él, y con todas sus energías, a tratar de ganar aquella batalla decisiva.

Fue Carlyle, en realidad, quien salvó a la criatura. La salvó con sus cuidados y con todo lo que llevó del barco. En primer lugar, llevó medicinas. Luego hizo algo que había ya resuelto antes de entrar en la habitación y de hallar enfermo al pequeño. Entonces le había parecido necesario, pero ahora resultaba indispensable.

Dada su inteligencia y su capacidad para hallar recursos, no resultó verdaderamente difícil, y las oportunidades aumentaban considerablemente para el que se hallaba en un buque que, como el «LST», transportaba a veces tropas. Como las raciones alimenticias de esas tropas procedían del ejército, un miembro del buque tenía que trasladarse al almacén. El reservar un poco de esos suministros para otros usos no haría que las tropas se quedaran sin comer durante el viaje hasta la cabeza de puente, ya que había abundancia de todo. Si, por ejemplo, una lata grande de raciones salía del depósito del ejército, y no llegaba a su destino verdadero, nadie se daría cuenta. Había suministros de sobra para que nunca faltase nada. Así, pues, los almacenes del ejército fueron la fuente de suministros de Carlyle. El marinero se ofreció voluntariamente para ir con el camión al almacén, y, por si esto fuera poco, los encargados de los depósitos solían entregar al que iba a buscar los suministros una pequeña cantidad de éstos para su uso personal. Así, por ejemplo, ocurría con la ropa interior de lana de la Marina y con otras cosas que Carlyle, gracias a su agradable carácter, lograba con facilidad.

Una lata grande de raciones, otra de carne en conserva, un par de prendas interiores de lana, todo eso proporcionaban elevadas sumas que fueron cambiando por completo la vida en el pisito de Coco. Se notó todo ello en la presencia de una estufa de leña, en los vestidos, las mantas y los alimentos más variados.

La diligencia del marinero también procuró los cigarrillos para el médico, y otros artículos que hicieron que éste permaneciese casi constantemente al cuidado del niño. La necesidad abrumadora y opresiva de unos meses antes desapareció del todo. Carlyle se decía que estaba disponiendo de lo que le sobraba al ejército y a la Marina, sin hacer daño a nadie, para ayudar a una familia que veía amenazada su misma existencia.

Por otra parte, Carlyle sabía muy bien lo que debía tomar y lo que debía dejar. Los cigarrillos, por ejemplo, eran un artículo peligroso, como bien sabía el marinero, ya que todo el mundo se quejaba antes si le faltaban los cigarrillos que la comida, y

por ello se mantenía un control minucioso de su distribución. Esto constituía un problema para Carlyle, pues los cigarrillos eran lo que el médico más deseaba. El marinero resolvió el inconveniente con su habitual ingenio, y compró cigarrillos en el mercado negro, pagándolos con otros artículos que conseguía libremente en los almacenes.

Conforme se iba aproximando el fin de la semana en que el buque debía permanecer en puerto, Carlyle se preocupó de hallar algo que pudiera mantener desahogadamente a Coco y a los dos niños durante su ausencia. Durante un viaje que efectuó al almacén del ejército, el marinero hizo un descubrimiento interesante mientras charlaba con uno de los sargentos de intendencia. El sargento tenía grandes deseos de poseer uno de los chaquetones de abrigo de la Armada, que era una prenda magnífica provista de forro de lana, la cual resguardaba contra el viento, el agua y el frío, y que los componentes del ejército consideraban muy superior a cualquiera de sus prendas de abrigo.

Por otra parte, Carlyle se enteró de que el propietario de la tienda de comestibles a la que Coco entregaba los suministros, estaba dispuesto a retribuir con gran generosidad la harina americana. Los italianos consumen grandes cantidades de pan y de fideos en sus variadas formas, por lo cual la harina era un artículo sumamente buscado. La poca que se conseguía era un producto grisáceo y lleno de impurezas, que hacía rechinar los dientes. La harina blanca era algo casi desconocido en aquellos momentos.

Si Carlyle podía proporcionar al comerciante un saco de harina americana de cuarenta y cinco kilos, sin duda éste suministraría alimentos durante un mes a Coco, a su hijo y a Rebi. Con sólo eso, Carlyle podría quedarse tranquilo cuando el buque saliera de viaje. Por consiguiente, decidió que los deseos de ambos hombres, el sargento y el comerciante italiano, debían ser adecuadamente relacionados.

Como primera medida, Carlyle consiguió el chaquetón naval, y con él le resultó fácil lograr el saco de harina. Pero a continuación necesitaba un «jeep» para trasladar el saco hasta el domicilio del tendero. Carlyle preguntó a Barclay si sabía dónde podría conseguir uno de esos vehículos para un par de horas, y el teniente se puso de acuerdo con Shanley. El marinero se trasladó hasta Nápoles en un camión del ejército, y Shanley le recibió afablemente. Carlyle quedó atónito al ver la alcoba de los querubines, y pensó en lo que le habría gustado a Coco ver aquella habitación. Shanley le enseñó las particularidades de la estancia, incluso el gran armario, con sus vestidos y sus latas de raciones grandes, sus cartones de cigarrillos y sus hileras de barras de jabón. «Si un oficial se agenciaba todo aquello —pensó Carlyle—, también él podía hacerlo, tanto más cuanto que aplicaba los suministros a una causa mucho más elevada».

—Sí, he conocido a varias muchachas de aquí —dijo el teniente, cuando se hallaban mirando los vestidos del armario—, pero últimamente me he dedicado a una sola. Es una verdadera muñeca, al punto que puedo rodearle la cintura con las manos.

—Vaya, eso sí que es una cintura estrecha —contestó Carlyle cortésmente—. Claro que, según puedo ver, tiene usted unas manos muy grandes, y no le será difícil hacerlo.

—Sí, es la mejor de todas por estos contornos —aseguró Shanley—. No creo que haya ninguna que la supere.

—Estoy seguro de ello, señor.

—Oiga, Carlyle, ¿causó la tormenta de anoche muchos daños en Pozzuoli?

—No, señor. Sólo desperfectos sin importancia.

Carlyle contempló, lleno de admiración, la hilera de vestidos que colgaban en el armario, y pensó lo que le habría gustado a Coco tener uno de ellos. No podía dejar de pensar en el contraste que hacía la habitación donde él se hallaba ahora, y aquella donde ella vivía. Luego volvió a pensar cómo se vería Coco con uno de aquellos vestidos.

—Bueno, creo que voy ya a marcharme —dijo el marinero—. Le agradezco mucho que me haya cedido el «jeep». Estaré de regreso dentro de dos horas.

—Tómese el tiempo que precise —declaró Shanley—. Hoy no lo voy a necesitar. En realidad voy a estar fuera, así que puede dejar el vehículo en el aparcamiento situado al otro lado de la casa. Deje la llave ahí, sobre la repisa de la chimenea, por favor. Yo suelo dejar abierta la habitación.

El teniente parecía un hombre muy generoso, se dijo Carlyle, mientras conducía el «jeep» hacia Pozzuoli. Siguió luego reflexionando un poco acerca del niño y de Coco, y después se puso a pensar en la conversación que había tenido con el sargento del ejército en el almacén. Había descubierto que el sargento tenía la afición de coleccionar recuerdos de guerra alemanes. Era ésa una afición que existía más en la retaguardia que en las líneas de fuego. El sargento manifestó que sabría agradecer debidamente a Carlyle si éste le conseguía una pistola «Luger» en uno de sus viajes a la cabeza de puente. Eso podía suponer una nueva fuente de provisiones para Coco. Embebido en estos pensamientos, Carlyle no se dio cuenta de que le seguía otro «jeep». Sus ocupantes se hallaban sumamente interesados por el vehículo que lucía el letrero: «Cuerpo de Desmontaje de Bombas».

Cuando, por fin, el cañón estuvo montado y la nueva lancha fue izada al pescante, el barco se halló en condiciones de zarpar, al término de la semana prevista. Para entonces habían ocurrido muchas cosas. Coco y Carlyle se sentían tan ligados entre sí como el cañón a la cubierta. El cariño que se profesaban calaba hondo en ellos, y ya consideraban al niño como si fuera de los dos. En cierto modo podía decirse que lo era. El afecto había ido derivando, sin mencionarlo siquiera, hacia lo que seguramente podía considerarse como amor.

También se hicieron más hondos los sentimientos despertados entre Barclay y la enfermera, durante aquella semana, fuere cual fuese el nombre con que pudiera ser

designado el fenómeno. Y ello tuvo la ventaja de poner en claro un hecho.

Cuando Barclay llamó a Sarah y le contó que disponía de una semana entera, la muchacha alegróse tanto como él mismo lo estaba.

—Mira, creo que podré quedar de acuerdo con alguna compañera para disponer de la mayor cantidad de tiempo libre —le dijo ella—. Seguramente tendré que trabajar la mayor parte del día durante una o dos semanas, pero creo que bien vale la pena. Esta semana podemos dedicarla a ver Nápoles a fondo los dos juntos. También podríamos visitar los alrededores de la ciudad. Creo que será algo magnífico.

Barclay propuso hacer algunas excursiones más lejos. Un día fueron a ver Pompeya y otro cogieron la lancha de la Armada que iba a Capri, y pasaron la jornada recorriendo la isla. Otro día subieron al «jeep» de Shanley y se dirigieron al Norte, hacia el campo, donde se divisaba de vez en cuando un tanque destruido o un cañón averiado entre las altas hierbas, y atravesaron pueblos donde resultaba difícil hallar una sola casa en pie.

Encima de un montón de piedras divisaron en una ocasión un letrero que decía: «Jesús Salvador». Barclay se preguntó quién lo habría puesto allí. Aquel día hacía bastante frío, y a lo largo de la carretera podía verse a muchos refugiados italianos que se encaminaban hacia el Sur, la mayoría de ellos descalzos, a pesar del frío, llevando siempre sus escasas pertenencias en el habitual hatillo que colgaba de un palo, sobre los hombros. Se apreciaban carteles que decían: «No se admiten civiles en los vehículos», y no había duda alguna respecto a quién había colocado aquellas inscripciones. A pesar de ello, Barclay y la enfermera recogieron una familia de cinco personas que se apiñaron en el asiento trasero, y los llevaron hasta la siguiente población, donde desaparecieron entre las piedras de una casa, seguramente para comprobar lo que había quedado de ella.

Al regresar se detuvieron ante una catedral que ambos tenían deseos de ver, y el guía, presumiendo que podía haber cigarrillos como pago, les obsequió con una detenida visita que terminó con el ascenso hasta el gran órgano, lo que, según dijo, sólo permitía hacer a contadas personas.

—¡Toquen, toquen! —dijo el guía, invitándoles a que lo hicieran, pues todos los americanos mostraban deseos de hacer sonar el gran órgano. Con ello seguramente pensaba sacar algunos cigarrillos más de propina. El hombre no pareció sorprendido cuando vio que la enfermera tomaba asiento y tocaba algunos compases de una pieza que gustó sobremanera a Barclay. Se trataba de la *Toccatá y fuga en re menor*, de Bach, y los majestuosos sonidos se difundieron por las naves del vasto templo, despertando ecos en las piedras milenarias.

El cuarto día lo pasaron en Nápoles. Por aquella época, lo único interesante que podía verse en la ciudad casi podía decirse que eran los templos, pero eso no disgustó a Barclay, el cual se interesaba por la arquitectura religiosa, ya que su padre había contribuido a la erección de algunas iglesias. Visitaron con detalle tres de ellas: la basílica de Santa Restituía, con sus cinco naves, construida en el siglo XIV; la iglesia

de San Domenico Maggiore, con su monasterio, donde Santo Tomás de Aquino fue profesor de Filosofía, y del que Barclay dijo que le hubiera gustado contarse entre sus alumnos; y, por último, la iglesia de Santa Anna dei Lombardi, con sus esculturas renacentistas. Luego se detuvieron en las alturas del Posilipo, ante la tumba de Virgilio, y leyeron la inscripción «Arma virumque cano...». A continuación descendieron a la ciudad, y comenzaron a pasear por vía Roma, que era una de las cosas que más les gustaba hacer a ambos. Barclay nunca se cansaba de observar lo que sucedía en la calle, con soldados de nacionalidades tan diferentes, y Sarah parecía estar tan interesada como él. Pero había ahora algo desusado en la calle. Hacía un par de semanas que no pasaban por ella, y notaron algo distinto que llegó a impresionarles, aunque ninguno de los dos hablaron de ello.

Vía Roma se hallaba ahora literalmente atestada de soldados y marineros. Estos siempre abundaban en la calle, pero no se trataba ahora de las fuerzas habituales, de regreso de Anzio o de Cassino, o destinadas a esos dos frentes. Ahora el número era tan grande, que aquello sólo podía significar una cosa: que la ofensiva desde ambos frentes iba a producirse dentro de poco, después de haber sido anunciada durante tanto tiempo. No podía haber otra razón que justificase la presencia de tal número de fuerzas.

Podían verse los bares y burdeles rebosar de clientela, y hasta los rufianes y alcahuetes corrían excitados, presumiendo que tal vez no se les presentase de nuevo una ocasión como aquélla, pues no hay cliente más pródigo que el que no tiene seguridad de si va a continuar viviendo dentro de poco.

Barclay y la muchacha lo observaban todo mientras paseaban por las aceras de la calle, perfectamente conscientes, en ocasiones, de que aquellos días tan gratos estaban tocando a su fin. El teniente sintió que le embargaba la aflicción al pensar que la ofensiva podría significar la separación de ambos. Cuanto antes tardara en producirse, mejor sería. Por ahora prefería que las cosas siguieran como estaban. Por otra parte, sentía verdadero temor de que la enfermera fuese destinada al nuevo frente de Anzio, pues recordaba lo que un oficial de infantería le había dicho poco antes acerca de que los alemanes parecían disparar su artillería especialmente contra los hospitales de campaña. Aseguró que prefería estar en cualquier lugar de Anzio antes que en un hospital, que le parecía el lugar más expuesto.

Trató Barclay de no pensar en ello, pero un hecho quedó en pie: al terminar aquella semana, estaba seguro de que no hallaría placer alguno en la vida mientras no estuviera al lado de Sarah.

Durante el último día, Barclay tuvo la sensación de que le seguían, lo cual resultaba algo curioso. La sensación prevalecía aun cuando, al fin de la jornada, entró con la enfermera en una pequeña tienda de vía Roma.

—Quiero que compres algún recuerdo —dijo él.

En el comercio no había mucho para elegir, pero ella encontró una pulsera de plata con una malaquita ovalada, y Barclay se la colocó en la muñeca. El teniente

pagó en moneda del país, es decir, en liras.

Al salir del comercio, Barclay se volvió rápidamente y alcanzó a ver dos hombres que ascendían a un «jeep» y se alejaban en el vehículo. Aquellos hombres tenían algo que los diferenciaba de los demás, y que él había podido observar bien, a pesar de haberlos visto un instante: aunque llevaban uniformes americanos, en ellos no se apreciaba insignia de ninguna clase ni señal que indicase su graduación.

Barclay se puso a pensar en la clase de oficiales que podían ser aquéllos, pero no logró recordar nada que le diera una pista, y, por consiguiente, decidió preguntar más tarde a Shanley acerca de aquel asunto que le había llamado la atención.

Luego, en el momento en que subía al «jeep» con la enfermera, le vino a la memoria el hecho. Recordó entonces haber oído decir que los miembros de la División de Investigación Criminal no usaban distintivos en el uniforme. En ese momento, Barclay miró al frente y su vista descansó en las grandes letras pintadas en la parte anterior del «jeep» de Shanley, que decían: «Cuerpo de Desmontaje de Bombas».

## ANOCHECER SOBRE ANZIO

Caía la noche sobre Anzio. El «LST» había transportado numerosas tropas de replazo americanas, que abandonaban el buque para dirigirse carretera arriba hacia el frente. En lugar de ordenar la carga inmediata para efectuar el regreso, habían mandado que el transporte anclase para embarcar al día siguiente algo que según parecía no se hallaba dispuesto aquella noche.

En ese momento los destructores recorrían la rada lanzando las densas cortinas de humo que acostumbraban a extender al alba y al anochecer, momentos en que, siendo más deficiente la visibilidad desde los buques, aprovechaban los alemanes para atacar. Entonces hubieran dispuesto de gran número de blancos, ya que la rada se hallaba atestada de barcos. La blanca cortina de humo impedía que los alemanes llevaran a cabo sus propósitos de alcanzar a los buques americanos desde los aviones o los submarinos, pero también incrementaba la posibilidad de los abordajes entre las mismas naves, y el «LST», a semejanza de los demás, tenía una nutrida guardia de vigías, no sólo en la proa y en la popa, sino también en los costados. El capitán se hallaba en el puente situado sobre la torre de mando. En toda la rada reinaba el silencio, a fin de poder escuchar la eventual aproximación de otro buque y evitar el abordaje.

El humo causaba una sensación especial entre los tripulantes del buque. Cuando se extendía la blanca cortina, todo el mundo hablaba en voz baja, como si el silencio fuera obligado. No llegaba a verse nada, más allá de unos pocos metros; la guardia de proa no distinguía lo que pasaba en el puente del propio buque, y desde el puente tampoco se veía la proa. En una ocasión apareció un destructor frente a ellos, por entre la humareda, a sólo unos pocos metros de distancia, dándose el caso de que se divisó antes el puente que el casco del buque, por lo que los tripulantes parecían estar andando sobre una nube. Inmediatamente, el capitán Adler exclamó por su megáfono:

—¡Atención, destructor, siguen un rumbo de colisión hacia el «LST»!

El navío viró rápidamente, y desde el transporte pudo verse algunas siluetas envueltas en humo, con cascos y chalecos salvavidas, que desfilaban fantasmales para perderse de nuevo en la bruma.

—El cielo nos ampare —dijo suavemente el alférez Horner, que se hallaba junto al capitán—. No sé qué será peor, si que nos alcance una bomba alemana, o que nos aborde uno de nuestros propios destructores.

—Bueno, imagino que tendrán que usar para algo los productores de humo —contestó el capitán—. Es un material demasiado valioso para desperdiciarlo, ¿no le parece, Horner?

—Eso es razonable, señor —dijo Horner, sonriendo—. Me pregunto si algún destructor podrá abordarnos de forma que nos envíen una temporada al varadero.

—Sí, otra temporada a Nápoles. Allí hay un buen servicio de reparaciones de buques.

—Me han dicho que los astilleros de Brooklyn son mucho mejores, señor.

—Por desgracia, Nápoles está bastante más cerca —contestó el capitán.

Horner permaneció en silencio un momento, y luego dijo:

—Me gustaría estar en Brooklyn, señor. Se halla tan cerca de Manhattan...

En Anzio se había declarado la alarma una hora antes, por hallarse aviones alemanes en las proximidades. En la torre de mando se escuchaban los partes radiados desde el buque de control.

«20'16. Dos aviones enemigos a unas cinco millas al este de Roma se dirigen hacia el Sudeste. Otros dos vienen del Sur hacia el sector de Roma. Varios enemigos en la desembocadura del Tíber, se dirigen hacia el Sur».

Los que estaban en el puente miraron al cielo, sin acordarse de que era imposible ver algo a causa de la cortina de humo. La radio prosiguió con su cantilena:

«20'20. Quince aviones enemigos aproximándose a Anzio desde el Nordeste y el Noroeste. Uno por la costa, aproximadamente a diez millas.

»20'25. Seis enemigos cinco millas al norte de Anzio, dirigiéndose hacia el Sur.

»20'27. Localizamos veinticinco enemigos acercándose hacia el Sur.

A Porterfield, el timonel, le dio la sensación de que se trataba de un mercachifle pregonando mercancías averiadas.

«20'29. Los enemigos al norte de Roma siguen avanzando hacia el sur».

»23'33. Todos los aviones enemigos convergen ahora sobre la rada.

Inmediatamente se oyó el ruido de los cañones de ambos bandos, tanto los que disparaban hacia la costa como hacia el mar, pero parecía venir desde muy lejos. Sin duda la cortina de humo contribuía a atenuar notablemente los estampidos.

- «20'36. Tenemos treinta enemigos sobre la zona.
- »20'37. Atención, torpedera, lance una nueva cortina de humo.
- »20'38. Más enemigos aproximándose a Anzio por el Tíber desde el Norte».

La cortina de humo de los destructores había ya ascendido lo suficiente para permitir ver las nubecillas blancas de los cañones antiaéreos.

«20'50. Hay bengalas blancas sobre la zona».

Desde el «LST» pudieron divisar las bengalas casi al mismo tiempo que desde el buque de control, ya que el cielo se iluminó repentinamente, haciendo relucir las aguas. Las bengalas debieron de ser lanzadas desde los aviones alemanes, con el indudable fin de iluminar los blancos. Durante un instante se divisó un aparato, que tanto podía ser alemán como americano, caer en barrena hacia el mar, envuelto en llamas. Luego pudo verse que de una de las lanchas torpederas comenzaba a alzarse otra cortina de humo, y poco después la visibilidad quedaba obstaculizada de nuevo.

«21'02. Enemigo unas tres millas al nordeste de Anzio. El aparato dispara con las ametralladoras.

»21'06. Aún hay aparatos enemigos sobre la rada».

Las miradas se dirigían involuntariamente hacia el cielo, pero la cortina de humo lo cubría todo por todas partes, aunque podía oírse el sordo ruido de los motores de los aviones por encima. En el puente esperaron en silencio, escuchando con atención los partes de la radio.

«21'09. Aún hay enemigos al norte de Roma, en dirección sur.

»21'12. Un enemigo al norte del lago Albano.

»21'20. Localizamos enemigos en Gisterna, dirigiéndose hacia el Sur».

Siete minutos más tarde la voz dejóse oír de nuevo:

«21'27. Alto la cortina de humo».

Todos esperaron, sabiendo lo que aquello significaba. Diez minutos más tarde se oyeron las palabras deseadas.

«21'37. Anzio blanco».

Para entonces el humo había comenzado a disiparse, primero por el mar, luego hacia la costa. Era ya de noche cuando pudieron divisar llamaradas en la playa. El fuego parecía ser de grandes proporciones.

—Seguramente son depósitos de gasolina y polvorines —dijo uno de los que observaban desde el puente.

A continuación el capitán dio una orden por los altavoces:

—Todos los tripulantes deberán dormir vestidos esta noche, preparados para cualquier contingencia.

La dotación comenzó a quitarse los cascos y los chalecos salvavidas. Todos se mostraban contentos ante el fin de la alarma, y especialmente por la desaparición del humo, que daba a muchos una sensación similar a la de la claustrofobia. Porterfield se dirigió bajo cubierta para echar una partida de cartas con algunos compañeros.

El «LST» no era un buque lo suficientemente grande como para llevar capellán. Sólo desde un crucero para arriba era posible contar con los auxilios espirituales de un clérigo, por lo que en el «LST 1826» podían darse por contentos al disponer de un hombre que satisfacía aquella necesidad además de cumplir con sus deberes normales en la Marina.

Edgard Allan Poe Porterfield no se aprovechó de la oportunidad que sus estudios religiosos le concedían, para mantenerse al margen de la contienda. Tenía derecho a ello, ya que estaba a punto de ser ordenado como sacerdote de su credo. Pero decidió que para un hombre que iba a tratar de salvar el alma de sus semejantes, sería de valor incalculable el hallarse en la contienda, y por eso se inscribió en la Armada.

Cuando el buque se hallaba en puerto, Porterfield cedía su misión a los clérigos ordenados, pero si coincidía que el domingo lo pasaban en el mar, celebraba un servicio religioso sobre la segunda escotilla, la más extensa de todas, y el capitán ordenaba entonces izar el pendón eclesiástico —blanco con una cruz— hasta el tope del palo mayor, siendo ésta la única enseña que podía colocarse en un barco de guerra por encima de la bandera de Estados Unidos.

El servicio religioso resultaba algo singular. A falta de órgano, Carlyle tocaba la guitarra, interpretando los himnos que conocía. La dotación del «LST 1826» estaba compuesta por gentes de diversos credos, aparte de unos pocos que no tenían creencia alguna. Carlyle era metodista, y tocaba, por consiguiente, himnos religiosos de su Iglesia, pero los que profesaban doctrinas diferentes decidieron que acompañarle en sus cantos no iría en menoscabo de sus respectivas creencias.

Así fue como muchos tripulantes aprendieron himnos tales como *La fe de nuestros padres*, *Tierra de Beulah* y *Qué firmes cimientos, los santos del Señor*. Con espíritu ecuménico, Porterfield distribuía ejemplares de misales y del Torah judío, y,

para servicios más cortos, leía tanto de éstos como del libro de plegarias comunes que utilizaba la Iglesia episcopal. Debe hacerse notar que Porterfield, por su parte, era presbiteriano. Porterfield leía muy bien, y a la dotación le gustaba escucharle cuando lo hacía en voz alta, por lo que los servicios religiosos de la escotilla número dos contaban con abundante concurrencia. De vez en cuando, además de lo estrictamente religioso, Porterfield leía unas poesías profanas. Muchos no sabían si aquello era parte integrante de la misa, pero de todos modos les gustaba oírle recitar, pues tenía una voz sonora y suave que resultaba grata al oído.

—Es la misa más descabellada que he presenciado en toda mi vida —decía, frunciendo el ceño, el segundo cocinero, Mason, el cual, sin embargo, no faltaba a una sola.

Porterfield era un hombre huesudo, tan alto que casi tenía que inclinarse sobre el timón cuando ocupaba su puesto de timonel. Cuando hablaba fuera del servicio religioso, se expresaba con la misma lentitud y suavidad. Sólo cuando se hallaba ante el timón parecía cambiar, y sus reflejos resultaban instantáneos. Sus manos tenían una sensibilidad especial cuando empuñaba la rueda, como si hubiera un entendimiento especial entre aquéllas y el timón del buque, y la acariciaban igual que si estuvieran pulsando un delicado instrumento musical. Lo cierto era que nadie hubiera pretendido competir en el buque con Porterfield en el puesto de timonel.

Que era un capellán singular lo atestiguaba el hecho de que le gustaba con delirio jugar al póquer. Era uno de los mejores jugadores del barco, y uno de los participantes más asiduos en las partidas que en él se organizaban. Según afirmaba, en la lectura de las Sagradas Escrituras no había hallado aún una sola frase que condenase el juego. Con frecuencia, y mientras estudiaba las cartas durante la partida, Porterfield tarareaba distraídamente un himno religioso, lo cual contagiaba en muchas ocasiones a sus compañeros de juego, provocando el singular contraste de ver a un marinero entonar *La fe de nuestros padres* mientras trataba ladinamente de hacer un farol para hundir al contrario.

Aparte de Porterfield, uno de los jugadores más empedernidos era Mason. Este perdía con invariable asiduidad, pero seguía jugando gracias a los ingresos extraordinarios de que disfrutaba. El «LST» no había sido dotado de lavadora eléctrica, pero la tripulación había comprado una de segunda mano en Nueva Orleans, y la instalaron en un espacio contiguo a las duchas, a fin de que se dispusiera del agua necesaria. Con objeto de obtener dinero para jugar al póquer, Mason se encargaba de lavar la ropa de todos los tripulantes, de modo que a cualquier hora del día podía tenerse la seguridad de hallarle en alguno de estos cuatro lugares: la torre de mando, el recinto donde se jugaba a las cartas, su litera, o junto a la lavadora, lugar este último donde Mason pasaba la mayor parte del tiempo, ya que la cantidad de ropa a lavar era considerable y el artefacto era bastante anticuado.

Ciertamente que se producían algunas quejas acerca de la limpieza de las prendas que Mason devolvía, pero él siempre hacía observar la cantidad de ropa que tenía que

lavar, y, en último caso, si el reclamante se mostraba muy disconforme, le sugería que llevase sus ropas a otra parte.

Los demás que asistían regularmente a las partidas eran Latimer, Nelson, Wiley y Abbot. Pero como no todos ellos tenían las guardias al mismo tiempo, había otros que ocupaban sus puestos de vez en cuando. Por lo general no se hacían apuestas elevadas, ya que el propósito principal de la partida era charlar y pasar el rato amistosamente. Eso se consiguió plenamente, ya que las reuniones en la caseta del servomotor del timón —que era donde se celebraban las sesiones de juego—, se llevaban a cabo ininterrumpidamente casi desde que el buque entró en servicio. Iniciáronse en Nueva Orleans, prosiguieron durante el cruce del Atlántico, y habían sobrevivido a las invasiones de Sicilia, Salerno y Anzio. Aquella noche, los marineros estaban jugando con los cascos y los chalecos salvavidas puestos, interrumpiendo la partida o siguiendo con ella cada vez que se declaraba situación de «Anzio rojo», es decir, al sonar la alarma general, momento en que cada uno iba a ocupar sus respectivos puestos de combate.

Por un motivo que no podía precisar, Barclay sentíase más triste que nunca aquella noche, mientras observaba el combate que se desarrollaba en Anzio. Le había correspondido la guardia desde las ocho a las doce de la noche, y cuando quedó libre no sintió sueño, como habitualmente le ocurría. Tomó una taza de café en la cámara, donde escuchó unos minutos la propaganda radiada por los alemanes, que se percibía siempre con toda claridad y que solía transmitir las mejores melodías de Cole Porter. Luego se puso a recorrer la cubierta, y, sabiendo que no lograría dormirse, se encaminó hacia la proa, desde donde podría divisar mejor la costa. Allí permaneció de pie, contemplando las oscuras sombras de Anzio. No corría brisa alguna, y el olor acre de la humareda impregnaba el aire. El mar estaba en calma, y Barclay pudo oír el murmullo de las suaves ondas al dar contra el casco de la nave.

Hacia proa, Barclay divisó la sombra de dos marineros que estaban de vigías. Uno tenía la misión de observar el cielo para descubrir la presencia de aviones, y el otro vigilaba el mar, sobre todo a fin de alertar sobre la aproximación de algún submarino monoplaza de los que tanto les habían hablado, pero que hasta el momento nadie en el «LST» había visto.

Barclay observó las cabezas de los dos marineros dirigidas en ángulos diferentes: la una hacia arriba y la otra hacia abajo. De vez en cuando, los dos hombres cambiaban de postura, para que los músculos no se les durmieran. El resplandor de las granadas seguía observándose en los dos sectores del frente, y el cielo era cruzado a la distancia por una serie de trazos rojos y de resplandores amarillentos. Pensó Barclay en los muertos y mutilados que habría aquella noche por ambos bandos, y se dijo que la guerra era la muestra más cabal de locura que podían exhibir los seres humanos. Hacia el sector opuesto, la sombra de los barcos destacaba poco en la

oscuridad de la noche. De pronto se produjo en la costa, bastante cerca, una gran explosión rojiza que se extinguió poco después, dejando algunas hogueras dispersas, como las fogatas de un campamento. A la débil luz de las estrellas, el teniente observó un avión evolucionando a gran altura. Miró hacia proa y vio que los vigías también lo habían descubierto. Era un avión aliado, sin duda alguna, pues si no el buque de control hubiera dado situación de «Anzio rojo». Aquello se había producido ya cinco veces aquella misma noche.

Algunos buques, sin embargo, debieron de juzgar sospechoso el avión, ya que abrieron fuego hacia lo alto, provocando un concierto de estampidos. Al fin, una voz irritada procedente del barco de control exclamó por radio:

—¡Cesen inmediatamente este escandaloso fuego!

Sin duda juzgaron que hallándose tantos buques anclados juntos podrían causarse mutuamente más daño que el que producirían al avión. El colérico tono de la orden parecía evidenciar que en el buque de control habían caído algunos trozos de metralla americana, lo cual también había sucedido en el «LST». El caso es que los barcos recibieron luego la orden de no disparar a menos que hubiera un ataque directo sobre ellos.

Barclay trató de descubrir cuál era el motivo que le hacía sentirse tan triste aquella noche, pero no logró hallar una razón determinada. Estaba triste por hallarse en el barco en ese momento, por estar lejos de Sarah, y, sobre todo, por encontrarse metido en la guerra. Pensó en su casa y en los años que iban pasando, y eso le entristeció aún más. Pensó en Sarah, y su estado de ánimo se volvió casi insoportable, al recordar que posiblemente aquello llegaría muy pronto a su final. Era inevitable.

No tardaría en iniciarse la ofensiva contra Boma, y entonces la enfermera y él tendrían que separarse. Preguntóse Barclay qué estarían haciendo los habitantes de Roma aquella noche. La ciudad, tan cercana relativamente, se estaría preparando sin duda para recibir una vez más a las tropas extranjeras, pues se hallaba acostumbrada, desde los tiempos de los Césares, a recoger toda clase de huestes, tanto libertadoras como invasoras. ¿Eran ellos libertadores? Sí, Barclay creía que lo eran. De todos modos, en Anzio y Cassino estaba la clave de la contienda. Sin duda allí tendría que resolverse todo. Barclay oyó que alguien se aproximaba a sus espaldas y volvió ligeramente la cabeza. No pudo distinguir al que llegaba hasta que habló.

—Parece que se combate bastante duro por allí, ¿verdad, teniente Barclay? —dijo Carlyle.

—Hola, muchacho. Sí, en efecto, el frente está muy activo esta noche —replicó Barclay, y la conversación prosiguió fácil, sin objetivo determinado, como suele ocurrir entre dos personas que están a gusto juntas. Barclay se sintió algo menos triste al tener alguien con quien hablar.

—¿Adónde cree que iremos cuando hayamos terminado aquí, teniente? —preguntó Carlyle.

Si había una pregunta favorita en el barco, ésa era la que acababa de formular el marinero.

—Bien quisiera saberlo yo mismo —contestó Barclay—. Supongo que nos enviarán al sur de Francia o a los Balcanes. O quizá a la costa francesa del canal de la Mancha. Lo cierto es que no tengo la menor idea.

—¿Y no podrían mandarnos de vuelta a Estados Unidos?

Lo sorprendente de la pregunta era que Carlyle la formuló sin rastro alguno de ansiedad en la voz.

—Eso siempre puede ocurrir. Me parece que el año pasado enviaron un buque a América.

Barclay oyó que Carlyle se reía suavemente. Pero, cuando habló, lo hizo con seriedad.

—En realidad, no creo que nos envíen allá —manifestó el marinero lleno de convicción—. Estoy seguro de que nos quedaremos por estos mares.

—Sí, siempre hay una invasión más que hacer.

Eso era lo que siempre se decía: «Una invasión más», y todo el mundo a casa. Pero siempre había otra invasión que llevar a cabo después de la última. De este modo prevalecía la creencia de que el día en que se terminaran los lugares por invadir en Europa, el «LST» sería enviado por el canal de Suez al Pacífico, evitando de ese modo tocar en Estados Unidos. Una granada estalló en la playa y el resplandor se reflejó en la superficie tranquila de las aguas. Los dos hombres contemplaron el fulgor hasta que se extinguió. De nuevo se inició la caída esporádica de proyectiles a mayor o menor distancia, y Barclay y Carlyle se pusieron los cascos.

—Supongo que tendrán que seguir enviando tropas y suministros a Italia durante largo tiempo, ¿no cree, señor? Lo que quiero decir es que no parece posible que nos manden marchar así como así, de la noche a la mañana —dijo Carlyle.

Un prolongado silbido que identificaron en seguida como perteneciente a un proyectil alemán de 170 milímetros cruzó el aire, y los dos escucharon hasta que se desvaneció a lo lejos.

—Eso es cierto —aseguró Barclay pensativamente, y se preguntó a dónde querría ir a parar el marinero—. Creo que destinarán a esa misión algunos buques, aunque imagino que todo será cuestión de suerte.

Carlyle, por lo visto, no podía resistir más, y se decidió a hablar claro, pero cuando lo hizo se expresó en voz muy baja, como si temiera que los alemanes o cualquiera que estuviese en la costa se enterase de su secreto.

—Teniente Barclay, ¿le sorprendería si le dijese que me he enamorado de una muchacha de estos lugares? —inquirió al fin.

El oficial permaneció en silencio unos instantes, y luego contestó con calma:

—No, no me sorprendería. Al fin y al cabo he visto chicas muy bonitas por estas tierras.

—La muchacha de que le hablo es la que tuvo un niño en el «LST». ¿La recuerda?

Barclay dejó de mirar hacia la costa y se volvió a observar a Carlyle. Bajo el casco podía ver la sombra que oscurecía su rostro. Carlyle creyó necesario agregar algo más, ahora que se había decidido a hablar.

—No es como las demás muchachas que uno encuentra por ahí —aseguró, convencido de lo que decía.

—Le creo —contestó Barclay, e inmediatamente tuvo la sensación de que había mentido. De pronto sus sentidos se despertaron y olvidó su tristeza. Se preguntó si debía contar a Carlyle lo que sabía acerca de la muchacha y de Shanley, pero luego pensó que el marinero no le había pedido en realidad un consejo, y, por otra parte, nunca podía saberse cómo resultarían esas cosas. Además, de haberle pedido consejo el marinero, no habría sabido qué contestarle.

—Es una chica muy atractiva —dijo el teniente—. Resultaba hermosa hasta en la noche en que tuvo el niño, por lo que creo que lo será aún mucho más en circunstancias propicias.

Había tratado de no mentir, pero seguía haciéndolo, ya que también la conocía en esas «circunstancias propicias».

—Bueno, me alegra mucho que le guste, teniente —dijo Carlyle—, porque voy a pedirle a ella que se case conmigo.

El marinero rióse en voz baja, y agregó:

—Claro que aún no sé si me aceptará. Es una chica muy singular, señor. Tiene mucho valor, tiene... Bueno, estoy enamorado de ella y la quiero como esposa, eso es todo. Espero que me aceptará.

Barclay imaginó al joven marinero, a la muchacha y a la criatura viviendo juntos. Todos parecían demasiado faltos de madurez en aquella convivencia, y Barclay se preguntó si Carlyle se daba cuenta de la serie de responsabilidades que entrañaba el paso que pensaba dar, así como las dificultades que iban a presentárseles, empezando por el lugar de residencia del nuevo matrimonio. El teniente pensó que el joven seguramente no se había percatado de todo eso, y sin embargo, le parecía un muchacho sumamente inteligente.

—Desde luego, a todos nos dio pruebas de su gran valor —declaró Barclay, e iba a decir algo más cuando oyó un tremendo silbido, y en seguida se levantó un surtidor de agua al tiempo que se escuchaba una fuerte explosión en la playa, justamente enfrente de ellos. Más tarde, Barclay pensaría que de haber pronunciado aquellas palabras tal vez hubiera cambiado decisivamente el futuro de Carlyle.

Sintieron que el barco vibraba y transmitía el temblor desde las planchas de la cubierta a sus propios cuerpos. En seguida pudieron divisar tres resplandores estallar como tres grandes flores blancas sobre la superficie del agua, iluminando toda la rada y dejando ver con claridad los buques anclados en ella, como si fueran amantes sorprendidos por alguna indiscreta lámpara súbitamente encendida.

La alarma general comenzó a sonar de nuevo, y el marinero y el oficial se dirigieron rápidamente hacia sus puestos de combate.

Había un número crecido de cañones alemanes que disparaban desde las colinas de Anzio, y la tripulación del «LST» había llegado a conocer por el silbido el tipo de proyectiles que estaban disparando los enemigos.

Uno de ellos era de 170 milímetros, y producía un prolongado y agudo silbido, por lo que le apodaban «Willie el Silbador». Otro proyectil, el de 280 milímetros, resonaba como un convoy ferroviario lanzado a gran velocidad, y le llamaban «el Expreso de Anzio». Estaba también el de 150 milímetros, conocido como «el Aullador», que parecía haber sido concebido más para asustar que para destruir, ya que el proyectil tenía unos huecos en los costados que producían un aterrador sonido cuando cruzaba el cielo.

Cuando desde los buques se oía silbar un proyectil, no se sabía si el mismo iba dirigido contra ellos o hacia la costa, motivo por el cual la incertidumbre era enorme. De todos modos, nada podía hacerse por eludir la trayectoria de la bala, y a las dotaciones sólo les cabía hacer conjeturas sobre el lugar en que caería y la clase de proyectil que se acercaba. En adivinar esto último, Porterfield era el que más destacaba a bordo.

En la caseta del servomotor, donde la partida aumentaba en interés, el bombardeo se dejaba oír con menos claridad que en cubierta, pero las vibraciones de las explosiones se transmitían más intensamente por hallarse el recinto a nivel de la línea de flotación. La partida habíase interrumpido hasta entonces cinco veces debido a otros tantos «Anzio rojos», pero a continuación de cada alarma se reanudaba con mayor interés, como si las alarmas proporcionaran un aliciente mayor al juego. Estaba Mason barajando las cartas, cuando Porterfield manifestó:

—¿Sabéis una cosa? —dijo con su lenta cadencia, que le llevaba más tiempo del corriente para expresar una frase—. Creo que pronto nos veremos libres de esto. En cuanto se haya terminado lo de Anzio, nos enviarán a cualquier otra parte; podéis estar seguros de eso.

—¿Terminarse lo de Anzio? —dijo Abbot, el señalero, sarcásticamente—. ¿Quién piensa que esto puede concluir? Yo creo que va a durar hasta que acabe la guerra. Tal vez dure incluso después que ésta haya terminado.

—No; pronto va a haber novedades —replicó Porterfield—. No tienes más que darte una vuelta por vía Roma y ver las tropas que han llegado.

—Bah, las mandarán a los Balcanes o a cualquier otra parte —dijo Abbot—. No está permitido que ocurran cambios en Anzio, ¿no lo sabíais? La cabeza de puente se ha convertido en una verdadera institución.

—De todos modos, tengo la certeza de que en Anzio las cosas no pueden seguir así mucho tiempo.

—Hasta ahora no veo señal alguna de que los Ottos se vayan a marchar esta noche —intervino Mason—. Aún van a dar mucha guerra, los condenados.

Como para confirmar la aseveración de Mason, un prolongado silbido se dejó oír sobre la nave, y los jugadores escucharon atentamente, con las cabezas algo ladeadas, hasta que se dejó oír la explosión.

—Ahí va «el Silbador» —dijo Porterfield, identificándolo—. Bien, en todo caso, cuando llegue el momento de abandonar Pozzuoli habrá que organizar una fiesta a bordo. Una fiesta sonada.

Todos los presentes parecieron alegrarse con la idea.

—Eso me gusta, Porterfield —apuntó Abbot.

El bombardeo se había reanudado con cierta intensidad, y los jugadores permanecieron un momento escuchando los silbidos y las detonaciones subsiguientes.

—Podríamos llevar las *signorinas* a la caverna —dijo lord Nelson—. Están bastante desperdigadas últimamente, pero creo que las podría reunir sin grandes esfuerzos. Sería un placer para mí el hacerlo. En realidad, sigo estando en contacto con un par de ellas.

—¿En contacto? —preguntó Mason, maliciosamente.

—Apruebo la propuesta —dijo Wiley, el carpintero—. Apruebo lo de las *signorinas*.

Un mugido se dejó oír en ese momento, aumentó en intensidad y luego se desvaneció.

—«El Aullador», no hay duda. Bien; no veo ninguna razón en contra de lo que propone lord Nelson —manifestó Porterfield juiciosamente—. Estoy seguro de que a las muchachas les encantará una fiestecilla.

—También podríamos invitarlas a venir al barco, pero dudo que el capitán les permitía entrar —dijo Mason.

Porterfield levantó la vista de las cartas y, mirando a Mason, dijo lentamente:

—Si vienen a bordo, será para agasajarlas discretamente, para tratarlas como *signorinas*. Estoy seguro de que el capitán se alegrará de que las invitemos, siempre que sean tratadas con el respeto debido a las visitas.

Mason movió la cabeza en señal de aprobación. Le impresionaban mucho las frases de Porterfield.

—Incluso podríamos contratar una banda en Nápoles y organizar un baile —dijo Abbot.

—En efecto —replicó Mason—. Eso hace indispensable la presencia de las *signorinas*. Si hay baile, primero tiene que haber *signorinas*.

Siguieron charlando un rato, mientras jugaban aquella mano, cuya apuesta había crecido considerablemente. Al fin fue Wiley quien se lo llevó todo.

—Sí, señor —afirmó Wiley, mientras barajaba las cartas, con aire satisfecho—. La idea de la fiesta resulta interesante. Hasta podía dársele un carácter de festival benéfico.

—Si, quizá —dijo Mason, no muy convencido.

Se distribuyeron las cartas y el juego prosiguió sin perder interés. Oyóse entonces un sonoro y profundo silbido. Era un sonido especial, que sólo podía producir un proyectil determinado. Un momento después cruzaba por encima, con el estruendo de un convoy ferroviario.

—El 280 milímetros —dijo Porterfield—. Vía libre al «Expreso de Anzio».

Luego de descartarse, Porterfield se recostó sobre el respaldo de su silla y agregó:

—No está mal la idea del festival benéfico. Lo único que precisaríamos sería reunir una cantidad de unas doscientas cincuenta mil liras, por ejemplo.

Los demás le miraron sorprendidos.

—¿Qué íbamos a hacer con ese dinero? —inquirió Wiley.

Porterfield levantó una mano de las cartas e inclinóse hacia adelante.

—No lo he pensado con detenimiento. Es una idea que podemos ir considerando —manifestó—. Tal vez podría establecerse un fondo para los niños que han quedado sin familia.

—Pero ésas son muchas liras —dijo Wiley.

Porterfield golpeó las cartas suavemente con las uñas y agregó:

—Se me ocurre que no estaría mal comenzar con nuestra partida de póquer. Todas las noches, el ganador dejará la mitad de lo que haya obtenido hasta que se reúnan las doscientas cincuenta mil liras. Podríamos comenzar esta misma noche.

Mason miró sus cartas y la crecida apuesta, que excedería, seguramente, los cien dólares.

—¿Empezar esta noche? —dijo indignado—. Mejor será que lo dejemos para otro día.

Porterfield sonrió suavemente y contestó con voz suave:

—¿No crees que el Señor cuidará más de nosotros si hacemos una obra de caridad como ésa?

—Pero es que la mitad de las ganancias... —insistió Mason.

—Qué condenado piadoso eres, Poe —declaró Wiley, sonriendo.

—El ganador podrá llevarse la mitad de lo obtenido. Nada tiene que perder —dijo Porterfield.

—¡Eso faltaba! —exclamó Mason, mirando alternativamente sus cartas y la monta de la fuerte apuesta—. Estoy seguro de que...

Oyóse entonces un estrépito totalmente diferente al silbido de los proyectiles, y todo el cuarto comenzó a vibrar. Fue tal la intensidad del movimiento, que hizo tambalear a los hombres en sus sillas, y Mason cayó hacia atrás. Este se levantó espantado, como si hubiera sido tocado por la mano de Dios. Entonces se dejó oír la alarma del buque, y los jugadores se pusieron en pie y corrieron hasta sus puestos de combate, al tiempo que se colocaban los cascos y los chalecos salvavidas. Mason miró atrás y vio que, aunque las cartas se habían movido un poco, ninguna estaba vuelta boca arriba.

—¡Que nadie toque esas cartas! —exclamó.

Aquella alarma era la sexta de la noche. Boland, que se hablaba de vigía junto al cañón de popa, inspeccionando el agua, informó haber visto dos cosas casi al mismo tiempo: algo que se dirigía rápidamente hacia el buque por el agua, y por la popa, a babor, un gran surtidor alzarse en ese mismo momento. Muchos fueron los que oyeron simultáneamente el silbido del proyectil y la posterior explosión. Había sido, sin duda, uno de 280 milímetros. El otro objetivo, el que se deslizaba por el mar, había desaparecido bajo el buque, hacia proa, poco antes de producirse la explosión en tierra. El vigía tuvo la impresión de que el torpedo se dirigió hacia la costa, donde explotó al dar contra un muelle. De haber estado cargado el barco, y, por tanto, más hundido en el agua, sin duda hubiera estallado contra el buque. La noticia se difundió rápidamente por todo el barco, y pasó una larga hora antes de que cesara la alarma. Entonces, los seis jugadores volvieron a su partida. Las cartas no habían sido tocadas mientras duró su ausencia.

—Lo hemos tenido cerca —dijo Mason escuetamente—. Debió haber pasado justamente por debajo.

—Vamos, ¿hacéis más apuestas? —preguntó Wiley.

—Antes de eso —manifestó Porterfield—, ¿qué me decís de la idea del festival benéfico?

Mason miró el montoncito de dinero, y pareció luchar un momento consigo mismo. Luego lanzó un suspiro y dijo con gesto de resignación:

—Está bien; por lo que a mí respecta, me parece bien. Puedes contar conmigo.

—Bueno, todos estamos de acuerdo —dijo Wiley, dando muestras de impaciencia—. Y ahora, a ver esas apuestas.

Siguieron jugando, y al fin tocó a Mason enseñar sus cartas, lo que hizo con aire de satisfacción.

—Sólo cuatro ases —manifestó pomposamente.

Porterfield suspiró y extendió sus cartas sobre la mesa. Había cinco cartas del palo de corazones.

—¿Color? —dijo, despectivamente, Mason—. Hubiera creído que tenías algo más que un modesto color.

A continuación, Mason se puso a recoger el dinero.

—Gerald... —dijo suavemente Porterfield a Mason.

—Dime, Poe.

—Me temo que estas cartas son del mismo palo, y, además, con numeración correlativa.

Mason miró sin dar crédito a sus ojos. En efecto, se trataba de una escalera de color.

—¡Maldición! —exclamó Mason—. ¡Con eso no había contado!

Luego sonrió, un tanto forzadamente, y agregó:

—Bien, al menos me consuela pensar que sólo he perdido la mitad.

Edgard Allan Poe Porterfield contó el dinero, y vio que sumaba ciento ochenta y cuatro dólares. Luego apartó la mitad y la entregó a Mason.

—¿Por qué no haces de tesorero, Mason? —manifestó Porterfield—. Mientras tanto, iremos pensando qué podemos hacer con el dinero. Otra cosa, creo que podríamos invitar también a los chiquillos a la fiesta, puesto que va a ser en su beneficio. Lord Nelson, cuando gustes, puedes ir convocando a las *signorinas*, para que se vayan preparando.

—Desde luego —dijo lord Nelson—. Es una tarea que cumpliré con mucho gusto.

Había cesado el bombardeo por completo, y no se reanudó hasta bastante después. Mientras barajaba las cartas, Porterfield comenzó a tararear el cántico *Guíanos, oh Rey eterno*.

Aún hubo tres «Anzios rojos» aquella noche, el último de ellos poco antes de amanecer. Habiéndose levantado de sus literas nueve veces, hasta los marineros que no tenían guardia permanecieron de pie cuando cesó la última alarma. No valía la pena volver ya a la cama. El alba se asomó sobre un escenario totalmente en calma, donde los buques seguían anclados e intactos en su mayoría, a pesar de la azarosa noche. La tersa superficie del agua no se veía interrumpida por una sola onda. A bordo del «LST» se esperaron las órdenes, y como éstas no llegaron, el capitán estableció comunicación con el mando, situado en la costa. Poco después llegaban las instrucciones: «El “LST” debe regresar a Nápoles sin carga».

—Condenados majaderos —dijo el capitán, que no había abandonado la torre de mando desde la tarde anterior—. Podían habernos dado esa orden anoche.

## UN LARGO DÍA

En Caserta, una zona boscosa situada a veinticinco kilómetros de Nápoles, se alza el palacio de la Reina. Desde el palacio se extiende en línea recta un paseo de gran belleza, flanqueado de árboles que, como una guardia de honor, conducen hasta una cascada sobre la que se yerguen las estatuas de Diana y Acteón.

El palacio servía ahora como cuartel general de los aliados, y la alameda se utilizaba de vez en cuando como campo de ceremonias, donde se otorgaban los honores para recompensar los actos de guerra de valor excepcional. En el caso del marinero de segunda Peter Carlyle, la recompensa fue una estrella de bronce, por la parte que había tomado en el hundimiento de una lancha cargada de alemanes.

Aquella mañana, y ante una formación de honor, Carlyle se alineó junto con otros treinta y ocho miembros de la Armada, además de un considerable número de soldados de diversas nacionalidades. A continuación les fueron prendidas en el pecho las medallas correspondientes, lo cual llevó a cabo para los marinos el contraalmirante Haynes Doddridge, comandante de las Fuerzas Anfibias del Mediterráneo, el cual había llegado desde Argel con tal fin. La banda militar interpretó unas marchas, sonaron las trompetas y ondearon las banderas. Carlyle recordó luego el fulgor que despedían los instrumentos de viento bajo los rayos del sol, así como el verde intenso de los eucaliptos, la vasta mole del palacio y el borroso esplendor de las estatuas.

Carlyle nunca había visto a Coco y al niño con mejor aspecto que entonces. En realidad, se dijo, no era mucho lo que les había llevado, pero un poco más de alimentos se refleja en seguida en las personas. Ello se advertía en el aspecto de la madre y del hijo, y en la alegría con que Coco acogió al marinero cuando éste regresó del buque, después de haber asistido a la ceremonia celebrada en Casería.

El joven sólo fue a decirle que ese día no estaría libre, pero que al día siguiente tendría permiso durante toda la jornada. Carlyle agregó que, posiblemente, conseguiría un «jeep» —no estaba seguro de ello—, y en tal caso podrían ir a pasear

a donde ella quisiera. La idea de disponer de un vehículo durante todo un día para ir al campo llenó de entusiasmo a la muchacha.

—Podemos ir a Pompeya —dijo Coco—. ¿Has estado allí alguna vez?

—No —contestó él.

—Debes ser el único americano de los que hay por aquí que no lo ha hecho —observó, sonriendo, ella—. Pero quiero que conozcas el lugar conmigo. ¡Qué bien lo vamos a pasar!

Carlyle debía regresar en seguida al buque, pero sabiendo que al día siguiente la iba a ver durante tanto tiempo, no se sintió apenado cuando se marchó. Durante el viaje de vuelta pensó que tenía que llevarle algunas cosas más a Coco.

El marinero no tenía la menor idea de que actuaba indebidamente, al llevar los suministros a la muchacha. En realidad, no era demasiado. ¿Quién podía notar un saco de harina, entre tantos millares como se apilaban en los almacenes americanos? Nada malo veía en ello, sobre todo cuando se trataba de la subsistencia de una mujer y dos niños, y, por otra parte, no se hacía daño a nadie con ello.

Ya de vuelta en el barco, Carlyle preguntó a Barclay si habría alguna posibilidad de conseguir el «jeep» de Shanley al día siguiente. Barclay dijo que si Shanley no tenía que llevar a cabo alguna misión, seguramente podría cederle el vehículo. Como el sector de Nápoles estaba tranquilo últimamente, no era probable que el teniente tuviera que utilizar el «jeep» por motivos oficiales. Carlyle explicó entonces que tenía la intención de llevar a Coco a pasear al campo al día siguiente.

—Ella quiere que vea Pompeya —dijo el marinero.

—Creo que podremos conseguirlo —manifestó Barclay—. No debe usted dejar de ver Pompeya.

—¿Por qué no nos acompaña y visita el lugar con nosotros?

Barclay comprendió que se trataba de una oferta cortés, y que Carlyle no ganaba nada si él aceptaba.

—Ya conozco Pompeya —respondió el teniente—. Ahora le corresponde verla a usted, y mejor si va bien acompañado.

Carlyle, en el fondo, sintióse contento con la negativa, que le permitiría estar a solas con ella al día siguiente.

—Creo que mañana voy a pedir a la muchacha que se case conmigo, teniente Barclay —dijo el marinero.

El teniente miró a Carlyle detenidamente, y le pareció tan joven que resultaba difícil creer que iba a hacerse cargo de una muchacha y un niño al mismo tiempo. Se preguntó si al terminar la guerra seguirían viviendo en Nápoles o se trasladarían a Iowa.

—En tal caso, ya ve que no les hago falta para nada —manifestó.

—Puede que tenga usted razón —contestó, sorprendido, Carlyle.

Siguieron hablando un poco más, y Barclay dijo que esa misma noche iba a usar el «jeep» de Shanley, y que entonces sabría si éste podría prestárselo al día siguiente.

—Yo también tengo una cita esta noche —confesó Barclay—, aunque por corto tiempo, ya que la chica tiene que estar de vuelta a las nueve. ¿Quiere usar también el «jeep» esta noche? En ese caso puede dejarnos a mí y a la muchacha, y pasar a recogernos más tarde.

Carlyle iba a decir que no tenía tiempo disponible, cuando se le ocurrió que podía arreglar la cosa con algún compañero, pues tener el «jeep» a su disposición era algo sumamente útil. Era mejor aceptarlo mientras hubiera ocasión.

—Bueno, me parece bien, señor. Me gustaría utilizarlo, si usted no lo echa de menos —dijo Carlyle.

—No lo necesito para nada —respondió Barclay—. El teniente Shanley va a venir a buscarme hacia las cinco. Usted puede acompañarnos; recogemos a mi chica, usted nos deja en el club de oficiales y luego pasa por nosotros hacia las ocho y media.

—Perfectamente, señor Barclay. Le quedo muy agradecido.

—No es mío el «jeep», pero es de un buen amigo —respondió el teniente, sonriendo.

Coco había tomado una decisión. Shanley fue muy atento con ella y por eso se sintió obligada a decirle que no podían seguir viéndose más. Por consiguiente, pidió a Rebi que se dirigiera a la «villa» donde vivía Shanley en la ciudad, y que preguntara al teniente si podía verla un momento aquella noche. Eran ya las últimas horas de la tarde cuando Rebi tomó el autocar que se dirigía a Nápoles. Cuando llegó a la mansión, Shanley ya se había marchado. Rebi decidió esperar, y se trasladó a la parte posterior del jardín, donde tomó asiento en un banco situado frente a las ventanas del cuarto del oficial, esperando a que éstas se encendieran. Detrás del banco había tres estatuas de mármol, y Rebi, sintiendo sueño, se tendió en el banco y, antes de dormirse, contempló el rostro de las estatuas. No sabía a quién representaban, pero se dijo que eran muy hermosas. Se trataba de Salacia, Neverita y Venilia, las diosas del mar.

Shanley recibió a Barclay, y Carlyle les acompañó en el «jeep». Luego dejaron a Shanley en su casa y fueron a buscar a Sarah. Ella y Carlyle parecieron simpatizar en seguida, y los tres se dirigieron en el vehículo hasta el club de oficiales, donde Carlyle dejó a Barclay y a la enfermera, y después se marchó en el «jeep». Mientras se alejaba, el marinero iba pensando: «El teniente Barclay y la enfermera parecen tenerse afecto. Me alegro. Ella es una chica muy hermosa, y tiene clase».

El hecho de sentirse Carlyle tan feliz le hacía desear que todo el mundo se sintiera igual. Condujo despacio hasta el almacén del ejército, donde pensaba ver a su amigo el sargento. Le llevaba una pistola «Luger».

Rebi se despertó y vio que alguien se hallaba en la habitación. El niño se levantó, cruzó el jardín y golpeó suavemente con los nudillos en la madera del balcón. Shanley pareció sorprendido al ver al chiquillo, y se alegró cuando se hubo enterado del mensaje de Coco.

Luego el teniente llamó a su base, explicó que había prestado su «jeep» y que necesitaba otro en seguida para ir a desarmar un proyectil que habían encontrado sin estallar en los alrededores de la ciudad. Poco después se lo enviaban, y Shanley y el niño se dirigieron en él a Pozzuoli. Rebi permaneció en el vehículo y Shanley subió hasta el piso, donde encontró a la muchacha ya vestida, dispuesta para salir.

—Podemos dar un paseo en el «jeep», ¿te parece bien? —preguntó ella.

—Desde luego —contestó Shanley—. ¿Ahora mismo?

—Ahora, si no tienes inconveniente.

Bajaron a la calle, y ella notó vagamente que no se trataba del «jeep» de costumbre, ya que faltaba el gran letrero que decía «Cuerpo de Desmontaje de Bombas».

—Presté mi «jeep» a un amigo —explicó Shanley, cuando subían al vehículo—. ¿A dónde vamos?

—Adonde te parezca mejor —contestó la chica—. Demos un paseo por ahí.

Rebi subió para quedarse con la criatura.

Cuando Carlyle detuvo el «jeep» frente al almacén del ejército, otro vehículo frenó a unos cien metros de distancia. Dos hombres que se hallaban sentados en su interior comenzaron a hablar. Vestían ropas civiles, pero el acento con que se expresaban era inconfundiblemente norteamericano.

—No resulta difícil seguir a ese «jeep» con el letrero que lleva —dijo uno de ellos.

—Eso es lo que me preocupa —declaró el otro—. Que alguien pueda actuar de esa forma utilizando un vehículo tan fácil de identificar.

—Puede que él también piense lo mismo —replicó el que había hablado en primer lugar—, y que crea por ello que nadie tiene motivos para sospechar.

—Tal vez; ya lo veremos.

—En efecto. No tardaremos en saberlo.

En el club de oficiales, Barclay y Sarah estaban bailando mientras charlaban plácidamente. En el salón reinaba la alegría acostumbrada. Hacía mucho tiempo que Barclay no se sentía tan feliz, y la muchacha no parecía estarlo menos. Luego, poco antes de separarse los dos, ella se lo dijo.

—Quisiera no haber tenido que decírtelo esta noche —manifestó Sarah—, pero prometí comunicártelo cuando lo supiera. Nuestra unidad va a ser trasladada a la cabeza de puente dentro de dos semanas.

—¿Es definitivo?

—Desde luego.

—Prefiero que me lo hayas dicho.

—Matthew, no sé qué decirte.

—No digas nada. Disponemos de dos semanas. Tal vez haya novedades entretanto. Quizá termine antes la guerra, y podamos regresar a nuestras casas.

Ella sonrió un poco, y replicó:

—Es posible. Pueden ocurrir muchas cosas en el plazo de dos semanas.

—Así es —contestó Barclay.

Ambos volvieron a la mesa y Barclay pidió al camarero otro par de whiskies.

Carlyle dio un paseo por el interior del almacén en compañía de su amigo, el sargento. El depósito se hallaba atestado de mercancías de todas clases. Había enormes pilas de ropas y estantes abarrotados de alimentos, con excepción de productos frescos. Sobre todo abundaban las raciones C, las K y las de diez unidades en una. También descubrió Carlyle una hilera de sacos de harina. El marinero sólo pretendía una mínima parte de aquello. De todos modos, había que entregar algo a cambio. Por consiguiente, Carlyle extrajo de su chaqueta la «Luger» que llevaba en un bolsillo, y que había conseguido en la cabeza de puente hacía poco, cumpliendo expresamente los deseos del sargento. Era una espléndida arma, que usaban los oficiales germanos, y el sargento la acarició amorosamente.

Un momento después, el sargento abrió una puerta trasera del almacén, y Carlyle introdujo en él el «jeep». El sargento colocó en la parte posterior del vehículo un saco de cincuenta kilos, y Carlyle se dispuso a marcharse.

—Un momento —dijo el sargento, y se alejó, para volver en seguida con una manta, que extendió sobre el saco.

—Así está mejor —afirmó el soldado—. Puedes traerme la manta la próxima vez que vengas por aquí.

—Gracias —contestó Carlyle, sonriendo, ya que si algo abundaba por allí eran las mantas—. Tendré mucho cuidado con la manta.

—Ah, otra cosa que me gustaría tener es una bayoneta alemana. ¿Crees que podrás conseguirme una en la cabeza de puente?

—Lo intentaré —dijo Carlyle, quien se sentía sumamente complacido con la afición que demostraba el sargento hacia las armas alemanas—. La próxima vez que vaya trataré de ver si te traigo una bayoneta.

Luego, Carlyle salió del almacén con el «jeep», mientras el sargento cerraba las puertas. Ya en la calle, el marinero encendió los focos del vehículo y tomó la

carretera que llevaba hacia Pozzuoli. A cierta distancia, otro «jeep» arrancó detrás, pero iba con los faros apagados, usando sólo las luces de oscurecimiento.

—Bueno, creo que ya lo tenemos —dijo uno de los hombres del «jeep» seguidor.

—Así parece. Estoy seguro de que lleva algo en el asiento trasero, pero hay que cogerle en el momento preciso.

—Claro que no hace más que lo que están haciendo muchos otros —dijo el primer hombre.

—Ahí está lo malo. Son muchos los que lo hacen; por eso es necesario atrapar a uno, cualquiera que sea, para imponerle un castigo que sirva de ejemplo a los demás. Es lamentable, pero alguno tiene que ser.

—Parece un buen muchacho. Es una lástima utilizarle para escarmentar a los otros.

—Nunca puede uno fiarse de las apariencias —dijo el otro, encogiéndose de hombros.

Shanley llevó a Coco a su habitación. Ella le dijo que quería hablar con él, y eso fue todo lo que hicieron. La muchacha no bebió, y él tomó un par de whiskies mientras ella le hablaba. No hubo dramatismos fuera de lugar, y la conversación duró escasamente media hora. Le dijo que le seguía teniendo afecto, y que por ese mismo motivo quería explicarle la razón de que no pudiera volver a verle más.

—Me he enamorado de un muchacho —agregó Coco, riendo nerviosamente—. Tal vez me haga excesivas ilusiones, pero creo que va a pedirme que me case con él. Si lo hace, le contestaré que sí. Sea como sea, el caso es que le quiero.

Shanley sonrió y pensó que Coco aún seguía pareciéndole una chiquilla, aun estando a punto de casarse.

—Bueno, yo, por mi parte, soy opuesto al matrimonio, que considero algo ya pasado de moda. De todos modos, recibe mis sinceras felicitaciones —dijo el teniente, sonriendo.

—Gracias —contestó ella—. Creo tener suerte, pues es un excelente muchacho.

—¿Americano, inglés o italiano?

—Americano.

—Vaya, me satisface que sea de los nuestros. Y ahora, ¿quieres que te lleve de vuelta?

—Sí, por favor, te lo ruego.

Eso fue todo, y Shanley la llevó en el «jeep» hasta Pozzuoli. Hacía una noche muy agradable, y el teniente condujo despacio. Poco antes de marcharse de la habitación de los querubines, él había abierto el armario y dijo a Coco que eligiera uno de los vestidos, como regalo de bodas. Ella eligió uno muy bonito, de color escarlata.

Cuando llegó Carlyle, quedó sorprendido al ver otro «jeep» estacionado ante la puerta de la casa de Coco. Luego pensó que lo habría dejado allí algún soldado o marinero que acompañaba a una muchacha de la vecindad. Carlyle salió del vehículo y comenzó a subir las escaleras. Había llegado al rellano cuando vio que Shanley salía del piso y descendía por la escalera. El marinero quedó demasiado asombrado para hablar, y el oficial no pareció menos confundido. Shanley le saludó al pasar, y Carlyle llamó luego a la puerta de la joven. Esta le abrió, y, cuando hubo pasado, volvió a cerrar.

—¿Qué hacía aquí el teniente Shanley? —preguntó Carlyle.

—¿Acaso le conoces? —preguntó ella.

—No me has contestado a mi pregunta. Pero dime, ¿le conoces tú?

—Sí, un poco. Me ha llevado al club de oficiales algunas veces. He decidido no volver a verle, y quise hablar con él para decírselo.

—Mucho interés tendrías en hablarle, cuando le has traído hasta aquí mismo.

—Red, no lo entiendes. Le he dicho que todo ha terminado entre nosotros.

—Un momento. En primer lugar, ¿qué es lo que había de terminar entre tú y él?

—Nada. He querido ser cortés, simplemente.

—No te creo.

En ese momento, Carlyle descubrió sobre la cama un vestido rojo que no le había visto antes a Coco. El marinero miró la prenda, luego a la muchacha, y a continuación abrió la puerta y salió de la habitación.

Bajó las escaleras hasta llegar al «jeep», apartó la manta y se echó sobre las espaldas el saco de cincuenta kilos con toda facilidad. Luego subió las escaleras con el saco, pensando que la harina serviría para mantener a la muchacha durante un mes, y terminó depositando el saco en el suelo de la habitación.

—Aquí tienes lo que me habías pedido —dijo él—. Y ahora, adiós.

Acababa Carlyle de volverse hacia la puerta, cuando vio a dos hombres que estaban en el pasillo. Eran dos hombres de agradable aspecto, y vestían ropas mejores que las de los civiles italianos en esos días. Durante un momento, Carlyle creyó que serían italianos que le seguían para robarle. Luego uno de ellos habló con gran lentitud.

—Lo siento, marinero, pero queda usted detenido.

El tono de voz parecía de un oriundo de Iowa, se dijo Carlyle, sin reaccionar aún.

Los hombres le enseñaron unas credenciales donde decía: «Ejército de los Estados Unidos. División de Investigación Criminal».

—Acompáñenos —dijo el otro hombre escuetamente.

Desde el momento en que Sarah dijo a Barclay que pensaba marcharse al cabo de dos semanas, el salón del club de oficiales pareció a éste una cárcel, y lamentó haber prestado el «jeep» a Carlyle, lo que le impedía salir inmediatamente de allí. Le hubiera gustado marcharse al momento con ella a otro lugar donde les fuera posible hablar más íntimamente.

Luego, como el marinero no apareciese a la hora convenida, Barclay imaginó que le habría ocurrido algún accidente con el vehículo. En consecuencia, llamó a la sección de transportes, explicó su situación y pidió que les llevaran de vuelta al hospital. Tuvieron que esperar un momento, y cuando llegó el vehículo vieron que se trataba de una camioneta. El conductor les llevó al hospital, ante la puerta del cual Barclay dijo a Sarah que la volvería a ver al día siguiente.

—Hablaemos de las dos semanas que tenemos por delante —dijo Barclay—. Mañana me habré hecho un poco a la idea.

—Está bien, Matthew, hasta mañana —contestó ella.

Barclay pidió al conductor que le condujera hasta Pozzuoli y luego hasta el «LST». Cuando llegó, encontróse con la sorpresa de que estaban cargando en el buque un contingente de tropas y de vehículos de transporte. El capitán se hallaba muy ocupado, y sólo pudo decirle que le habían dado órdenes repentinas de llevar aquellas tropas a Anzio, esa misma noche, sin explicar más razones, por lo que zarparían cuando hubiese terminado la carga.

Además, le dijo que un policía naval había llegado al buque informando que Carlyle se hallaba detenido por una seria acusación, lo que le impediría unirse a la dotación del buque.

Barclay escribió apresuradamente dos notas. Una era para la enfermera, explicándole que no podría verla al día siguiente, y la otra iba dirigida a Shanley, rogándole que averiguase lo que había ocurrido con Carlyle, quien seguramente tuvo que ser víctima de un error. En ambas misivas afirmaba que esperaba hallarse de regreso dos días más tarde. Colocó las notas en un par de sobres, cerró éstos y escribió las direcciones, agregando la palabra «urgente» en cada uno. Luego bajó al muelle y dejó las cartas en el pequeño despacho de la base que allí había, con la indicación de que los entregasen al día siguiente por medio del correo militar que iba diariamente a Nápoles.

A continuación, Barclay regresó al buque y entró en funciones, dirigiendo la entrada de camiones y tropas a bordo. Los vehículos fueron colocados principalmente en la cubierta de tanques, y las tropas, subiendo en largas filas, no tardaron en quedar acomodadas a bordo. La operación quedó terminada en poco tiempo, y en seguida se levantó la rampa, se cerraron las compuertas de proa, el transporte retrocedió lentamente mientras mantenía fondeada el ancla de popa, giró luego, apoyándose en ella, y, por último, izó el ancla y emprendió la travesía rumbo a Anzio.

## REFUERZOS

Mientras el buque avanzaba hacia el Norte, en la oscuridad, Barclay se dijo que todo aparecía ya bien claro. Los transportes estaban cargando tropas de refuerzo, con dirección a la cabeza de puente, en número mucho mayor que el destinado simplemente a remplazar las bajas. Cualquiera se hubiera dado cuenta de ello. No tardaría en llevarse a cabo la ofensiva, y lo único que faltaba por saberse era dentro de cuántos días se iba a iniciar.

La enfermera le había dicho que la salida de su unidad hacia la cabeza de puente tendría lugar dentro de dos semanas, y que otras enfermeras llegarían para remplazarías. Pero los soldados que llevaban ahora a bordo no eran fuerzas de remplazo, sino tropas destinadas a iniciar una ofensiva. Tenía la seguridad de ello.

Barclay avanzó por los estrechos pasillos hasta los alojamientos de las tropas, donde los soldados dormían en las rústicas literas que llegaban casi desde el suelo al techo, y donde ya se respiraba un olor a gente amontonada. Algunos de los soldados habían inflado sus chalecos salvavidas y los utilizaban como almohadas, lo cual era impropio, pues podían estropearse y no servir para su verdadero fin. Barclay sonrió levemente y siguió adelante. Cerca de una puerta estanca observó que estaban jugando una partida de póquer, a pesar de que eran las dos de la madrugada. Sobre una litera cercana, un soldado leía una revista de historietas con la cabeza fuera de la colchoneta y la revista orientada hacia la débil luz que emanaba del lugar donde se jugaba a las cartas. Algo más lejos, Barclay halló al comandante de la compañía y se detuvo a hablar con él un momento.

—Buenas noches, capitán. ¿Marcha todo bien?

El capitán era joven, delgado y fuerte, pero de baja estatura. Barclay le sacaba casi una cabeza; mas, a pesar de ello, parecía saber defenderse muy bien, aun sin la pistola del 45, que parecía demasiado grande para él, colgando de su cinturón. Barclay hubiera dicho que se trataba de un antiguo alumno de West Point.

—Bastante bien, teniente. Todo lo bien que pueden marchar las cosas en un barco —replicó el capitán.

Barclay sonrió. Aquellas tropas pertenecían a una división veterana, que había luchado en África, en Sicilia y Salerno. Barclay se dijo que tenía que averiguar todo lo que supiera el oficial.

—Capitán, van ustedes como remplazos, ¿no es cierto? —preguntó Barclay.

—No sé nada de nada —replicó el capitán, pero luego sonrió ampliamente y agregó—: No, no vamos a remplazar a nadie. No me lo han dicho, pero estoy seguro de lo que digo.

—¿Se dirigen hacia Roma?

—Esa es nuestra esperanza, teniente. Desde luego, preferiría ir hacia Roma antes que quedarme en la cabeza de puente. No es un sitio agradable para permanecer en él.

Los dos oficiales cambiaron unas palabras más, y, al fin, Barclay dijo:

—Cualquier cosa que necesite, capitán, le ruego que me lo haga saber. No tenemos whisky con soda, pero procuraremos complacerles en lo que precisen.

—Gracias, teniente. Creo que ya han hecho cuanto han podido —contestó el capitán, y, luego de un momento, agregó—: Saludaré al Santo Padre de su parte.

—No deje de hacerlo, capitán —replicó Barclay, sin dejar de sonreír.

El teniente se dirigió a cubierta. Hacía una noche agradable, y algunos soldados habían preferido dormir al aire libre. Podía ver los cuerpos tendidos bajo las mantas, sobre la escotilla principal de carga, y otros que descansaban en los camiones. A lo lejos, en las proximidades de Cassino, el resplandor del fuego de la artillería se dejaba ver intermitentemente, como de costumbre. Parecía como si estuviera siempre allí, como una especie de aurora boreal creada por el hombre. Pero nadie estaba en la borda, contemplando el espectáculo. Aquellos hombres ya lo habían visto numerosas veces, y no había razón para dejar de dormir a causa de ello. Unos pocos se hallaban sentados en círculo, pasándose una cantimplora que contenía café, pero hablaban pausadamente, sin prestar atención al cielo. Este aparecía perfectamente claro, y las estrellas fulguraban tenuemente. No había luna, de lo que Barclay se alegró. Entre el rumor de las olas al chocar contra el casco del buque, Barclay oyó que un soldado hablaba con otro añorando la trucha de Michigan, que en aquel momento estaba en plena temporada. Otro afirmó:

—Me gustaría estar ya en Roma.

A su lado, otro soldado contaba a un compañero lo que le había sucedido:

—Cuando dije a la muchacha que me iba, cogió un buen berrinche.

Barclay regresó a su camarote. Eran ya las tres de la mañana. Llegarían temprano, y él tendría que dirigir la descarga de los camiones que se hallaban en la cubierta de tanques. El teniente echóse en su litera y se quedó dormido al momento.

Le pareció que había dormido sólo unos minutos, cuando tuvo la sensación de que ya había amanecido, aunque su camarote estaba cerrado con el portillo de oscurecimiento. Barclay se levantó y se encaminó hacia la cámara para tomar una taza de café. No había nadie en la estancia, y permaneció un rato sentado, mientras tomaba el café, pensando en dos personas que había dejado en Nápoles. Se dijo que,

dentro de dos semanas, Sarah estaría haciendo el mismo viaje que él hacía ahora. Le pareció verla con su ropa de campaña, saliendo por la rampa y ascendiendo a un camión que desaparecía a lo lejos, llevándosela para siempre de su vida. Se preguntó si deseaba realmente que ella viajara en el «LST». No lo sabía con certeza. Posiblemente, no. No quería verla descender por la rampa y alejarse en el camión. No quería que fuera ése el último recuerdo que tuviera de ella. De todos modos, nada podía hacer para remediarlo, y, para no entristecerse vanamente, Barclay se puso a pensar en el marinero. ¡Carlyle, arrestado! Aquello parecía increíble. No podía tratarse más que de un desgraciado error. Haría todo lo posible por poner en claro la situación, y, de ser necesario, pediría ayuda al capitán. Ya había hablado con éste, y él también opinaba que debía tratarse de una confusión. «Ese muchacho no es capaz de hacer algo malo, aunque se lo propusiera —aseguró el capitán—. Le sacaremos en cuanto volvamos. Le han detenido por equivocación. No ha podido ser de otro modo».

En ese momento entró en la cámara el capitán del ejército, el cual se había afeitado y tenía aspecto limpio.

—Buenos días, capitán —dijo Barclay—. ¿Ha podido dormir algo?

Barclay comenzó a servirle una taza de café.

—Gracias —manifestó el capitán, aceptándola—. No, no puedo dormir en los barcos. No es una crítica contra el suyo, teniente; lo que sucede es que no puedo dormir en ninguno de ellos. En una trinchera descanso a las mil maravillas, pero cuando voy en barco no pego un ojo.

—Yo, por el contrario, creo que no podría dormir en una trinchera —replicó Barclay, sonriendo.

—En tal caso, me parece que hemos elegido cada uno lo que más nos convenía. ¡Ah, buen café! Siempre han tenido buen café en la Armada.

Siguieron charlando superficialmente un momento, y luego el capitán contó a Barclay lo que le había sucedido al comenzar la guerra, cuando se trasladaba desde Chicago a Nueva York, y se encontró con que la litera que le asignaron en el tren había sido vendida a él y, además, a otras dos personas.

—Allí estuvimos discutiendo un buen rato, hasta que llegó una anciana sin billete de litera, y se la cedimos a ella —dijo el capitán, sonriendo al recordarlo—. Permanecí sentado toda la noche, hablando con una enfermera del ejército.

Barclay se rió en voz baja, y el capitán preguntó a continuación:

—¿A dónde van a ir cuando se haya concluido la actividad en la cabeza de puente?

—No lo sé, capitán —replicó Barclay—. Supongo que iniciarán otra invasión.

—Yo, en cambio, deseo llegar cuanto antes a Roma, aunque personalmente prefiero hallarme en Nueva York.

—¿A quién no le gustaría estar allí? —dijo, pensativamente, Barclay—. Pero creo que tienen grandes probabilidades de conseguirlo, si están aquí desde la invasión de

África.

—Sí, tal vez. Parece ser que al fin nos mandarán de vuelta a los Estados Unidos dentro de un mes o así, cuando haya terminado lo de Roma. Bueno, gracias por el café, teniente.

Alejóse el capitán para cuidar de que sus tropas estuvieran preparadas para el desembarco. Barclay salió a cubierta y divisó la población de Anzio, todavía bastante alejada. Parecía no haber actividad de ninguna especie. Anclado bastante lejos de los demás buques, evidentemente a propósito, se hallaba un gran barco-hospital, inmaculadamente blanco, que contrastaba con el aspecto de las demás naves, pintadas de gris. Los soldados comenzaban a levantarse y a tomar el desayuno, aprestándose para abandonar el buque. Dispondrían aún de algunos días antes de trasladarse a primera línea, pero eso no significaba una gran ventaja, ya que sabían que la cabeza de puente era duramente castigada por la artillería alemana, y tanto daba estar en un sitio como en otro. Pero no, estar en primera línea era mucho peor.

El «LST» se aproximaba al puerto, y Barclay vio cómo los soldados miraban con escasa curiosidad hacia tierra. Estaban ya cargados con su impedimenta, y se notaba que, a pesar de todo, deseaban bajar del barco para hallarse de nuevo en tierra.

El transporte entró en la rada. Un proyector de señales lanzaba destellos intermitentes desde la costa, y Barclay descifró el mensaje, que indicaba al transporte el lugar por donde debía acercarse al puerto. Oyó luego el teniente, por encima de su cabeza, el zumbido del proyector del «LST», dando por recibido el mensaje. El transporte enfiló muy lentamente hacia la costa. Reinaba la calma en las aguas, y el cielo estaba totalmente despejado.

El «LST» avanzó con grandes precauciones entre un par de buques de carga anclados, y enfiló hacia un punto de la costa situado a unos quinientos metros de distancia. Barclay se encaminó hacia la cubierta de tanques para cuando descendieran la rampa comenzar a dirigir los camiones fuera del buque, antes de que sacaran los de las bodegas con el gran montacargas. Ahora podía ver bien el contorno de Anzio, con su franja de playa, que sobre la proa subía y bajaba lentamente. Entonces, de pronto, se inició el ataque.

Al principio, Barclay creyó que se trataba de una granada aislada procedente del cañón montado en el tren, bastante lejos, la que había acertado por casualidad. El proyectil cayó en la proa, entre algunos camiones y soldados que había allí. Luego otra granada levantó una columna de agua a corta distancia de la amura de estribor, y el teniente se dio cuenta entonces de que los disparos llevaban una dirección definida.

Oyóse la alarma general y Barclay se dirigió rápidamente hacia proa. Notó que la nave seguía adelante, a pesar del impacto recibido. Luego, un tercer proyectil acertó en una escotilla, justamente delante de la superestructura del buque. Barclay miró hacia tierra y observó que la costa también sufría los efectos del fuego de artillería. El barco, sin embargo, proseguía su avance. Barclay vio entonces a su lado a dos soldados con las ropas ardiendo, los cuales trataban de apagarse mutuamente las

llamas. Había comenzado a avanzar hacia ellos cuando los dos soldados corrieron hacia la borda y se lanzaron al agua.

Barclay miró hacia abajo y observó que los dos hombres seguían ardiendo en el agua, como si se hallaran fuera de ella. El teniente comprendió que estaban lanzando proyectiles de fósforo, cuyo fuego no extinguía el agua. Vio las trazadoras que cruzaban el cielo en dirección al transporte, y corrió hacia proa, lanzándose al suelo al llegar a la escalerilla situada junto a la rampa. En ese momento, el barco llegó al muelle.

Bajaron rápidamente la rampa, y por la abertura de la proa Barclay vio un tractor que pasaba con dos hombres en la cabina. Aún estaba mirando al vehículo cuando una granada estalló delante del mismo, levantando al conductor en el aire, el cual pareció volar primero y se desintegró luego por completo, sin dejar rastro. El tractor comenzó a avanzar haciendo eses hacia el agua, pero el otro hombre se inclinó hacia el lugar donde había estado el conductor, y aferrando el volante, hizo girar al tractor en sentido contrario. Otro proyectil estalló a un costado, y el segundo hombre cayó inerte sobre el asiento. Luego el vehículo avanzó de nuevo, haciendo zig-zag, y se precipitó desde el muelle al agua.

Por encima del fragor de las explosiones, Barclay oyó que le hablaba el timonel Jerry Boland, el cual había ocupado el puesto de Carlyle como telefonista de la rampa, y llevaba puesto el gran casco que cubre los auriculares.

—Señor —dijo Boland—, el capitán desea que acerque el oído al micrófono.

Apretando un botón, el micrófono podía ser empleado como receptor, lo que permitía ganar tiempo en casos de emergencia.

Barclay se inclinó sobre el micrófono que pendía del pecho de Boland y oyó hablar al capitán.

—Matthew —dijo éste—, proceda lo más rápidamente posible para que bajen a tierra, a no ser que el capitán de infantería quiera retener sus hombres a bordo. Creo que estarán más seguros si desembarcan. De todos modos, pregunte al capitán qué piensa hacer.

El capitán del ejército no se hallaba lejos, y Barclay le transmitió el mensaje de Adler.

—Dígale que nos marchamos del barco —replicó, sonriendo, el oficial de infantería—. Lo hacemos con gusto, y le damos las gracias por el viaje.

—Se marchan, capitán —dijo Barclay por el micrófono de Boland.

Barclay comenzó a continuación a dirigir la salida de los vehículos. Los camiones avanzaron hacia las ruinas de algunos edificios, y allí los detuvieron sus conductores, que corrieron a refugiarse del intenso bombardeo, entre los escombros.

El capitán dirigía a sus soldados con toda calma, y éstos, en cuanto descendían de la rampa, corrían igualmente a parapetarse detrás de las ruinas.

Una granada estalló justamente en la línea de flotación, y Barclay sintióse lanzado contra el suelo. Se puso en pie y vio en el muelle, al lado de la rampa, dos cuerpos

que la explosión había arrojado allí y que estaban inmóviles, boca arriba. Corrió Barclay hasta ellos y vio que uno era el capitán de infantería. Estaba muerto, y su casco y su pistola le habían sido arrancados, cayendo entre los pedruscos. El otro, un cabo, estaba aún vivo, con una de las piernas unida al cuerpo sólo por algunas fibras de carne. Barclay se inclinó hacia el cabo, y entonces se dio cuenta de que la sangre que goteaba sobre el pecho del cabo era la suya. Se pasó una mano por la cabeza y notó una herida de la que manaba abundante sangre.

El teniente levantó al herido, procurando que la pierna no se le separase del todo, y subió por la rampa, agitando la cabeza de vez en cuando, para que la sangre no le impidiera ver. Depositó al herido al pie de la borda y cogió un trapo que había en cubierta, con el que se limpió la sangre que le cubría los ojos. Luego dijo a Boland que llamase a los camilleros. Había ya regresado Barclay a la rampa cuando otra granada estalló hacia la izquierda de la misma, e hizo arder las ropas de un soldado. Este echó a correr hacia el agua, pero Barclay le alcanzó y le empujó hacia atrás, chamuscándose las manos.

—¡El agua no le apagará el fuego! —gritó Barclay—. ¡Son granadas de fósforo! ¡Tírese al suelo y ruede sobre la arena!

Pero el hombre estaba enloquecido por las llamas y luchó con Barclay, intentando arrojarse al agua. El teniente le empujó y le hizo caer al suelo, donde le echó arena y le hizo rodar hasta que el fuego quedó extinguido. Barclay alzó al soldado, notando el olor a carne quemada que despedía, y comenzó a llevarlo hacia la rampa, dejándole junto al otro herido. Luego volvió a dirigir la salida de vehículos.

Los camiones rugían al descender a tierra y daban un gran salto al cruzar sobre unas planchas desprendidas que había en la rampa de proa. Algunos camilleros, tanto de la Marina como del ejército, iban y venían entre el buque y el muelle, trasladando a los heridos. La cubierta se vaciaba de camiones por momentos, y pronto quedó despejada del todo. Barclay dijo a Boland que informase a la torre de mando, para que comenzasen a subir en el gran montacargas los vehículos que había bajo cubierta. Esta operación, como era lógico, requería mucho más tiempo.

Lo peor de todo era que los cañones del transporte no tenían a dónde apuntar. El de 170 milímetros alemán —parecía de ese calibre por el silbido de los proyectiles— se hallaba oculto en algún lugar de las colinas y estaba sometiendo al barco a un duro bombardeo. Lo único que podían hacer era descargar lo más rápidamente posible y volver a alta mar cuanto antes. Barclay escuchó otra explosión muy cerca.

Volvióse y divisó en el muelle, a unos diez metros de distancia, a dos soldados heridos, uno de ellos que se arrastraba por el suelo, tratando de empujar al otro soldado, el cual parecía afectado demasiado gravemente y no podía moverse. Barclay corrió hacia ellos, pero una nueva explosión le lanzó al suelo. Púsose en pie y, con una especie de terca determinación, se lanzó hacia donde estaban los dos soldados. Observó al que se hallaba inmóvil, y, aunque no descubrió en él ninguna herida, notó que sus ojos miraban al cielo como sólo lo hacían los muertos.

El otro soldado seguía tratando de arrastrar el cadáver tras él, aferrándole con fuerza de la guerrera. Tenía el rostro y el pecho cubiertos de sangre, pero era el que seguía viviendo de los dos. Barclay trató de hacerle soltar la guerrera del soldado que estaba sin vida, y tuvo que abrirle los dedos uno a uno, hasta que pudo alzarle en brazos y llevarle al interior del buque. Los camilleros colocaban los heridos directamente en la cubierta de tanques, pues no tenían tiempo para conducirles a la cámara, que se habilitaba circunstancialmente como enfermería. Tanto los enfermeros del ejército como algunos marineros, estaban prestando los auxilios que podían, a fin de que no murieran los heridos más graves. Los enfermeros se dedicaban principalmente a inyectar plasma a los que habían perdido mucha sangre. Previamente colocaban torniquetes o aplicaban morfina.

Barclay se colocó de nuevo en su puesto. Dos camilleros subían en ese momento un herido, cuando estalló otra granada. Uno de los camilleros se desplomó pesadamente, y el extremo de la camilla que llevaba cayó al suelo. El teniente ocupó el lugar del que había caído, y con el otro camillero llevó al herido hasta dejarlo junto a los que había en la cubierta de tanques. Oyó Barclay los altavoces que desde la torre de mando ordenaban a una unidad de reparación dirigirse a la amura de estribor, donde un proyectil había abierto un orificio en el casco de la nave. Por fortuna, el montacargas aún seguía funcionando, y subía sin cesar los camiones estacionados en las cubiertas inferiores, los cuales descendían a toda velocidad por la rampa en cuanto llegaban a la cubierta superior.

El teniente vio sobre una camilla un soldado que tenía los huesos de las piernas en parte al descubierto, habiéndole arrancado la carne de los extremos una granada. Latimer se inclinaba sobre él, aplicándole un torniquete. Los heridos formaban ahora una extensa hilera sobre la cubierta de tanques, donde corría la sangre formando pequeños arroyuelos.

A muchos de los heridos, como podía ver ahora Barclay, les faltaban brazos o piernas, en tanto que otros tenían el rostro imposible de identificar por las quemaduras o las explosiones. Muy pocos eran los que se quejaban de sus heridas, y al teniente no dejó de admirarle aquel hecho, que ya había notado en ocasiones anteriores. A Barclay le dolía bastante su propia herida, pero se sentía con fuerzas suficientes para dirigir la salida de los vehículos. De vez en cuando se limpiaba la sangre del rostro, para poder ver con claridad.

El teniente había perdido ya la noción del tiempo. Repentinamente estalló una granada a una distancia que a él le pareció grande, no obstante lo cual vio a Boland caer sobre la rampa, donde quedó inmóvil, de espaldas. Con ayuda de un soldado, Barclay llevó adentro al marinero. Este se hallaba inconsciente, y Barclay no pudo precisar, de momento, la gravedad de sus heridas. Descubrió luego que la sangre surgía en torno al micrófono que Boland llevaba colgando del cuello. Al levantar la vista, Barclay observó que los camiones habían dejado de salir del montacargas. Oprimió el botón del micrófono de Boland y oyó que el capitán, desde la torre de

mando, le comunicaba que había concluido la descarga de camiones y le pedía que comprobase si podía alzarse la rampa, para zarpar cuanto antes.

—Más allá hay un buque-hospital anclado —oyó Barclay que añadía el capitán—. Desembarcaremos en él las bajas que se han producido.

Barclay ya había informado sobre la rotura de las planchas de la rampa, y dijo ahora:

—Puede que la rampa no llegue a subir del todo, capitán. Voy a comprobarlo en seguida.

Al fin se logró levantar la rampa lo suficiente como para poder cerrar las compuertas de proa, pero éstas, afectadas por algún proyectil, sólo se cerraban parcialmente, dejando ver una hendedura sobre la rampa. Sin embargo, la abertura era pequeña.

Barclay se arrodilló junto a Boland, y al hacerlo creyó que se iba a desmayar. Inclínose hacia el micrófono y oprimió el botón, tratando desesperadamente de mantener las fuerzas hasta que hubiera dado el informe.

—La rampa está alzada, capitán. Las compuertas no se cierran del todo, pero creo que podemos zarpar sin peligro.

Luego, el teniente advirtió que el buque comenzaba a retroceder. Miró el rostro de Boland, y no supo a ciencia cierta si estaba vivo o muerto. Apoyó una oreja sobre el pecho del marinero, y no oyó latido alguno. Se puso en pie mientras la cabeza le daba vueltas, y miró a su alrededor para ver si había algunos camilleros. Entonces notó que Latimer se encontraba a su lado.

—¡Cielos, teniente Barclay! —dijo el ayudante de farmacia—. ¡Cómo tiene de sangre la cabeza! Déjeme echar una mirada.

—Dentro de un momento, Latimer —replicó Barclay—. Es mejor que atienda en seguida a Boland, por si hay alguna esperanza.

Los camilleros llevaban rápidamente los heridos a la cámara, y cuando el último hubo sido transportado, Barclay se dirigió hacia la cubierta superior. Notaba que la sangre le corría en abundancia por el pelo y el rostro, y aunque se limpiaba con frecuencia con el trozo de trapo, todo lo veía nublado. Sin embargo, se dio cuenta de que el bombardeo había cesado. Ahora todo parecía hallarse envuelto en un extraño silencio.

El barco ya volvía su proa hacia el mar, y Barclay se dirigió penosamente hacia popa, procurando mantenerse consciente al menos hasta llegar a la cámara. En ese momento oyó una gran explosión que le pareció haberse producido al lado mismo de él. Barclay sintióse lanzado sobre la cubierta y se golpeó la cabeza contra un objeto duro. No podía ver nada, pero se dijo que se debería a la sangre que le caía sobre los ojos. A ciegas, trató de avanzar por la cubierta, mas se detuvo cuando pensó que podía caer por la borda al mar. Un momento después, Barclay perdió el conocimiento.



## LA SIGNORINA PERDIDA

—El barco se partió en dos —oyó Barclay que decían a su lado, sin dirigirse a él. También le pareció oír el ruido de la lluvia al caer.

—Nos ordenaron dirigirnos hacia el buque-hospital anclado mar afuera —prosiguió diciendo la voz—, para dejar en él los heridos. Nos acercábamos al barco-hospital, estaríamos a unos mil quinientos metros, cuando nos dimos cuenta de lo que pasaba. Vimos descender un aparato, un «Junker 88», que voló a ras del agua, acercándose por la amura de estribor. Entonces soltó el torpedo. Varios marineros en cubierta lo vieron y avisaron, pero el «LST» no viró con la rapidez suficiente. No hay manera de salvarse de un torpedo, maniobrando con un «LST», enfermera. A menos que se destruya antes al avión, o que el torpedo yerre el blanco, no hay salvación posible. Sabíamos lo que iba a ocurrir, y ocurrió, en efecto.

»Nunca he visto un impacto más perfecto. El torpedo fue a dar cerca de la superestructura, en el centro del casco, lo cual fue una verdadera suerte, ya que, de haber dado un poco hacia proa o hacia popa, el buque se hubiera hundido sin remedio. Pero al dar allí dividió al buque limpiamente en dos partes. Y así quedamos, con dos buques donde había habido uno solo. Era la cosa más curiosa que puede contemplarse. Había unos treinta metros de agua entre los dos trozos del barco, y los marineros de una parte miraban llenos de asombro a los de la otra, sin creer lo que veían. Los dos trozos se apartaban lentamente uno de otro, pero no daban la menor señal de que fueran a hundirse, sino que flotaban a la perfección. Enviamos entonces un mensaje por medio del proyector al puerto de Anzio, y nos enviaron dos remolcadores y una torpedera. Los heridos y los muertos fueron trasladados a esta última, que los llevó a continuación al buque-hospital. Luego, los remolcadores lanzaron calabotes a cada una de las dos mitades y nos arrastraron hasta Nápoles, y aquí quedaron las dos partes en el dique seco. ¿Y sabe lo que dicen esos condenados oficiales de reparaciones? Pues que podrán arreglar el barco con facilidad. Al principio pensé que estaban locos, pero creo que lo van a conseguir. Mire, el herido vuelve en sí.

Barclay abrió los ojos en aquel momento. Había esperado a que el capitán Adler, cuya voz reconoció en seguida, terminase su relato. Hubiera lamentado no oír la historia del modo espontáneo con que la estaba contando. Cuando abrió los ojos sintió que le dolía terriblemente la cabeza. Luego vio quién era la persona con la que hablaba el capitán. Estaba vestida de enfermera; era Sarah Clark. Barclay aún seguía oyendo caer la lluvia.

—Hola, enfermera —dijo Barclay—. Me duele mucho la cabeza. ¿No tienes por ahí una aspirina?

La muchacha echóse a reír.

—Acaba de volver en sí y ya está ordenándole a la enfermera la medicina que tiene que darle —dijo la joven, dirigiéndose al capitán Adler—. ¿A qué clase de disciplina somete a sus hombres en el barco, capitán?

Adler también se rió de buena gana, y manifestó:

—Estoy seguro de que el teniente Barclay pertenece al tipo de pacientes más difíciles que puede hallarse en un hospital.

Sarah suministró al teniente la aspirina solicitada, y después de hablar con ellos un poco más, se marchó a cumplir su cometido.

—Esa es una muchacha que vale la pena —dijo entonces el capitán—. Es muy bonita e inteligente. Se nota que tiene clase, y en cuanto a usted, Barclay, no hay duda que tiene buen gusto. Dígame, ¿oyó algo de lo que dije acerca del buque?

—Creo que lo oí todo.

—Sin duda usted venía de la rampa cuando nos atacó el «Junker» —dijo el capitán.

Barclay fue recordando poco a poco lo que había sucedido en la rampa de proa. Se acordó inmediatamente de la muerte del capitán de infantería, y, sin razón aparente, le vino a la memoria la imagen de la gran pistola del 45 del capitán, caída entre los cascotes.

—¿En qué parte del buque quedé yo? —preguntó Barclay.

El capitán volvió a reír.

—En la parte de popa. Se encontraba usted en el sector que hacía de proa de la porción posterior, cuando le encontramos. Como venía de la proa, unos segundos antes se habría hallado precisamente en el lugar del impacto, por donde el barco se partió en dos. Mal sitio, ¿verdad? Creo que esta vez le acompañó la suerte. Ya sé que hizo usted un excelente trabajo en la proa.

Aquellas palabras hicieron que Barclay alzase por primera vez la mano y se tocase suavemente la cabeza. Notó que le habían puesto un voluminoso vendaje.

—¿Qué me han hecho en la cabeza, capitán?

—Sólo le han dado una buena porción de puntadas. Habrán tenido que usar una máquina de coser, pues Latimer dice que en la rampa tenía usted el cuero cabelludo caído casi por completo hacia atrás. Estamos al corriente de la forma en que actuó en la rampa. Ha sido usted propuesto para la Cruz de la Armada, muchacho.

—Bueno; creo que, por lo que hice, no merezco una condecoración tan alta —dijo Barclay.

—De todos modos, siempre se muestran un poco remisos en la concesión de las Cruces de la Armada —dijo el capitán.

—Así tiene que ser.

—O le dan ésa, o le dan la Estrella de Plata —manifestó, sonriendo, Adler—. Estoy de acuerdo en que usted no lo merece, pero quiero que se la concedan por el prestigio que obtendré al ser yo su capitán.

—En tal caso, deseo ardientemente que me otorguen una de las dos condecoraciones.

—Lo harán, muchacho.

Luego, Barclay pensó en Carlyle. Sabía que éste siempre le acompañaba en la rampa, cuando se descargaban los vehículos y tropas, y recordó al marinero que había visto muerto, con el micrófono en el pecho.

—Carlyle ha muerto, capitán —dijo Barclay.

—¿Carlyle? No, no ha muerto. Ah, comprendo lo que le ocurre, Barclay. El que dejó de existir fue Boland, que ocupaba el lugar de Carlyle. El torpedo mató también a cuatro en la sala de máquinas —manifestó Adler, y dio los nombres de las víctimas.

Barclay se alegró por Carlyle, y lamentó la muerte de Boland y de los otros.

—Entonces, ¿qué fue de Carlyle? Ah, se quedó en Nápoles, ¿no es cierto?

—Así es. Bajo arresto militar. Eso fue una enorme suerte para él. Está vivo posiblemente gracias a ese arresto.

—¿Qué ha sido del muchacho, capitán?

—Ya he ido a verlo. Parece ser que le han detenido por traficar en el mercado negro.

—¿El mercado negro? —preguntó Barclay, con tono de incredulidad—. Eso es imposible.

—Lo sé. Tampoco yo quería creerlo. En realidad, sigo aún sin creerlo. Tiene que tratarse de un desdichado error de los que sólo se producen en la Armada. Aseguran que Carlyle estaba entregando suministros al mercado negro. Los obtenía en un almacén del ejército, y su cómplice era... ¿Recuerda usted la muchacha que tuvo un niño a bordo?

—Sí. ¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Ahí está lo inconcebible. Aseguran que Carlyle traficaba en el mercado negro empleando a esa chica como intermediaria. Tengo la impresión de que la Policía Naval, la División de Investigación Criminal y demás agentes deben estar como cencerros para hacer una acusación semejante. Estoy seguro de que Carlyle ni siquiera sabe que existe un mercado negro.

—¿Y Carlyle, qué dice de las acusaciones? —preguntó Barclay.

—He hablado con él un par de veces, y al principio no quiso referirse al asunto. Creo que estaba un poco entristecido al saber lo ocurrido al buque y a algunos de sus

compañeros, mientras él se hallaba encerrado en la cárcel. Por fin, después de mucho insistir, consintió en hablar de la cuestión. Lo más increíble es que admite los cargos. Bueno, no me refiero al tráfico en el mercado negro, sino a la sustracción de raciones, jabón y otras cosas similares, además de un par de sacos de harina que obtuvo en un almacén del ejército, todo lo cual entregó a la chica. No creo, de todos modos, que si realmente lo hizo, haya sido en cantidad tan grande como para justificar una acusación tan seria.

—Pero lo del mercado negro es más grave. ¿Qué se sabe acerca de eso, capitán?

—Según afirman, la muchacha vendía algunas de las cosas que Carlyle le llevaba. Yo creo que no deja de ser lógico hasta cierto punto. Pero parece que las autoridades militares están decididas a evitar que caiga incluso una barra de jabón en manos extrañas. Hice una visita al oficial abogado de la base, y se puso frenético cuando le dije que por qué armaban tanto alboroto, si se trataba sólo de unas pocas barras de jabón, de unos cartones de cigarrillos y de unas latas de raciones. Manifesté que era ridículo detener a un hombre por un asunto como ése, que se produce con tanta frecuencia. Se puso hecho una fiera, y me dijo que aquello tenía enorme importancia cuando un millón de personas lo hacían. No creí yo que tuviéramos tantos soldados en Italia, ¿verdad? Me explicó lo que ocurriría si un millón de soldados sustraía una sola lata de raciones C por día. Así es como piensa, y quiere hacer un escarmiento con Carlyle. Dice que le van a llevar ante una corte marcial.

—¿Es posible? ¡Santo cielo! —exclamó Barclay.

—El oficial abogado se expresó con toda franqueza. No tiene pelos en la lengua. Asegura que si hay algo que odia la Armada es que sus hombres sustraigan suministros. Se le puede condenar por cualquier robo, de un centavo para arriba.

—¡Qué atrocidad! Tendremos que buscar una buena defensa para el muchacho.

—Desde luego. He distraído algunos de los momentos que tenía pensado permanecer en el dique seco, observando las reparaciones del «LST», y he ido a investigar cómo andan de abogados por la base. Tienen dos o tres, en diversos departamentos, que poseen una magnífica hoja de servicios de antes de la guerra. Estoy seguro de que cualquiera de ellos se mostrará encantado, volviendo a hacer de abogado, para variar. No hay problema en ese aspecto. Sólo me preocupa Carlyle.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que por algún motivo que ignoro, el muchacho no parece querer ver a ningún abogado, y el tribunal va a reunirse dentro de diez días.

El capitán hizo una pausa, y luego añadió:

—En realidad, Carlyle me dijo que le gustaría hablar primero con usted. Le informé que le habían herido en Anzio, y que no sabía cuándo se hallaría repuesto.

—Me siento bastante bien. Sólo siento molestias en la cabeza. Me gustaría ir a ver a Carlyle, en cuanto pueda. ¿Que dijo el médico acerca de la fecha en que me van a dar de alta?

—Bueno, usted ya conoce a los médicos, que siempre les gusta tener a la gente en cama la mayor cantidad de tiempo posible. También hablé con él, y me dijo que dentro de dos semanas podrá salir de aquí. Antes aseguró que no había nada que hacer. Claro que yo pienso que podremos rebajar un poco el plazo.

—Es indispensable. Me pregunto para qué querrá verme Carlyle. No hay duda que debemos convencerle de que se le va a proporcionar el mejor abogado. ¿Cuál de los que halló es el mejor?

—Creo que uno llamado Lyman es el que nos conviene. Llevaba ocho años ejerciendo como abogado cuando la Marina le llamó a filas. Durante ese tiempo trabajó para una firma de Nueva York que conozco muy bien. Me parece uno de los mejores.

—Perfectamente; iré a hablar con Carlyle y haremos que Lyman se encargue del asunto.

—Todo eso está muy bien; pero ¿cómo demonios piensa salir de aquí?

—Ya me las arreglaré de algún modo. Vamos a ver lo que se puede hacer con esa enfermera.

—No le va a resultar cosa fácil; en fin, allá usted. Ahora voy a ver cómo va el barco. Me gustaría que viese usted la forma en que lo están arreglando. Si me preguntasen a mí, yo diría que se encuentra listo para hacer un nuevo viaje a la cabeza de puente. Están trabajando a marchas forzadas las veinticuatro horas del día, tanto los de la Armada como los civiles italianos, y le aseguro que resulta notable ver cómo lo hacen, colocando esas planchas de acero, como si le estuvieran fabricando una nueva barriga...

El capitán lanzó un suspiro y, después de un momento, agregó:

—Dentro de poco lo tendremos fuera del dique seco, flotando como en los viejos tiempos..., o para irse al fondo. Será interesante ver cuál de las dos cosas sucede, ¿no le parece, Barclay?

—Ya lo creo que me gustaría verlo, capitán. ¿Cuándo creen que terminarán?

—El oficial de reparaciones considera que podrán tenerlo a flote, igual que antes (son sus palabras, no las mías), dentro de un par de semanas.

—Eso significa que cualquiera que sea el resultado del juicio de Carlyle, estaremos aquí para cuando se lleve a cabo.

—Así es —confirmó Adler.

El capitán se puso en pie y añadió:

—Me acercaré por aquí mañana, Barclay. Y no dé a esa enfermera demasiados quebraderos de cabeza.

—A propósito, ¿dónde se encuentra Carlyle?

—Le tienen en una de las habitaciones del cuartel de la base. No está del todo mal, pues tiene vista al mar.

A continuación, el capitán recogió su impermeable y se marchó. Barclay aún seguía oyendo caer la lluvia.

Poco después de haberse marchado Adler, Sarah se acercó al lecho de Barclay y habló con él unos minutos. En un determinado momento, dijo:

—Me alegro que hayas salido bien de esto, Matthew. Parece que te acompaña la suerte, ¿no es así?

—En efecto. Oye, ¿qué me pasa en la cabeza?

—Nada de importancia. Pero cuando viniste tenías muy mal aspecto, y no puedo negarte que me asusté. Pero te repondrás perfectamente. Te quedará una cicatriz, pero será de esas que hacen más atractivo a un hombre, como las de los duelos, por ejemplo.

—Es una suerte, en medio de todo.

—Y dentro de dos semanas ya podrás levantarte. Así lo asegura el doctor Jarvis.

—¿Es ése el médico que se encarga de decidir estos asuntos?

—Así es —replicó, sonriendo, la enfermera—. El doctor Jarvis es quien lo dispone todo por aquí.

—Háblame de ese doctor Jarvis. ¿Es un hombre razonable, al que se le puede hablar con franqueza?

—Sí, hasta cierto punto. ¿Qué estás pensando hacer?

—¿Recuerdas la noche que te recogí en el «jeep», en que iba un marinero conmigo, llamado Carlyle?

—¿Uno alto y pelirrojo? Sí, me acuerdo muy bien. Parecía un muchacho simpático e inteligente.

—Le has juzgado bien. Lo malo es que ahora le tienen detenido en el cuartel de la base.

Barclay relató a Sarah lo que sabía del asunto, comenzando por el nacimiento de la criatura en el barco, las relaciones del marinero con la madre, y explicando a continuación que le habían sorprendido, según parecía, llevándose suministros de la Armada y el Ejército, lo que había determinado su arresto. La muchacha le escuchó con toda atención.

—Dios santo —dijo la enfermera, llena de asombro—. ¿De modo que en vuestro barco había nacido un niño?

—En efecto. Y ocurre que Carlyle integra mi guardia en el buque. Ahora parece que rechaza un defensor, cuando necesita uno que sea verdaderamente capaz. El capitán ya ha hallado uno muy bueno. Por otra parte, Carlyle quiere verme para hablar conmigo, y no ha dicho de qué se trata. El juicio dará comienzo dentro de diez días, de modo que es de la mayor importancia que el abogado se ponga en contacto con Carlyle, para iniciar la preparación de la defensa. Tengo que salir de aquí hoy mismo.

—¿Hoy mismo? No puede ser. Se lo diré al doctor Jarvis, y nunca consentirá que te marches hoy. Ni aunque estuvieran a punto de juzgar a tu madre.

—Bien, al menos que sea mañana. Escucha, quiero que me ayudes —dijo Barclay vivamente—. Tienes que interceder ante Jarvis para que me deje salir. ¿No

comprendes la importancia que puede tener esto para Carlyle?

—Lo comprendo, pero no creo que puedas levantarte hasta dentro de una semana, por lo menos.

—Eso ya no serviría de nada. Tiene que ser hoy o mañana, a lo más tardar. Te pido de nuevo que intercedas ante Jarvis. ¿Puedes ayudarme?

—Haré lo que tú quieras, Matthew —replicó la muchacha, pausadamente.

—Magnífico. No esperaba menos de ti. ¿Qué es lo que piensas hacer?

—Déjame que lo piense. Cuando lo juzgue oportuno hablaré con el médico —afirmó Sarah.

—De acuerdo, pero procura que sea cuanto antes. Hay que convencerle.

La muchacha sonrió mientras movía significativamente la cabeza. Luego manifestó:

—A propósito, ¿sabes qué grado tiene el doctor Jarvis?

—No. ¿Qué tiene eso que ver?

—Es coronel, ¿lo entiendes?

—Bien, al menos tiene autoridad suficiente para mandarme marchar.

La muchacha se alejó riendo, y más tarde se presentó el médico. El coronel Jarvis, del Cuerpo Médico del Ejército de los Estados Unidos, era el personaje más gordo que había visto Barclay, al menos con uniforme militar. Medía poco más del metro y medio de altura, y sin duda tenía mayor contorno en la cintura que en los hombros. Poseía un tupido pelo moreno, peinado con raya en el medio, y sus cejas eran como diminutos bosques situados sobre unos ojos de color castaño claro que miraban severamente. Sus manos parecían tan gruesas como unos guantes de boxeo, y Barclay no podía imaginarlas empuñando un bisturí. No obstante, la enfermera había dicho a Barclay que él era uno de los cinco o seis mejores cirujanos de los Estados Unidos. Parecía actuar como si tuviera muy poco en cuenta el aspecto militar de su cargo.

—Joven —dijo el médico, cuando se acercó al lecho de Barclay—, la enfermera Clark me dice que quiere usted salir de aquí en seguida. Normalmente no me habría molestado siquiera en considerar una petición tan ridícula, pero Clark es una enfermera muy competente, y he querido al menos ocuparme del asunto. Debo decirle que es casi imposible que pueda usted levantarse antes de dos semanas. En primer lugar, si se levantara, lo más probable es que perdiese en seguida el conocimiento, lo cual nos proporcionaría más trabajo, y no estamos para eso. En segundo lugar, aunque no se desmayase aquí mismo, eso le ocurriría cuando estuviera fuera del hospital. Además, hay peligro de infección, y, tratándose de la cabeza, eso es bastante serio.

El coronel Jarvis no sonreía lo más mínimo, y, sin embargo, se apreciaba en él un fondo de evidente humor.

—Ha perdido usted mucha sangre —prosiguió diciendo—, si es que aún no lo sabe, lo cual es algo que no se puede pasar por alto. Me gustaría poder hacerle algunas consideraciones más, pero tengo en el hospital a muchos miles de pacientes

bajo mi cuidado. Lo siento, porque Clark me parece una excelente persona, teniendo en cuenta que es una mujer.

—Desde luego que lo es, doctor —replicó Barclay, sin disimular su irritación—. ¿Le ha explicado ella por qué necesito salir?

—Sí, sí, me lo dijo —contestó el coronel, como si estuviera perdiendo demasiado tiempo—. Se trata de uno de sus marineros, que se ha metido en un lío y necesita hablar con usted. Lógicamente, eso no supone ninguna diferencia. Bueno, tengo que seguir con mi trabajo. No puedo quedarme aquí todo el día, hablando con la Marina. Lo he hecho por cortesía hacia la enfermera Clark.

—Coronel, este asunto es de la mayor importancia. El «lío» al que se refiere usted supone una corte marcial. ¿Qué le parece si lo intento? Si me desmayo, siempre cabe el recurso de que vuelvan a meterme en la cama.

—Una observación poco afortunada, muchacho —replicó el coronel—. No puede correr ese riesgo ni hoy ni mañana. En todo caso, podría intentarlo pasado mañana, pero con una condición.

—Muchas gracias, coronel. ¿Cuál es la condición?

—La enfermera Clark ha estado trabajando sin cesar en estos últimos tiempos, y pronto va a tener tres días de licencia. Le sugerí que se trasladase al campamento de descanso de Capri, pero la muy testaruda insiste en que va a pasarlos cuidando de usted. De todos modos, yo no puedo impedir que mis subordinados hagan las tonterías que quieran en su vida privada. Con ello quiero decir que podría usted salir pasado mañana, si está lo bastante bien, bajo el cuidado de Clark, pero siempre que regrese antes de las seis de la tarde. Si ella descubre alguna señal de que usted se encuentra mal, le traerá en seguida. ¿Le parece bien?

—Magníficamente, coronel —replicó Barclay—. Le quedo muy agradecido, señor.

—Espero que sobreviva usted, para poder contarle —dijo el coronel—. No puedo hacer nada más, y ya he estado demasiado con usted. Mi tiempo es más valioso que el del general Mark Clark. Se lo dije a él mismo una vez que vino de inspección, y se mostró de acuerdo conmigo.

—Estoy seguro de que así fue, coronel —manifestó Barclay, quien no concebía que ni un general de tres estrellas, siquiera, pudiera mostrarse en desacuerdo con el coronel Jarvis, al menos dentro de la circunscripción de éste.

—Procure seguir vivo —dijo el coronel—. Eso favorecerá las estadísticas de nuestro hospital.

El coronel se marchó hacia el pasillo, bamboleando su voluminosa humanidad. Barclay se dijo que, después de todo, tal vez fuera un magnífico cirujano.

Barclay salió dos días después. Shanley llegó a recogerlo, y la enfermera subió en el asiento posterior. El hallarse sentado en el «jeep» con la inscripción «Cuerpo de

Desmontaje de Bombas» hacía sentir a Barclay como si se hallase en un lugar familiar. Shanley no disimulaba su satisfacción al poder sacar a Barclay del hospital, pero mostrábase también preocupado por Carlyle, del que habló mientras bajaban por la colina, hacia Nápoles.

—Estuve viendo a Carlyle, Matthew, después de recibir tu nota —afirmó Shanley—. En realidad, no me dijo nada de particular. Se mostró muy cortés, eso sí. Tanto, que me dejó sin saber qué decir. Matthew, quiero decirte una cosa. Cuando comencé a salir con la muchacha, no tenía la menor idea de que ella y Carlyle se conocían. ¿Me crees?

—No tienes ningún motivo para mentirme, Shanley. Creo en lo que dices.

—Bien, eso me alegra. Y ahora déjame que te cuente algo más.

Shanley contó cómo había conocido a Coco, y que la llevó unas pocas veces al club de oficiales, hasta que la última vez ella le dijo que no podría volver a verle porque se había enamorado de un muchacho americano, cuya identidad no descubrió, el cual le iba a pedir que se casara con él. Luego cuando bajaba las escaleras de la casa de la muchacha, Shanley se encontró con Carlyle.

—Esa fue la primera vez que supe que Carlyle y Coco se conocían —aseguró el teniente.

—Bueno, eso lo explica todo —replicó Barclay—. Al menos eso es lo que yo pienso.

Entonces se le ocurrió a Barclay que, si cuando vio a Shanley y a Coco juntos en el club de oficiales, se lo hubiera dicho a Carlyle, éste, seguramente, no estaría ahora sometido a juicio, pues habría dejado de ver a la muchacha, con toda seguridad. Claro que eso eran meras suposiciones.

En ese momento ascendían por otra colina. Pasaron junto a varios camiones militares que llevaban soldados en uniforme de campaña, con sus rifles y los cascos cubiertos de tela parda. Poco después se detenían ante los cuarteles de la base.

—Hemos llegado, teniente —dijo Shanley.

La enfermera y Shanley se quedaron en el pasillo, mientras Barclay era conducido adonde se hallaba Carlyle. La celda de éste no era más que una estancia de las que servían para alojar a los soldados, con la particularidad de que ante la puerta se hallaban dos policías navales, y que en el interior habían colocado una reja en la ventana. No era una habitación desagradable, según pudo comprobar Barclay. El edificio había sido un hotel, en tiempos de paz, y se hallaba en una ladera, de cara al mar. Barclay se dirigió hacia donde estaba Carlyle, mirando por la ventana, a través de los barrotes, en dirección al mar, que se estrellaba contra las rocas, muy abajo. Barclay se preguntó para qué habrían colocado las rejas, ya que había un precipicio de treinta metros de altura por debajo de la ventana.

Más que nada, Barclay halló a Carlyle perplejo. El marinero estaba completamente tranquilo, y de vez en cuando miraba a su alrededor, como si no comprendiera lo que podía estar haciendo allí. Se levantaba a veces de su silla y paseaba un poco por la estancia, como si el haber pasado su vida en las grandes extensiones de la granja familiar le hiciera ahora sentirse incómodo en su encierro. Pero hablaba con absoluta calma. Preguntó primero a Barclay por su herida, y éste le contestó que el que le hubieran dejado salir era una prueba de que los médicos le encontraban bien. Luego quiso enterarse de lo que le había ocurrido al barco, y los que habían muerto en el bombardeo. Sin duda, había escuchado ya todos aquellos detalles del capitán, el cual era el único del buque al que consintieron que viera, pero Carlyle quiso oírlo de labios del teniente. Este le contó todo minuciosamente, y Carlyle escuchó lleno de interés. Cuando Barclay hubo terminado, el marinero dijo, admirado:

—El capitán asegura que van a volver a unir las dos partes del transporte. ¿Cree que podrán hacerlo? ¿Cuánto tardarán, en tal caso?

—Sólo un par de semanas, según afirman. Espero que lo conseguirán.

—¡Dos semanas!

Barclay se dio cuenta de lo que Carlyle estaba pensando. El muchacho, seguramente, se preguntaba si estaría a bordo del transporte cuando éste zarpase. Luego, Carlyle abordó el tema al que estaba deseando llegar ya Barclay, pues se sentía un poco débil. El joven trajo el asunto a colación como si hubiera leído los pensamientos del teniente.

—Teniente Barclay, será mejor que le diga lo que he pensado. Sé que con su herida no puedo entretenerle. Quiero que se encargue usted de defenderme. ¿Lo hará?

La proposición cogió a Barclay completamente desprevenido. El teniente miró a Carlyle lleno de asombro, y luego dijo:

—¿Defenderle yo? Escuche, Carlyle, tenemos unos cuantos abogados excelentes en esta base. El capitán se ha enterado de ello. Yo sólo estuve un año en la Escuela de Derecho y...

Barclay pasó cerca de quince minutos tratando de convencer a Carlyle. Le dijo que el capitán había visto la hoja de servicios del abogado, que éste pertenecía a una de las firmas más acreditadas de Nueva York y que contaba con ocho años de ejercicio en la carrera con anterioridad a la guerra. Aseguró que Carlyle estaría en mucho mejores manos si le defendía ese abogado, y le pidió que le dejara hacerse cargo del caso cuanto antes. Carlyle escuchó pacientemente, y, cuando Barclay hubo terminado, manifestó:

—Teniente Barclay, le agradezco todos esos argumentos, y comprendo lo que afirma el capitán y lo que indica la lógica, pero sé que eso no valdría de nada. Algo en mi interior me dice que todo saldrá mejor si me defiende usted.

—Se lo repito, Carlyle, sólo tengo un curso de Derecho, lo que prácticamente no significa nada. El otro tiene un título de abogado y ocho años de práctica.

—Lo sé. Ya lo he pensado una y otra vez, y le aseguro que decidiría lo mismo aunque usted no hubiera pisado jamás una escuela de Derecho. Estoy seguro de que usted lo hará mejor. No se trata de una simple corazonada. En esto tiene mucho que ver el que usted conoce todos los antecedentes desde el principio; estaba en el buque cuando conocí a Coco; ambos la vimos dar a luz a su hijo...

Por vez primera, Barclay creyó comprender que tal vez Carlyle no estuviera del todo errado, al fin y al cabo, y que, por haber estado tanto tiempo estudiando el asunto, había llegado a la conclusión de que lo que hacía falta principalmente era alguien que hubiera sido testigo de cómo habían sucedido las cosas.

—Le pido de nuevo que me defienda, teniente Barclay, a menos que no esté en condiciones de hacerlo —dijo Carlyle, y miró el vendaje que cubría la cabeza del teniente—, o bien que por cualquier razón, que no voy a preguntarle, usted no quisiera hacerse cargo de mi defensa. Eso es todo lo que deseaba decirle.

El marinero permaneció callado un momento, lo mismo que Barclay. La habitación se hallaba en silencio, con excepción del sordo rumor de las olas, que llegaba desde abajo. Barclay se dirigió hacia la ventana y durante unos instantes miró hacia el mar, donde algunos buques pintados de gris se hallaban anclados en el puerto. Luego se volvió y habló lentamente.

—No tengo ninguna razón para negarme. Además, he cambiado de parecer, y creo que será mejor que le defienda. Sí, lo haré —dijo Barclay, y se rió por lo bajo—. Esto me servirá para ir practicando en mis estudios. Perfectamente, pongámonos manos a la obra. Quiero que me cuente todo lo que pasó desde que vio a Coco por vez primera en el buque. Necesito saberlo todo.

Antes de marcharse Barclay, Carlyle dijo:

—¿Puede hacerme un favor, señor? Desearía que fuera a ver a Coco.

Barclay miró fijamente a los ojos del marinero, pero su mirada nada le aclaró.

—Está bien, lo haré —contestó el teniente.

Al abandonar el cuartel de la base, Barclay, con la enfermera y con Shanley, se dirigió hacia Pozzuoli, a la vía Giuseppe Mazzini, 36. Subió Shanley y llamó a la puerta del piso de Coco, pero no obtuvo respuesta alguna. A la entrada, en la calle, había una anciana sentada en una silla, y Barclay se acercó a hablarle.

—Por favor, *signora*, deseamos ver a la *signora* Coco Comparo —le dijo en italiano—. ¿No sabe cuándo regresará?

—*Sigarette?* —inquirió la vieja.

Barclay le entregó el paquete mediado que llevaba encima. La mujer encendió un cigarrillo e introdujo el paquete en uno de los bolsillos de su raído delantal.

—No me parece que la *signora* vaya a regresar —dijo la anciana, después de lanzar una densa bocanada de humo.

—No la entiendo, *signora*.

—Es muy fácil. La muchacha se ha cambiado de casa; se ha ido.

Barclay no pudo reprimir un gesto de sorpresa, y notó que, de pronto, le dolía intensamente la cabeza.

—¿Sabe usted a dónde se ha marchado? —preguntó.

—¿Caramelos?

—¡Cielos, ahora quiere caramelos! —dijo esta vez Shanley—. Espere un momento.

El teniente volvió al «jeep» y miró en la guantera, donde encontró un paquete de pastillas de menta. Estaba un poco estropeado, pero se lo entregó a la anciana, quien lo abrió, se colocó una pastilla entre las desdentadas encías y asumió una actitud de beatífica satisfacción.

—Me gustan mucho las pastillas de menta —dijo la mujeruca—. Es lo mejor que nos han traído los americanos.

No es que la anciana fuera antiamericana. Para ella era el elogio más grande que podía hacer.

—*Signora* —dijo Barclay—, debe usted perdonarnos, pero tenemos mucha prisa. Necesitamos encontrar a la *signora* Comparo por un asunto de gran importancia. ¿Tiene usted alguna idea del lugar donde puede hallarse?

—No; sólo sé que se marchó llevándose al niño.

—Bueno, las pastillas no han valido de mucho —dijo Shanley en inglés.

—Gracias, *signora* —dijo Barclay, y, junto con Shanley, subieron de nuevo al «jeep» y se alejaron.

—Por hoy creo que ya es suficiente —afirmó Barclay—. ¿Quieres llevarnos a la fábrica de salchichas, Shanley?

—Qué forma más irrespetuosa de referirse a su hogar temporal —comentó la enfermera.

Shanley les llevó colina arriba, hacia el hospital. Por el camino, Barclay contó a la enfermera y a Shanley la petición que le había hecho Carlyle para que le defendiese en el juicio. Les dijo que trató de convencerle acerca de la conveniencia de utilizar los servicios de un abogado profesional, pero que ante la insistencia del marinero, y comprendiendo que podía tener cierta razón, terminó por acceder.

Para entonces habían llegado ya al hospital. Barclay quedó de acuerdo con Shanley para que éste fuera a buscarle a la mañana siguiente, con el fin de entrevistarse de nuevo con Carlyle. Una vez en el interior del hospital, Barclay fue directamente a acostarse, ya que se sentía bastante mareado, según había previsto el coronel Jarvis. Poco después dormía profundamente.

Barclay durmió catorce horas seguidas. Cuando se despertó, desayunó con apetito, y al llegar Shanley marchó con la enfermera a ver a Carlyle. Este le suministró varios datos que recordaba, intercambiaron algunas impresiones y luego regresaron al hospital. De nuevo durmió Barclay largamente, y cuando hubo despertado, se sintió mejor que nunca desde su llegada al hospital. Sarah le quitó el vendaje, uno de los médicos echó una mirada, y tras afirmar que se estaba

cicatrizando muy bien la herida, la enfermera colocó un nuevo vendaje, menos voluminoso esta vez.

El teniente hizo luego la acostumbrada visita a Carlyle, regresaron pronto al hospital, y ese día y el siguiente, Barclay permaneció en la cama, escribiendo notas sobre el caso y estudiando algunos antecedentes en las reglamentaciones navales que le había llevado el capitán Adler.

Aplicóse Barclay con ahínco a estudiar la forma en que podía enfocar la defensa. Examinó los artículos concernientes al caso, y el frío lenguaje legal le hizo estremecer involuntariamente: «Los artículos para el Gobierno de la Armada no establecen ninguna sentencia específica. Los estatutos de los Estados Unidos, en cambio, determinan que cualquier persona convicta de determinados delitos quedará incapacitada a perpetuidad para ocupar cualquier cargo en organismos oficiales. La sentencia del tribunal, en tales casos, determinará la destitución o el despido del acusado...». Leyó también: «Cuando el tribunal considere que un delito es lo suficientemente grave como para merecer la pena de encarcelamiento, ésta deberá comprender asimismo, a no ser que medien circunstancias muy especiales, la destitución o el despido deshonoroso o por mala conducta, siendo el individuo que ha cometido semejante delito una persona inadecuada para permanecer en el servicio. Por otra parte, tal sentencia coloca al acusado que se halle en prisión en una situación totalmente diferente a la de los demás prisioneros».

No parecían haber olvidado nada, y Barclay continuó leyendo:

«Un consejo de guerra puede condenar a un soldado a la expulsión deshonorosa, solamente sin señalar período alguno de reclusión u “otros castigos accesorios”. Pero tal sentencia no se considera ordinariamente aconsejable». Barclay leyó con creciente desánimo la sección 622, para comprobar cuáles podían ser los aludidos «accesorios», y leyó: «Las palabras “otros castigos accesorios” de la referida sentencia, cuando se empleen en la sentencia de un consejo de guerra general, en el caso de un soldado, deberán considerarse que comprenden lo siguiente: a) La persona así sentenciada deberá realizar trabajos forzados mientras cumple su condena, y b) perderá el derecho a cobrar cualquier cantidad que deba serle abonada mientras permanezca recluido». Luego leyó lo último y lo peor: «El estigma de una expulsión deshonorosa es en sí mismo un castigo severo».

Barclay imaginó a Carlyle objeto de todo aquello, y pensó que el muchacho, como él mismo y como la mayoría de las personas, preterirían antes la muerte. Por fortuna, el libro no hablaba de que se concediera tal oportunidad de elección.

Cerró Barclay los ojos para descansar un momento, y decidió que le convenía estudiar el caso desapasionada y fríamente, para obtener resultados positivos. Leyó entonces la sección titulada «Escala de delitos y de castigos», donde se establecían las posibles sentencias por robo: «Más de cien dólares: reclusión durante cuatro años y expulsión deshonorosa. Entre cincuenta y cien dólares: reclusión durante dieciocho

meses y expulsión deshonrosa. Menos de cincuenta dólares, reclusión durante un año y expulsión deshonrosa».

Aparecía perfectamente claro que la Armada consideraba cualquier clase de robo con extremada severidad. No necesitó consultar el libro para saber que una sentencia de un año impediría al condenado ejercer casi todos los derechos de ciudadanía, especialmente los que le conferían dignidad, como el derecho del voto, el de ejercer cargos públicos y otros muchos, con excepción del derecho de existir. El teniente pensó, mientras permanecía reclinado en su lecho, que bien podían grabar al acusado las letras infamantes en la frente. Con excepción de la cobardía en la batalla o la deserción, para la Marina no había hecho más despreciable y vergonzoso que el robo de suministros, si el que lo cometía vestía uniforme. Se daban cuenta de que la vida en un barco, dadas las circunstancias especiales, se basa en la confianza que se deposita en los que en él conviven, y no puede subsistir cuando existe un ladrón a bordo. Pero Carlyle había actuado bajo el impulso de circunstancias muy diferentes. El libro, sin embargo, no parecía ofrecer nada como elemento de defensa en semejante situación, y Barclay sintió que su pesimismo se incrementaba.

Barclay acababa de mirar hacia el techo, para descansar la vista y atenuar el fuerte dolor de cabeza que le producía la lectura, y luego echó una mirada hacia un lado, observando que dos camilleros llevaban a alguien que tenía el cuello escayolado, de modo que sólo podía mirar al frente. Pasaron ante él los camilleros en ese momento, y Barclay descubrió que el pelo del herido era largo y rizado, y con un estremecimiento se dio cuenta de que se trataba de una mujer, indudablemente una enfermera que procedía del frente de Anzio o de Cassino. A pesar de la brevedad de su paso ante él, Barclay se dio cuenta de que la muchacha era muy bonita. Luego el teniente se incorporó levemente y volvió a su trabajo.

Repasó los extensos artículos, hasta que su mirada fue atraída por una frase que le impresionó notablemente. Era en realidad parte de una frase, y se la repitió una y otra vez: «... si lo utiliza para su propio uso o beneficio, o perjudicialmente...».

Barclay cerró el libro y permaneció inmóvil un momento. Echó luego una mirada a su alrededor y sintióse por vez primera con ánimo desde hacía varios días. Era como si se hubiera hecho una luz ante él, en la oscuridad, y comprendió que al menos ahora había alguna defensa. No era mucho, pero algo era. Prosiguió tomando notas y subrayando párrafos en el libro, y pasado un tiempo, lo dejó todo a un lado y se tendió a dormir.

Echó un profundo sueño, y cuando se despertó, siendo ya el séptimo día, Barclay no sintió mareo alguno, y se dijo que ya había mejorado bastante de su herida. El médico que le atendía se mostró igualmente optimista, y cuando se acercó el doctor Jarvis, tuvo que admitir que la recuperación era notable. Le advirtió de la posible persistencia de algunos mareos, y le dijo que hasta podía dormir fuera aquella noche,

si lo deseaba. El coronel manifestó igualmente que tenía la seguridad de que Barclay sabría desenvolverse sin el auxilio de la enfermera, lo cual sería muy conveniente, ya que la necesitaba para que le ayudase en algunas operaciones, si a Barclay no le importaba. El teniente dio su consentimiento.

Shanley recogió a Barclay algo más tarde, y, como de costumbre, le llevó a ver a Carlyle. El teniente dedicó la entrevista con el detenido a establecer los pormenores de la defensa con todo detalle, sobre lo cual ya había trazado un pequeño bosquejo. Luego, Shanley volvió a buscarle y le llevó a una habitación que había quedado desocupada en la «villa» donde él vivía, y donde Barclay podría dormir aquella noche. Shanley partió hacia la base, donde tenía que solucionar algunos asuntos.

Tendióse Barclay en el lecho, y por un momento trató de ordenar sus pensamientos. Ante todo, pensó, tenía que hallar a Coco. Las palabras volvieron a su mente, si bien podía decirse que ahora aquella frase no le abandonaba por completo: «... si lo utiliza para su propio uso o beneficio, o perjudicialmente...». Se daba cuenta Barclay de que las posibilidades de Carlyle descansaban en gran medida en lo que la muchacha pudiera declarar. Barclay había dicho a Carlyle que lo mejor que podía hacer era declararse culpable de haberse apoderado sin autorización de material de la Marina y del ejército, confiando en las atenuantes, que se basaban en el hecho de haber proporcionado tales suministros a una joven madre en estado de gran penuria, a fin de salvarla a ella y a su hijito, el cual había nacido en el buque donde Carlyle prestaba servicio.

Con la sustracción de suministros que realizaban soldados y marineros por motivos mucho menos altruistas que los de Carlyle, Barclay consideró que el muchacho tenía alguna posibilidad. En todo caso, ésa era la única defensa que tenía a su alcance, y el teniente decidió apoyarse en ella con todas sus energías. Mala suerte sería que no pudiera hallarse a Coco. Si la joven no se encontraba allí para declarar en favor de Carlyle, en tal caso quedaban pocas esperanzas. Faltaban dos días para que se iniciase el juicio, por lo que el tiempo apremiaba. ¿Dónde podía hallarse Coco? Era evidente que a la primera señal de complicaciones, la muchacha había optado por marcharse. De todos modos, Barclay se dijo que tenía que mentir a Carlyle al respecto, pues el marinero no podría comprender que ella hubiera desaparecido sin dejar rastro. Cuando Carlyle le preguntó por la joven, después de la primera visita, Barclay se disculpó con su herida.

—No me sentía bien como para decidirme a ir hasta allí —aseguró—. Lo haré cualquier día de éstos. Estoy seguro de que se encontrará perfectamente; no se preocupe por ella.

Barclay echó una mirada a su reloj, vio que era la una y media y decidió levantarse e ir a dar un paseo, ya que ahora la cama parecía marearle más que el estar un poco de pie.

El vendaje de la cabeza había ido reduciéndose un poco más cada día, hasta dejarle sólo unas pocas tiras de gasa, que le permitían incluso colocarse la gorra

encima. En consecuencia, salió de la «villa» y comenzó a pasear en dirección a la ciudad, que no quedaba muy lejos.

Al llegar a vía Roma, casi no pudo dar crédito a lo que estaba viendo. La última vez que estuvo en aquella calle, que fue cuando paseaba en compañía de Sarah, ambos notaron que se hallaba atestada de tropas, más de lo que vieran allí anteriormente, lo cual había sido un indicio de que la ofensiva estaba próxima. Pero ahora el número de soldados era mucho mayor, aunque pareciera imposible, al punto de que la calle era una riada humana, y no había un pequeño hueco libre tanto en la acera como en la calzada. Los soldados y marineros avanzaban lentamente y prestaban poca o ninguna atención a las bocinas de los «jeeps» y camiones que trataban de abrirse paso entre ellos.

Barclay, al ver aquello, pensó que no le sorprendería si un día comprobaba que habían desaparecido todos, por haberles enviado al Norte, a los frentes de Cassino y de Anzio, a fin de iniciar la ofensiva hacia Roma. Recordó Barclay que Sarah podría marcharse también en cualquier momento, lo cual era un tema del que ambos, tácitamente de acuerdo, preferían no hablar. Era casi seguro que el buque no estaría dispuesto para el momento en que comenzase la ofensiva. De pronto se le ocurrió algo singular. Si no podían tener el barco a tiempo para la ofensiva, ¿por qué razón aquella enorme prisa en terminar la reparación? Resultaría absurdo, a menos que se pensara que el buque tomase parte en el transporte de las tropas. Se dijo entonces que la terminación de las obras en el buque marcaría, aproximadamente, la iniciación del gran avance en el frente. Eso era indudable, pensó Barclay, teniendo en cuenta, sobre todo, la escasez de «LST» que había en la Armada, y sin los cuales no podían ser transportadas las tropas.

El teniente se dejó arrastrar por la marea humana que atestaba la vía Roma, echando de vez en cuando una mirada a los establecimientos, o a un italiano que con gesto de complicidad ofrecía algo a la venta, desde un rosario a una mujer. Decidió Barclay que, en cuanto se le presentase la ocasión, se detendría en algún bar para beber algo y descansar. Pero era evidente que una silla, en aquella calle, sería entonces algo sumamente difícil de encontrar. Comenzaba a dolerle la cabeza y a sentirse mareado, y tuvo verdadera necesidad de hallar una silla vacía en los innumerables bares ante los que iba pasando. De pronto oyó por una calleja lateral una música que identificó fácilmente. Era música popular americana y despertaba en él algunos recuerdos del pasado. Barclay se dirigió con dificultad hacia un lado, y luego se guió por el sonido, hasta que se encontró frente al establecimiento. Entró en él y vio que el lugar estaba lleno de mesas de tamaño sumamente reducido, ante las que se hallaban sentados marineros y soldados de numerosas nacionalidades. Avanzando un poco hacia el interior del bar, Barclay observó que contra la pared había una silla que, inexplicablemente, estaba desocupada. Se dijo que en ella, seguramente, estuvo sentado alguien que después de beber excesivamente se habría marchado o le habrían llevado afuera. Barclay contempló con alegría la silla, y en

seguida tomó asiento en ella. A pesar de la baraúnda y de la húmeda oscuridad que reinaban en el salón, Barclay se sintió a sus anchas cuando estuvo acomodado en su asiento.

Después de un momento comenzó a pensar que un coñac, aun siendo el de Nápoles en tiempo de guerra, resultaría muy agradable de tomar. Deseó que Sarah hubiera estado a su lado, acompañándole, en lugar de tener que pensar lo poco que faltaba para que se separaran, tal vez para siempre. En total no habrían estado juntos y a solas más que unos pocos minutos, en los últimos días. Era cuando Shanley les dejaba en la puerta del hospital, al volver de ver a Carlyle.

A continuación, Barclay volvió a pensar en el consejo de guerra, que nunca abandonaba por completo su mente, y en que las posibilidades de Carlyle residían en que pudiera hallarse a Coco en los dos días que aún faltaban para la iniciación del juicio. Todo aquello le preocupaba intensamente, y se dijo que le hacía falta tomar un coñac.

Consiguió el teniente llamar la atención de una de las muchachas que atendían las mesas a toda prisa, pues las requerían desde innumerables sitios al mismo tiempo. Barclay lo logró hablándole de corrido en italiano, lo cual hizo que ella le mirase sonriendo, mientras se secaba el sudor que corría en abundancia por su rostro. Un momento más tarde, Barclay tenía ante sí la bebida. Al probarla se dio cuenta de que las palabras en italiano le habían proporcionado también un coñac de los que debían hallarse ocultos bajo el mostrador, en lugar del brebaje que se servía habitualmente. Lo cierto era que el coñac sabía magníficamente.

Mientras tomaba pequeños sorbos de su copa, Barclay se recostó sobre el respaldo de su silla y observó con más calma a su alrededor, satisfecho con el abigarrado ambiente que le rodeaba. En aquel lugar se hacía otro comercio, aparte de la venta de bebidas, según no tardó en notar el teniente. Algunas veces, la transacción hacía directamente, hablando la muchacha con el soldado o el marinero, y en otras ocasiones actuaban los intermediarios, quienes no eran, por lo general, más que chiquillos, que deambulaban por la sala como gatitos, explicando a los clientes los placeres que podrían obtener mientras les acompañaban hasta la puerta. Algunos les hacían caso, y los chiquillos, sin duda, dejaban al cliente en alguna casa de la vecindad, pues al poco rato volvían a aparecer en el salón, en busca de otro posible cliente. Había tomado Barclay otro coñac, y se disponía a marcharse, cuando uno de los niños se acercó a él y le dijo:

—Tengo algo muy especial, teniente. Sólo es para oficiales.

Barclay sintió ganas de reír, y de nuevo habló rápidamente en italiano, lo que cogió desprevenido al chiquillo.

—¿Quieres decir que unas son para soldados y marineros, y otras sólo para oficiales? —preguntó Barclay.

—Claro, teniente, así es. Unas son para los *soldati*, y otras, las mejores, para los oficiales. Y de éstas, la mejor, ya que veo que habla italiano, será para usted. Le

saldrá caro, pero valdrá la pena. Estoy seguro de que no ha visto usted nada parecido, teniente. Es algo muy especial.

—Hoy no va a poder ser. Otro día, en todo caso. De todos modos, te lo agradezco.

Barclay se puso en pie, dejó algunas liras en la mesa para la camarera y entregó otras pocas al chiquillo. Comenzó a avanzar en la penumbra del salón, hacia la puerta, pero el chiquillo todavía le seguía, y al cabo de un momento le tiró de la guerrera.

—Teniente —dijo—. Le pesará siempre no haber probado lo que le ofrezco. La chica es...

Sólo entonces Barclay identificó la voz del pequeño, y en seguida contestó:

—Está bien, vamos.

—¡Magnífico! Le aseguro que quedará contento, teniente.

Al llegar al exterior, Rebi avanzó delante. Barclay, que le seguía, se preguntó si el niño le reconocería cuando le viera a la luz del día. Ambos no se habían visto más que un par de veces, en el barco y cuando Shanley les llevó en el «jeep» desde Pozzuoli a Nápoles, y de ello ya hacía bastante tiempo. Si le reconocía, corría el riesgo de echarlo todo a perder. Durante uno o dos minutos, el niño no miró hacia atrás. Avanzó rápidamente junto a la pared de las casas, torció por una calle lateral y comenzó a ascender colina arriba, por un barrio que no tenía mal aspecto. Un letrero en bastante mal estado anunciaba el nombre de la calle: Vía Apolo.

Un momento después entraron en una casa, y Barclay volvió a quedar en la penumbra, sin haber sido reconocido. Pero el chiquillo siguió sin volverse, y sólo parecía preocupado por conducir a su cliente hasta su lugar de destino. Ascendieron dos pisos; el niño se internó por un pasillo, se detuvo ante una puerta y llamó tres veces con los nudillos.

Desde el interior, una voz preguntó quién era. Rebi contestó que era él con un *ufficiale*, y al fin se oyó descorrer el cerrojo. El pequeño esperó un momento; abrió luego la puerta, entró en el piso, y Barclay le siguió hasta un pequeño vestíbulo, también en la semioscuridad.

Entonces Rebi, antes de marcharse, abrió otra puerta que permitió ver una amplia estancia bien amueblada, igualmente a media luz, y en ella, en graciosa y natural postura, ataviada con una bata negra de seda que realzaba extraordinariamente el increíble matiz moreno claro de su tez, y con el largo cabello oscuro suelto sobre las espaldas, Barclay contempló a la muchacha más hermosa y deseable que jamás hubiera visto.

—Hola, Coco —dijo el teniente.

## VIA APOLO, 24

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

La escasa luz que había en la habitación penetraba a través de las persianas, parcialmente cerradas. Barclay se acercó a Coco, que se encontraba junto a la ventana, a fin de exponerse más a la luz.

—¿No me recuerda? —le dijo.

—¡El teniente Barclay! —exclamó la muchacha, abriendo los ojos con expresión de sorpresa. Pero pronto se recuperó, y lanzó una breve carcajada.

—¿Qué está haciendo aquí, teniente? ¿Lo mismo que los demás? —preguntó.

—¿Cuánto tiempo lleva en este lugar? —inquirió Barclay.

—No mucho, teniente. Una semana, aproximadamente.

—¿Una semana?

—Se preguntará usted, sin duda, la cantidad de «operaciones» que he podido realizar en ese tiempo, ¿no es cierto? Pues bastantes, teniente. Es un negocio lucrativo.

—Ya me doy cuenta —dijo él, mirando a su alrededor por la estancia.

—Es bastante mejor que el piso de vía Mazzini, ¿verdad? Pero siéntese, teniente, no siga de pie.

Cuando Barclay se quitó la gorra, la joven exclamó:

—¿Y esas vendas, teniente? ¿Qué le ha ocurrido?

La preocupación que denotaba la voz de la muchacha le pareció sincera a Barclay, pero para él ya nada significaba. El teniente le explicó lo sucedido lo más brevemente posible y luego tomó asiento en un diván, mientras ella lo hacía en una silla, frente a él. Mientras veía cómo cruzaba las piernas, entre un susurro de sedas, Barclay pensó lo distinta que parecía, aun entonces, de una prostituta. Hasta su atavío parecía destinado a provocar atracción, y no había duda de que cualquier hombre se hubiera sentido impresionado por la enorme seducción que emanaba de la joven.

—Hermosa bata lleva puesta, Coco —comentó él—. Lo mismo que las medias y las zapatillas.

—Es natural que así sea, ya que me costaron bastante. Pero, como decía, el negocio rinde mucho. He tardado sólo una semana en situarme aquí.

—¿Por qué huyó de Pozzuoli? —preguntó de improviso Barclay.

—¿Que yo huí? Bueno, si lo hice no me di cuenta. Sólo pensé que podían detenerme. Recuerde que tengo un hijo, teniente; un niño que nació en su buque, y que uno de los nombres que lleva es el suyo. ¿No se acuerda? Usted casi hizo de comadrona, cuando di a luz. No sé que habría sido de mí si usted no se hubiera hallado a mi lado, hablándome en mi lengua. Pero todo eso me parece que fue hace ya una infinidad de tiempo.

—¿No le dio por pensar en lo que pudo haberle ocurrido a Carlyle?

—Sí, claro que lo he pensado, teniente. Muchas veces. ¿Está ya de vuelta en el barco?

—No precisamente, ya que le va a juzgar un tribunal militar.

—¡Que van a juzgar a Red! —exclamó ella, asombrada—. ¿Y por qué, teniente?

—Por apoderarse de cosas que le llevaba a usted.

—¿Es posible que le acusen por eso? ¿Por tomar unas pocas latas de raciones, unas barras de jabón y algo de harina?

Barclay notó que la sorpresa y la incredulidad de la muchacha no eran fingidas, pero eso no cambiaba las cosas.

—En efecto, de eso le acusan. Eran suministros que les pertenecían...

—¿A quiénes pertenecían?

—A la Marina de guerra y al ejército, en cuyos depósitos Carlyle obtenía los suministros.

—Pero era tan poco, en comparación con todo lo que ellos tienen... —arguyó la muchacha.

—Los que le acusan no piensan lo mismo que usted.

Coco permaneció en silencio unos instantes, llena de perplejidad.

—Cuando vio usted que le detenían —manifestó Barclay—, ¿por qué razón cree que lo hacían?

—Me di cuenta de ello, desde luego, pero no creí que la acusación pudiera ser tan grave. Pensé que le echarían una regañina y que le dirían que no volviera a hacerlo más. ¿Acaso pueden hacerle algo más que eso, teniente?

Barclay se dijo que Coco no estaba fingiendo, sino que, seguramente, desconocía los métodos de la justicia militar. Pero tampoco eso justificaba la actitud de la muchacha.

—Pueden hacerle mucho más que eso —dijo Barclay, con voz que resonó ahora severamente—. Pueden decretar su expulsión deshonrosa de la Armada, que es la mayor vergüenza que puede sufrir un marino militar. Ese es un estigma que le deja marcado incluso en su vida civil, tanto cuando desee encontrar un trabajo como cuando pretenda votar. Es una gran desgracia, ¿se da usted cuenta? Convierte al

condenado en una especie de eunuco moral ante los ojos de sus conciudadanos. Muchos preferirían la muerte antes que eso. ¿Lo comprende?

Notó entonces Barclay que en el rostro de la muchacha aparecía una expresión de temor y preocupación, pero ello no suscitó su piedad, sino que le hizo pensar en el partido que podía obtener en ayuda de Carlyle.

—No tenía la menor idea de que podía suceder una cosa así, teniente —aseguró Coco—. No pensé que algo tan terrible iba a pasarle por un asunto que creí de tan poca importancia. ¿Me cree usted, teniente?

—Sí, desde luego, la creo; pero eso ya no cambia mucho las cosas.

—¿Qué puedo hacer, teniente? ¿Hay alguna forma de prestar ayuda a Red? Haré cuanto sea necesario.

Barclay suspiró profundamente, y dijo:

—Lo cierto es que sí puede hacer algo, o, más bien, bastante. Por eso hace una semana que la estoy buscando.

—¿Qué debo hacer, teniente? Dígamelo y haré cuanto usted juzgue conveniente.

—La necesitamos como testigo. En verdad, es usted el principal testigo con que contamos.

—¿Cree que con eso ayudaré a Red?

—Puede valer de mucho para él, y puede no valerle de nada; depende de cómo se presenten las cosas. Pero hay que intentarlo, ya que es el único recurso con que cuenta.

—Dígame lo que me corresponde hacer.

Barclay se reclinó sobre el respaldo del diván y explicó detenidamente el plan que tenía trazado para el juicio. Coco se mostró de acuerdo en ayudar todo lo posible.

—Perfectamente. En primer lugar, lo primero que debe hacer es abandonar esta actividad a la que ahora se dedica —dijo él secamente—. En nada ayudará que durante la causa se descubra su actual ocupación.

—Bien querría hacerlo, teniente, pero mi hijo tiene que comer, y yo también.

—Si yo le proporcionase el dinero para la manutención de los dos, ¿abandonaría usted esta actividad?

—Desde luego, teniente. Aunque no me gusta recibir dinero... sin prestar un servicio.

—Ya ha pasado el momento en que le preocupe la manera de obtener dinero —dijo Barclay con brusquedad—. Si hago esto es por Carlyle, no por usted.

—Comprendo, teniente.

—Ahora escúcheme con atención. Voy a ir a la base para que me hagan efectivas un par de pagas que me deben. Con eso podrá mantenerse una temporada. Espérame aquí y yo le traeré el dinero. Entretanto no debe seguir con esto. ¿Me ha comprendido?

—Sí, teniente —replicó Coco, mansamente—. Haré exactamente lo que usted me ordene.

En ese momento se oyeron tres golpes en la puerta.

—Si es Rebi con otro cliente —dijo Barclay inmediatamente—, mande marchar al individuo. Luego diga a Rebi que venga a hablar conmigo.

La muchacha abrió a medias la puerta y dijo algo a Rebi. Luego Barclay oyó que el chiquillo hablaba unas palabras en rudimentario inglés con otra persona. Oyóse una protesta en tono muy americano, y Barclay abrió la puerta, apareciendo en el umbral. Vio a un oficial que llevaba la insignia de los fusiles cruzados de la infantería en una solapa y las hojas de roble en la otra. Era un hombre robusto y parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Puedo hacer algo por usted, mayor? —preguntó Barclay.

—Tenía entendido que la *signorina* no estaba ocupada.

—Pues ha entendido mal. La *signorina* está muy ocupada.

—¿Cuándo habrá terminado, teniente? O, mejor dicho, ¿cuándo habrá terminado usted?

—No estoy muy seguro, mayor. He permanecido mucho tiempo en el mar.

El oficial vaciló un momento, y luego guiñó un ojo a Barclay, con gesto de complicidad.

—Está bastante bien la muchacha, ¿eh, teniente? —manifestó el militar.

—Más que eso, mayor. Es de lo mejor que hay en Nápoles.

—Eso mismo me dijo el chiquillo. Claro que siempre dicen lo mismo. No se sabe cuándo hay que creerles y cuándo no.

—Ya ve que ha dicho la verdad, mayor.

—Me gustaría comprobarlo por mí mismo. Quiero echarle un vistazo con más detalle.

El militar hizo ademán de entrar en la estancia, pero Barclay colocó una mano en el marco de la puerta, bloqueando el paso.

—Creo que no me ha comprendido, mayor. La tengo comprometida durante todo el tiempo que esté aquí mi buque.

El oficial de infantería miró con gesto iracundo a Barclay. No parecía estar acostumbrado a que se interpusieran de aquel modo en su camino.

—¿Cuánto durará eso, teniente?

—Una semana, aproximadamente. Para entonces, puede usted hacer un nuevo intento.

De pronto, el mayor pareció calmarse, y dijo:

—Bueno, creo que el ejército y la Marina no deben discutir por una fulana, habiendo tantas por los alrededores, ¿no cree, teniente?

—Estoy plenamente de acuerdo, mayor. Puede usted probar suerte en cualquier otra parte y, si le interesa, regrese dentro de una semana. Con eso será suficiente.

El mayor echóse a reír brevemente y manifestó:

—Teniente, dentro de una semana estaré en un sitio donde no puede uno permitirse devaneos de esta especie. Bueno, que se divierta, amigo.

El oficial dio media vuelta y se alejó. Rebi se marchaba también cuando Barclay lo cogió por un brazo y lo introdujo en la habitación. Cruzó con él el vestíbulo y llegaron a la sala, en la que había más luz. El pequeño miró a Barclay, y, por su gesto, pareció haberle reconocido vagamente.

—Hace bastante que no nos veíamos, Rebi —dijo Barclay—. ¿Recuerdas el barco en el que fuiste hasta Anzio?

—¡El teniente! —exclamó el chiquillo con gran alegría, sin que pareciera preocuparle la actividad que Barclay le había visto desempeñar.

—Rebi, ahora vas a tener que quedarte aquí —manifestó Barclay—. Te tomarás unas vacaciones de un par de semanas. Yo os voy a traer algo para que tú y la *signora* os toméis unas vacaciones.

El pequeño pareció igualmente contento, y Barclay envidió en cierto modo la espontaneidad de aquella actitud, sólo concebible en un niño.

—Volveré dentro de un rato —dijo Barclay—. Debo llegar allí antes de que cierren.

Barclay se dirigía hacia la puerta, pero se detuvo cuando oyó la voz de Coco.

—Teniente... —dijo ella.

—¿Sí?

—Teniente, ¿es necesario que le cuente esto a Carlyle?

Al principio, Barclay no sintió simpatía alguna hacia la muchacha. Sólo la veía como la culpable de todo cuanto le ocurría al marinero, y ella ahora tenía la audacia de pedirle que ocultase sus vergonzosas actividades al hombre que tanto se había arriesgado por ella.

Luego, al mirarla más detenidamente, al verla en toda su belleza y con una pena sincera reflejada en el semblante, Barclay se dio cuenta de lo equivocado que estuvo al juzgarla tan duramente. El infierno que le había deparado la guerra a ella era sin duda mucho más terrible que lo que él y Carlyle habían padecido hasta entonces. La recordó de pronto tendida en la mesa de la cámara, poco más que una niña, cuando le había parecido el símbolo del triunfo sobre la locura y la maldad de la contienda, y la veía ahora convertida en una ramera, al alcance de cualquiera, aunque fuera un oficial, y Barclay sintióse invadido por la tristeza.

—Está bien, no se lo diré, Coco —dijo Barclay. De todos modos no lo habría dicho, pues no quería que Carlyle estuviera mal predispuesto para el juicio. Luego Barclay agregó—: Le ama usted todavía, ¿no es verdad?

—Desde luego que le amo —dijo ella, sorprendida de que pudieran ponerlo en duda—. Le quiero de todo corazón, teniente.

—No le diré nada de esto. Sólo le contaré que la he hallado y que se encuentra bien.

—Sí, teniente. Es mejor que le diga eso.

## EL CONSEJO DE GUERRA DE PETER CARLYLE

### *La sesión de la mañana*

Era una estancia verdaderamente hermosa, el pequeño salón de baile del palacio, donde otrora las damas de largos vestidos, y los caballeros de casaca y peluca habían bailado el minué y la contradanza. La plataforma donde la orquesta de cuerdas había ejecutado entonces sus melodías se hallaba aún allí, en un extremo de la sala. El suelo brillaba espléndidamente, y a un lado los balcones se alzaban llegando casi hasta el elevado techo. Los balcones daban al Este, por lo que, siendo la mañana despejada, los rayos del sol inundaban la estancia. Mirando a través de aquellos balcones podía divisarse uno de los puertos más hermosos del mundo.

El panorama resultaba admirable, ya que el palacio se alzaba en la ladera de una colina, y desde él no sólo se podía divisar el puerto con las naves de guerra ancladas en él, sino también, más allá, la mole cónica del Vesubio, que en aquellos días lanzaba con frecuencia un denso humo rojo. Inmediatamente por delante de los balcones se veía un verde jardín de césped, aún bien cuidado, y luego el terreno descendía abruptamente, cubierto de árboles cuyas copas formaban como una especie de escalera que se extendía hasta los techos de la ciudad, atravesándola por algunos puntos, y yendo a terminar a la misma orilla del mar.

Seguramente en toda la ciudad no había lugar desde el que se contemplase un paisaje similar, y la elección del palacio como sede de la administración naval era sin duda consecuencia del refinado gusto de que hacían gala los oficiales de la Armada. El salón de baile no se usaba muy a menudo. Sólo tenían lugar en él las grandes reuniones del Estado Mayor y las destinadas a establecer las operaciones navales altamente secretas. En ocasiones, además, el salón se utilizaba con el mismo fin que ahora. La disposición de la sala en tales momentos permitía descubrir con facilidad el empleo inmediato a que estaba destinada.

Cerca de la pared en la que se abrían los balcones, y también junto a la pared opuesta, que carecía de ventanas pero en la que, como compensación, había pintado un gran mural de Garibaldi y sus mil hombres, había una mesa y dos sillas, de modo

que cada una de las dos mesas se enfrentaban entre sí a una distancia de unos diez metros. Justamente en el centro de este espacio había sido levantada una pequeña plataforma sobre la que cabía escasamente una silla, la cual miraba hacia la plataforma del extremo de la habitación que otrora ocupara la orquesta de cuerdas. Sobre esta plataforma estaba situada una mesa con espacio para nueve personas ampliamente acomodadas. En aquel momento sólo cinco de las sillas se hallaban ocupadas. La del centro, que poseía un respaldo más alto que las demás, estaba ocupada por un capitán de navío, mientras que en la silla de su derecha se hallaba un capitán de corbeta con las insignias del cuerpo médico. En las tres sillas restantes se sentaban otros tantos tenientes de navío. Ante la mesa de la ventana se hallaban sentados un capitán de corbeta y un teniente de navío.

Por su parte, la mesa situada junto al mural de Garibaldi estaba ocupada por el teniente de corbeta Matthew Barclay y el marinero de segunda Peter Carlyle, quienes vestían, como todos los demás, de uniforme azul. A mitad de camino entre la gran plataforma y la más pequeña, había dos suboficiales de la Armada sentados ante una mesa y dispuestos a tomar nota taquigráficamente de la sesión, para lo cual tenían ante sí un bloque de papel y una serie de lápices convenientemente afilados.

Otra mesa, colocada igualmente ante la gran plataforma, proporcionaba el espectáculo más absurdo que podía concebirse en aquella hermosa estancia. Sobre ella se hallaba un saco de harina, algunas latas de raciones C y K, un par de latas de frutas en conserva, dos barras de jabón, algunos paquetes de cigarrillos, un tubo de pasta dentífrica, un bote de talco, y, por último, un vestido escarlata cuidadosamente doblado. El capitán que tomaba asiento en la silla de elevado respaldo fue el primero que habló en voz alta.

—Declaro abierto el consejo de guerra seguido contra Peter Carlyle, marinero de segunda de la Armada de Estados Unidos, y miembro de la tripulación del «LST 1826».

Pasaron algunos minutos, durante los cuales se tomaron los acostumbrados juramentos a los miembros del tribunal de la Armada, oyendo Barclay las palabras sin prestarles mucha atención.

«... Juro que consideraré, equitativamente, sin prejuicio ni parcialidad alguna, el caso ahora pendiente, de acuerdo con las pruebas que se sometan a la consideración de este tribunal, y según las reglas de gobierno de la Armada y el dictado de mi propia conciencia...».

Luego el presidente del tribunal volvió a hablar:

—Fiscal, tenga a bien leer los cargos y las consideraciones.

El capitán de corbeta situado en la mesa que estaba junto a los balcones se puso en pie, y Barclay tocó levemente a Carlyle en la mano para indicarle que hiciera lo mismo. El fiscal, mirando al tribunal, comenzó a leer lo que estaba escrito en una hoja de papel. Se expresaba con voz serena y algo monótona, sin poner énfasis en ninguna de las palabras.

—Los hechos de autos están comprendidos en el artículo 14, párrafo 8, de los artículos de gobierno de la Armada, que dice: «Multa y prisión, o bien otro castigo que el tribunal considere oportuno, se aplicarán a la persona al servicio de Estados Unidos que robe o cometa desfalco a sabiendas y voluntariamente, o se apropie indebidamente, si lo utiliza para su propio uso o beneficio, o perjudicialmente, y que con conocimiento de causa venda o disponga libremente de armas, equipo, municiones, ropas, víveres, dinero o cualquier otra propiedad de Estados Unidos que haya sido destinada al servicio naval o militar».

El fiscal hizo una breve pausa y prosiguió con su monótona voz:

—Los cargos son los siguientes: Cargo primero: Por el mismo, Peter Carlyle, marinero de segunda clase de la Armada de Estados Unidos, con fecha 28 de abril de 1944 y 4 de mayo de 1944, procedió a tomar, llevándose del almacén que el Primer Ejército posee en la ciudad de Nápoles (Italia), un saco de harina en cada una de esas fechas, propiedad de Estados Unidos, destinada a su utilización en el servicio oficial, y sin la debida autorización entregó con conocimiento de causa los referidos artículos a personas civiles, para que los vendieran o dispusieran de ellos de forma igualmente no autorizada, con la agravante de que en dicho momento Estados Unidos se hallaba en estado de guerra.

»Cargo segundo: Por el mismo, el referido marinero Peter Carlyle llevó a cabo, al menos en once ocasiones diferentes entre el 16 de abril de 1944 y el 4 de mayo de 1944, la sustracción de propiedades de la Armada de Estados Unidos, del depósito del “LST 1826”, y sin debida autorización hizo entrega de los mismos, a sabiendas, a personas civiles para su consumo o venta, hallándose Estados Unidos en estado de guerra. Los referidos artículos sustraídos comprendían...

El fiscal enumeró todos los objetos que había sobre la mesa situada frente a la plataforma, menos el vestido rojo. Terminada la lectura, el fiscal se dirigió a Carlyle, que se hallaba al otro lado de la estancia.

—Peter Carlyle, marinero de segunda clase de la Armada de Estados Unidos —dijo—, ya ha oído los cargos establecidos contra usted. Por lo que se refiere al primer cargo, ¿se declara culpable o inocente?

Barclay había aleccionado cuidadosamente a Carlyle, y trazó un minucioso plan de acción, fuera del cual no habría seguramente posibilidad de lograr éxito.

—Culpable —dijo Carlyle.

—En cuanto al segundo cargo, ¿culpable o inocente?

—Culpable —volvió a contestar el marinero—, con excepción de las palabras «si lo utiliza para su propio uso o beneficio, o perjudicialmente».

Barclay observó atentamente al fiscal y notó que la expresión de su rostro se alteraba fugazmente. Volvióse entonces hacia el tribunal. El presidente, tras unos momentos de silencio, manifestó:

—Este tribunal desea dirigirse al acusado.

El presidente se inclinó hacia adelante en su silla de alto respaldo, y habló al marinero con voz clara.

—Marinero Carlyle, es mi deber, como presidente de este tribunal, advertirle que su confesión de culpabilidad, en lo que se refiere a las palabras «si lo utiliza para su propio uso o beneficio, o perjudicialmente», le priva a usted de una defensa regular. Es decir, que después de haberse reconocido culpable no puede proseguir adelante y probar su inocencia, por lo que a este tribunal no le cabe otra alternativa que declarar su culpabilidad. No obstante, si cambia su declaración, tendrá oportunidad de establecer circunstancias atenuantes. ¿Comprende lo que le acabo de decir?

—Sí, señor.

—Comprendido eso, ¿insiste en sostener su culpabilidad?

—No, señor —contestó Carlyle rápidamente. Barclay pensó que el muchacho se desenvolvía a la perfección, y ya en esos momentos iniciales del juicio se sintió alentado sobre la forma en que Carlyle actuaría a lo largo del mismo. Hasta el momento todo se desarrollaba según estaba previsto. Carlyle agregó—: Señor, deseo cambiar mi declaración.

—¿Quiere el defensor, bajo su propia responsabilidad, verificar si el acusado es consciente de lo que hace?

Barclay se puso en pie y dijo:

—No es necesario, señor. El acusado lo comprende perfectamente. Bajo su propia responsabilidad, el defensor así lo establece.

—Tenga la bondad el fiscal —dijo el presidente— de leer de nuevo las preguntas anteriormente formuladas.

El fiscal miró una vez más a Carlyle y a Barclay, les estudió durante unos instantes, y luego repitió:

—En cuanto al primer cargo, ¿se declara culpable o inocente?

—Inocente —dijo Carlyle con voz clara.

—Respecto al segundo cargo, ¿se declara culpable o inocente?

—Inocente.

Al tomar asiento Carlyle, el fiscal se dirigió al tribunal:

—Pido autorización para llamar al primer testigo.

—Autorización concedida.

El fiscal habló a un marinero que se hallaba junto a una puerta de grandes dimensiones, el cual iba vestido de azul, con polainas blancas, y tenía en el brazo derecho las insignias de contraamaestre de primera clase y en el izquierdo un brazalete azul con las letras amarillas SP, de la policía naval.

—Tenga la bondad, el ordenanza, de llamar al primer teniente Thomas Gibbs.

El policía naval abrió una de las hojas de la puerta, pronunció en voz alta el nombre y se hizo a un lado. Un teniente del ejército entró en el salón y se dirigió hacia la pequeña plataforma del centro y tomó asiento en la silla. Prestó el juramento

de costumbre y luego el fiscal, de pie tras de su mesa, comenzó a interrogarle con voz mesurada.

—Diga su nombre, grado y destino actual, por favor —dijo el fiscal.

—Thomas Gibbs, primer teniente, División de Investigación Criminal del Ejército de Estados Unidos, con destino en Nápoles (Italia).

—¿Reconoce usted al acusado? En caso afirmativo, diga de quién se trata.

—Es Peter Carlyle, marinero de segunda clase de la Armada de Estados Unidos.

—Teniente, me refiero concretamente a la tarde del 28 de abril de 1944. En tal fecha, ¿siguió usted al acusado y le vio entrar en el almacén 162 del Primer Ejército, situado en la esquina de las avenidas Trionfale y Valfonda?

El fiscal refirió entonces a la entrega que el marinero hacía de los sacos de harina y demás suministros en el número 36 de vía Mazzini. Luego preguntó:

—¿Quiere decir al tribunal cómo sabe que el hombre al que siguió era el mismo que usted posteriormente conoció como Peter Carlyle?

—En primer lugar tiene las mismas características físicas. La misma altura, constitución, edad, e igual pelo rojizo. Su pelo es fácil de identificar. En ambas ocasiones, asimismo, conducía un «jeep» con la inscripción: «Cuerpo de Desmontaje de Bombas». Por último, es el hombre al que seguimos y arrestamos.

—Testigo, ¿qué fue lo que le indujo por vez primera a sospechar del acusado?

—Seguimos a un niño italiano (cuyo nombre supimos más tarde que era Rebi) y observamos que entregaba suministros de la Armada y el ejército. Fue el niño el que nos condujo, sin saberlo, hasta el acusado.

—¿Quiere aclararnos eso de que «entregaba» suministros, teniente?

—El pequeño llevaba un bolso con raciones C y K, barras de jabón y demás suministros similares, todo lo cual vendía a intermediarios italianos en el mercado negro.

—¿Por qué no detuvo usted al niño, al comprobar esas actividades?

—Tratamos de hallar los lugares de origen de los materiales, que era algo mucho más importante.

—¿Adónde les condujo el niño?

—Le seguimos hasta la residencia de oficiales solteros de vía Fonte Bella. Le vimos marcharse en un «jeep» con la inscripción: «Cuerpo de Desmontaje de Bombas». Desde entonces seguimos al vehículo, y de este modo dimos con el acusado.

—Teniente, aparte de las dos veces en que el acusado fue al almacén del ejército, ¿observó usted que en otras ocasiones llevase lo que podía considerarse como pertenencias de la Marina?

—Al menos en once ocasiones pudimos observarlo, señor.

—¿Quiere explicar brevemente esas circunstancias, teniente?

—Sí, señor. Era durante los viajes que el acusado hacía desde su propio buque. Solía entonces sacar una mochila, que evidentemente iba llena de suministros.

—¿Qué distancia hay entre el lugar donde el «LST 1826» acostumbra a atracar, y la casa de vía Giuseppe Mazzini, 36, teniente?

—No habrá más de tres manzanas de casas.

—¿Necesitaba entonces el acusado ocultar su mochila en el recorrido de esas tres manzanas?

—Protesto —dijo Barclay—. No hay pruebas de que precisara ocultar la mochila.

—Admitida la protesta —dijo el presidente.

—Teniente, díganos lo que observó cuando seguía al acusado desde el buque hasta vía Mazzini, 36.

—Le vimos entrar en esta última dirección con la mochila, que evidentemente llevaba algo en su interior. Cuando el acusado salía, la mochila parecía estar vacía.

—¿Cuánto tiempo estaba el acusado en la referida casa?

—No siempre era el mismo. A veces eran cuatro horas.

—Cuatro horas, ¿eh? —dijo el fiscal, y después de una pausa agregó—: Cuatro horas. Bien, teniente, llamo su atención acerca de estos suministros.

El fiscal se acercó a la mesa que había ante la plataforma grande. Uno por uno fue señalando los objetos, con una sola excepción.

—Tres latas de raciones C..., dos cajas de raciones K... dos latas de frutas en conserva..., dos barras de jabón..., un saco de harina de cincuenta kilos.

Sin embargo, el fiscal no se refirió al vestido rojo. Luego agregó:

—¿Fueron estos suministros confiscados por usted?

—Sí, señor. Por mí y por mi compañero, el teniente James Craig.

—¿Dónde los obtuvo?

—De una vivienda situada en el segundo piso del edificio de vía Mazzini, 36.

—¿Se hallaba presente el acusado cuando se hizo usted cargo de estos objetos?

—Así es, señor. El teniente Craig y yo observamos en ese momento que el acusado llevaba el saco de harina escaleras arriba.

—Diga al tribunal lo que hizo usted entonces.

—Seguimos al acusado por las escaleras y lo arrestamos. Las demás mercancías estaban ya en el piso cuando llegamos.

—¿Sabe usted quién ocupaba la vivienda en esa techa?

—Sí, señor. Habitaba allí la llamada *signora* Coco Comparo, que se hallaba presente en el momento en que se llevó a cabo la detención.

—¿El arresto se efectuó inmediatamente después que el marinero hubo entregado el saco de harina?

—Sí, señor. Aún tenía la espalda manchada con el polvo blanco de la harina.

—En consecuencia —dijo el fiscal—, usted detuvo al acusado en el acto de entregar una propiedad de Estados Unidos, concebida para uso militar, a una persona civil no autorizada, al tiempo que obtenía en la vivienda donde se efectuó el arresto los objetos que acaba de identificar ante el tribunal.

—Así es, señor. El arresto y la confiscación de los suministros se efectuaron al mismo tiempo.

El fiscal dirigióse entonces al presidente del tribunal.

—No tengo más preguntas que hacer, señor.

—Puede intervenir la defensa —manifestó el presidente.

—Teniente —dijo Barclay, interpelando al testigo—, ¿ofreció el acusado resistencia al ser detenido?

—No, señor —contestó el testigo.

—¿Opusieron el acusado o la aludida mujer alguna objeción a que se hiciera una búsqueda en el piso?

—No, señor.

—Cuando transportaba los suministros desde el barco al piso, ¿cómo llevaba el acusado la mochila?

—Colgando del hombro por la correa.

—En consecuencia, ¿trató de ocultar el acusado los objetos que llevaba?

—Creo que no, pues la mochila parecía estar siempre muy llena.

—Justamente, teniente. Esa mochila, evidentemente repleta, ¿fue llevada en algún momento como si se pretendiera ocultarla a la vista de los demás?

—Sería difícil esconder un bulto de dimensiones apreciables, señor.

—Teniente, el que pueda o no ocultarse una mochila, y hay más de un procedimiento para hacerlo, no es lo que motiva mi pregunta. Yo deseo saber si hubo intención de ocultarla. ¿Fue así o no?

—No, creo que no hubo intención de ocultarla.

—Gracias, teniente. Y ahora dígame: cuando el acusado salía del edificio con la mochila vacía, ¿cómo la llevaba?

—Colgando de la correa, como siempre.

—En consecuencia, cualquiera que le hubiera observado habría deducido fácilmente que entraba con una mochila llena y salía con ella vacía, ¿no es así?

—Así es, señor.

—Teniente, ¿notó usted que el marinero Carlyle, mientras le seguían, actuase furtivamente o con aspecto sospechoso?

—Protesto —dijo el fiscal—. Considero que la pregunta es demasiado vaga y subjetiva.

—Señores —dijo Barclay, dirigiéndose al tribunal—, debo manifestar que la forma de actuar del acusado es un elemento de vital importancia en el caso. Queremos establecer que el acusado no hizo intento alguno para ocultar lo que estaba haciendo. El testigo tiene experiencia como para haberse dado cuenta de la forma en que procedía el acusado.

—El testigo puede contestar a la pregunta que le ha sido formulada —dijo el presidente.

—No noté que el acusado actuara de manera furtiva o sospechosa —dijo el policía.

—Gracias, teniente —contestó Barclay, y rodeó la mesa hasta situarse frente a ella—. Y ahora llamo su atención, teniente, hacia el vehículo que fue utilizado para transportar la harina. Dijo usted que tenía pintado el letrero: «Cuerpo de Desmontaje de Bombas», ¿no es cierto? ¿En qué lugar aparecían esas letras?

—Al frente. Debajo del parabrisas.

—¿Eran letras pequeñas o grandes?

—Grandes. De unos diez centímetros de alto, diría yo. Claro que no las he medido.

—Entonces se hallaban en un lugar visible, ¿verdad?

—Desde luego. Para eso las habían pintado en ese sitio, creo yo, para que se vieran bien.

—Por consiguiente, ¿podía decirse que se trataba de un «jeep» llamativo?

—Muy llamativo, señor.

—Ahora dígame, teniente, ¿no le extrañó que alguien usara semejante vehículo para una actividad que considerase delictiva?

—En efecto. Recuerdo haberle hecho una observación al respecto al teniente Craig.

—¿Qué le dijo concretamente?

—Le dije algo así como «me extraña que alguien haga eso con un “jeep” tan fácil de identificar».

Barclay permaneció un momento en silencio. Miró hacia la bahía, a través de la ventana, como si pensara la siguiente pregunta. Cuando se volvió habían transcurrido varios segundos. Luego se dirigió al taquígrafo y le dijo:

—Suboficial, lea, por favor, la última frase.

—«Le dije algo así como “me extraña que alguien haga eso con un ‘jeep’ tan fácil de identificar”» —leyó el aludido.

Barclay se dirigió entonces al testigo y dijo:

—Gracias, teniente.

A continuación habló con el presidente del tribunal.

—No tengo más preguntas que hacer, señor —aseguró.

Con voz que manifestaba un dejo de irritación, el fiscal dijo:

—Teniente, ¿puede decirme si el saco de harina que llevó el acusado hasta vía Mazzini, 36, se hallaba escondido en el «jeep»?

—Sí, señor. Estaba escondido.

—¿De qué forma?

—Iba cubierto con una manta.

—¿Pudo emplearse la manta para proteger el saco de la inclemencia del tiempo?

—No, señor, ya que hacía muy buen día.

—Gracias, teniente, eso es todo.

Barclay volvió a levantarse y manifestó:

—Teniente, estamos hablando de dos ocasiones diferentes (y sólo dos), en que el acusado transportó sacos de harina desde el depósito del ejército. ¿Utilizó en ambas ocasiones la manta para cubrir los sacos?

—No, señor. La usó sólo una vez.

—La otra vez el saco fue transportado a la vista, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿El saco se veía entonces fácilmente desde su «jeep», teniente?

—Sí, señor.

—No tengo más que preguntar.

—El testigo puede retirarse —dijo el presidente—. ¿Su testigo siguiente, fiscal?

—Ordenanza, llame, por favor, al *signor* Tomaso Gabini.

El policía naval dejó pasar al teniente que había prestado declaración e hizo entrar a continuación a un italiano de corta estatura y edad algo más que mediana, que parecía hallarse tremendamente asustado. El italiano tomó asiento en la silla situada sobre la plataforma menor y comenzó a estrujarse las temblorosas manos. El otro suboficial, que era un intérprete, se adelantó y tradujo el juramento en italiano, para el testigo, después de lo cual permaneció al lado de éste.

—¿Su nombre, señor? —dijo el fiscal.

Hecha la traducción, el italiano contestó:

—Tomaso Gabini.

—*Signor* Gabini, ¿posee usted negocios en la población de Pozzuoli?

—Cuando hay posibilidad de hacer algún negocio, sí, señor, tengo negocios en Pozzuoli.

—¿Y cuáles son sus negocios, señor?

—La venta de comestibles y verduras, cuando hay existencias. Hoy sobre todo se venden verduras, y no muchas por cierto, ya que también escasean.

—Gracias. Dígame ahora si ha vendido en alguna ocasión harina procedente de Estados Unidos.

—Muy raras veces —contestó el tendero—. Casi nunca, en realidad. Disponemos de muy poca harina, para ser un país que nos alimentamos principalmente de ella.

—Advierto que no le pregunto cuántas veces ha vendido harina americana, sino si la ha vendido alguna vez. Se lo preguntaré de nuevo, ¿ha vendido usted, en alguna ocasión, harina americana en su establecimiento?

—Sí, la he vendido..., muy pocas veces.

—Perfectamente. ¿En qué envase le llegaba esa harina?

—En sacos de unos cincuenta kilos aproximadamente.

—¿Quién se la proporcionaba?

—La *signora* Coco Comparo, una muchacha muy simpática.

—¿Y pagó usted algo a esa simpática muchacha por la harina?

—Sí, pero nunca en efectivo —replicó el comerciante, con manifiesto orgullo—. Siempre lo hice en especies. Artículos italianos en todas las ocasiones.

—La simpática muchacha, ¿le llevó además algún otro producto de Estados Unidos?

—Lo hizo algunas veces.

—¿Qué le llevaba?

—Un barra de jabón de vez en cuando.

—¿Jabón americano?

—Sí, señor, jabón americano, pero muy de tarde en tarde.

—¿Qué más le proporcionaba?

—Una vez me llevó cigarrillos; otra, ropa interior de hombre. Era de color verde oliva, y la he destinado a mi propio uso. Pero casi siempre ha sido jabón americano, y eso con muy poca frecuencia.

—¿Le pagó usted por esos artículos?

—¡Nunca en efectivo! Sólo le di a cambio otros productos italianos.

—No tengo más que preguntar —dijo el fiscal.

Tocó el turno a Barclay a continuación.

—A cambio de los productos que le entregó la *signora*, ¿le dio usted algo que no fueran alimentos?

—¡Nunca! ¡Dinero nunca! Siempre fueron productos alimenticios.

—¿Le entregó usted leche?

—La consigo muy pocas veces.

—¿Pero se la cambió en alguna ocasión a la *signora* por los productos americanos?

—Sí, leche era lo que más le entregaba. Aquel artículo parecía ser lo que tenía más interés para ella.

—¿Le dijo ella la razón de esa preferencia?

—Tenía un niño pequeño. En Italia, los niños pequeños se alimentan con leche.

—Sin duda. ¿Le habló la *signora* de su hijo alguna vez?

Una amplia sonrisa apareció entonces en el semblante del tendero, el cual contestó:

—Sí, claro que sí. La *signora* parecía querer mucho a su pequeño. Estaba muy preocupada, y por eso pedía la leche.

—¿Le contó ella en qué lugar había nacido la criatura?

El italiano frunció el ceño y manifestó con aire pensativo:

—Me dijo que había nacido en un barco americano, lo que no dejó nunca de asombrarme.

Los miembros del tribunal miraron al tendero y a Barclay, evidentemente sorprendidos.

—La *signora* dijo que su hijo había nacido en un barco americano —aclaró Barclay en inglés, aunque mirando al testigo—. No tengo más que agregar.

El italiano fue conducido hasta la puerta. El temor le había ya abandonado, y cuando atravesaba la estancia se inclinó y sonrió a todo el mundo, incluso a los miembros del tribunal, al fiscal y a los taquígrafos. Como Barclay había supuesto, a continuación hicieron pasar a un sargento de ejército. El fiscal determinó con unas pocas preguntas que el sargento se hallaba a cargo del almacén 162 del Primer Ejército, y que había entregado a Carlyle un saco de harina de cincuenta kilos en dos ocasiones diferentes. El fiscal hizo constar que en el segundo viaje el saco fue cubierto con una manta. Luego el testigo fue interrogado por Barclay.

—Sargento, ¿cómo salió el primer saco de su almacén, tapado o al descubierto?

—Al descubierto.

—¿Le indicó el marinero Carlyle que sería conveniente taparlo con algo?

—No, señor, no me lo dijo.

—Sargento, ¿hizo algo el acusado por ocultar el saco en el «jeep»?

—No, señor. Sólo lo colocó en el asiento trasero.

—¿Ni siquiera lo puso en el suelo del vehículo?

—No, señor. Lo dejó en el asiento de atrás.

—¿Se veía fácilmente desde fuera del «jeep»?

—Sí, señor.

—Hablemos del segundo saco de harina, sargento. ¿Quedó también colocado sobre el asiento trasero?

—Sí, señor.

Barclay no tuvo más remedio que hacer la siguiente pregunta, aunque no hubiera deseado hacerla.

—Sargento —dijo—, ¿fue el marinero Carlyle quien pidió que pusiera usted la manta sobre el saco de harina?

—No, señor —dijo el sargento, sin vacilar—, fui yo quien lo sugirió.

—Gracias, sargento. Eso es todo.

El presidente concede la palabra al fiscal.

—El fiscal puede interrogar ahora al testigo.

—Sargento —dijo éste—, ¿hizo alguna objeción el marinero Carlyle a que colocara usted la manta sobre el saco?

—No, señor. Se limitó a echarse a reír.

—Nada más. Llame al niño italiano —dijo el fiscal al policía naval.

Rebi entró mirando con curiosidad el salón, los oficiales sentados en las distintas mesas y las pinturas del techo. Por fin, con la ayuda del policía, tomó asiento en la silla de los testigos. El fiscal tuvo consideración con el niño. Le hizo identificarse, le dijo que contara la forma en que había conocido a Coco y cómo fue a vivir a su piso.

—¿Te diste cuenta de que alguien llevaba productos americanos al piso? —preguntó el fiscal.

—Sí, señor.

—¿Quién los llevaba, pequeño?

—Era Red —afirmó Rebi, como si fuera un elogio para el marinero.

—¿Está esa persona en esta habitación?

—Sí, claro. Es el marinero que está sentado en aquella mesa —dijo el niño, sonriendo a Carlyle.

—Que conste en el acta que el testigo ha identificado al marinero Carlyle —dijo el presidente.

—¿Te entregaron a veces algunos de los paquetes que ves ahí? —preguntó el fiscal.

—Sí, señor.

—¿Qué debías hacer con ellos?

—Venderlos aquí, en Nápoles.

—¿A quién entregabas luego el dinero obtenido?

—A la *signora* Coco, menos el precio del billete del autocar.

—Gracias, pequeño. Eso es todo.

—Rebi —dijo a su vez Barclay—. ¿Para qué usaba la *signora* el dinero que le dabas?

—Para comprar comida al niño, y para mí, y para ella.

—No tengo más que preguntar.

El fiscal hizo entrar al oficial de suministros de la base, que era un capitán de corbeta, y a continuación se dirigió hacia la mesa que contenía los suministros y cogió de ella una barra de jabón.

—Dígame, capitán, ¿cuánto puede valer esta barra en el mercado negro?

—Un dólar, aproximadamente.

—¿Y esto? —preguntó el fiscal, cogiendo un paquete de cigarrillos.

—Entre cincuenta centavos y un dólar.

A continuación, el acusador señaló hacia una lata de carne en conserva.

—¿El precio de eso? —inquirió.

—Varía considerablemente. Pueden dar de tres a cinco dólares.

—Gracias, capitán. No hay más preguntas.

Intervino Barclay, diciendo:

—Capitán, ¿cuánto vale cada uno de los mencionados artículos en un almacén de la Armada, cuando los compra un miembro de la misma?

—El jabón, cuatro centavos; el paquete de cigarrillos, cinco centavos, y la lata de carne unos dieciséis centavos.

—Gracias, capitán. No tengo más que preguntar.

El presidente echó un vistazo a su reloj y dijo:

—Este tribunal aplaza el juicio hasta las catorce horas. La defensa deberá estar preparada con su primer testigo para entonces, ¿comprendido?

—Sí, señor —contestó Barclay, poniéndose en pie.

—Perfectamente. Se levanta la sesión hasta las catorce horas.

—Ordenanza, tenga a bien llamar a la *signora* Coco Comparo.

Las primeras sombras de la tarde caían sobre la gran estancia cuando Coco avanzó hasta el pequeño estrado. Barclay notó el gesto de leve asombro de los miembros del tribunal al advertir la belleza y la juventud de la muchacha. Esta miró en una ocasión hacia el marinero que estaba sentado en la mesa de la defensa, y Carlyle, a su vez, le devolvió la mirada. Era la primera vez que se veían desde la noche en que le detuvieron. Barclay avanzó y se colocó al lado de Coco.

—Pido permiso al tribunal —dijo el teniente— para hacer el interrogatorio en italiano, mientras el intérprete lo traduce al inglés.

—Me opongo, señor —dijo el fiscal—. Considero que un consejo de guerra de Estados Unidos debe ser celebrado en lengua inglesa. El intérprete puede traducir las preguntas a la testigo, como se ha hecho con los anteriores italianos.

—¿Qué alega la defensa? —preguntó el presidente.

—Señor, creo que al dirigirme a la testigo en su idioma se evita cualquier malentendido. Se trata de un testigo fundamental, señor. El intérprete, que es muy experto, puede traducir perfectamente lo que se diga. Me sorprende que el fiscal ponga objeciones a mi sugerencia.

—Este tribunal no ve inconveniente alguno en lo que solicita la defensa —dijo el presidente—. De todos modos hay que utilizar los servicios del intérprete, ya que la mayoría de los aquí presentes no dominamos ambos idiomas. El que la traducción se haga de uno a otro idioma no tiene importancia. La defensa puede comenzar el interrogatorio como más conveniente le parezca.

—*Signora* Comparo —dijo Barclay, dirigiéndose en italiano a la muchacha—, desearía que explicara usted a este tribunal bajo qué circunstancias conoció usted al marinero Peter Carlyle, de la Armada americana.

La joven contó que había embarcado en el transporte junto con otros italianos, y que en camino hacia Nápoles había tenido el hijo, después de varias horas de espera. Dijo que luego Carlyle había ido a verla dos semanas después de haber salido ella del hospital americano, quedando de acuerdo en que le daría a él una lección de italiano por doscientas liras cada vez que el buque llegase de Anzio, siendo éstos los únicos ingresos con que ella contaba.

—Por consiguiente —dijo Barclay—, lo más que ingresaba usted eran cuatrocientas liras a la semana procedentes de las lecciones, ¿no es verdad?

—Sí, señor, aproximadamente.

—Y dígame, señora, ¿cuánto vale un litro de leche?

—Cuarenta liras es el precio establecido, pero a tal precio es imposible conseguirla. A menos que se la pague a trescientas o cuatrocientas liras el litro, son pocas las esperanzas de disponer de leche.

—¿Cuánto vale una pieza de pan?

—Veinticinco liras es su precio; pero tampoco se encuentra pan si no es a cien liras la pieza.

—En consecuencia, ¿cree usted que con la suma antedicha podían haberse mantenido usted y su hijo?

—No hay persona que pueda vivir con esa suma.

—¿Comenzó luego el marinero Carlyle a llevarle productos americanos?

—Sí, pero fue por sugerencia mía. Fui yo quien le pedía que me llevara las cosas. El fiscal intervino en ese momento y dijo:

—Ruego que el tribunal tenga en cuenta que la forma como sugirieron al acusado que se apoderase de los suministros, nada tiene que ver con su culpabilidad o inocencia.

—Este tribunal no necesita que le hagan indicaciones de tal especie, fiscal — contestó el presidente, secamente—. Por favor, continúe con el interrogatorio, defensor.

—Es decir, que, a petición suya, el marinero Carlyle comenzó a llevarle productos americanos. ¿Qué productos eran éstos, señora?

—Había alimentos, como raciones C y K. Una vez me trajo una lata de melocotones, que nos comimos en seguida. Otras cosas las vendíamos o las cambiábamos, como, por ejemplo, las barras de jabón, una maquinilla de afeitar, una muda interior de hombre y objetos por el estilo.

—¿Cuánto le daban por una barra de jabón, señora?

—Al menos cien liras.

—Es decir, aproximadamente, una tercera parte de lo que le costaba un litro de leche, ¿cierto?

—Aproximadamente.

—¿Hubo alguna ocasión en que el marinero Carlyle le llevase los suministros en cantidades importantes, es decir, dos docenas de raciones C o de latas de melocotón, por ejemplo, de una vez?

—No; fue siempre una o dos unidades de cada artículo.

—Pero más tarde le llevó productos de mayor tamaño, ¿no es eso?

—Sí. Un día me trajo un saco de harina de cincuenta kilos, lo que produjo un gran beneficio. Volvió a llevármelo otra vez, pero fue el día en que le detuvieron. Creo que me proporcionó un producto de mayor tamaño porque pensaba que algo podría sucederle a su buque, y quería estar seguro de que quedábamos arreglados por una temporada. Con ese saco podíamos mantenernos un mes entero.

—¿Le llevó Carlyle alguna cosa más?

—Sí. Cuando, en una ocasión, mi hijo se puso enfermo, Carlyle trajo medicinas de su barco. Y además colocó una estufa en la habitación para que no tuviéramos frío.

—¿De qué había enfermado su hijo, señora?

—De pulmonía.

—Dígame, señora, ¿utilizó usted en alguna ocasión el dinero obtenido de los productos que le llevaba el marinero Carlyle para algún otro fin que no fuera el de hacer pagos indispensables, como la renta del piso, la compra de alimentos y demás artículos similares?

—¿Para qué otra cosa lo iba a emplear, teniente?

Barclay decidió aclarar un punto que podía ser menos perjudicial si lo trataba la defensa que si lo hacía el fiscal en caso de descubrirlo.

—Señora, ¿en algún momento se trasladó usted de la habitación en que vivía a un piso?

—Sí, señor, me cambié a un piso en el mismo edificio en que estaba la habitación que ocupaba.

—¿Qué razón hubo para ello? ¿Era el piso más lujoso que la habitación?

Coco sonrió débilmente, y luego replicó:

—No hay lujos de ninguna clase en el edificio de vía Mazzini, 36, teniente. El cambio sólo obedeció a que el piso tenía dos habitaciones.

—¿Por qué necesitaba usted dos habitaciones, señora?

—Porque Red llevó a casa un niño llamado Rebi, para que viviera conmigo y con mi hijo. Dijo que con ello estaríamos más acompañados cuando él se marchase con el barco. Además, Rebi no tenía hogar. Era huérfano y vivía en las cavernas de azufre de las cercanías de Pozzuoli.

—Gracias, señora —dijo Barclay, y se volvió hacia el tribunal—. No tengo más preguntas que hacer, señores.

—Puede interrogar el fiscal.

Este se puso en pie y se acercó a la silla en que se sentaba la testigo.

—Dígame, señora, ¿es usted profesora de idioma italiano?

—No tengo título alguno para la enseñanza, si es eso lo que concretamente me pregunta.

—¿Y a pesar de ello consintió usted en seguida en enseñar al acusado el italiano?

—En la actualidad hay muchos italianos que están enseñando su lengua a los americanos, sin tener título ni haberlo hecho antes. Lo hacen del mismo modo que se dedican a cualquier trabajo que no hicieron anteriormente.

—¿Fue Carlyle su único alumno, o tuvo también otros?

—Él fue el único.

—Comprendo —dijo el fiscal, e hizo una pausa—. Señora, ¿cuánto tiempo duraban las lecciones de italiano que solía usted darle al acusado?

—Alrededor de cuatro horas.

—¿No es ése un tiempo excesivo para una clase de idiomas, aun tratándose de un alumno muy aplicado?

—El marinero Carlyle sentía grandes deseos de aprender. El tiempo no parecía importarle.

—¿Era el acusado un alumno inteligente?

—Muy inteligente, diría yo.

—Y asegura usted que tenía deseos de aprender, ¿no es cierto?

—Tanto es así, que progresaba con gran rapidez. Pero ello le exigía estudiar muy a fondo.

—¿Y no hacía nada más el marinero Carlyle, aparte de estudiar, durante esas cuatro horas?

—A veces dejábamos los libros, y él cogía en sus brazos a mi hijo, o bien comíamos algo. Luego continuábamos la lección.

—Comprendido. Señora, ha testimoniado usted que los productos que le llevaba el acusado eran sólo empleados para las necesidades más estrictas, ¿no es así?

—Sí, señor.

El fiscal dirigióse entonces hacia la mesa que contenía los objetos confiscados por los policías en la casa de Coco. Permaneció mirándolos un momento y luego, empleando las manos como una bandeja, recogió el vestido rojo y volvió a donde se hallaba la muchacha.

—Señora, ¿quiere usted decirme qué es lo que tengo en las manos?

—Es un vestido. Un vestido de color rojo.

—¿Le parece un vestido barato o caro?

—Me parece de los caros, aun antes de la guerra. Hoy sería casi imposible de hallar.

—¿No cree usted que el hombre que entrega esto a una mujer lo hace como un obsequio personal, y porque se considera muy buen amigo de ella?

—Sí, a cualquier chica le gustaría mucho un vestido como ése.

—Señora, ¿de quién es este vestido?

—No sé a quién pertenecerá ahora. En un tiempo fue mío.

—¿Sabe cómo ha llegado la prenda hasta aquí?

—Desde luego. Se llevaron el vestido de mi casa la noche en que detuvieron a Red..., es decir, a Carlyle.

—¿Le ha llamado usted Red?

—Creo que cualquiera lo haría, dado el color de su pelo<sup>[4]</sup>.

—Señora, si, según acaba de manifestar, el marinero Carlyle sólo le llevaba artículos de primera necesidad, ¿cómo explica entonces la posesión de esta prenda? ¿Puede considerarse este vestido como un artículo de «primera necesidad»?

—No, creo que no es de primera necesidad.

—¿Cómo fue que usted o Carlyle compraron este vestido, cuando apenas si tenía usted para cubrir sus necesidades más elementales?

—Yo no lo compré, señor.

—Entonces, ¿fue Carlyle quien cambió algunos de esos objetos que obtuvo de la Armada y el ejército, para proporcionarle lujos como éste? Al menos conocemos la existencia de este vestido, pero no sabemos si hubo más.

—No fue Carlyle quien me regaló el vestido.

El fiscal alzó las cejas con gesto de perplejidad.

—¿Ah, no? Entonces, ¿cómo lo obtuvo usted, señora?

—Me lo dio otra persona.

—Diga su nombre, por favor.

Coco vaciló un momento, y luego dijo:

—Se llama teniente Shanley.

El fiscal parecía realmente sorprendido, y Barclay se dio cuenta de que estaba pensando que si bien aquello se hallaba fuera de lo que había previsto, sin embargo, podía tener gran importancia en el curso del juicio.

—¿Conoce usted el nombre de pila de ese teniente, señora?

—Sí, es Allen.

—¿Es un teniente del ejército o de la Armada?

—De la Armada, señor.

El fiscal hizo una breve pausa, y luego se volvió hacia el tribunal y dijo con voz suave:

—No tengo más que preguntar por el momento, señor. Pero desearía poder llamar de nuevo a la testigo, si lo considero necesario.

—Bien, concedido.

Coco fue conducida hasta la puerta del salón, que se cerró después de haber salido ella. El presidente echó una mirada a su reloj, y, dirigiéndose a Barclay, preguntó:

—¿Cuántos testigos tiene que interrogar aún la defensa?

—Uno sólo, señor.

—¿Quién es el testigo?

—El acusado, señor.

El presidente explicó a Carlyle que, como acusado, no estaba obligado a actuar de testigo, y añadió que si lo hacía era por su propia voluntad. Carlyle se dirigió hacia la plataforma pequeña y tomó asiento en la silla. Luego se levantó para prestar el juramento de rigor, y volvió a sentarse. Su corpulento cuerpo apenas cabía en la pequeña silla de brazos de madera, y durante las primeras preguntas se revolvió inquieto sobre el asiento. Pero, conforme iba contestando, pareció irse tranquilizando. Su voz fue clara en todo momento. Barclay le llevó rápidamente a relatar el momento en que Coco fuera trasladada en camilla hasta el pie de la escala del «LST», cuando iba a tener el hijo.

—¿Qué hizo usted entonces?

—La cogí en brazos y la llevé hasta la cámara de oficiales, donde la deposité sobre la mesa. Usted dijo, señor..., dijo que era muy arriesgado subirla en la camilla. De todos modos, la joven pesaba muy poco y era fácil llevarla en brazos.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que usted la colocó sobre la mesa de la cámara hasta que nació el niño?

Carlyle reflexionó un momento. Luego manifestó:

—Creo que pasaron más de diez horas, señor. Desde luego fue mucho tiempo, y ella lo pasó muy mal.

El fiscal se puso en pie y se dirigió a los miembros del tribunal.

—Señores, me he contenido hasta ahora, y al fin protesto por lo que parece ser una tentativa, por parte de la defensa, de atraer las simpatías de los miembros del tribunal hacia la mujer italiana —dijo.

—Señores, el fiscal no ha interpretado bien mis intenciones —replicó prestamente Barclay—. Considero innecesario atraer las simpatías, como dice el fiscal, hacia un civil italiano que se halle en la situación de esta mujer, pues creo que tal simpatía debe existir naturalmente por parte de cualquiera de nosotros, incluyendo al fiscal. La única intención que me guía es la de establecer la relación entre el acusado y la mujer, y las circunstancias que le llevaron a ayudarla.

—Creo que es lo mismo —dijo el fiscal.

—Yo, en cambio, considero que es algo muy diferente.

—El objeto es el mismo —insistió el fiscal—. Se pretende atraer la simpatía de los jueces hacia los desnutridos nativos, sean o no mujeres con hijos pequeños. La defensa tiene razón al afirmar que tales situaciones suscitan nuestra simpatía, pero es muy diferente que con ello se trate de justificar actos delictivos cometidos por personal de la Armada.

—¿Qué opina la defensa? —dijo el presidente a Barclay.

—El asunto que estamos considerando es de la mayor importancia para la vista del caso —dijo Barclay, hablando con toda calma—. La intención de la defensa consiste en refutar las palabras «si lo utiliza para su propio uso o beneficio, o perjudicialmente». Para hacerlo, la defensa debe establecer con claridad que el acusado entregó los suministros a una persona que los necesitaba realmente, sin obtener él de los mismos provecho alguno. Es indispensable que se permita a la defensa determinar la serie de acontecimientos y circunstancias que llevaron al acusado a cometer tales actos, que eran de naturaleza tal que justificaron que el acusado los llevara a cabo, cuando en otro momento habrían resultado un delito contra el código naval y las leyes.

»El fiscal tendrá ocasión de establecer con sus preguntas, si le parece oportuno, si existía o no esa justificación. Si no se concede al acusado semejante oportunidad, con los debidos respetos manifiesto que el tribunal está privando al acusado del derecho a defenderse.

Barclay hizo una pausa, y luego concluyó diciendo:

—Señores, la defensa espera la decisión del tribunal.

El presidente aguardó un momento, miró brevemente a los jueces, situados a su derecha e izquierda, y manifestó luego:

—El tribunal considera que el defensor tiene derecho a establecer los motivos que impulsaron a su defendido, así como las circunstancias que le llevaron a obrar como lo hizo. La defensa puede continuar con el interrogatorio.

—Taquígrafo —dijo Barclay—, tenga la bondad de volver a leer la última pregunta hecha al testigo y su respuesta.

—«¿Cuánto tiempo transcurrió desde que usted la colocó sobre la mesa de la cámara hasta que nació el niño?». «Creo que pasaron de diez horas, señor. Desde luego, fue mucho tiempo, y ella lo pasó muy mal».

Barclay prosiguió preguntando luego a Carlyle.

—¿Es cierto que al final el mar comenzó a encrespase?

—Protesto —interrumpió el fiscal—. La defensa, con su forma de expresarse, está dictando las respuestas al acusado.

—Se admite la protesta —dijo el presidente.

—¿Cuál era el estado del mar durante las dos horas que precedieron al nacimiento? —corrigió Barclay.

—El mar estaba muy agitado, y el barco daba grandes bandazos. La mesa tuvo que ser sujeta por cuatro hombres, para que no se moviera de su sitio.

—¿Dónde estaba usted en aquellos momentos?

—En la cámara, menos unos minutos que dediqué para ir a la cocina a por agua caliente para el ayudante de farmacia, que estaba atendiendo a la muchacha..., quiero decir a la señora.

—¿Quiere decir que el parto fue asistido por un ayudante de farmacia? —dijo el presidente del tribunal, sin disimular su sorpresa y su admiración.

—Sí, señor —contestó Carlyle—. No teníamos médico a bordo.

—Prosiga la defensa.

—Por lo tanto, durante las diez horas que precedieron al parto, usted estuvo en la cámara, con excepción de los viajes que hizo para ir a buscar agua caliente, ¿no es así?

—También fui en un momento a por mi guitarra. Pensé que, si tocaba algo, la señora podía sentirse más calmada.

—¿Cuáles eran sus sentimientos hacia la muchacha en aquellos momentos?

—Temía por ella. Creo que a todos nos pasaba lo mismo. Parecía demasiado joven.

—Sin embargo, la criatura nació sin contratiempo alguno, ¿verdad?

—Sí, señor. Hacia las cinco de la mañana.

—Luego el buque prosiguió el viaje hacia Pozzuoli, e internaron a la mujer en un hospital. Ya ha oído que ella ha testimoniado acerca de las posteriores visitas de usted y sobre las lecciones de italiano que le daba. ¿Por qué quiso usted tomar esas lecciones de italiano?

—Al principio no fueron más que una disculpa para verla —aseguró Carlyle con franqueza—. Luego me alegré de haberlo hecho, ya que me resultaba muy agradable charlar con ella.

—¿Le pagaba usted en efectivo las lecciones?

—Sí, señor.

—También ha oído que ella declara haber recibido de usted suministros del buque, de raciones C y K, jabón y demás productos que se ven sobre esa mesa. ¿Es cierto?

—Sí, señor, lo es.

—¿Considera usted que la muchacha empleó esas cosas sólo para comprar alimentos, para pagar la renta del piso y otros gastos esenciales?

—No tenía para más, señor. Lo necesitaba todo para poder subsistir.

—Por lo tanto, al haber visto nacer al niño en un barco de la Armada, usted consideró que ésta tenía cierta obligación moral para con él y su madre, y...

—¡Protesto, protesto! —exclamó el fiscal, poniéndose en pie, lleno de ira—. Señores, debo protestar enérgicamente por la forma en que la defensa trata de influir sobre el acusado y de presentar el aspecto sentimental de la causa. La defensa no ha hecho hasta el momento más que presentarnos a la madre y al hijo como si fueran poco menos que la Virgen y el Niño, y ahora trata, según parece, de presentarnos al acusado como una especie de San José. Debo manifestar que nada de eso tiene que ver con la causa que aquí se ventila, que es el robo de suministros de la Armada. Repito, además, que el defensor está influyendo del modo más descarado sobre el acusado, para obtener de él las respuestas que más le convienen.

—Está bien, fiscal —dijo el presidente—. La última parte de su protesta está justificada. En cuanto a lo anterior, el tribunal ha decidido ya que la defensa puede determinar los motivos que influyeron en la conducta del acusado. Si el acusado tuvo razones morales para actuar como lo hizo, dejémosle que lo establezca así.

—Gracias, señor —dijo el fiscal.

—Prosiga la defensa.

Barclay se dirigió de nuevo a Carlyle y le preguntó:

—¿Por qué entregó usted a la mujer esos suministros de la Armada?

—Con el fin de evitar que ella y su hijo se murieran de hambre.

—Muchos son los que padecen hambre en esta ciudad, y sin embargo, no se mueren. ¿Sentía usted alguna obligación especial hacia la muchacha?

—Bueno, señor, ya he dicho que la vi en el barco, cuando tuvo el niño. Sentí admiración hacia ella por su valor. Además, pensé que después de haber tenido el hijo en un barco de nuestra Marina, la Armada no podía dejarla a ella y al niño abandonados. Me dije que la Armada tenía que ayudarles de algún modo. Tal vez no me expreso bien, señor.

—Se expresa usted perfectamente —dijo Barclay, y se volvió hacia la mesa de la acusación, observando que el fiscal estaba visiblemente contrariado—. Deseo agradecer al fiscal que me haya interrumpido cuando trataba de «coaccionar» al acusado, pues de este modo el acusado ha podido expresarse con plena libertad.

Barclay miró a través de las ventanas, hacia la verde alfombra que formaban las copas de los árboles, descendiendo hasta el azul de la bahía, y luego se volvió de nuevo al marinero, al que hablo con lentitud.

—Carlyle —dijo—, ¿temió usted en algún momento que si no ayudaba a la joven como lo hizo, ésta pudiera dedicarse a cierto tipo de actividad, con el fin de poder mantenerse ella y su hijo?

Carlyle vaciló un momento, evidentemente turbado. Luego replicó serenamente:

—Sí, señor. Lo temí.

—¿Qué actividad temió usted que ella tuviera que ejercer, si usted no la ayudaba?

El marinero pareció dudar de nuevo, pero pronto se rehízo y su voz resonó claramente en la estancia.

—Tuve miedo de que se dedicase a la prostitución, señor.

—¿Por qué pensó eso?

—Porque es la principal manera, por no decir la única, que tienen las muchachas de Nápoles para mantener a sus familias en estos días. Creo que es algo bien sabido. En ella podía ser más fácil caer, ya que es muy hermosa.

—¿Fue una mera sospecha lo que le indujo a usted a pensar de esa forma?

—No, señor. Ella misma me lo dijo. Es decir, comenzó a decírmelo cuando yo la hice callar.

Barclay hizo una pausa y luego agregó:

—Carlyle, contésteme a esta pregunta, ¿recibió usted dinero o alguna otra compensación de cualquier naturaleza por proporcionar esos suministros a la muchacha?

—En absoluto, señor.

—¿Utilizó usted algunos de esos artículos en su propio beneficio o para su propio uso?

—Tampoco, señor.

—¿Podía considerárselos como pago de las lecciones que usted recibía?

—No, señor. Yo le pagaba en efectivo las lecciones.

—Dígame, ¿no pensó usted en algún momento que se estaba apoderando indebidamente de esos suministros?

—No, señor.

—He terminado, señor presidente.

El fiscal rodeó su mesa y fue a colocarse delante de la silla de los testigos.

—Ha quedado claramente establecido —manifestó— que sus motivos, Carlyle, al apoderarse de los suministros de la Marina y del ejército, fueron el evitar que la madre muriese de hambre, o bien que se dedicase a la prostitución. ¿Es eso cierto?

Carlyle vaciló un momento, y luego dijo:

—Bueno, creo que así es, si usted lo dice de ese modo.

—¿Cómo lo diría usted?

—Sí, sí, creo que es como usted lo ha dicho, señor.

—Por consiguiente, sus motivos eran meramente altruistas, ¿no es verdad?

—¿Qué es eso de altruistas, teniente Barclay? —preguntó el marinero, volviéndose hacia la mesa de la defensa.

—No pida usted a su defensor que le aclare conceptos. Se lo diré de otra forma —dijo el fiscal, y agregó—: ¿Obró usted con fines utilitarios?

—¿Utilitarios? —dijo Carlyle, sin comprender tampoco esta vez.

—¿Pero es que no entiende el idioma en que le hablo, muchacho? ¿Va a seguir poniendo reparos a todo lo que le digo?

Barclay se puso en pie y dijo al tribunal:

—Señores, ¿sería posible que el fiscal dejase de intimidar al testigo con sus gritos y sus manifestaciones acerca de su desconocimiento de nuestra lengua? El acusado comprenderá perfectamente lo que le dicen, si le hablan más claro y con un poco más de paciencia y educación.

—Fiscal —dijo el presidente, con suavidad—, no podemos pretender que todos los miembros de la Armada posean una educación superior.

—Está bien —replicó el fiscal, y, con tono más sereno, preguntó a Carlyle—: ¿Esperaba usted algo de la muchacha, a cambio de los artículos que usted le llevaba?

—Sólo deseaba su amistad.

—Por consiguiente, las relaciones de ambos eran totalmente platónicas, ¿no es cierto?

—¿Qué es platónicas, teniente Barclay?

—¡Señores! —exclamó el fiscal, debo solicitar al tribunal que ordene al testigo, cuando no comprenda un término, que me pida a mí la aclaración, en lugar de preguntar a la defensa.

—El acusado no debe dirigirse a su defensor cuando actúa como testigo. Y ahora tenga la bondad de definir la palabra platónico, fiscal.

—Haré la pregunta de otra forma. Quiero que me diga si usted y la muchacha, en cuya casa pasaba usted hasta cuatro horas por día, tenían relaciones íntimas. Si eran sólo amigos, o algo más que eso, ¿ha comprendido?

—Señor, yo iba allí a aprender. Esas horas las pasábamos estudiando italiano.

—Está bien. Carlyle, ya ha oído usted a la señora cuando afirmó que se había mudado desde una habitación a un piso. ¿No cree usted que un piso, comparado con una habitación, es más bien un lujo antes que una necesidad?

—No, señor, si en la habitación viven tres personas, y si el piso es pequeño y sólo tiene dos cuartos. Estoy seguro de que usted no querría vivir en ese piso si lo viera.

—Comprendido —dijo el fiscal, y agregó de pronto, cogiendo de sorpresa a Carlyle—: ¿Quién fue el padre del niño? ¿Se lo dijo ella alguna vez?

—No, señor, nunca me lo dijo.

—¿Y a usted no se le ocurrió preguntárselo nunca?

—No, señor. Pensé que no era asunto de mi incumbencia.

—Sin embargo, usted consideró que le incumbía muchas otras cosas relacionadas con la muchacha. Dígame, ¿tiene usted alguna idea sobre quién puede ser el padre?

—No, señor. Tal vez lo sea algún oficial italiano. Llegué a creerlo así por algunas cosas que ella me dijo. Aunque tal vez lo imaginé, pues ella no me habló nunca de

eso.

—Un oficial italiano, ¿eh?

—O quizá pudo ser americano. Yo no la conocía, por aquella época, ni estaba presente en ese momento.

El más joven de los jueces, que se sentaba más lejos del presidente, lanzó una carcajada, sin poderse contener. El presidente del tribunal le miró severamente, Jo que le hizo ponerse serio al momento. Volvióse el fiscal hacia Carlyle y le habló con tono sereno, casi amistoso.

—Carlyle —manifestó—, ¿diría usted que la muchacha es atractiva físicamente?

—La considero atractiva de cualquier forma.

—¿Qué quiere decir con eso de «de cualquier forma»?

—Que no sólo me atrae físicamente, sino que me gusta por su sencillez y coraje. No se deja abatir por las penurias de la vida, y eso que las tentaciones a su alrededor son muy fuertes. Además, me gusta estar junto a ella. Me gusta el modo que tiene de andar, con tanta gracia y dignidad. Tiene muchas virtudes.

—Parece ser que la encuentra usted extraordinariamente atractiva, Carlyle —siguió diciendo el fiscal, con tono afable—. Por lo que he podido ver, estoy de acuerdo con usted. En efecto, parece ser una chica sumamente interesante, y cualquiera que no sea ciego podrá advertir que es hermosa. Yo diría, más bien, que es sumamente... —el fiscal hizo una breve pausa, avanzó un paso hacia el marinero y añadió con suavidad—:...deseable.

El fiscal se había detenido muy cerca del acusado, y con tono más vivaz agregó:

—Carlyle, ha admitido usted que tenía motivos al entregar suministros oficiales a esa muchacha. Dice usted que las razones eran evitar que se muriese de hambre, y también el hecho de que ella hubiera dado a luz en el barco. Digamos que esos motivos existían; pero quiero hacerle notar que también existía otra razón muy diferente a la que se alega.

El fiscal hizo una pausa, dio unos pasos hacia un balcón, y luego volvió a donde estaba el marinero.

—Carlyle —dijo—, puedo afirmar que las largas sesiones de cuatro horas pasadas en el piso de la muchacha cuando el barco de usted volvía a puerto, no se dedicaban, como afirma, al estudio del idioma italiano. Yo afirmo que usted deseaba a esa hermosa chica más que a nada en el mundo, y que trató de hacerla su amante, lo cual consiguió. Esa fue la razón de que la hiciera mudar a un alojamiento con dos habitaciones, y afirmo que las raciones que usted le llevaba, los demás alimentos, el jabón, la harina y todo lo demás, no eran sino el pago a los favores sexuales que ella le dispensaba, porque ella era su amante, y usted le hacía regalos para que lo siguiera siendo.

El fiscal se acercó rápidamente a la mesa sobre la que se hallaban los suministros y levantó algunos, que volvió a colocar dando fuertes golpes sobre la madera.

—Ese ha sido su motivo —prosiguió diciendo el fiscal—. Para eso ha servido la propiedad de la Marina y del ejército. ¿Es cierto o no lo es, Carlyle?

El marinero aferró con fuerza los brazos de la silla, como para contenerse y no lanzarse contra el oficial que le había hablado así. El fiscal no se inmutó, sino que, por el contrario, se acercó al acusado y le dijo con tono insinuante:

—Le he hecho una pregunta. ¿Niega que sea ésa la verdad sobre lo ocurrido?

Carlyle esperó unos instantes para serenarse, y luego dijo:

—Lo niego por completo, señor.

El fiscal retrocedió unos pasos y se encogió de hombros.

—¿Niega también haber tenido relaciones sexuales con la muchacha aludida?

—Lo niego.

—¿Ni en una sola ocasión?

—Ni una sola vez.

—Perfectamente. Puesto que la defensa ha considerado oportuno traer a colación los motivos, y aún ha basado en ellos su tesis, dejemos establecida con toda claridad su posición. El defensor ha querido llegar a conclusiones, y yo voy a hacer lo mismo —dijo el fiscal, y, mirando a Carlyle, añadió lentamente—: Quedamos en que usted llevó los suministros a la muchacha sólo con el fin de evitar que padeciese hambre o que se dedicase a la prostitución, y que usted no ha recibido favor alguno de los que he especificado anteriormente. ¿Está dispuesto a sostener lo que acabo de afirmar?

—Sí, señor, eso es lo que ocurrió.

—¿Está seguro?

—Completamente seguro.

—¿Al llevarle lo que está sobre la mesa no tenía usted otros motivos?

—No, señor.

—Bien, gracias; muchas gracias.

Entonces, Barclay se dio cuenta del experto adversario que tenía en el fiscal. Este se volvió con calma hacia el tribunal y manifestó:

—He terminado, señores.

—¿Desea preguntar la defensa? —inquirió el presidente.

—Muy brevemente, señor —replicó Barclay, y se dirigió hacia la mesa del taquígrafo, cogió un libro que había en ella, y acercándose a Carlyle se lo entregó al tiempo que decía:

—Carlyle, ¿quiere decir al tribunal qué libro tiene usted en las manos?

—Es una biblia.

—¿En qué idioma está escrita esa biblia?

—En italiano, señor.

—¿Quiere abrirla y comenzar a leer al azar, por la página en que la haya abierto?

Carlyle obedeció y empezó a leer:

—«*Salvo che il Signore edifica la casa, in vano vi si affaticano gli edificatori. Salvo che il Signore guarda la città, in vano vegghiano le guardie...*».

Cuando el marinero hubo leído media docena de versículos, Barclay le interrumpió y dijo:

—Tenga la bondad, ahora, de traducir lo que acaba de leer, Carlyle.

—«*A no ser que el Señor edifique la casa, en vano se afanarán los constructores. A no ser que el Señor guarde la ciudad, en vano vigilarán los centinelas...*».

Barclay cogió la biblia que tenía Carlyle en las manos y manifestó:

—Pido permiso para que declare rápidamente el intérprete.

—Concedido.

El intérprete tomó asiento en la silla y juró como testigo. Barclay dijo entonces:

—Creo que no puede ponerse en tela de juicio la capacidad del testigo en lo que al idioma italiano se refiere, ya que es el intérprete oficial de este tribunal. Ahora bien, yo pregunto al intérprete, ¿qué puede usted decir acerca de los conocimientos que tiene del idioma italiano el testigo anterior, es decir, el acusado en este juicio?

—Yo diría que son excelentes, señor.

—¿Tanto la pronunciación como la traducción?

—Sí, señor —dijo el intérprete—. Tiene buenos conocimientos del idioma, y creo que con un poco más de estudio llegaría a dominar a la perfección el italiano.

—He terminado.

—El testigo puede volver a su sitio.

El intérprete bajó del pequeño estrado y volvió a ocupar su lugar.

—¿Tiene algo que decir el fiscal?

—Desearía llamar a otro testigo, señor.

El presidente pareció algo irritado, y dijo:

—¿Cómo es eso? Teníamos entendido que ya había presentado usted a todos sus testigos.

—Lo siento, señor, pero la necesidad de llamar a otro testigo ha surgido como consecuencia de las declaraciones hechas por el acusado.

El presidente del tribunal miró su reloj y manifestó:

Son ya las cuatro y media, y me temo que tengamos que aplazar la vista de la causa hasta mañana. ¿Está conforme el fiscal?

—Sí, señor.

—Tenga la bondad de dar el nombre del testigo.

—El testigo es... —dijo el fiscal, echando una mirada a un trozo de papel que tenía en la mano, y luego observando a Barclay— es el teniente Allen Shanley.

### *Segunda mañana*

—Diga su nombre, grado y destino actual.

—Allen Shanley, teniente de la Armada de Estados Unidos de América, oficial de desmontaje de bombas con destino en Nápoles.

Al oír estas palabras, el presidente del tribunal se inclinó hacia adelante, evidentemente interesado. El fiscal estableció rápidamente que el «jeep» que había utilizado Carlyle pertenecía a Shanley, si bien éste desconocía el uso que el marinero había hecho del vehículo.

—Teniente, le he pedido que declare sólo para que me conteste una pregunta. Es de vital importancia para esta causa, y espero que le concederá la atención que merece.

El fiscal hizo una pausa mientras miraba a través del balcón, hacia el jardín inundado de sol.

—Antes de que conteste a la pregunta, teniente, creo que es mi obligación manifestar que la acusación está dispuesta a aportar testigos que pueden afirmar haber visto a una muchacha italiana, a la que son capaces de identificar, entrar en la residencia de oficiales solteros donde usted vive, a las once de la noche en cuestión, y no salir de allí hasta las cuatro de la madrugada, habiendo llegado y habiéndose marchado en compañía de usted. Puedo además señalar que los testigos no recuerdan aquella noche debido a la visita de la joven, sino porque hubo una gran tormenta. Esta circunstancia tal vez le ayude a acordarse mejor acerca de lo que ocurrió en tal oportunidad. Menciono esto, teniente, no porque considere que usted no dirá la verdad, sino para ahorrar tiempo al tribunal, acelerando la marcha del proceso.

El fiscal miró a través del balcón —el lejano cono del Vesubio parecía atraer con frecuencia su atención—, y de pronto se volvió hacia Shanley y dijo:

—Teniente, ésta es mi pregunta: ¿Tuvo usted, en la noche del 22 de abril de 1944, o en alguna otra noche, trato carnal con una mujer italiana llamada Coco Comparo?

Shanley permaneció en silencio unos segundos, y por fin contestó:

—Sí, lo tuve.

Barclay no miró a Carlyle, pero pudo darse cuenta de que el marinero no estaba mirando al testigo, sino hacia el exterior, a través de los grandes ventanales.

—Gracias, teniente —dijo el fiscal—. Quisiera hacerle aún dos breves preguntas. En la noche del 22 de abril de 1944, ¿sabía usted que la *signora* Coco Comparo tenía gran amistad con el marinero Peter Carlyle?

—Lo ignoraba. Eso lo supe más tarde.

—Y por último, ¿hizo usted regalos alguna vez a la referida mujer?

—Sí, señor.

—¿Qué regalos fueron éstos?

—Fueron prendas de vestir: un par de vestidos, medias, un par de zapatos. Uno de los vestidos se halla ahora sobre aquella mesa.

—Gracias, teniente. He terminado.

Barclay preguntó a su vez:

—¿En cuántas ocasiones cohabitaron usted y la *signora* Coco Comparo?

—Una sola vez —dijo Shanley quedamente.

—No tengo más preguntas que formular.

Shanley bajó del estrado y desapareció por la puerta del salón. El fiscal dijo a continuación:

—Señor, desearía volver a interrogar brevemente a uno de los testigos.

—Está bien, concedido.

—Ordenanza, tenga la bondad de llamar a la *signora* Comparo.

La muchacha entró una vez más y se sentó en la silla de la plataforma. El fiscal le habló desde su sitio.

—Además del vestido rojo que está sobre la mesa, ¿le regaló algo más el teniente Shanley?

—Sí, me regaló medias, unos zapatos y otro vestido, el que llevo puesto.

—Que por cierto le sienta muy bien, *signorina*. Y dígame, ¿cuáles eran sus relaciones con el teniente Shanley?

—Me llevó varias veces al club de oficiales y al restaurante, donde comimos.

El fiscal esperó un momento y luego se acercó a la testigo, a la que habló lentamente.

—Señorita, este tribunal acaba de recibir la declaración del teniente Shanley, y por ella puede deducirse que la lista de los lugares a donde fue con él no está completa. ¿Insiste usted en que lo está, o prefiere tomarse tiempo para pensarlo? Dispone usted del tiempo que crea conveniente.

Coco escuchó la traducción que hizo el intérprete, vaciló unos instantes y luego dijo:

—Me acosté con él en una ocasión.

La muchacha no miró a Carlyle cuando hubo hablado, pero aunque lo hubiera hecho sus miradas no se habrían encontrado. Desde que Shanley hizo su declaración, el marinero no había cambiado de postura; seguía mirando hacia el exterior, a través de los altos balcones.

—¿Sucedió eso durante la época en que el marinero Carlyle le llevaba a usted suministros de la Marina y del ejército?

—Sí, fue durante ese tiempo.

—Es decir, que al dedicarse usted a la prostitución con el teniente Shanley...

—Protesto, señor, protesto enérgicamente —dijo Barclay, poniéndose en pie rápidamente.

El fiscal aparentó sorprenderse y dijo:

—Dos personas, los dos participantes en el hecho, lo han testimoniado así.

—Señor, no han declarado tal cosa, y el fiscal lo sabe muy bien. Los testigos dicen haberse acostado juntos una sola vez. Eso difícilmente puede ser considerado como prostitución en el caso de una mujer.

—Bien, retiro la palabra, si es que ofende al defensor —manifestó sarcásticamente el fiscal—. Admito que no se dedicó a la prostitución, sino que se acostó con el teniente... una vez. Y dígame, señorita, ¿se acostó usted con el teniente

Shanley por el mismo motivo que con el marinero Carlyle, es decir, porque le regalaba cosas?

Barclay se levantó para protestar antes de que Coco cayese en la trampa que le había tendido el acusador, pero la muchacha no cayó en ella.

—Señor, yo nunca me acosté con Red..., quiero decir con el marinero Carlyle.

—Le pido perdón, señorita —dijo el fiscal con artificial cortesía—, por haber puesto en duda su virtud..., en relación con el marinero Carlyle. Contésteme ahora, por favor: ¿por qué motivo salió usted con el teniente?

—Quería distraerme un poco. Pensé que tenía derecho a ello, y el teniente Shanley me llevó al club de oficiales y al restaurante de oficiales, situado en el mismo edificio donde él vive. El club de oficiales es un sitio muy alegre, y en el restaurante hay una comida que no se encuentra en ninguna otra parte de esta ciudad.

—Es decir, que salió usted con el teniente Shanley para «divertirse», ¿verdad? ¿También por esa razón se acostó usted con él, señorita?

—No, no fue por eso —replicó Coco con serenidad—. Lo hice tal vez como muestra de agradecimiento.

—Entendido. El teniente Shanley le proporciona diversiones, ropas y comida, y usted le retribuye con las «muestras de su agradecimiento», muestras que, por raro que parezca, no dispensó usted al marinero Carlyle.

—No. Y sin embargo, no estaba enamorada del teniente Shanley —aseguró ella, y, después de vacilar un momento, agregó—: Sino de Red.

—Me alegra saber, señorita —dijo el fiscal, secamente—, que al menos no estaba usted enamorada simultáneamente de dos miembros de la Armada, y que sólo se limitaba a estarlo de uno y a acostarse con el otro. ¿Puede ahora decirme por qué sólo durmió una vez con el teniente Shanley?

—Red..., es decir, el marinero Carlyle comenzó a llevarme más cosas, y, además, me di cuenta de que me estaba enamorando de él.

—Claro, dejó usted de dormir con el oficial cuando el marinero comenzó a llevarle *más* cosas.

El fiscal se acercó después a la mesa que contenía los artículos confiscados.

—Señorita —dijo, alzando la voz desde la distancia en que se hallaba—, este tribunal ha escuchado el testimonio de que la razón que impulsó al marinero Carlyle a llevarle estos suministros, las raciones C y K, el jabón, las conservas de frutas, la harina, y Dios sabe cuántas cosas más, la razón que le impulsó, repito, fue la de impedir que usted cayera en la prostitución. Si ésa era la intención del acusado, señorita, ¿no cree usted que fracasó en su empeño?

Traducida la pregunta, Coco vaciló y no se decidió a contestar. El fiscal insistió:

—¿No le parece que el marinero Carlyle fracasó en el objetivo que se había propuesto?

—Por favor, que el fiscal baje el tono de su voz —dijo Barclay, principalmente para que Coco tuviera tiempo de contestar.

—¡Por favor, que conteste la testigo! —gritó el fiscal, iracundo ante la evidente artimaña—. Veamos, señorita, ¿quiere responder a mi pregunta?

—No soy yo quien debo juzgar si Red fracasó o tuvo éxito, señor. ¿Es que lo que yo hice se considera como prostitución en su país?

—Señorita Comparo —dijo el fiscal, con tono profundamente sarcástico—, me temo que ni yo ni este tribunal dispongamos de tiempo, sobre todo en medio de una difícil contienda, uno de cuyos fines consiste en liberar a su país, para informarle sobre los usos morales que rigen en Estados Unidos. El hecho evidente es que usted tuvo trato carnal con un hombre, mientras decía al otro que no haría eso si le llevaba suministros pertenecientes a la Armada americana. ¿Es cierto, o no lo es?

—Eso es simplificar demasiado las cosas, y no ocurrió así, si bien contribuyó a ello. Lo que usted dice es verdad, aunque sólo en parte —dijo la muchacha.

—Estamos investigando hechos, por sencillos que sean —contestó secamente el fiscal—. Y ahora vuelvo a preguntarle si el hecho de haber tenido usted relaciones íntimas con un hombre no desvirtuaba la intención del marinero, que le llevaba los productos para evitar que usted cayera en la prostitución. Conteste, por favor.

—Carlyle no sabía siquiera que yo me entrevistaba con el teniente Shanley —dijo Coco—. Tampoco sabía que yo estaba enamorada de él, de Red. Iba a confesárselo después de haber mandado llamar al teniente Shanley para decirle que no podíamos seguir viéndonos. Pero eso ocurrió la misma noche en que Red fue detenido, de modo que no tuve ocasión de hacerlo.

—Vaya, qué mala suerte —comentó irónicamente el fiscal—. No tengo más que preguntar. ¡Ah, un momento, por favor!

Coco había comenzado a ponerse en pie y volvió a sentarse.

—Debo hacerle una pregunta más —advirtió el fiscal, y se acercó a la muchacha sosteniendo en la mano una hoja de papel que había recogido de su mesa—. Señorita, en este papel hay una lista con ocho nombres pertenecientes a otros tantos miembros de las fuerzas armadas americanas, entre los cuales se halla el del teniente James Craig, de la División de Investigación Criminal. Todos ellos están de servicio en Nápoles y pueden ser llamados a declarar si se hace necesario. Entre otras cosas pueden testimoniar haber estado en el curso de los últimos diez días en un piso de vía Apolo, 24. Debo añadir que el teniente Craig fue allí asumiendo la identidad de un piloto de bombardeo, y actuó en misión oficial. Los otros siete oficiales fueron a la casa por su propia voluntad, y sólo se les interrogó al marcharse. Hubo una diferencia respecto al teniente Craig, pues si bien es cierto que pagó lo estipulado, como los otros, en cambio no aceptó los servicios ofrecidos. Como digo, los ocho oficiales pueden testimoniar sobre los hechos ocurridos en el citado piso, pero tal vez ahorremos tiempo con algunas preguntas a la testigo. Hagamos al menos la prueba. Dígame, señorita, ¿conoce usted la antedicha dirección, vía Apolo, 24?

Barclay se dio cuenta entonces de que era lógico que hubieran hecho seguir a la muchacha, por lo cual todo se sabía ya, seguramente. Una ira ciega le invadió al

pensar en ello, sobre todo en el hecho de que hubieran enviado a Craig a propósito. Tuvo Barclay intenciones de solicitar la presencia de Craig para tratar de perjudicarlo de algún modo, pero se dio cuenta de que nada se ganaría con ello, y que sólo valdría para dañar aún más a la muchacha. De todos modos preguntó:

—Señores, ¿estamos acaso juzgando a la señorita Comparo en esta causa?

El fiscal se volvió lentamente hacia el tribunal y contestó:

—Sin duda tenemos derecho a probar el carácter de un testigo tan importante. Precisamente la defensa ha insistido en la importancia que tiene este testigo.

—El fiscal puede proseguir —dijo el presidente.

—Taquígrafo, lea, por favor, la última pregunta.

—«Señorita, ¿conoce usted la antedicha dirección, vía Apolo, número 24?».

—Sí, allí es donde vivo ahora.

—¿Se mudó usted de vía Mazzini, 36?

—Así es.

—Vía Apolo, 24, es un sitio mucho mejor, ¿no cree?

—Mucho mejor, desde luego.

—Y también mucho más caro, ¿me equivoco?

—No; es mucho más caro.

—Señorita, ¿cuál es su actual ocupación?

Coco no contesto, y Barclay oyó la voz del fiscal, que, implacable, insistía:

—Señorita, no sé si ha oído mi pregunta. Voy a repetirla: ¿Cuál es su actual ocupación?

—Soy prostituta.

El fiscal se inclinó levemente y dijo:

—Estoy seguro de que el tribunal sabrá agradecerle el ahorro de tiempo que supone tener que escuchar a ocho testigos más. He terminado, señores.

Barclay permaneció en su asiento como si fuera víctima de una pesadilla, olvidándose por un momento del lugar en que se hallaba. Sin embargo, su cerebro estaba trabajando con una terrible rapidez. Se le ocurrió de pronto que el fiscal, en vez de presentar evidencias perjudiciales para el acusado, estaba exhibiendo pruebas que podían beneficiarle. En tal caso, ¿por qué lo hacía? Tal vez era el triunfo que representaban aquellos testimonios, sin tener en cuenta las consecuencias que podían acarrear a la causa.

—Fiscal, ¿ha terminado de interrogar a la testigo?

—Por el momento sí, señor.

Barclay se puso en pie, y, tras rodear su mesa, se acercó a la plataforma donde estaba sentada Coco.

—Dígame, señorita, ¿usted se trasladó a vía Apolo, 24, antes o después de la detención del marinero Carlyle?

—Después. No hubiera podido pagar el alquiler del piso de vía Apolo con lo que Carlyle me entregaba.

—Conteste esta pregunta. Aparte de la vez en que estuvo con el teniente Shanley, ¿tuvo usted relaciones íntimas con otro hombre, desde que conoció al marinero Carlyle, hasta que éste fue detenido?

—No, nunca; menos esa vez, con el teniente Shanley.

—En consecuencia, sólo después de que Carlyle fue arrestado se dedicó usted a la prostitución, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y por qué lo hizo?

—Porque Red no podía ya mantenernos a mí y a mi hijo.

—Es decir, que mientras Carlyle le entregó alimentos y dinero usted no se dedicó a la prostitución, y comenzó a hacerlo sólo cuando él dejó de ayudarla, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y además, usted no ha vuelto a ver siquiera al marinero Carlyle desde el momento en que se mudó al piso de vía Apolo, 24, donde comenzó a actuar como prostituta, ¿es cierto?

—Sí; no le he visto desde la noche en que le detuvieron en vía Mazzini, 36.

—Nada más, señores.

—No tengo más que preguntar —manifestó el fiscal, por su parte.

Coco salió de la estancia, y lo hizo sin mirar a Carlyle. Aunque Barclay sabía que el caso había mejorado para la defensa con la última parte del testimonio, no dejó de pensar en el tremendo precio que ello había costado, por lo que no se sintió capaz de volverse a mirar a Carlyle. En ese momento se dejó oír de nuevo la voz del presidente del tribunal.

—¿Tiene más testigos que presentar el fiscal?

—No, señor.

—¿Y la defensa?

—Tampoco, señor —replicó Barclay.

—Señores —dijo el presidente—, esperaba que hubiéramos terminado el juicio esta mañana, pero veo que me he equivocado, y tendremos que continuar por la tarde. Caballeros, los hechos han sido debidamente expuestos, y debo felicitar al fiscal y a la defensa por haberlo hecho con tanta propiedad. No creo que sea necesario extenderse en dilatados argumentos. ¿Les bastará con un cuarto de hora a cada uno? ¿Qué dice la defensa?

—Me parece suficiente —contestó Barclay—. Tal vez necesite menos.

—¿El fiscal?

—Quince minutos me bastarán para contestar a la defensa, señor.

—Entonces doy por sentado que podremos terminar el juicio esta misma tarde. Se suspenden las sesiones de este tribunal hasta las catorce horas.

*Segunda tarde*

—Señores —dijo Barclay, al dirigirse a los miembros del tribunal—, el acusado, marinero Carlyle, en ningún momento ha negado o ha tratado de eludir las acusaciones de haberse apropiado de suministros del Gobierno americano, para entregarlos a civiles italianos. En modo alguno, sin embargo, se advierte que tales suministros hayan sido sustraídos en grandes cantidades. Pueden haber sido sustracciones continuas a lo largo de varias semanas, pero nunca importantes. Sólo lo que cabía cada vez en una mochila, y un par de sacos de harina.

»El buque del acusado llegaba a puerto dos veces por semana, o tres veces, como máximo. Las pruebas demuestran que en cada una de esas ocasiones el acusado entregó el contenido de la mochila en artículos de la Armada y del ejército, a la muchacha italiana que ha prestado declaración, para que los utilizaran ella y su hijo. Además de eso se ha demostrado que el acusado llevó en dos ocasiones dos artículos de mayores dimensiones, es decir, dos sacos de harina de cincuenta kilos, que valen en Estados Unidos cerca de seis dólares cada uno. En todos los casos, cuando llevaba la mochila a la vista y cuando transportó los sacos en un “jeep” tan fácil de identificar, el acusado no hizo esfuerzo alguno por ocultar sus actividades. Por otra parte, tampoco se ha podido demostrar que el acusado utilizara alguno de esos artículos en provecho propio. Sus motivos han quedado determinados fuera de toda duda. El acusado se apropió de los suministros para evitar que una mujer y su hijo padecieran hambre, y para que la mujer no se dedicara a la prostitución. Sobre este último punto, el mismo fiscal ha aportado pruebas de que la mujer mencionada no se dedicó a la prostitución sino después de que el marinero Carlyle hubo sido detenido. Esto último impidió que siguiera proporcionándole su ayuda. No podía existir mejor prueba sobre la validez de los motivos que impulsaron al acusado. Las pruebas relativas a la señorita Comparo, dedicada a la prostitución después de alejarse del acusado, han hundido más aún en la ruina a la muchacha, pero han servido, como ninguna otra evidencia, para demostrar que Carlyle la ayudaba precisamente para que no siguiera un camino equívoco.

»En cuanto a las actividades de la joven antes de la detención del acusado, estoy seguro de que el tribunal no considerará como prostituta a una mujer que se acuesta una sola noche con un hombre, que es lo que pretende el fiscal. Eso sería un juicio excesivamente precipitado. En resumen, se ha establecido con claridad: primero, que el acusado se apropió de los suministros para salvar a la mujer y su hijo del hambre, y para impedir que ella cayese en la prostitución; segundo, que el acusado tuvo éxito en su empeño. No hubo otros motivos que le impulsaran, según ha podido determinarse con toda exactitud.

»¿Qué es lo que había detrás de esos motivos, señores? La muchacha a la que el marinero Carlyle ayudó, encontróse en el apogeo de la batalla de Anzio aislada, en aquella playa, junto con otros italianos, careciendo de familia, de hogar y de pertenencias. Lo único que la diferenciaba de los demás era que iba a tener un hijo. Y sucedió que la criatura nació en el buque americano que la transportaba. El mismo

nacimiento puede considerarse en sí como una especie de triunfo. Gracias a la ayuda de la Providencia y a la decisión de los tripulantes del buque, el niño nació felizmente a bordo, a pesar de lo agitado del mar y de la ausencia de médico en el barco. El acusado ayudó en cierto modo al nacimiento del niño, y su simpatía no pasó inadvertida para la madre. Habría sido extraño que hubiese ocurrido de otro modo.

»Pero la identificación del marinero Carlyle con la madre y el hijo, señores, no cesó cuando aquélla abandonó el buque. Poco después, el acusado fue a ver a ambos a la habitación que ocupaban en Pozzuoli. Al advertir que no tenían recursos, se encargó de ayudarles, no sólo porque les había cobrado afecto, sino porque consideró que la Armada tenía cierta obligación con la madre y el hijo, al haber nacido éste a bordo de un barco americano, y no podía desampararles en medio de la contienda. En consecuencia, se apropió indebidamente de suministros de la Marina y del Ejército. No se puede negar este hecho, y es evidente que se trata de algo punible. Pero surge ahora una pregunta de gran importancia, y es ésta, señores: ¿Puede justificarse en algún caso la apropiación indebida de suministros? No hay duda de que el acusado no obró con deseos de cometer un daño, sino que, muy al contrario, sólo pretendía hacer el bien, manteniendo a un niño que había nacido en su barco, y a la madre de la criatura. ¿Debía dejar el acusado, señores, que ambos pasaran hambre? No creo que pueda aceptarse eso, y confío en que ustedes, oficiales navales, tampoco lo aceptarán.

»También hay otro hecho que justifica al acusado Carlyle, y es que resulta una práctica común, tanto entre los oficiales como entre los marineros americanos, el entregar algunos suministros a los civiles italianos, lo cual se hace, en ocasiones, por motivos mucho menos altruistas que los que indujeron a obrar al acusado. ¿Hay en esta sala algún miembro de la Armada que asegure no haber entregado nunca un artículo americano a los italianos? Me atrevo a decir que no lo hay. Si el marinero Carlyle es culpable, entonces todos nosotros somos culpables. Yo diría, más bien, que el único culpable es la situación que ha creado la contienda.

»La guerra trae consigo muchas cosas malas, entre ellas el hambre. Y también la compasión, que fue lo que movió al marinero Carlyle. Esa compasión le empujó a ayudar a una madre y un hijo desamparados, y el precio que pagó fue apropiarse de unos artículos de uso oficial. Si condenan al acusado, señores, están condenando una característica de las guerras que ningún hombre puede cambiar. Las pocas raciones, barras de jabón y los dos sacos de harina, no han detenido un solo minuto el avance de las armas aliadas, señores. Pero han impedido que dos seres humanos padecieran hambre, y tal vez les han salvado de la muerte. Si condenan esto, señores, condenan lo mejor que hay en el espíritu del hombre. No puedo creer que el tribunal llegue a esa decisión.

»Señores, sólo me resta hacer referencia a un punto. No quiero dejar que concluya este consejo de guerra sin confesar el disgusto que me han producido ciertas medidas tomadas por la acusación para lograr pruebas contra el acusado, y, según se ha advertido, contra la muchacha a la que ayudaba. Me refiero específicamente a la

investigación que se llevó a cabo contra ella después de la detención del acusado. Con ello no parece haberse logrado nada útil, y en cambio se han rebasado los límites del juego limpio y la ecuanimidad que caracterizan a nuestro pueblo y a los servicios armados de Estados Unidos. ¿Era imprescindible que el fiscal enviase un agente de la División de Investigación Criminal al piso de la muchacha, para tratar de comprar sus favores haciéndose pasar por aviador militar? ¿Era necesario seguirla, o más bien, perseguirla, una vez que sus relaciones con el acusado habían cesado a consecuencia del arresto del mismo? No, señores. No era en absoluto necesario nada de ello, y puedo decir que hasta estaba fuera de lugar. Uno piensa, no sin asombro, en las muchas horas que de ese modo han empleado unos oficiales, en medio de una guerra que se realiza contra un enemigo mucho más formidable que una muchacha italiana y un marinero que se apropia de unas pocas latas de alimentos. Tal vez todo se haya debido a un exceso de celo en las funciones, y no quiero dejar de hacer constar mi creencia de que la acusación se ha hecho culpable de ello. Puede ocurrir, señores, que a veces tenga unos excesivos deseos de acusar, de condenar. Yo no sé si habrá sido así, a ciencia cierta, y en todo caso dejo la decisión en manos de la Providencia, y de los jueces de este consejo de guerra.

Barclay tomó asiento, y en la plataforma donde se acomodaban los integrantes del tribunal dejó oír un leve murmullo. Luego, el fiscal se puso en pie lentamente.

—Miembros del tribunal —comenzó diciendo—. Aplaudo la elocuencia del oficial defensor... y su destreza. Iré más lejos aún, y pronosticaré para mi oponente un brillante futuro en la jurisprudencia, por haber defendido tan brillantemente una causa donde había tan poco que defender. En efecto, ha apelado a los mejores sentimientos que hay en nuestro ser; ha insistido una y otra vez en el deseo del acusado de ayudar a unos seres en desgracia. A eso ha reducido su defensa, porque no podía hacer otra cosa. Pero, señores, debo señalar que los motivos no tienen importancia en este caso. Puede parecer duro decirlo, pero la presencia de la Armada aquí no obedece al deseo de evitar que padezca hambre un niño, ni a impedir que una *signorina*, por hermosa y joven que sea, pueda dedicarse a la prostitución. La Marina, lo mismo que otros servicios de Estados Unidos, han hecho mucho por ayudar a la población civil. Pero ése no es el objeto de la Marina. Y, por encima de todo, no compete a ningún miembro de la misma el decidir de qué forma deben emplearse los suministros oficiales. Si se hiciera al revés, y se dejase tal decisión a los millones de hombres de uniforme que encuentran necesitados a su paso, si se consintiera que cada militar actuase según sus sentimientos y distribuyera suministros a su antojo, las consecuencias serían tan desastrosas que resulta superfluo tratar de enumerarlas. La defensa ha expuesto los motivos que impulsaron a su cliente, como si la Marina tuviera un reglamento para uno de sus miembros, y otros reglamentos diferentes para los demás. La idea falla totalmente por la base. Son las autoridades navales

adecuadas, y no cualquier miembro de la Marina, quienes han de decidir si debe suministrarse una ayuda que el acusado resolvió otorgar por su cuenta.

»No menos improcedente es el aspecto, que no ha llegado a establecerse con claridad en este proceso, de si el acusado ocultaba o no sus actividades cuando se apoderaba de los artículos de origen oficial. Este consejo de guerra tiene por única misión determinar si se han infringido los reglamentos navales y militares. Los motivos, por dignos de aplauso que sean, y los métodos empleados, no son factores que deban tenerse en cuenta, señores.

»Por otra parte, la validez de las causas que impulsaron al acusado ha sido anulada por el testimonio de la misma muchacha a quien se proporcionaba la ayuda. Los esfuerzos de la defensa por presentarnos a esa mujer, Coco Comparo, como un dechado de virtud, se han venido abajo ante el hecho de que tenía comercio sexual con otro hombre en el mismo momento en que afirmaba al acusado que no lo haría, si él le prestaba su ayuda. Tanto si ocurrió una como veinte veces, señores, el caso es que se dio el acto de prostitución, que, por si la defensa lo ignora, consiste en la fornicación a cambio de una recompensa de cualquier naturaleza, sea aquélla alimentos, vestidos, o unos momentos de “diversión”.

»Pero aun cuando el acusado hubiera conseguido su propósito de impedir el descarrío de la muchacha, con ello no quedaba él justificado, ya que el marinero Carlyle no ha sido designado por la Marina para cuidar de la virtud de las mujeres de Nápoles. Y debo añadir que, si a cada una de las muchachas de la ciudad hubiera que entregarles material de uso oficial para impedir que tomasen el mal camino, en tal caso nada quedaría para la utilización de la Armada. El acusado asegura que ayudó a la mujer por afecto, y que no recibió favores de ninguna especie a cambio de su ayuda. No pongo en tela de juicio el afecto que sintiera el marinero Carlyle por la muchacha, sumamente hermosa como hemos visto, pero el creer que lo hacía por simple altruismo resulta muy difícil de admitir.

»Si hemos de pensar en los motivos que indujeron a obrar al acusado, tenemos pleno derecho, porque lo indica la lógica, a creer que la joven era la amante del marinero Carlyle, y que los suministros que éste le llevaba continuamente y a ritmo creciente, no eran sino el pago que ella obtenía por los favores sexuales que le otorgaba. Pero insisto en que las causas carecen de importancia. Lo que sí la tiene es el hecho de que el acusado violó unas ordenanzas navales perfectamente establecidas, lo cual él mismo admitió como hemos podido apreciar.

»Como justificación, además, la defensa alega que muchos otros han hecho lo mismo que el acusado. He ahí un argumento singular. Yo diría que no son muchos los que se hayan apoderado de un par de pesados sacos de harina; pero, sea como fuere, este tribunal no se ha reunido para enjuiciar los delitos de otros, sino los cometidos por el acusado. El código naval y el militar no hacen excepciones, señores. No eligen entre los que delinquen para castigar sólo al peor. Los agentes legales de la Marina y del ejército deben aprehender a los que infringen las leyes, y los tribunales militares

deben condenarlos. De nada vale hablar de los que no son aprehendidos y que pueden actuar aún peor o con motivos menos altruistas que el acusado. Esos no están aquí para que ustedes los juzguen, señores. Sólo disponemos del que ha sido sorprendido cometiendo el delito: el acusado, aquí presente. Si sostuviéramos el principio de no castigar a un delincuente porque otros andan sueltos, con ello habríamos puesto fin a la ley y al orden.

»Pero admitamos, con la defensa, que la práctica de suministrar material oficial al mercado negro está muy difundida en esta zona. El defensor utiliza este hecho para defender al acusado. Yo, en cambio, señores, lo utilizo para solicitar la condena por parte de este consejo de guerra, y pido que se actúe con firmeza. ¿Cuáles son los hechos, pues? Son sumamente sencillos, señores. El acusado tomó suministros sin haber sido autorizado para ello, y los dedicó a fines que no estaban permitidos. Lo hizo durante un período nada corto, y aumentando la cantidad continuamente.

»Señores, tienen ustedes dos alternativas: O bien establecen con firmeza — mediante la adecuada acción disciplinaria, a fin de que todos lo sepan—, que semejante conducta no puede tolerarse, o bien absuelven al acusado, con lo que aprueban implícitamente su conducta y dan lugar a que todos los marinos y soldados de esta zona se enteren de que puede sustraerse material oficial, si los motivos lo justifican. ¿Se concibe una decisión semejante en un consejo de guerra?

»Por último, señores, pasaré por alto las objeciones que ha puesto la defensa a los métodos utilizados en este caso para obtener pruebas destinadas a la acusación. Manifiesto, no obstante, que estoy en pleno desacuerdo con dicha aseveración, ya que los métodos han sido perfectamente legales y han estado dentro de la línea acostumbrada. Tal protesta es improcedente, como muchas de las hechas por la defensa, que ha tenido que defender un caso tan poco consistente. No me extenderé más, en consecuencia, sobre ese aspecto.

»Señores, en conciencia no pueden tomar más que una decisión. Esta puede resultar dolorosa, como ocurre a menudo en los consejos de guerra. Pero los efectos de una sentencia absolutoria serían muchos más lamentables, pues no sólo influirían en un hombre, sino en un gran número de ellos, alentándolos a apropiarse de los suministros que tantos esfuerzos y vidas han costado a quienes se encargan de entregarlos a nuestras tropas. La decisión resultará difícil, señores, pero los integrantes de un consejo de guerra no son elegidos entre personas que eluden tomar decisiones difíciles. Señores —dijo el fiscal con voz suave—, yo sé muy bien, como lo saben ustedes y lo sabe el mismo defensor, que sólo tienen una elección, la cual puede evitar otros consejos de guerra como el que aquí nos ha reunido. Señores, yo les pido, y lamento sinceramente tener que hacerlo, que encuentren justificadas las acusaciones presentadas, y que condenen al acusado a la máxima pena atribuible a su delito.

El fiscal tomó asiento, y en seguida el presidente manifestó:

—Este tribunal se retira a deliberar y a establecer sus conclusiones.

## Veredicto

Comenzaba a anochecer cuando los componentes de la corte marcial ocuparon sus sitios. Luego habló el presidente.

—Tenga la bondad de adelantarse el acusado —dijo.

Carlyle se puso en pie, rodeó la mesa y cruzó en diagonal el salón hasta situarse a corta distancia de la plataforma grande, donde se mantuvo erguido. El presidente manifestó a continuación, con tono mesurado:

—Este consejo de guerra ha llegado a las siguientes conclusiones: primer cargo de la acusación, probado; segundo cargo de la acusación, probado. En consecuencia, se declara culpable al marinero de segunda clase, Peter Carlyle, de la Marina de guerra de Estados Unidos.

El presidente del tribunal miró a Carlyle y agregó:

—Marinero Carlyle, ¿desea decir algo antes de oír la sentencia de este tribunal?

—No, señor —contestó Carlyle con voz serena.

—Perfectamente —dijo el presidente, y cogió una hoja de papel, que comenzó a leer—: «Este tribunal sentencia a Peter Carlyle, marinero de segunda clase de la Armada de Estados Unidos, a reclusión por un período de dieciocho meses, a su expulsión deshonrosa del servicio naval, y a sufrir las penas accesorias que se mencionan en el artículo 622 de los reglamentos navales». Tenga la bondad, el sargento de Marina, de hacerse cargo del prisionero. Habiendo concluido todos los asuntos concernientes a este consejo de guerra, el mismo pone fin a sus sesiones.

El policía naval se adelantó hacia Carlyle. Barclay se puso en pie y avanzó hacia el marinero, que permanecía inmóvil, mirando fijamente al frente. A través de los grandes ventanales, Barclay pudo ver a lo lejos el cono del Vesubio, lanzando vapores rojizos al cielo, que iba oscureciéndose rápidamente.

## LA ÚLTIMA EXCURSIÓN

La primavera alegraba ya el campo, y el día era espléndido, mucho mejor en todos los aspectos que el de la última vez en que Sarah y Barclay habían pasado por aquella carretera. Era mediados de mayo; la temperatura resultaba agradable, no hacía viento, y tampoco se observaba una sola nube en el intenso cielo azul que iba a confundirse con el mar a lo lejos, sin que se apreciara casi el punto de unión entre ambos elementos.

Al otro lado de la carretera, los campos se extendían a gran distancia en una ondulada topografía en la que reinaba una paz absoluta. No se veían tanques quemados, ni filas de refugiados con sus hatillos al hombro, y tampoco se apreciaban explosiones que turbaran la quietud de la atmósfera. Era un día tranquilo, que parecía hecho para serenar los ánimos. Barclay había plegado la lona del «jeep», y cada recodo del camino proporcionaba un nuevo panorama de las pardas lomas o del mar azulino que se unían en las caletas, limitadas todas por un par de brazos rocosos dirigidos hacia las aguas.

—Hacía ya mucho tiempo que no me sentía tan alejada de la guerra y de las preocupaciones que ella impone —dijo la enfermera—. Me gustaría que pudiéramos disponer de una semana para nosotros, y no de una sola tarde. Pero una tarde es mejor que nada.

Barclay y Sarah podían divisar ya la pequeña caleta de pesca que llamaban «nuestra playa», a pesar de que se encontraban en la cima de un monte a buena distancia de ella. Unos minutos más tarde, Barclay detenía el vehículo sobre la arena. No se apreciaba signo alguno de vida en los alrededores, y de no ser por el cobertizo, nadie diría que allí pudo estar el hombre alguna vez. Rodeada por los promontorios laterales, la caleta parecía dormir un sueño de paz.

—Me pregunto si vendrán personas aquí en alguna ocasión —dijo Sarah—. Sin embargo, es una playa encantadora. Resulta difícil creer que sólo nosotros vengamos a ella.

—Tal vez hayamos dado con la única playa desierta, entre las muchas que existen a lo largo de la costa —afirmó Barclay.

La pareja se encaminó lentamente hacia uno de los promontorios rocosos. La arena era fina y limpia, y el agua aparecía sumamente clara. Barclay sintió deseos de echarse a nadar.

—¿Eres buen nadador? —preguntó ella, como si hubiera adivinado los pensamientos del teniente.

—En efecto, soy bastante buen nadador.

—Si estuvieras totalmente bien de la herida, podríamos meternos en el agua, pero aún no es aconsejable que lo hagas.

—Lo sé, y bien que lo siento.

—¿Te sigue molestando la herida?

—No, casi nada. A veces me da un pequeño mareo. El eminente doctor Jarvis dijo que era perfectamente normal, aun después de un par de semanas. De todos modos, si tú quieres nadar, no dejes de hacerlo. Yo te espero aquí.

—Gracias, pero no me gusta nadar sola. Creo que le tengo un poco de miedo al agua. Cuando voy en barco no, pero sí cuando me meto en ella. Me da mucho miedo pensar que puedo ahogarme.

Sarah miró hacia el extremo de un promontorio y dijo, cambiando de tema:

—Mira, hay un ave sobre aquellas rocas.

Un gran pájaro de alas negras alzó el vuelo y desapareció en dirección a la otra caleta antes de que les hubiera sido posible identificarlo. La enfermera y Barclay pasearon largo rato por la playa mientras hablaban, hasta que se sintieron cansados y con hambre. Entonces, el teniente fue a por la comida y a por una manta de viaje, que extendió sobre la arena. La comida era mejor también que en la ocasión anterior. En lugar de raciones enlatadas, comieron huevos cocidos y bocadillos de atún, y Barclay supuso que Sarah habría hecho los bocadillos en la cocina del alojamiento de enfermeras. Ella se sentó sobre la manta con las piernas recogidas bajo el cuerpo y la espalda erguida, mientras comía parsimoniosamente. Barclay la miró complacido al percibir la serena gracia que se desprendía de ella. Él, por su parte, había pedido a Chatham que llenase una botella de vino del depósito de a bordo, vino que era uno de los mejores que Barclay había probado en Italia. Dejaba un saborcillo áspero y saludable en la boca. Terminaron la comida antes que el vino, y bebieron el resto de éste con toda calma.

—¿Sabes cuándo saldrá tu barco del dique seco? —preguntó la muchacha.

—Dentro de cinco días, según dicen —aseguró él, y rió suavemente—. Entonces todos iremos a ver si flota o se va al fondo. No se sabrá hasta que el buque esté en el agua.

—¿Qué pasará si el transporte se hunde?

—En tal caso seguramente nos envíen a Bizerta para tripular otra nave. Otra posibilidad es que nos manden a Estados Unidos para proporcionarnos nuevo destino. Lo segundo es muy poco probable, pero es una solución que cuenta con las simpatías de todos los tripulantes.

Ella se rió y dijo:

—¿Es posible que no estén contentos porque el barco se halle en reparaciones?

—En parte lo están, y en parte no. Pero en lo que todos están de acuerdo es en que les gustaría mucho regresar a Estados Unidos.

—Sí, eso se comprende —replicó Sarah.

Contemplaron el mar unos instantes, y luego dijo ella:

—Matthew, he prometido...

Él dejó de observar el mar y la miró. Interrumpióse Sarah un momento, y después prosiguió diciendo:

—Nos han puesto sobre aviso. No nos han dicho la fecha exacta, desde luego, pero puede ser dentro de las próximas doce horas. La mayoría cree que será dentro de cuatro días.

—¿Os marcháis dentro de cuatro días? —preguntó Barclay. Estaba esperando que ocurriera, pero ahora que estaba a punto de producirse el hecho, le parecía difícil de imaginar.

—Tal vez viajemos en tu barco si sale bien del dique seco —afirmó Sarah.

—Es posible que sea así. Además, ya tenemos experiencia en el transporte de enfermeras.

—Sí, ya lo sé. Me acuerdo bien de la primera vez que nos vimos. Estuvimos hablando de mulas.

—En efecto, parecían interesarte mucho esos animales.

—Mirábamos desde la borda el resplandor de los cañonazos en el frente de Cassino. Recuerdo que Carlyle tocaba *Shenandoah* con su guitarra, y que yo canté un poco para ti. El muchacho tocaba bien, ¿no crees?

—Sí, es una de las cosas que le dieron más fama entre la gente.

—Matthew..., ¿qué es de Carlyle?

—Está detenido en el cuartel. Esta mañana he ido a verle, y esperan que revisen su expediente en Argel antes de enviarle a Estados Unidos. Esa revisión, sin embargo, es generalmente un asunto de rutina.

Ella se dio cuenta de que Barclay no tenía deseos de hablar del asunto.

—¿Has visto a Shanley últimamente?

—No, no le he visto.

Sarah miró hacia el mar unos segundos.

—Me pregunto con cuánto tiempo de antelación harán las asignaciones —dijo ella al fin—. Es decir, si habrán decidido ya el barco en el que vamos a viajar.

—Eso no lo sé, pero lo que sí suelen hacer es dar la notificación el mismo día o, todo lo más, el anterior. Fue el mismo día que embarcasteis cuando supimos que os íbamos a llevar a bordo. Recuerdo que el capitán nos reunió en la cámara.

—¿Para qué?

—Quería que nos comportásemos como caballeros durante el viaje.

Ella volvió a reírse suavemente.

—Lo hicisteis, desde luego. Todo el mundo se comportó a la perfección. Pero ahora no pareces muy feliz, al tener que transportar otra vez el mismo cargamento.

—No me gusta pensar que tendré que verte desaparecer por la playa de Anzio —dijo él de pronto, y se arrepintió de haberse expresado así—. Creo que será muy duro para mí.

—Tampoco a mí me hacen muy feliz las despedidas. ¿Tienes alguna idea del lugar a donde enviarán tu barco, si navega, cuando la cabeza de Anzio haya desaparecido?

—Nadie lo sabe. Pero supongo que ya lo habrán estudiado.

—¿Podría ser en algún lugar del Mediterráneo?

—Si se produce otra invasión, creo que sí. Y me da la impresión de que se producirá, bien en Francia o en los Balcanes. En realidad no hay muchos más sitios. Recuerdo que el capitán de infantería me lo dijo.

—¿Qué capitán de infantería?

—Perdón, creí que te había hablado de él. Llevamos a su compañía en el último viaje, y tuve ocasión de hablar un poco con él. No llegó a andar diez pasos, al desembarcar.

Sarah había oído hablar al capitán Adler del fuerte bombardeo que había sufrido el barco en su último viaje a Anzio, pero no sabía nada del capitán de infantería.

Barclay no pudo evitar representársela abandonar el buque como el capitán lo había hecho. Luego pensó en lo que había hablado con otro oficial de infantería acerca del intenso castigo a que sometían los alemanes los hospitales de campaña de Anzio. Sin embargo, no se lo dijo a la muchacha. Sin duda, ella ya lo sabía, de todos modos, por las demás enfermeras. De nada servía insistir sobre el tema. La guerra enseñaba muchas cosas, y una de ellas era que no valía la pena hablar de ciertas cosas, ni siquiera pensar en ellas, cuando no tenían solución. Aprender a hacerlo no era difícil, incluso era sorprendentemente fácil, una vez que uno se acostumbraba. Pero ahora no resultaba sencillo, en verdad. Ella debía marchar a Anzio, y él, a cualquier sitio a donde le destinaran, y no había fuerza humana que pudiera impedirlo. Si algo había de cierto, era que ambos tendrían que separarse muy pronto. Resultaba imposible dejar de pensar en ello.

—Matthew —dijo la muchacha—, si supiera a dónde te van a destinar, me sentiría muy contenta.

—Está bien, te lo haré saber.

—¿No te olvidarás? ¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo. No me olvidaré. Te enviaré mis noticias allí donde me encuentre.

—Y yo también te escribiré. Estemos donde estemos, es necesario que sepamos el uno del otro. No sé si eso hará más fáciles las cosas, pero tenemos que hacerlo.

Barclay no pensaba igual que ella.

—Lo peor para mí sería que desaparecieses para siempre —agregó Sarah—. Prométeme que me harás saber siempre dónde estás. Si lo haces, será mucho mejor para mí...

Sarah comenzó a llorar quedamente. Él le puso una mano sobre un hombro, reteniéndola allí unos instantes, como para darle ánimos, como para transmitirle unas fuerzas que él, sin embargo, sentía flaquear.

—No, no será mejor —agregó ella—. No puedo pretender que lo sea. Me espanta la idea de tener que separarme de ti, sin poder hacer nada, y sin saber cuándo volveremos a vernos.

Él la dejó hablar y siguió con la mano apoyada en el hombro de la muchacha, hasta que ésta se tranquilizó. Luego, Barclay dijo con tono afable:

—Trata de no pensar más en ello.

—Procuraré hacerlo —contestó Sarah—. Sé que será lo mismo, pero lo intentaré. ¿Paseamos un poco más? Vamos de nuevo hasta el cobertizo, ¿quieres?

Él se puso en pie y tendió una mano a la muchacha, ayudándola a incorporarse. Luego fueron playa abajo, hacia el antiguo cobertizo que había en uno de los extremos. Mientras paseaban, iban mirando hacia el mar, en dirección al Oeste, donde estaba la patria de ambos.

Barclay se dijo por centésima vez a sí mismo que no creía en las pretendidas emociones que creaba la guerra. Pero se daba cuenta de que a su lado tenía una muchacha llena de gracia, de bondad, de afecto, con enormes deseos de vivir; una mujer de una pieza, en suma. No obstante, comprendió que estaría perdido si daba rienda suelta a todas sus emociones. En otras circunstancias, no habiendo guerra, nada habría sido mejor para él que comprometer su futuro con la Joven, pero cuando tan cerca estaba el momento en que iba a surgir un muro entre ambos, el comprometerse haría que cada instante de separación fuera una pesadilla de ansia y de dolor, que se prolongaría hasta el fin de la contienda, y ésta tenía apariencias de proseguir por mucho tiempo aún.

Habían llegado junto al cobertizo de pesca, y echaron una mirada a su interior. La lancha que se veía por uno de los costados abiertos tenía varios agujeros en el casco. Ambos permanecieron mirando unos minutos las aguas.

—Tengo miedo del mar —dijo ella cuando regresaban lentamente—; pero me sentiría feliz en él a tu lado.

—También yo me sentiría feliz contigo en el mar.

—Sin nada entre él y nosotros.

—Sin nada —replicó Barclay.

Siguieron andando en silencio unos instantes, y al cabo, ella manifestó:

—Tengo que regresar. Han pasado mis cuatro horas.

Él se detuvo y la miró, sabiendo que ahora, aquel momento, era, seguramente, el último en que estarían solos hasta que concluyese la guerra, la interminable guerra.

Entonces Barclay alzó una mano y, suavemente, quitó con su índice una lágrima que ella aún tenía en la comisura de los párpados.

—Vamos, te llevaré de vuelta —dijo Barclay.

## SENTENCIAS Y MENCIONES

Era lo que el contraalmirante Haynes Doddridge, de la Armada de los Estados Unidos, llamaba su hora de «sentencias y menciones». Se trataba de una hora a la semana que robaba de sus múltiples ocupaciones de oficial burócrata, él, que hubiera estado mucho más a sus anchas en el mar, donde había pasado la mayor parte de su vida. El almirante Doddridge se había dicho un centenar de veces que alguien tenía que quedarse en los despachos. Y lo mismo le habían repetido sus superiores, que trataban de retenerle allí, pues era un eficiente organizador. Su único consuelo era que un oficial de alta graduación, el jefe de Operaciones Navales, para ser más exactos, le había prometido que, hacia últimos de 1944, le sería concedido de nuevo un mando en el mar.

Entretanto, desempeñaba con gran pericia una magnífica actividad en su despacho. Puesto que no había más remedio que estar tras un escritorio, organizó aquellas tareas con la eficacia que le caracterizaba. Y llevaba también a cabo cuantos arreglos contribuyeran a hacer más soportable su tarea, como le ocurría en aquel momento. En efecto, le disgustaba tener que revisar las sentencias de los consejos de guerra, que, por lo general, debía aprobar, y por ello se aplicaba al mismo tiempo a estudiar las proposiciones de los comandantes para otorgar recompensas y condecoraciones a los hombres que habían actuado con ejemplar valor o pericia. Eso contribuía a establecer un balance entre ambas tareas.

En este trabajo, Doddridge obtenía el material de dos bandejas que se hallaban en extremos contrarios de su escritorio, como si fueran los polos opuestos del quehacer naval. Una de ellas tenía el rótulo «consejos de guerra», y la otra, el de «menciones». El almirante había perfeccionado su método hasta el extremo de estudiar alternativamente un expediente de una bandeja y otro de otra, hasta que ambas quedaban vacías. A veces, una bandeja quedaba vacía antes que la otra, y Doddridge se alegraba cuando esto ocurría primero con la de los consejos de guerra.

Aquel día no estaba lejos de llegar al fondo de ambas bandejas cuando, con la cabeza apoyada indolentemente sobre un codo, cogió un expediente del casillero de los consejos de guerra, que decía:

«Sentencia de expulsión deshonrosa en el caso de Peter Carlyle, marinero de segunda clase de la Armada de los Estados Unidos, perteneciente a la tripulación del “LST 1826”».

La primera página contenía un resumen preparado por el oficial legal, donde se establecían los hechos principales relativos al caso. Se explicaba con frases sencillas y breves que el marinero había sido hallado culpable de haberse apropiado de diversos artículos de la Armada y del ejército, principalmente alimentos, a lo largo de un determinado período, suministros que entregó a una joven italiana para que se alimentasen ella y su hijo, o para que los cambiasen o vendiesen en el mercado negro, a fin de poder pagar otros gastos, como el alquiler de la casa. El marinero, según decía el resumen, no había tratado con el mercado negro, pero sabía que la mujer canjeaba allí lo que él le llevaba.

El almirante Doddridge suspiró resignadamente. Había leído bastante, y lo cierto es que sentía muy poca simpatía hacia cualquier miembro de la Marina que tuviera tratos con el mercado negro. Lo consideraba como un acto sumamente grave, y no dudaba en aprobar todas las sentencias que condenaban tales actividades, incluso la de un teniente de navío que había actuado en gran escala, por lo cual estaba cumpliendo una condena de cinco años de cárcel en la prisión naval de Portsmouth.

Al final de la hoja se hallaba el acostumbrado espacio en blanco, donde el almirante debía colocar la palabra *aprobado* o *desaprobado*, y, algo más abajo, se veía escrita levemente con lápiz la primera palabra y las iniciales S. R. A., que indicaban la sugerencia del oficial legal. Estaba el almirante a punto de escribir la palabra «aprobado», para seguir con el expediente de la bandeja de menciones, cuando se dio cuenta de que su ayudante se hallaba ante el escritorio.

—¿Qué desea, Baker? —preguntó el almirante.

—Siento interrumpirle, señor, pero acaba de llegar un mensaje de Nápoles I, y he pensado que le gustaría echarle un vistazo.

Doddridge cogió el papel que el ayudante le tendía. Había sido traducido del código y decía:

»Reparaciones concluidas en el “LST 1826”. El buque salió en esta fecha sin inconvenientes del dique seco, en dirección a su puerto base de Pozzuoli. La nave se halla en todos los aspectos dispuesta a reemprender sus viajes por mar. Por favor, envía pronto caja de whisky.

«Simpson».

Bowie Simpson había sido condiscípulo de Doddridge en la Academia Naval, y la guerra los había llevado a ambos a orillas del Mediterráneo: a Simpson, como oficial comandante de la base de Nápoles. El almirante Doddridge estaba bien enterado del

caso del «LST 1826». Su torpedeamiento frente a Anzio no pudo haber ocurrido en peores momentos. La ofensiva en el frente de Anzio iba a iniciarse dentro de poco y se necesitaba imperiosamente cualquier buque de transporte y desembarco que estuviera a mano. Al día siguiente se trasladó a Nápoles para ver lo que había quedado del barco, que era un casco partido en dos, apenas. A continuación mantuvo una entrevista con Simpson y con un joven oficial de reparaciones llamado Jellicoe.

Doddridge mostrábase apesadumbrado por el contratiempo, cuando Jellicoe manifestó que podía volver a unir las dos partes del buque, y en sólo un par de semanas. El almirante recordaba haber mirado al joven oficial, del que sólo sabía que había sido arquitecto naval antes de la guerra, como si estuviera a punto de perder la razón. Su sorpresa aumentó cuando Simpson apoyó plenamente a Jellicoe. Simpson había estado con el oficial de reparaciones desde los primeros días de instalada la base de Nápoles, y parecía tener una confianza absoluta en su subordinado.

—El fondo plano es lo que hace posible el trabajo, almirante —dijo Jellicoe—. Al menos, es lo que hará que intentemos la reparación.

El almirante Doddridge echó una mirada no exenta de irritación al joven capitán de corbeta.

—Sin duda, capitán, nadie puede acusarle a usted de pesimismo —dijo secamente—. Está bien, Simpson, si disponéis de tiempo para perderlo intentando semejante absurdo, no dejéis de hacerlo. Necesito el «LST» y no podemos desdeñar una posibilidad. Sé que no servirá de nada, pero os doy permiso para intentarlo.

—¿Te apuestas una caja de whisky? —preguntó Simpson.

—Aceptado —dijo el almirante—. Me resulta mucho más fácil conseguir una caja de whisky que un «LST». Y espero que a ti también te pase lo mismo, cuando pierdas la apuesta.

El almirante volvió al leer el despacho.

—¡El muy condenado se salió con la suya!... —murmuró Doddridge en voz baja. Luego miró con seriedad a su ayudante y le dijo—: ¿Puede conseguir una caja de whisky y despacharla hoy mismo al comodoro Simpson?

—La enviaré en el avión correo de las dos de la tarde, señor —dijo el ayudante, sonriendo.

—Espere, Baker.

—Dígame, señor.

—Estoy pensando que será mejor que mande dos cajas, y ponga en una este nombre: Jellicoe.

—¿Un descendiente del almirante del mismo apellido? —preguntó el ayudante.

—Tiene que serlo, con lo que ha hecho.

—Está bien, señor. Enviaré dos cajas de whisky.

Marchóse el ayudante, y Doddridge volvió a coger la pluma. Iba a aprobar la sentencia cuando recordó algo, y su mirada volvió al encabezamiento del sumario, donde se detuvo en las palabras «LST 1826».

Pensativamente, y sin prisa, el almirante colocó de nuevo la pluma sobre el escritorio y siguió leyendo el resumen: «No se ha efectuado acusación alguna de que el acusado haya obtenido provecho personal con su actuación...». La defensa establecía brevemente: «El marinero de segunda Carlyle admite haberse apoderado de los suministros, aunque asegura haberlo hecho para mantener a una joven madre de diecisiete años y a su hijito, el cual había nacido en el mar, en el buque del acusado».

«Cielos —pensó el almirante—. El “LST 1826”, que acababa de salir de dique seco, era el mismo barco en el que naciera un niño unas semanas antes, de vuelta de un viaje a Anzio». Doddridge se había enterado de los detalles, de cómo el ayudante de farmacia asistió al parto, lo cual produjo al almirante una gran satisfacción, pues era una prueba más de la habilidad que tenían los miembros de la Armada para desenvolverse en cualquier situación imprevista. Lo único que había olvidado era el número del buque. El almirante pulsó un botón de su escritorio.

—¿Dígame, almirante?

—Baker, que no me molesten durante veinte minutos, a no ser un caso de emergencia.

—Si, señor.

Doddridge cogió el expediente completo y volvió a tomar asiento en su sillón. Comenzó a leer los detalles del juicio, y cuando vio de nuevo el nombre de Carlyle, se dijo que en alguna otra parte había visto ese apellido. Siguió leyendo, y llegó a un párrafo en que un agente de la División de Investigación Criminal manifestaba haber identificado al acusado, entre otras cosas, por su pelo muy rojo, que a su entender era fácil de recordar.

El almirante miró hacia el frente, como si hubiera tenido una súbita revelación. ¡Casería! Probablemente fueran el mismo hombre, ya que el marinero que él había condecorado tenía uno de los cabellos más rojizos que recordaba. Sí, le había visto durante la entrega de condecoraciones, en Casería. Doddridge volvió a oprimir el botón.

—¿Dígame, almirante?

—Baker, mire, por favor, en nuestro archivo de menciones a ver si entre ellas figura una a nombre de..., a ver..., Peter Carlyle, marinero de segunda clase. Averigüe si se concedió a ese marinero alguna condecoración.

El ayudante entró de nuevo en el despacho de su jefe con un papel en la mano, cuando apenas habían transcurrido dos minutos.

—En efecto, señor. Se concedió una estrella de bronce al marinero de segunda clase Peter Carlyle, de la Marina de Guerra de los Estados Unidos, y...

—¿Integraba la tripulación del «LST 1826»? —le interrumpió Doddridge.

—Así es, señor —contestó el ayudante, mirando el papel—. Pertenece al «LST 1826».

—Nada más por ahora, Baker. Déjeme ese papel.

El almirante repasó el relato de los hechos leyendo la mención de Carlyle. Luego continuó con los detalles del juicio, y, al llegar a la última página del legajo, vio que había una nota dirigida a él. Lentamente, la leyó.

«... En mi opinión, el marinero Carlyle consideró que la Armada tenía la obligación de ayudar a la madre, y también al niño que había nacido en el barco. Es indudable que los reglamentos de la Armada no estipulan tal contingencia, pero yo creo que el marinero Carlyle se sintió moralmente impulsado a proporcionar esa ayuda. Resulta evidente que no pretendía cometer con ello un delito, sino ayudar a dos personas desvalidas. El marinero Carlyle es un tripulante de conducta ejemplar, y, además, es el mejor vigía con que contamos en este barco. Se ha desempeñado con un alto grado de capacidad en sus tareas de a bordo, a través de tres invasiones y durante las numerosas travesías que efectuamos a la cabeza de puente de Anzio. Con todo respeto, recomiendo que se desestime la sentencia y que se permita al marinero Carlyle regresar a su buque.

»(Firmado) Jacob Adler, comandante del “LST” 1826».

Al momento, el almirante comenzó a actuar con rapidez y decisión. Cogió de nuevo la pluma y escribió al pie del resumen del juicio: «Se desaprueba la sentencia, dadas las atenuantes». Doddridge vaciló un momento, y añadió: «A saber, el nacimiento de la criatura a bordo de un buque de la Armada». Aquello era confuso en cierto modo, y perfectamente claro en otro aspecto. Todo había comenzado y se había derivado del nacimiento que tuvo lugar en el barco. El oficial legal ya sabría hallar las frases adecuadas. Doddridge estampó su firma con trazos enérgicos y colocó la carpeta en el casillero de salidas. Olvidóse luego Doddridge del asunto, y cogió el siguiente papel de la bandeja de menciones. Solucionado el expediente, tomó otro legajo de la bandeja de consejos de guerra. Cuando estudió el siguiente documento de la bandeja de menciones, Doddridge pudo leer:

«Recomendación para la concesión de la Medalla de la Armada. Referencia: teniente Matthew Barclay, de la Armada de los Estados Unidos. Por valentía e intrepidez en acción de guerra. El mencionado oficial, cuando su barco se hallaba bajo intenso fuego de artillería, en la cabeza de puente de Anzio, prosiguió sin vacilar y con toda serenidad su misión en la rampa de proa del transporte, como oficial de desembarque, dirigiendo la salida de una compañía de infantería del ejército. Durante los momentos de ataque más intenso, el teniente

Barclay, haciendo caso omiso de su seguridad personal, y bajo el fuego de la artillería, bajó repetidas veces al muelle y llevó a bordo a varios heridos, prosiguiendo en tal actividad a pesar de haber sido herido en la cabeza. La rápida acción y el valor demostrado por el teniente Barclay se hallan dentro de la mejor tradición del servicio naval, y con toda probabilidad contribuyó a salvar la vida de varios miembros del ejército y de la Marina, conduciéndolos al buque, el «LST 1826»...».

El almirante pulsó una vez más el botón del timbre con que se servía para llamar a su ayudante.

—Baker —le dijo—, ese «LST 1826» parece ser un barco fuera de lo corriente en numerosos aspectos, ¿no cree?

El ayudante sonrió levemente, y replicó:

—Así es, señor. Nos llegan a menudo comunicados relativos al «LST 1826».

—No se trata sólo de correspondencia —manifestó el almirante—. Bien, lo importante es que está preparado para intervenir en la «Operación Búfalo». Eso me produce una gran satisfacción.

—Sí, señor, estoy de acuerdo con usted.

—He pensado una cosa, Baker.

—¿Sí, señor? Usted dirá —contestó el ayudante, un hombre muy diligente en el desempeño de su cargo.

—He pensado que ese barco se merece algo.

—¿Se merece algo, señor? —inquirió Baker, que, como buen ayudante, sabía que lo más acertado era hacerse siempre eco de su superior.

—Sí, a modo de recompensa, podríamos decir —aseguró Doddridge, mirando fijamente a su subordinado—. Baker, ¿qué clase de cargamento cree usted que preferirán llevar en un transporte de guerra?

El ayudante sonrió al comprender que había adivinado lo que estaba pensando el almirante, y contestó brevemente:

—Enfermeras, señor.

## MENSAJES

A las seis y media del 22 de mayo, Barclay salió del transporte, bajó al muelle y se encaminó hacia la cabina que había en uno de los extremos del mismo. Empuñó el teléfono de campaña e hizo girar la manivela lateral, solicitando luego comunicación con el hospital general.

Como de costumbre, pasaron varios minutos antes de que Sarah se pusiera al aparato, y cuando lo hizo, ambos pudieron comprobar que, también como de costumbre, la comunicación era bastante deficiente, por lo que Barclay y la enfermera se vieron obligados a dar fuertes voces para hacerse oír. La muchacha no estaba segura de si podría salir aquella noche, y convinieron que él la llamaría por teléfono. Barclay se dio cuenta en seguida, por el tono de la voz de ella, que habían tenido mala suerte, y Sarah se limitó a decir que no podría verle por la noche. La muchacha no dio razón alguna, pero él tampoco la necesitaba. Cuando colgó el auricular, Barclay estaba seguro de que Sarah se marchaba, si bien no sabía en qué buque lo haría. Antes de colgar, él le dijo que tenía que entrevistarse con el doctor Jarvis al día siguiente, a las once y media, en el hospital, y le preguntó si podría verla. Ella contestó afirmativamente.

Regresó Barclay al transporte y dijo a Horner, el cual tenía la guardia en la rampa, que si deseaba ir aquella noche a Nápoles él se quedaría en su lugar. Horner, lleno de alegría ante aquella inesperada libertad, salió del barco quince minutos después y tomaba el autocar en dirección a la ciudad.

Lo malo de una guardia en puerto es que no hay mucho en qué ocuparse, aparte de pensar, que era lo que precisamente se trataba de evitar en guerra. Barclay procuró distraer su mente, pero los pensamientos acudían avasalladores. Pensó en Carlyle, y ello le hizo acordarse de Coco. La muchacha había regresado a la vía Mazzini, 36, y él, Barclay, seguía pasándole con regularidad un cheque. Pensó que con una ayuda semejante, a su debido tiempo, Carlyle no estaría ahora en prisión. También pensó en la inutilidad de especular sobre la forma en que podían haber ocurrido las cosas.

Luego, irremisiblemente, volvió a pensar en la enfermera, en su imposibilidad para salir aquella noche, lo que significaba que se marcharía en cualquier momento, a

partir de la mañana siguiente. Se preguntó en qué buque viajaría Sarah. Luego, Barclay acordóse del «LST» y se preguntó la fecha en que ordenarían que zarpase. El buque estaba dispuesto, en apariencia, por lo que la orden podía llegar dentro de unos días o de unas horas. Por el momento, y por orden médica, Barclay sólo podía estar en el barco mientras éste no zarpase. Pero al día siguiente tenía que ver al coronel Jarvis, el cual había prometido que le daría de alta definitivamente.

Barclay se encontraba relativamente bien. De vez en cuando le daba un mareo y tenía que sentarse, olvidándosele por un momento lo que estaba haciendo. Pero quería marcharse en el transporte cuando éste zarpase. Una vez reintegrado por completo a sus tareas, volvería a sentirse perfectamente. Recordó que debía explicar eso al coronel Jarvis al día siguiente, y, sobre todo, que debía esforzarse para no sufrir uno de aquellos imprevistos mareos, si quería regresar al barco.

Cassino había caído ya, y llegaban noticias de que los alemanes se retiraban hacia un frente situado diez kilómetros al norte de esa localidad, donde la nueva posición, que llamaban Línea Adolfo Hitler, sugería que los germanos iban a hacer allí una resistencia denodada, con el fin de detener la ofensiva iniciada en Anzio.

De todos modos, Barclay se dijo que la cabeza de Anzio estaba tocando a su fin, y cualquier viaje que hicieran allí podía ser el último. No había llegado hasta ese momento para quedarse atrás, continuó diciéndose para sí el teniente. No, no lo haría. Durante la guardia sintió un par de mareos, el segundo lo suficientemente intenso como para tener que decir a lord Nelson, el contramaestre de guardia, que se marchaba a su camarote y que regresaría al cabo de diez minutos. Ya en su cámara, se tendió en la litera y corrió la cortina. Se dijo que eso no le ocurriría al día siguiente, y trató de convencerse de ello una y otra vez. Tras unos minutos de permanecer echado, el teniente se levantó, regresó a la rampa y reanudó su guardia.

—Hace una hermosa noche, ¿no es verdad, teniente Barclay? —inquirió lord Nelson.

—Así es —replicó el teniente, contemplando las estrellas y la gran luna que brillaban en el cielo.

—Mañana habrá luna llena —dijo Nelson.

El lunes, a las nueve de la noche, Carlyle estaba de pie junto a la ventana, mirando a través de los barrotes la gran concentración de buques que se extendía por todo el puerto, a la luz de la luna, cuando oyó girar la llave de la puerta. Volvióse lentamente y vio que entraba un policía naval. Dejando éste la puerta abierta, avanzó hasta donde se hallaba Carlyle y miró también hacia la bahía. El policía iba desarmado.

—Magnífico panorama, ¿eh? —dijo el recién llegado—. Pero resulta mucho mejor contemplarlo sin barrotes por delante.

Permanecieron mirando la bahía unos instantes más, y al fin el policía agregó:

—Bueno, venga conmigo, marinero. Quieren verle abajo.

—¿Para qué? —inquirió Carlyle.

—No me lo han dicho. Rara vez suelen decírmelo. Sólo me ordenaron que le llevase abajo.

Carlyle pensó que no necesitaba que le dijeran de qué se trataba. Sin duda, su sentencia había sido aprobada en Argel, y le comunicaban que debería salir en avión hacia los Estados Unidos, para ser internado en la prisión militar. Durante los días que había pasado en aquella habitación, Carlyle había guardado una actitud llena de compostura, pero interiormente se sentía como embotado, y ello era una suerte, ya que de ese modo evitaba pensar, aunque, de vez en cuando, en su mente se representaba la imagen de un consejo de guerra, de una muchacha italiana, de unos compañeros de barco, imágenes que le atenazaban unos breves momentos.

Carlyle acompañó al policía por el amplio corredor del edificio que anteriormente fuera un hotel. Si es que había ascensores —Carlyle no vio ninguno—, seguramente no funcionaban, ya que al llegar a la escalera descendieron por ella. Cinco pisos más abajo, el policía naval condujo a Carlyle hasta una estancia que daba a lo que había sido el salón del hotel. Encontróse el marinero en una pequeña oficina en la que se hallaba un suboficial principal con la insignia de contraestre en la parte superior de la manga derecha y cuatro rayas en la manga izquierda, que indicaban dieciséis años de servicio en la Armada.

—¿Marinero de segunda Carlyle? —preguntó el suboficial.

—Soy Carlyle, sí, señor.

—No soy oficial —dijo el contraestre con sencillez—. Tenga la bondad de leer esto, marinero.

Carlyle cogió un despacho que le tendían y comenzó a leerlo. Al principio no comprendió su significado, pero volvió a leerlo y lo entendió mejor:

«Origen: Comphibmed.

»Destino: Co Nob Nápoles.

»Comphibmed en esta fecha ha revisado y desaprobado, repetimos, desaprobado sentencia consejo de guerra de marinero segunda clase Peter Carlyle, adscrito es mando y colocado bajo custodia. Al recibo del presente despacho dejarán inmediatamente en libertad al referido marinero, comunicándosele decisión Comphibmed. Todas las prerrogativas del antedicho marinero le son por la presente restituidas. Al recibo de esta orden, Carlyle se presentará al oficial comandante del “LST 1826”. Repito Londres, Saigón, Turquía uno ocho dos seis a 24,00 horas 23 mayo, para su reintegro al servicio».

El suboficial con dieciséis años de servicio —las marcas eran rojas, en lugar de doradas, lo cual indicaba que su carrera no estaba totalmente libre de infracciones— se puso en pie, sonrió afablemente y tendió la mano al marinero.

—Bien venido a bordo, Carlyle —le dijo.

Carlyle permaneció atónito unos instantes, y sólo se le ocurrió pensar dónde iba a dormir aquella noche. El contramaestre pareció adivinar sus pensamientos, y dijo:

—La camioneta oficial que hace los viajes a la ciudad terminó su servicio hace una hora. Creo que será mejor que pase aquí la noche. De todos modos, eso queda a su elección.

—Sí, creo que será conveniente que me quede aquí —contestó Carlyle.

—Perfectamente —manifestó el suboficial, y, dirigiéndose al policía, le dijo sonriendo—: No hay necesidad de que cierre con llave la puerta del marinero.

Carlyle volvió a subir las escaleras, solo esta vez; llegó a su habitación y cerró la puerta. Luego la abrió de nuevo para gozar de la inefable sensación que le producía el poder hacerlo él mismo. La volvió a cerrar, y a continuación se dirigió hacia la ventana, donde permaneció unos minutos mirando en dirección al puerto y a las naves, iluminadas por la luna. Acercóse después a su catre, se quitó la camisa y el pantalón y se tendió boca arriba, mirando al techo, que estaba parcialmente iluminado por el fulgor de los rayos solares. Su mente aún no había reaccionado del todo, y Carlyle se puso a pensar en minucias, tal como lo que haría al día siguiente. Disponía de un día entero y de parte de la noche, antes de tener que regresar al buque. Carlyle no recordaba un hecho semejante en todo el tiempo que llevaba en el buque. Poco después, el marinero dormía profundamente.

El coronel Jarvis tomó asiento a las once y cinco de la noche ante el escritorio de su oficina, en el hospital general, y se enfrentó con los papeles que tenía pendientes, tarea que odiaba pero de la que estaba convencido que nunca se vería libre. Ya tuvo que soportar bastante papeleo en su vida civil, y ahora, en la militar, el incremento de éste era portentoso. Se preguntaba a veces cómo podía llevar a cabo otras tareas médicas o quirúrgicas, con tanto trabajo burocrático como tenía que solucionar.

Aplicóse a la tarea, y durante una hora y media estuvo comprobando informes acerca de combatientes que habían perdido piernas, brazos, órganos genitales; de hombres que habían contraído hepatitis, gangrena, disentería, o perdido, en parte o en su totalidad, la capacidad mental. En un momento dado, el coronel Jarvis encontró el informe relativo al teniente Matthew Barclay, y recordó que se trataba del amigo de la enfermera Clark, el de la herida en la cabeza, al que vería al día siguiente. Había una nota del médico del ejército que le había atendido y otra de la propia enfermera Clark. Que esta última hiciera un informe era algo desusado, ya que las enfermeras no suelen ocuparse de esa tarea, y mucho menos acostumbran a hacer recomendaciones, pero la muchacha, según pudo observar el doctor, había

aprovechado con inteligencia la ventaja de haber estado en contacto con el paciente fuera del hospital. La enfermera manifestaba que el paciente progresaba satisfactoriamente, pero recomendaba que no se le diese de alta hasta una semana después, al menos, ya que padecía de mareos cada cierto tiempo. El coronel Jarvis escribió unas pocas palabras al margen del informe, lo colocó a un lado y cogió el siguiente de la bandeja.

A las ocho de la mañana del martes 23 de mayo, el capitán Adler se hallaba en su camarote, con la puerta abierta, tomando una taza de café con el capitán Jellicoe, oficial a cargo del departamento de reparaciones de la base de Nápoles. Jellicoe estaba en el buque desde las siete de la mañana, echando un vistazo con el capitán Adler al barco. Durante los días en que duró la reparación, ambos hombres habían simpatizado, y ahora, el oficial de reparaciones estaba terminando su taza de café y se preparaba a marcharse.

—Le digo una vez más, capitán —dijo Adler—, que ha hecho usted un gran trabajo. Con toda franqueza, nunca creí que pudieran llevarlo a cabo.

—Aquí, entre nosotros, capitán Adler, tampoco yo estaba muy seguro de lograrlo. Pensé, sin embargo, que había al menos una posibilidad con el «LST», y no costaba nada hacer la prueba. Con toda franqueza, siempre tuve deseos de saber si podía hacerse esto —dijo Jellicoe, y sonrió—, y le agradezco que me haya proporcionado la ocasión.

—Pues le aseguro que ha sido involuntariamente —afirmó el capitán Adler, quien hizo una pausa, y luego inquirió—: ¿Cree usted que aguantará? Ya sabe que estos barcos reciben muchos embates del mar, aunque éste no esté muy encrespado.

Jellicoe volvió a sonreír, y replicó:

—Resistirá, capitán. Es más: con su nueva barriga, yo diría que el barco ha quedado más fuerte que antes.

—Me alegra mucho saberlo. El trabajo de un transporte no es nada ligero.

Cuando Jellicoe se hubo marchado, el capitán Adler volvió a sentarse de nuevo ante su escritorio. Contempló un momento la fotografía que tenía encima del mismo y donde aparecía su mujer y sus hijos. Se le ocurrió pensar que el hombre responsable de que no estuviera con ellos ese mismo día, en Nueva York, era el que acababa de retirarse. Luego, Adler se puso en pie y miró por el portillo, en dirección a la bahía. Hacía un hermoso día de sol, y se preguntó qué clase de tiempo tendrían entonces en Nueva York. En mayo solía haber días espléndidos en la ciudad. De todos modos, no dejó de sentirse satisfecho por hallarse donde estaba. Sin duda, le habría gustado estar con su familia, pero no ciertamente al precio de perder su buque. De todos modos, la cosa no duraría mucho. El final se precipitaba; no podía tardar en llegar.

—Capitán Adler...

Volvióse el aludido y vio a Horner, el oficial de comunicaciones, que se hallaba en la puerta, con un despacho en la mano.

—Acaba de llegar esto, señor —dijo Horner, y se adelantó y entregó el mensaje al capitán Adler, quien lo leyó.

«Origen: Comphibmed.

»Destino: Oficial comandante del “LST 1826”.

»Urgente. Alto secreto.

»Se le ordena estar preparado en todos los aspectos para zarpar y para embarcar, a las 16,00 horas del 23 de mayo, un grupo de cincuenta y cuatro enfermeras del ejército pertenecientes al hospital general de Nápoles».

Adler volvió a leer el despacho, y luego, mirando a Horner, dijo:

—Por favor, reúna en seguida a los oficiales en la cámara, Horner. O mejor, que lo hagan dentro de quince minutos. Mándeme mientras tanto a Porterfield.

Acababan de dar las diez cuando Carlyle, vestido de azul, salió del edificio donde se hallaban los cuarteles de la base. Cruzó junto a una fuente rematada por una escultura y se volvió a mirar al antiguo hotel. Se sorprendió al ver lo hermoso y grande que era el edificio, pero sólo miró un momento y luego se encaminó hacia la carretera que conducía colina abajo, hasta el puerto y la ciudad. Podía haber cogido la camioneta oficial, pero Carlyle tenía deseos de caminar. Notaba que le hacía falta mover las piernas después de tanta inactividad. Para él resultaba un placer insospechado poder avanzar en línea recta, sin tener que dar la vuelta cada pocos pasos, como le ocurría en su celda.

La atención de Carlyle fue atraída luego por las «villas» que se alineaban a ambos lados de la carretera, en la colina. Eran hermosas residencias, casi todas pintadas de blanco. Algunas se hallaban ahora en deplorable estado, con los jardines invadidos por la maleza. En un recodo del camino, Carlyle observó unas casas de bastante peor aspecto, y vio por allí algunos italianos. Se dio cuenta de que no parecía ir en buena dirección hacia Nápoles y decidió preguntarles el camino. En la puerta de una casa había una familia —cabía suponer que lo fuera— compuesta por el padre, la madre y al menos ocho chiquillos. El marinero se acercó a ellos con intención de averiguar la dirección que debía seguir, pero luego decidió que se detendría a hablar. Sencillamente, a hablar con ellos.

Tiempo atrás, el capitán Adler ya había concedido permiso para la «fiesta benéfica». Ahora, y ante el curso de los acontecimientos, se determinó que sería una celebración para conmemorar la vuelta al servicio del «LST», así como el hecho de que uno de aquéllos podía ser el último viaje a la cabeza de puente. La fiesta había

sido señalada para aquel martes, pero como el barco tenía que zarpar en seguida, se hizo necesario aplazarla.

—Vamos a tener que dejarlo para el jueves —dijo Adler a Porterfield—. Comuníquelo a los tripulantes, por favor.

—Sí, señor —replicó Porterfield, sonriendo—. Va a ser una magnífica fiesta, capitán.

—Eso espero. Créame que yo también estoy deseando que se celebre —afirmó Adler.

Porterfield se marchó del camarote del capitán y fue a informar a los marineros sobre el cambio de fechas. Lord Nelson abandonó el buque para poner en antecedentes a su principal contacto femenino, con quien ya había convenido que las *signorinas* estarían libres para aquella noche. También debía informar al *signor* Alfini, un trompetista que dirigía la pequeña banda que debía tocar durante la fiesta. Por su parte, Chatham marchó a entrevistarse con el propietario del viñedo, uno de los mejores que había en la zona de Nápoles. El italiano y él se habían hecho muy buenos amigos, y Chatham debía notificarle que no hiciera la importante entrega de vino que le había pedido hasta dos días después. Mason postergó los preparativos culinarios que estaba dispuesto a iniciar, y Wiley hizo lo propio con el armazón de tablas que iba a instalar sobre la escotilla número dos, para que sirviera de pista de baile. Plimpton se limitó a bajar al muelle, y sólo tuvo que andar unos pasos para encontrarse con los chiquillos, a quienes informó acerca del cambio de planes.

Desde la noche de póquer de Anzio, en que surgiera la idea del festival benéfico, los fondos para el mismo habían aumentado considerablemente. Las sesiones nocturnas de juego se habían interrumpido con el torpedeamiento del barco, pero se reanudaron en seguida en la estación marítima de Nápoles, donde la tripulación se alojó mientras se reparaba el buque. Al disponer de más tiempo los marineros, las sesiones de póquer se hicieron de mayor duración, y los fondos se incrementaron proporcionalmente. Para entonces ya habían pasado de las doscientas cincuenta mil liras establecidas al principio, y seguían aumentando. Entretanto, los marineros discutían de vez en cuando sobre el destino que podía darse a los fondos, y al fin Porterfield tuvo una idea.

—Ya sabéis —dijo Porterfield, un día en que jugaban la acostumbrada partida en la estación marítima— que una de las cosas que más necesitan esos pobres chiquillos es diversión, alegría. ¿Recuerdas, Wiley, qué bien lo pasaron cuando hiciste los zancos a los niños de Pozzuoli?

—Ya lo creo —contestó, sonriendo, el carpintero—. Se pusieron muy contentos.

—Siempre estaban en el muelle pidiéndonos que jugáramos con ellos. En realidad, los pequeños no tienen donde jugar —afirmó pensativamente Porterfield—. Creo que podríamos comprar un terreno en Pozzuoli para ofrecérselo como campo de juego exclusivo de ellos.

—¿Propiedad de los niños?

—Sí, de todos ellos. Nosotros les regalamos el terreno, y cuando la guerra haya terminado, las gentes de la zona se encargarán de completar y mejorar las instalaciones que nosotros podemos ir también levantando. Es algo que se me ha ocurrido de pronto.

Porterfield examinó atentamente sus cartas durante unos instantes, y agregó:

—Incluso después de concluida la guerra, nosotros mismos, allí donde estemos, podríamos contribuir a sostener el campo de juego. No costaría mucho hacerlo, y de ese modo nos mantendríamos en contacto cuando volviéramos a la vida civil. Así, al menos ellos tendrán un lugar donde puedan estar a gusto.

La idea fue aceptada por los demás. Más tarde, Porterfield se dedicó activamente a hacer indagaciones por la población, y al fin dio con una parcela situada no lejos del puerto, que le pareció ideal. Era un altozano que dominaba el mar, cerca de donde el «LST» solía atracar. Luego, Porterfield se trasladó a la base naval de Nápoles, solicitó una entrevista con el oficial jurídico y le pidió ayuda para que el aspecto jurídico quedase resuelto satisfactoriamente. El oficial se mostró sumamente interesado en el plan. Fue a ver el terreno que Porterfield había localizado y comprobó que podía transferirse debidamente. Su dueño se mostró sumamente satisfecho con venderlo en 275 000 liras.

Sólo faltaban las entrevistas finales entre el dueño de la parcela y el oficial jurídico, el cual ya había redactado los documentos por los que se cedía la propiedad a los niños de la población de Pozzuoli. También faltaba entregar la suma estipulada.

Mason, como tesorero, tenía el dinero en la caja fuerte de la casilla de comunicaciones. Ahora, al regresar de ver al capitán, Porterfield pensó sacar el dinero y entregarlo, pero luego decidió que sería mejor hacerlo el jueves. Para entonces, los fondos se habrían incrementado, y le permitirían, cuando hiciera el viaje a Nápoles, adquirir algunas cosas más para la fiesta.

Barclay, junto con los demás oficiales reunidos en la cámara, había recibido la noticia de la marcha del buque aquella tarde, así como lo relativo a la identidad de los pasajeros que llevarían, poco antes de la hora en que debía abandonar el barco para entrevistarse con el coronel Jarvis en el hospital general de Nápoles. Barclay había tomado una decisión. Si el barco se marchaba, él también lo haría.

A las once y veinte de la mañana, Barclay entró en el hospital, buscó la oficina del coronel Jarvis, permaneció esperando durante cinco minutos, y a las once y media fue introducido en el despacho. El coronel era un hombre que se ajustaba a un estricto horario. Había destinado unos pocos minutos para atender a Barclay, y abordó en seguida el tema.

—El informe no es malo —declaró, mientras miraba el papel que tenía en las manos—. Le prometí decidir algo esta vez, ¿no es cierto?

—Así es, coronel. Ahora me encuentro perfectamente bien. Magníficamente bien.

—No tan de prisa, por favor. Regresará a su barco dentro de una semana. Ya he redactado la orden; puede usted comprobarlo —dijo el doctor, y entregó a Barclay una nota.

—¡Una semana! —exclamó Barclay, mientras recogía el papel—. Pero, señor, el barco zarpa esta noche.

—¿Ah, sí? —manifestó el coronel Jarvis, sin mostrarse demasiado impresionado—. En tal caso, le envidio, ya que dispondrá de una semana más en Nápoles. Procure cuidarse; creo que no necesitará volver por aquí hasta fines de semana. Buena suerte —dijo Jarvis, despidiendo al teniente cortésmente, pero con firmeza.

—Coronel...

—Dígame —dijo el aludido, mirando a Barclay, como sorprendido de que aún pudiera hallarse allí.

—Desearía volver al barco ahora, señor. Estoy perfectamente, y...

—¿Ha perdido el juicio, muchacho? El informe dice que los mareos son menos intensos, pero que aún se producen. ¿Pretende enseñarme lo que debo hacer? A mi entender, creo que no ocurrirá nada porque pase una semana más en Nápoles. Y ahora márchese. Tengo mucho trabajo, muchísimo, y usted me está trastornando el horario. Vamos, márchese, márchese —concluyó diciendo Jarvis, mientras agitaba una mano.

Barclay permaneció inmóvil un momento; luego, dándose cuenta de que no conseguiría nada, salió de la oficina. Una vez fuera, echó una mirada al papel, y luego descendió por las escaleras hasta el escritorio del cabo de guardia, para ver si podía entrevistarse con Sarah. El reloj del escritorio señalaba las doce y diez, y Barclay pensó que no tenía tiempo que perder. Ya sólo le quedaban cuatro horas. Un momento después avanzó por el salón, al encuentro de la enfermera. Ambos hablaron en voz baja, y él notó que Sarah iba vestida de campaña.

—Escucha, Sarah —dijo Barclay—: Dispongo de poco tiempo. Quiero que hagas algo por mí. Deseo que me proporciones tres hojas del papel que usáis en el hospital.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—No me lo preguntes. ¿Puedes hacerme ese favor? —dijo él con brusquedad.

Sarah le miró atentamente un instante, y luego contestó:

—Espera aquí un momento.

Minutos después regresaba ella con un sobre, que entregó al teniente.

—No es necesario que te despidas por escrito —dijo, sonriendo, y se marchó.

Una vez en el buque, Barclay se dirigió a la caseta de comunicaciones, entró en ella y cerró con llave por dentro. Luego colocó una hoja con el membrete del hospital general en la máquina de escribir, y a continuación extendió sobre la mesa el papel que Jarvis le había entregado, que decía:

«Motivo: Alta del paciente.

»Teniente Matthew Barclay, de la Armada de los Estados Unidos.

»Se le notifica por la presente que el cuidado de su herida en la cabeza aconseja una semana más de descanso, de no presentarse complicaciones, a partir de la fecha. Al concluir la misma podrá reintegrarse plenamente a sus actividades. No embarcará en su buque hasta que no lo disponga este mando. Deberá entregar inmediatamente esta nota a su oficial comandante.

»(Firmado) Coronel W. J. Jarvis, MC. AUS. Oficial comandante del hospital general de Nápoles».

Barclay copió a máquina el encabezamiento, y luego siguió escribiendo:

«Se le notifica por la presente que, debido al satisfactorio estado de su herida, al recibo de la presente podrá reintegrarse a su buque, reanudando sus actividades acostumbradas. Deberá entregar inmediatamente esta nota a su oficial comandante».

Al escribir, el teniente cometió un error y se alegró de haber pedido tres hojas a Sarah. Obtuvo sin errores la siguiente copia, y a continuación se puso a estudiar la firma del coronel Jarvis. Cogió la pluma e hizo algunos ensayos en una hoja en blanco, hasta que quedó satisfecho. Entonces, con todo cuidado, escribió en la parte inferior de la orden que acababa de extender:

«W. J. Jarvis».

Concluido esto, Barclay recogió los papeles, los colocó en el mismo sobre que la enfermera le había entregado, regresó a su camarote y cerró la puerta. Allí extrajo del sobre la orden que él mismo había escrito y salió de nuevo hacia el camarote del capitán. No se encontraba éste en su camarote, ni estaba tampoco en el puente. Por fin lo halló en los alojamientos de la marinería, donde estaba examinando unas literas con Polk y Wiley. Barclay se acercó al capitán y le entregó el papel. Adler lo leyó y sonrió.

—Vaya, no sabe cuánto nos alegra tenerle de nuevo a bordo, sobre todo ahora — dijo el capitán—. ¿Le parece que puede trabajar un poco, para variar?

—Me siento muy bien, capitán.

—Me alegra oírsele decir. Bien, si se encarga usted de esto, yo iré a hacer algunas cosas en cubierta. Hay que tomar las mismas disposiciones con las enfermeras que la última vez. Hace ya bastante tiempo de eso, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Se recuerda de cómo se hizo entonces?

—Creo que sí, capitán.

—Bueno, pues todo debe ir igual.

El capitán se dispuso a alejarse, pero se detuvo y volvióse hacia el teniente.

—Otra cosa, Barclay.

—Diga, señor.

—Aunque ya tenemos una valiosa experiencia con las enfermeras, creo que será mejor asegurarse y colocar los letreros, como la vez anterior.

Durante un momento, Barclay no supo de qué letreros estaba hablando Adler. Luego los recordó.

—A todos nos alegrará volver a ver esos letreros —afirmó el capitán.

—Desde luego. Creo que aún los conservamos.

Alejóse al fin el capitán, y Barclay envió a Wiley a buscar los carteles que prohibían el acceso a la zona reservada para las enfermeras. Barclay se mostró satisfecho por haber tenido la precaución de guardar aquellos letreros, aunque cuando lo hizo no sabía muy bien si valdrían de nuevo para algo.

Carlyle charló largo rato con la familia italiana. En verdad, no hubiera podido precisar de qué habían hablado; sólo sabía que pasó un momento muy agradable, y cuando miró su reloj notó, con sorpresa, el largo tiempo que había transcurrido. Despidióse de los italianos, y con las indicaciones que le dieron comenzó a descender por tortuosas y antiguas callejas. Después de mucho caminar llegó a un sitio que conocía. Se trataba del teatro de la ópera de San Carlos.

De pronto, Carlyle sintióse cansado; siguió andando a lo largo de pocas manzanas más hasta que llegó al muelle donde solían atracar las lanchas procedentes de los buques anclados en la bahía. Entonces se sentó en una bita y se puso a contemplar el mar. Por lo inesperada, el marinero aún no se había hecho a la idea de aquella libertad repentina. Lo único que sabía era que por el momento disponía de un día entero, durante el cual podía hacer lo que quisiera.

Aunque había numerosos buques en el puerto, la actividad del muelle no era intensa. Carlyle miró hacia el extenso promontorio que ocultaba a Pozzuoli, a unos dieciséis kilómetros de donde se hallaba, algo más de media hora en el autocar. Allí estaría el «LST», y Carlyle se puso a pensar en lo que podría hacer durante el día y parte de la noche de que disponía antes de regresar al barco. Mentalmente recorrió los lugares de atractivo turístico de Nápoles, y se dijo que había dos o tres que le gustaría volver a ver. Luego pensó que mucho más agradable resultaría deambular simplemente por la ciudad, sin rumbo fijo.

Se decidió, por fin, a hacer esto último, e iba a ponerse en pie cuando miró hacia arriba, en dirección al edificio donde había pasado lo que le pareciera el período más largo de su vida. No logró descubrir en la lejanía el antiguo hotel, entre las edificaciones que le rodeaban, y de repente sintió un extraño impulso.

Comprendió de pronto que no tenía deseos de recorrer la ciudad, y que prefería regresar al buque para ver a sus compañeros; para hablar con ellos, que habían sido sus amigos tanto tiempo y formaban parte de su mundo. En un instante, Carlyle se decidió y encaminóse hacia la parada de los autocares interurbanos. El camino le llevó cuatro manzanas más allá, por vía Apolo, pero el marinero no se dio cuenta de

ello. Echó una mirada a su reloj y observó que faltaban escasos minutos para las cinco. Esperaba poder tomar la camioneta que salía a las cinco en punto, pues no habría otra hasta una hora después. Carlyle avanzó un poco más de prisa.

Las enfermeras comenzaron a bajar de los camiones alineados en el muelle y a subir al buque poco después de las cuatro de la tarde de aquel soleado martes. Ninguna diferencia se apreciaba respecto a la vez anterior. Como entonces, los marineros las ayudaron a subir los equipajes, y, también como entonces, iban ellas vestidas de campaña, y aportaron al buque un aire especial.

Barclay se hallaba de pie en lo alto de la rampa cuando subió Sarah a bordo. Al pasar junto a él, la muchacha se detuvo un momento y le miró. En seguida prosiguió adelante, tras el marinero que le llevaba la maleta. Hacia las cinco de la tarde, todas las enfermeras estaban en el buque, junto con sus efectos, y se advertía una sensación de gozo entre los tripulantes, al tenerlas de nuevo allí. A las seis menos cuarto, el transporte estaba preparado para zarpar, y desde la torre de mando se dio la orden.

—Icen el ancla de proa...

En ese momento, lord Nelson, que se encontraba en la rampa dando órdenes para alzarla, oyó un grito en el muelle, y al mirar hacia allí vio a un marinero pelirrojo que corría hacia el barco, mientras apartaba los chiquillos, que se habían reunido en gran número, como siempre, para ver zarpar el transporte.

Carlyle llegó a tiempo para tomar el autocar de las cinco, si bien tuvo que permanecer de pie, por estar ya ocupados todos los asientos. Dentro del vehículo hacía calor, y el ambiente resultaba sofocante, pero el marinero se sintió satisfecho por no haber perdido el autocar. Tres cuartos de hora más tarde, éste avanzaba por la calle principal de Pozzuoli y pasaba ante la antigua casa de Coco. Carlyle se preguntó dónde estaría ella. Allí no, con toda seguridad. Sin embargo, sintióse tentado de acercarse un momento al piso, sólo por curiosidad. Por fin decidió que sería mejor ir al barco. Allí podría saber algo de ella por el teniente Barclay.

El marinero no llegó a divisar el buque hasta que dio la vuelta a una esquina, a unos doscientos metros del embarcadero. Entonces quedó sorprendido por lo que vio. Una multitud de chiquillos estaba reunida en el muelle, lanzando gritos a los marineros. Al instante se dio cuenta de lo que aquello significaba: el «LST» estaba a punto de zarpar. Carlyle echó a correr y, cuando estuvo más cerca, empezó a gritar. La rampa comenzaba a subir, y le pareció que algunos de los niños pronunciaban su nombre, pero el marinero siguió corriendo, mientras los apartaba de su camino. Estaba la rampa ya bastante alta cuando Carlyle llegó ante el buque. Dio un gran salto y logró asirse con las manos de la parte superior de la compuerta. Luego, balanceando el cuerpo, consiguió trepar trabajosamente a la parte superior de la

rampa, y a continuación se deslizó por el plano inclinado de la misma, hasta la cubierta de tanques del «LST».

—¡Por todos los santos del cielo! —exclamó lord Nelson—. ¡Miren quién está aquí!

La distancia entre el muelle y el casco del buque iba aumentando poco a poco. Carlyle permaneció junto a la borda, mirando los niños, que alzaban los brazos en señal de despedida. De pronto, el marinero vio la figura de una mujer que corría hacia el barco, hasta detenerse al borde mismo del muelle. Vio Carlyle que era una joven morena, que llevaba un niño en brazos, y en el momento de reconocerla oyó que ella gritaba su nombre, mientras agitaba en el aire el brazo que tenía libre. Carlyle levantó a su vez los brazos y dejó oír una y otra vez el nombre de la muchacha. Cuando la distancia hubo aumentado hasta que apenas si podían divisarse las figuras que había en el muelle, Carlyle pidió a lord Nelson los prismáticos y los enfocó hacia la joven. Esta seguía agitando aún la mano en el aire cuando desapareció en la lejanía.

El barco enfiló hacia alta mar, y luego, virando lentamente, puso proa en dirección a Anzio. La superficie de las aguas estaba en calma, y sobre las colinas que se divisaban a estribor, comenzaba a alzarse una gran luna llena.

## ENFERMERAS RUMBO A ANZIO

El mar, en aquella noche de mayo, se extendía a lo lejos, lleno de calma bajo la luna llena, sin que una onda turbase siquiera la tersura de su superficie. El aspecto de las aguas era tan sereno, que Barclay tuvo la seguridad de no haberlas visto nunca como esa noche. Desde la torre de mando, el teniente podía percibir las figuras de las enfermeras acodadas en la borda, contemplando extasiadas la brillante extensión del mar.

Cuando las cosas se presentaban bien en la guerra, no había nada mejor, pensó Barclay. Dos veces habían transportado enfermeras, lo que, sin duda, se había convertido en la carga favorita del «LST», y en las dos ocasiones se habían visto favorecidos por un tiempo espléndido. El barco emitía ahora un sonido diferente, y bastante más agradable por cierto. Barclay se dijo siempre que el ruido que hacía un «LST» en marcha era semejante al chirrido de la puerta de un granero. Aún se percibía un chirrido, pero ahora resultaba casi imperceptible. Además, en el dique seco parecían haber mejorado las condiciones marineras del barco, al colocarle el nuevo fondo de acero. Junto a Barclay estaba Carlyle, en la guardia de las ocho a las doce de la noche, y ése era otro motivo de satisfacción para el teniente.

Todo parecía marchar mejor para Barclay, excepto una cosa, y era que él sabía que al cabo de nueve horas, una de aquellas enfermeras descendería en la playa de Anzio, con sus compañeras, y desaparecería para siempre de su vida. Trató de no pensar en eso, diciéndose sólo que en cuanto la guardia terminase, a medianoche, volvería a verla una vez más. Habían quedado en encontrarse junto a la lancha de proa, a estribor, y sólo faltaba poco más de una hora.

Barclay pensó de nuevo en el mar excelente que atravesaban y en los hombres que compartían con él la guardia: el contramaestre Nelson, el timonel Porterfield, el señalero Abbot, el telefonista Carlyle, el mensajero Mason. Recordó todas las guardias que habían hecho juntos y se dijo que eso les había unido mucho entre sí. Había vivido tanto tiempo en aquel barco y con aquellos hombres, que el teniente llegaba a sentir afecto por la nave, por aquel armatoste híbrido y cabeceante que tan poco tenía de verdadero buque.

El teniente se sentía muy satisfecho por el regreso de Carlyle. Exteriormente no lo parecía, pero por dentro, su contento era evidente. Sólo habían tenido una pequeña charla acerca de la imprevista libertad concedida al marinero, pero Barclay esperaba que éste le preguntase por la muchacha, lo cual hizo al fin Carlyle con toda naturalidad.

—¿Ha visto usted a Coco, teniente. Barclay? —preguntó el marinero.

—Sí, Red, la he visto. Ha regresado a su antiguo piso de vía Mazzini.

—¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente, lo mismo que el pequeño. Les he visto varias veces.

—¿No pasarán necesidad? Me refiero a los alimentos y a todo lo demás, teniente.

—No; les paso regularmente una cantidad —replicó Barclay, y se dijo que era mejor que Carlyle se enterase, para que se sintiera de ese modo más tranquilo—. No necesitan nada.

—Ha sido un gran rasgo por su parte, señor.

—Bueno, aquí no tengo muchos gastos que hacer.

Carlyle guardó silencio un momento, y luego dijo:

—Lo primero de todo, cuando volvamos pasado mañana, lo primero que haré será ir a verla.

—Me gusta oírsele decir, Red. La muchacha ha pasado un mal trago.

—Me doy cuenta de ello, señor. Nadie puede echarle la culpa, por malo que sea lo que haya hecho.

—Desde luego. Y he de confesarle que, al principio, no pensaba así. Me disgustó su modo de actuar, y la consideré culpable de todo. Luego me di cuenta de lo absurdo que era pensar de esa forma. Ella no tenía ninguna culpa.

—Cierto; el único culpable fui yo —dijo Carlyle.

—No, eso tampoco es verdad. Tampoco usted tiene nada que reprocharse. La culpa es sólo de la guerra.

—Resultará extraño —manifestó el marinero—, pero me siento hacia ella exactamente igual que antes de que sucediera todo esto. Tal vez, incluso, la ame ahora más que al principio. ¿Le parece un sentimiento extraño?

—En absoluto. Es la forma en que reaccionaría una persona que ama a otra. Creo que el amor aumenta después de una prueba tan dura como la que ustedes dos acaban de pasar.

—Sí, eso debe de ser —dijo Carlyle pensativamente—. Cuando estaba encerrado en aquella habitación, una vez que todo hubo concluido, de pronto pensé que el consejo de guerra había resultado mucho más duro para ella que para mí. ¿No cree que en el fondo tengo razón?

—Fue muy doloroso para los dos; pero sí, tal vez fue más duro para ella.

—El tener que confesar cosas como aquéllas —manifestó el marinero, sin ambages, como analizando fríamente el hecho— es algo que debe de resultar atrocemente doloroso para una mujer. Y creo que ella lo hizo por mí. Porque...

Carlyle vaciló un momento, y Barclay dijo:

—Déjeme que le cuente algo que no había dicho, Red —afirmó el teniente, y a continuación relató brevemente la búsqueda de Coco, y cómo ella aceptó hacer de testigo, sin que le importasen las consecuencias.

—La muchacha pudo haberse desentendido —declaró Barclay—. Le hubiera bastado con haber desaparecido, pero no lo hizo. Cuando se enteró del aprieto en que usted se encontraba, no le abandonó y quiso declarar. Si una chica hiciera eso por mí, yo pensaría que ella tenía que quererme. Y quererme mucho, en verdad.

—Cuando estaba encerrado, creo que en lo único que pensé fue en ella. Entonces tomé una decisión, y me dije que, en cuanto pudiera volver aquí, lo haría, y me casaría con ella, si aún continuaba soltera. Eso fue lo único, de todo lo que pensé, en lo que tuve seguridad.

—Sí, me acuerdo de la primera vez que usted me habló de que iba a casarse con ella. No me pareció nada adecuado; pensé que no sabía usted qué sucedería, con la incertidumbre de la guerra, y ello suponía una responsabilidad demasiado grande. Qué poco conocía yo la realidad...

—Si uno se casa aquí, ¿hay alguien, me refiero al mando naval, que tenga que aprobarlo?

—Eso tengo entendido. Pero creo que no pondrán muchos inconvenientes. ¿Quiere que me encargue de averiguárselo, cuando volvamos?

—Desde luego, señor. Le agradecería mucho que me hiciera ese favor.

—Está bien, lo haré. Y asistiré a su boda, si le parece. Bueno, se termina la guardia.

—Teniente Barclay, ¿cree usted en el destino?

Barclay, que acababa de ponerse en pie para coger su capote de la percha, se volvió a medias y replicó:

—No. Bueno, sí y no; pero más bien no.

—Yo pienso que recibí la libertad para poder regresar y casarme con Coco.

—Bien, no creo en el destino —dijo el teniente, sonriendo—, pero creo en el amor.

A continuación, Barclay ordenó a la caseta del timonel, y a través del tubo acústico, un cambio de rumbo.

—Timón a rumbo dos ocho tres.

—Timón a rumbo dos ocho tres —repitió la voz familiar de Porterfield, a través del tubo.

El barco viró ligeramente hacia estribor, y poco después se oyó de nuevo la voz de Porterfield:

—Vamos a rumbo dos ocho tres, señor.

—Está bien.

—Jamás había visto una noche tan hermosa como ésta, teniente —dijo Mason, que estaba al lado de Barclay—. Mire esa luna. ¿No parece que se hace cada vez más

grande y brillante?

—Así parece —contestó Barclay—. Sin duda se debe a que es una luna del mes de mayo.

—Las lunas de mayo también han sido siempre muy grandes en mi tierra —manifestó Abbot.

—Mi tierra... —apuntó Mason—. Eso me recuerda que he apostado que estaremos de vuelta en los Estados Unidos para la fiesta del cuatro de julio.

Todos se echaron a reír, y así concluyó la guardia.

Barclay descendió a cubierta y encontró a Sarah esperando junto al bote número uno, en la sombra que éste proyectaba. Más allá, la cubierta resplandecía bajo la luz de la luna. Ni una ráfaga de viento agitaba la superficie de las aguas. Ambos se acodaron sobre la borda y pusieron a mirar hacia tierra.

—Así nos conocimos —dijo ella—. Eso fue hace ya mucho tiempo, ¿verdad, Matthew?

—Sí; hace dos meses. Es un largo tiempo en guerra, según dicen.

—Pues tal vez se equivoquen. A mí me ha parecido un lapso muy breve, ahora que...

Sarah no terminó la frase, pero él adivinó lo que la joven pensaba decir: «Ahora que tenemos que separarnos». Sí, realmente, parecía muy corto tiempo.

—Matthew —agregó la muchacha, en seguida—, no debieras estar aquí. El coronel se pondrá furioso cuando sepa lo que has hecho. Y tal vez haga algo más, aparte de ponerse furioso.

Él sonrió ante el suave tono de admonición que se advertía en la voz de la enfermera.

—Bueno, creo que no se va a enterar. No le pienso decir nada, y espero que tú tampoco se lo dirás. Nadie más está al corriente del asunto.

—No, pero puede enterarse de algún otro modo.

—Bien, y si así ocurre, ¿qué pueden hacerme?

—Mucho. No necesita una demasiada imaginación para saber lo que hacen ellos con la gente que falsifica órdenes.

—¿De quiénes hablas?

—Del mando naval y del ejército. De los que dirigen nuestras vidas.

—Ah, sí, comprendo.

—Además de eso, no deberías estar aquí, de todos modos. Aún necesitabas otra semana para reponerte del todo.

—El caso es que aquí estoy, y que me siento mucho mejor por eso mismo.

Ella hizo una pausa, y luego manifestó como un hecho cierto, no como si estuviera preguntando:

—Lo hiciste por mí, Matthew.

—Bueno, eso nos permite estar juntos unas pocas horas más.

—Si, unas pocas horas más —repitió la enfermera—. Dime, ¿me escribirás?

—Descuida, lo haré.

—¿Tienes el número de mi unidad en algún sitio donde no lo puedas perder?

—Lo tengo en mi billetera —replicó él, dando unos golpecitos en el bolsillo posterior del pantalón.

—Procura no extraviarlo.

—De todos modos, lo he aprendido de memoria.

—Te escribiré, si tú lo haces. Bueno, lo haré aunque tú no me escribas, pero confío en que recibiré tus cartas.

—Las recibirás.

—No dejes de escribirme, Matthew. Yo te contestaré y te diré dónde me encuentro. Si llegase a Roma, ¿tratarás de ir allí para verme?

—Haré todo lo posible —declaró él, aunque sabía que resultaría muy difícil el poder salvar los cincuenta y cinco kilómetros que había de Anzio a Roma, mientras el buque estuviese transportando tropas.

—Entonces iremos a ver la ciudad los dos juntos. Será algo magnífico.

—Estoy seguro de ello —contestó Barclay, si bien no se sentía muy confiado.

—Pienso que sería una gran cosa si pudieras conseguir un puesto como oficial de enlace en Roma. Del modo como hablas el italiano, no te resultaría difícil conseguir un destino como oficial de enlace. Así es como los llaman, ¿no es cierto?

Aquello resultaba gracioso, por la forma ingenua y sencilla que tenía Sarah de exponer algo que era imposible.

—Si, creo que sería algo soberbio, aunque supongo que no habrá mucho interés en solicitar gente para oficiales de enlace que hablen italiano con destino a Roma. Si hicieran tal petición, la fila que se formase sería impresionante.

—¿Acaso no pueden sacar a nadie de un barco para darle una tarea como ésa?

Barclay se dijo que, después de todo, ella se estaba entregando a la fantasía para no torturarse con pensamientos desagradables.

—Me parece un poco improbable.

—Pero ¿a ti te gustaría? —dijo ella, sin querer abandonar el tema—. ¿Preferirías ese trabajo en vez de estar en el buque?

El teniente pensó un momento en el vapuleado barco y en su veterana tripulación.

—Bueno..., dudo mucho que llegaran a ofrecerme un puesto semejante.

—Alguien tiene que hacerlo.

En ese momento podía verse el familiar resplandor de la artillería hacia el lado de la costa, pero ahora parecía venir de un poco más al norte que de costumbre.

—¿Cuánto han avanzado por allí? —pregunto Sarah.

—No mucho; unos diez kilómetros, según me han dicho. Pero nuestras tropas están luchando contra una posición sumamente fuerte.

Un momento después, ella exclamó de pronto:

—¡Mira, mira allí!

Hacia la amura de estribor, en dirección a Anzio, podía verse ahora el fulgor de los cañonazos y las rojizas explosiones del fuego antiaéreo, pero con mucha más intensidad que de costumbre. Conforme el barco avanzaba hacia el Norte, el resplandor parecía abarcar todo el cielo.

—Dios mío, nunca había visto tantos disparos en la cabeza de puente...

Los altavoces interrumpieron a Barclay.

—Atención —se oyó decir—. Atención, les habla el capitán. Acabamos de interceptar un mensaje del Cuartel General aliado. Creo que a todo el mundo le gustará enterarse de su contenido. Dice así: «Las fuerzas aliadas han roto el cerco de la cabeza de puente de Anzio y están haciendo retroceder a las tropas alemanas. Al mismo tiempo, los ejércitos Quinto y Octavo atacan con todos sus efectivos la Línea Adolfo Hitler, al norte de Cassino. Estas dos ofensivas tienen por misión abrir el camino hacia Roma. La tan deseada liberación de la Ciudad Eterna está próxima». Eso es todo —concluyó diciendo el capitán.

Durante un momento reinó el silencio. Luego se elevaron algunos gritos de júbilo de la cubierta principal, siguieron otros, y al cabo, un estentóreo clamor se alzó del buque. Muchos corrían de un lado a otro, por pasillos y cubiertas, despertando a los que estaban descansando en sus literas, hasta que no quedó nadie durmiendo en el barco, y todos se unieron al gozo general.

Pasó una hora larga antes de que Barclay y Sarah volvieran a quedar solos. Él experimentó una felicidad como hacía tiempo no la sentía. Y era lógico, ya que, además del triunfo, estaba el hecho de que Sarah estaría segura en Anzio, y no en el hospital, sometida a los disparos de los alemanes, que habían tenido que retroceder. Hasta la tristeza ante la inminente separación quedó olvidada momentáneamente. Tal vez se dejara sentir de nuevo en el momento del desembarco, pero, por ahora, había dejado de abrumarle. Barclay se alegraba de haber cambiado las órdenes y de hallarse en ese momento en el buque.

Hacia adelante, el resplandor de los cañonazos seguía intensificándose, y entre éstos y el fulgor de la luna parecía como si la noche se hubiera transformado en día. En el barco reinaba aún la alegría. Podía verse un jubiloso grupo reunido en la escotilla número dos, que charlaba y reía, y hacia popa se dejaba oír el sonido de la guitarra de Carlyle y su voz, entonando aquellas estrofas un tanto nostálgicas:

*Adiós, mi amor; me voy de tu lado,  
Lejos de ti, ondulante río...*

Pero la canción dejaba traslucir ahora un gozo insospechado que le comunicaba el júbilo general. Todo parecía haber cambiado. La sensación de que el fin de la guerra estaba próximo dejábase sentir entre pasajeras y tripulantes. Aquello parecía hacer

posibles todos los sueños, impulsaba a creer en lo que nadie había querido creer, a pensar en que lo que se había soñado para el futuro llegaría, sin duda.

Barclay se dijo que no podía dejar marchar a Sarah sin decirle lo que tantas veces había querido callar. Era la última ocasión que tenían de estar a solas, y al fin se decidió. Miró el teniente hacia tierra, y luego, despacio, alzó su mirada y contempló a la muchacha. Le cogió con suavidad una mano y manifestó:

—Sarah, quiero decirte que...

No pudo añadir más, porque en ese momento comenzó todo.

La escotilla número dos estaba situada justamente a proa de la obra muerta. Era la abertura más amplia del buque, y sobre su entarimado se celebraban las grandes reuniones de la nave. Allí efectuaba Porterfield sus singulares servicios religiosos, cuando el «LST» estaba navegando; allí tenían los marineros sus colchonetas y dormían cuando las noches eran calurosas, y allí se había reunido en esos momentos una parte de las enfermeras y de los tripulantes. Carlyle habíase trasladado a la escotilla con su guitarra, y entonó una canción que corearon espléndidamente las muchachas y los marineros. Luego regresó a popa, el otro sitio preferido para las reuniones, donde siguió cantando.

El grupo de marineros y enfermeras de la escotilla comentaba alegremente las noticias recién recibidas, y nadie parecía tener deseos de dormir aquella noche. El torpedo fue a dar justamente bajo la escotilla número dos.

El impacto se produjo a la altura de la línea de flotación, sobre la banda de babor, estallando el torpedo dentro de la bodega y desintegrando la escotilla. Así fue como las vidas de una parte de los marineros y de las enfermeras se extinguieron repentinamente, sin que se hubieran dado cuenta siquiera de lo que sucedía, muchos de ellos destrozados y otros lanzados a gran distancia, sobre las aguas. Todos tuvieron una muerte fácil, si por definición se considera fácil la que llega rápidamente. No pudo ser más breve, pues ocurrió en una fracción de segundo.

En cuanto a los miembros de la dotación y a las enfermeras que quedaron con vida, la mayoría se hallaba en tres lugares principalmente: la torre de mando, la sala de máquinas y la popa. Se dio aquí, en cierto modo, una circunstancia afortunada, y fue que al entrar el torpedo con cierto ángulo de inclinación hacia arriba, el buque escoró sobre una banda y no dio al momento señales de irse a pique. Otro hecho providencial fue que la mayoría de los marineros y de las enfermeras se hallaban en popa, lo que hizo que la superestructura les salvara en parte de la explosión, que se produjo hacia la proa.

A pesar de todo, varios de ellos fueron lanzados contra los cabrestantes, puntales y otros artefactos del buque, recibiendo numerosas heridas, pero sin que se produjeran muertes. Por último, también fue una suerte que las dos lanchas de

desembarco que transportaba habitualmente el «LST» se hallasen hacia popa. Después de la explosión, ninguna de ellas pareció haber resultado seriamente dañada.

El problema que surgió en seguida fue saber si el barco podría seguir a flote, o si se hacía necesario abandonarlo, embarcándose en las lanchas. Inmediatamente después de haberse producido el impacto del torpedo, los tripulantes que no sufrieron heridas corrieron a sus puestos de combate, antes ya de que la alarma comenzase a sonar estrepitosamente. Al mismo tiempo, las enfermeras que estaban en condiciones de hacerlo se aplicaron a la tarea de atender a los heridos. Transcurrieron unos doce minutos entre el impacto del primer torpedo y el del segundo.

En la sala de máquinas auxiliares, Rutledge, el contraamaestre maquinista, que sentía un profundo afecto por los artefactos mecánicos, fueran coches viejos o motores del buque, se hallaba bajo el nivel de la sala de máquinas, en el mismo fondo del barco, trabajando en las bombas, cuando el primer torpedo hizo explosión. Aunque no recibió el impacto directamente, la onda expansiva le dejó semiinconsciente, pero en seguida logró reponerse y trató de escapar arrastrándose, mas sus ropas se engancharon en una de las planchas sueltas del suelo, y allí quedó atrapado. Al otro lado de la sala de máquinas estaba Joel Chatham, el contraamaestre de motores, que se había inclinado justamente para recoger una llave inglesa cuando estalló el primer torpedo. La explosión le lanzó violentamente contra un mamparo. El petróleo que circulaba por las tuberías se derramó por todo el recinto al romperse éstas.

Las luces se apagaron, y Chatham vio alzarse un chorro de chispas, cuando en el cuadro de distribución de la sala se produjo un cortocircuito. Luego el contraamaestre observó que frente a él surgía una tenue llama, y comprendió que las chispas habían inflamado el petróleo derramado. No sintió excesivo temor, pues sabía que el petróleo ardía lentamente, sobre todo no habiendo oxígeno abundante, como ocurría allí, por lo que las llamas tardarían un tiempo en llegar a donde estaba él.

Luego, a la mortecina luz de las llamas que comenzaban a alzarse, Chatham descubrió que la compuerta situada a su lado estaba destrozada y resultaba imposible abrirla. El agua comenzaba a subir de nivel lentamente, y la capa de petróleo iba inflamándose poco a poco, cerrándole la salida hacia la compuerta del extremo opuesto de la sala de máquinas. No sabía en qué estado podía hallarse aquella compuerta, pero Chatham se dijo que era el único recurso que le quedaba para salir a cubierta. Sumergióse el contraamaestre en el agua y avanzó conteniendo la respiración hasta que salió al otro lado del espacio por donde se extendían las llamas.

Dio un par de pasos más y sus manos se aferraron a la escalerilla. Trepó por ella y vio que la compuerta estaba abierta, por lo que sólo tuvo que empujarla para quedar ante la cubierta. En ese momento oyó a sus espaldas unos débiles gemidos. Chatham descendió de nuevo a la sala de máquinas, donde el agua le llegó ya hasta los muslos, y las llamas se habían extendido apreciablemente, si bien aún quedaban algunos

lugares a los que no habían llegado. De uno de estos sitios oyó Chatham que procedían los lamentos.

—¿Quién está ahí? —exclamó el contramaestre.

—Yo, soy yo —oyóse contestar a una voz.

Chatham avanzó hacia aquel sitio y encontró a Rutledge, que, atrapado por la plancha, había recuperado en parte el conocimiento. Algunas llamas habían hecho presa en él y, a la luz de las mismas, Chatham pudo ver que el rostro de su compañero estaba afectado, y que por la forma de mirar, probablemente había perdido la vista. Chatham consiguió liberar las ropas de Rutledge de la plancha que le retenía y dijo:

—Rutledge, soy yo, Chatham. Pon el brazo alrededor de mi cuello y te llevaré afuera.

Hecho esto, comenzaron a avanzar lentamente hacia la escalerilla. Cuando estuvieron junto a ella, el agua les llegaba ya a los hombros. Chatham empujó virtualmente a su compañero escala arriba, delante de él, y estaban ya casi al nivel de la cubierta cuando el barco se estremeció violentamente. El segundo torpedo había estallado contra el transporte. Rutledge cayó con fuerza sobre Chatham, y ambos se hundieron en las aguas llameantes.

Middleton, el radiotelegrafista de guardia, fue lanzado desde su silla al suelo de la cabina de radio. Al recuperarse del momentáneo aturdimiento que le había acometido, pudo comprobar que las luces estaban apagadas. El radiotelegrafista se puso en pie, conectó el transmisor de pilas y quedó allí esperando. No tardó en recibir un mensaje procedente de la torre de mando, y al momento comenzó a enviar el siguiente mensaje por radio:

«Urgente. Urgente. A todos los buques. A todos los buques. Aquí el “LST 1826”. Repito, Londres, Saigón, Tokio uno ocho dos seis. Hemos sido alcanzados por un torpedo. Posición quince millas al este de la isla de Zannone. Estamos en peligro. Solicitamos ayuda de destructor y búsqueda del submarino».

Middleton sintióse terriblemente solo en la casilla, que ni siquiera tenía un portillo al exterior, y comprobó que con cada momento que pasaba aumentaba la inclinación de la nave, lo que le obligó a afirmarse con más fuerza para no resbalar. Era el único hombre del buque que estaba obligado a permanecer sentado en su puesto, enviando mensajes a intervalos regulares, en lugar de dedicarse a un menester más activo, y ello significaba una prueba extraordinaria para los nervios de cualquiera. La paulatina inclinación del buque dio a Middleton la certidumbre de que la nave estaba sentenciada, pero él siguió en su sitio. Cuando oyó la orden de abandonar el barco, el radiotelegrafista se puso en pie, cogió los libros de códigos y avanzó hacia el exterior. En el momento en que se acercaba a la salida de cubierta, la

embarcación se estremeció bajo sus pies y Middleton cayó al suelo, apretando contra su cuerpo los códigos.

Porterfield, el timonel, se hallaba en la popa, y la fuerza de la explosión le lanzó, como a todos los demás, contra la cubierta. Púsose en pie y advirtió que no parecía haber sufrido daño alguno. Entonces observó un espectáculo singular: parecía como si estuvieran lloviendo llamas. Tardó un momento en comprender que seguramente eran gotas de petróleo incendiado que caían desde la proa. Vio a una enfermera cuya ropa se había prendido fuego, y corrió hacia ella, apagándole las llamas con su chaqueta. Descubrió luego otra enfermera en la misma situación, y otra vez realizó la operación con todo éxito.

Volvióse Porterfield para ver si había alguien más a quien ayudar, pero resbaló en la plancha. Cuando se levantó estaba cubierto de petróleo. Corrió de nuevo hacia otra enfermera que sólo tenía una manga ardiendo, y al tratar de apagar el fuego éste se propagó a sus ropas empapadas de petróleo, y el timonel cayó sobre cubierta. Comenzó a levantarse, pero resbaló de nuevo. Junto a él estaba una balsa que la fuerza de la explosión había lanzado hasta allí. Porterfield se aferró a las cuerdas de la balsa, pero sus manos, quemadas por las llamas, le causaron un dolor tan intenso que tuvo que soltar las cuerdas, aunque consiguió ponerse en pie. Cegado por el fuego, Porterfield trastabilló sobre cubierta, y, ya semiinconsciente, dio contra la borda y cayó al mar.

El carpintero, Wiley, se hallaba de vigía en la proa. El primer torpedo le arrojó contra la defensa de un cañón. Incorporóse y notó que tenía un pequeño corte en la cabeza. Trató de llamar por teléfono a la torre de mando, pero la línea estaba interrumpida. Miró hacia atrás y vio que en el centro del buque se alzaba un infierno de llamas. Comprendió que se hallaba aislado en un islote de acero, con el mar por un lado y por el otro las llamas que le impedían pasar hacia donde estaban las lanchas. Allí permaneció un rato inmóvil, sin poder hacer otra cosa que contemplar lo que ocurría. Luego notó que el barco comenzaba a inclinarse pronunciadamente y se aferró a la defensa del cañón para no resbalar. Por fin se dijo que lo mejor sería lanzarse al agua, nadar hasta dejar atrás la parte incendiada del buque y subir en la popa por el costado inclinado. Entonces podría ayudar en lo que fuera necesario.

Wiley saltó sobre la borda y comenzó a nadar en dirección a la popa. Se alejó bastante del buque al pasar ante la parte media del mismo, ya que el calor allí era sumamente intenso. De pronto oyó un ruido extraño a sus espaldas, y, volviéndose a medias, vio de qué se trataba. En una fracción de segundo se dio cuenta de que la blanca estela que se dirigía hacia él indicaba que se hallaba justamente en el camino de un segundo torpedo lanzado contra el buque.

El alférez Horner había seguido los desplazamientos de Carlyle, cuando éste se trasladaba de la popa a la segunda escotilla y viceversa, para alegrar a todos los grupos, e iba a dirigirse de nuevo hacia la popa. No quería perderse ninguna de las interpretaciones del marinero con la guitarra, a la que era sumamente aficionado.

Carlyle se había adelantado, y Horner se despidió de la enfermera con la que había estado hablando. Tras avanzar algunos pasos, sintió la sacudida del primer torpedo, y un trozo de plancha le arrancó de cuajo una pierna, empujándole contra la borda, sobre la que quedó apoyado.

Mason, el cocinero, iba en ese momento en dirección contraria, es decir, hacia proa, y él y Horner estarían escasamente a diez pasos de distancia cuando se produjo el impacto. Mason se aferró a la borda y consiguió con ello que la onda expansiva no le lanzase al agua. Enderezóse en seguida, y, al ver a Horner, corrió hacia él. Levantó al oficial en brazos, mientras la sangre manaba de la herida donde había estado la pierna. Mason notó lo poco que pesaba Horner, sin darse cuenta de que ello se debía a la pierna que éste había perdido. Sintió Mason un golpe en un lado de la cabeza y creyó perder el sentido, pero logró recuperarse. Entonces advirtió que el oficial se le había escapado de los brazos, y que, resbalando por la cubierta, caía al mar. Mason se lanzó tras Horner y le sujetó con fuerza. Luchó desesperadamente para no perder de nuevo el conocimiento, y retuvo firmemente el cuerpo de Horner, tratando de que no se le escapase. Pensó entonces, y era lo último que iba a pensar, que no conseguiría su propósito.

Hacia popa se dirigía asimismo el ayudante de farmacia, Latimer, para tomar una taza de café. La explosión del torpedo le hizo perder el conocimiento, pero volvió a recuperarlo pocos minutos más tarde. Notó que no veía nada, y pensó que había quedado ciego. Poniéndose en pie, se pasó una mano sobre el rostro y se dio cuenta de que un líquido espeso le cubría la cara y los ojos. Latimer limpióse como pudo la sangre y logró ver de nuevo, tras lo cual corrió abajo, en busca de su botiquín. Cuando lo tuvo en su poder volvió a subir rápidamente, y, avanzando entre el denso humo, contempló a su alrededor las cubiertas llenas de heridos y muertos. Arrastróse por el suelo de uno a otro cuerpo, determinando en un instante si el marinero o la enfermera habían muerto, para pasar al cuerpo siguiente. A los que tenían grandes quemaduras les suministró inyecciones de morfina. Latimer trabajó como un poseído, sin cesar un momento en su tarea, arrastrándose siempre sobre las rodillas para no perder tiempo levantándose, pues los heridos estaban muy próximos unos a otros. Aplicó torniquetes, inyectó calmantes y solicitó la ayuda de las pocas personas que encontró en buenas condiciones. Estaba a punto de suministrar una inyección a una enfermera que tenía el rostro totalmente desfigurado por las quemaduras, cuando el segundo torpedo estalló al lado de donde Latimer estaba arrodillado.

Plimpton, el artillero, se hallaba en la torre de mando haciendo de contraestre de la guardia, junto al teniente Fairchild, cuando un pedazo de mamparo lanzado por la explosión le decapitó limpiamente, cortando el brazo de Fairchild casi por completo. Sujetándose el brazo contra un costado, el teniente consiguió pulsar el botón de la alarma, después de lo cual cayó sin conocimiento sobre la bitácora. Polk, el mensajero de la guardia, fue arrojado con fuerza contra un mamparo y volvió en si

a tiempo para sujetar el cuerpo de Fairchild, que se deslizaba al suelo desde la bitácora.

Miró Polk hacia adelante, y pudo ver un gran orificio llameante donde había estado la escotilla número dos. Al echar un vistazo al suelo de la torre de mando, Polk divisó un cuerpo sin cabeza y se dijo que debía de ser Plimpton. Bajó corriendo por la escala y se dirigió a popa, donde estaba su puesto de combate como cargador de la pieza Bofors de cuarenta milímetros, situada en la popa. Llegó allí al mismo tiempo que Abbot, que también integraba la dotación del cañón.

Polk se puso en pie sobre la plataforma y cogió un cargador con municiones para insertarlo en el disparador, pero las balas no entraban en el orificio. Introdujo en éste la mano y notó que una pieza obstruía el conducto, lo que impedía la entrada de las municiones. Entonces, Polk pidió a Abbot que le acompañase a la torre de mando para recoger a Fairchild. Poco después llegaban a la torre con una camilla y colocaban en ella al teniente, ajustándole el brazo, que le pendía sólo de unas pocas fibras de carne. Bajaron a Fairchild a la cámara, que se utilizaba como enfermería de emergencia, y cuyo suelo aparecía ahora de color rojo debido a la sangre de los heridos que allí se encontraban. Tuvieron que esforzarse para hacer un sitio al teniente, y a continuación volvieron corriendo a cubierta.

Las luces auxiliares que Abbot y Polk habían visto en la cámara les hicieron comprender que el torpedo debió de estallar en la sala de máquinas, dejando al buque sin fluido eléctrico. En la banda de babor, los dos marineros se encontraron con el capitán, que estaba dando continuas órdenes para combatir el fuego y organizando grupos de auxilio. Le dijeron lo que ocurría con el cañón, y Adler ordenó que se dedicasen a transportar heridos con una camilla. Polk y Abbot comenzaron a llevar cuerpos hacia la cámara, sin saber si los heridos vivían o no. Polk se dijo que la cámara de oficiales tenía el aspecto de un matadero, tal era la cantidad de sangre y de cuerpos mutilados que allí había. Los muertos eran apilados contra un mamparo, y habría costado mucho identificar a algunos. Los dos marineros transportaron a una enfermera que tenía ambas manos cortadas por las muñecas; acababan de entrar en la cámara cuando ésta voló por los aires, bajo el impacto del segundo torpedo.

El teniente Abernethy, oficial de máquinas, subía a cubierta desde su camarote, y fue lanzado de cabeza por la explosión contra un mamparo, perdiendo el conocimiento. Al recobrarlo momentos más tarde se levantó torpemente y salió a cubierta. Vio el fuego que se extendía por el buque y la inclinación del mismo, bastante considerable entonces. Inmediatamente se dirigió bajo cubierta con la intención de dirigirse al cuarto de máquinas auxiliares, a fin de llenar los tanques de lastre de estribor y poder nivelar así el buque, evitando que éste volcara hacia la banda de babor.

En la cubierta de tanques observó que una de las escotillas de acceso estaba retorcida de tal modo que se hacía imposible descender por ella, lo que le hizo correr hacia otra escotilla. Se disponía a bajar por la escalerilla cuando vio que dentro del

cuarto de máquinas el agua alcanzaba un nivel bastante elevado y que sobre ella ardía una capa de petróleo. Dos hombres ascendían por la escalerilla; el de arriba iba herido y le empujaba su compañero. Abernethy se agachó y tendió una mano al primero de los dos que subían, pero el hombre no cogió la mano que le alargaban, por lo que el oficial supuso que debía ocurrirle algo en la vista. Descendió un par de escalones para alzar al herido por un brazo, cuando una tremenda convulsión agitó el buque y arrojó los tres hombres al infierno de llamas que era la sala de máquinas.

La explosión del primer torpedo empujó a Barclay contra la superestructura del buque. Él y la enfermera cayeron sobre cubierta, pero en seguida se pusieron en pie. Barclay sentía que el barco vibraba sin control bajo sus pies, y con un brazo rodeó los hombros de Sarah.

—¿Estás herida? —le preguntó.

—No —contestó la muchacha.

Barclay se quitó el capote que aún llevaba puesto desde que concluyera su guardia, y se lo colocó a la enfermera.

—Ve a popa —dijo él, empujándola un poco en aquella dirección—. Pueden necesitarte allí.

Sarah encaminóse hacia popa y Barclay se dirigía a la torre de mando cuando encontró al capitán Adler junto a la borda en la banda de estribor. Los dos hombres avanzaron juntos hacia la escotilla número dos, a través del espeso humo, con idea de obtener una impresión de los daños sufridos por la nave, a fin de tomar las medidas necesarias para salvarla. Llegaron al borde del gran boquete y observaron hacia abajo, donde aún no se alzaban las llamas, aunque el humo lo cubría todo.

—Iré a echar un vistazo a la sala de máquinas auxiliares —manifestó Barclay.

Este y el capitán se daban cuenta de que por la falta de electricidad que se apreciaba, sin duda las máquinas auxiliares habrían quedado destrozadas, y, por consiguiente, resultaría imposible nivelar el buque con los tanques de lastre. Pero era indudable que había de asegurarse, por si quedaba una posibilidad. El capitán Adler se mostró de acuerdo con Barclay, y los dos volvieron sobre sus pasos hacia popa, avanzando ahora por la banda de babor hacia el lugar donde Barclay podría descender bajo cubierta. Entonces advirtieron que el barco escoraba peligrosamente, y Adler sujetó por un hombro al teniente, para que éste no descendiera bajo cubierta, y le dijo:

—Matthew, si no arriamos rápidamente las lanchas, me temo que dentro de poco no será posible hacerlo a causa de la escora. No podemos correr ese riesgo, y, en cambio, si el barco no se hunde, siempre será posible regresar a bordo. Haga que coloquen las lanchas a nivel de la borda, ordene que embarquen las enfermeras en la de babor y dispóngase a embarcar la dotación. Ya buscaré alguien que examine el cuarto de máquinas auxiliares, o lo haré yo mismo.

—Sí, señor —dijo Barclay, y en ese momento gritó—: ¡Mire, ahí está el submarino!

Adler y Barclay quedaron clavados en sus sitios, mirando la forma alargada y grisácea que se mantenía a cierta distancia. Vieron un fogonazo partir de la nave, oyóse el silbido de un proyectil y poco después observaron que se levantaba un surtidor de agua a un centenar de metros del buque. El capitán y Barclay quedaron un momento contemplando la amenazadora silueta del submarino, que permanecía quieto e impune. No partieron más disparos de la nave enemiga.

—Veo perfectamente el submarino, Barclay. ¿Lo ve también usted?

—Sí, señor.

—Bien, proceda como le dije antes. Haga los preparativos para el abandono del buque. Que las enfermeras y los heridos suban a las lanchas.

—Sí, capitán.

Barclay se dirigió hacia popa tan rápidamente como pudo, a través de los metales retorcidos y de la cubierta inclinada, y teniendo que pasar sobre los cuerpos de dos personas, una enfermera y un marinero, que yacían heridos boca abajo. No se detuvo el teniente junto a ellos, sino que siguió avanzando hacia popa. El primer hombre que pudo hallar allí fue el contraestre.

—Nelson —le dijo—, el capitán quiere que lleve las enfermeras a la lancha de babor. Haga que desciendan las dos lanchas hasta la borda.

El contraestre no hizo pregunta alguna; se volvió inmediatamente y avanzó con rapidez hacia la cubierta de botes. Barclay, por su parte, se dirigió a través del humo hasta donde estaban los grupos de enfermeras y marineros, y les dijo lo que debían hacer. Los marineros empezaron a conducir a las muchachas por entre el denso humo hacía la lancha de babor, donde las ayudaron a subir en ella.

Barclay no tenía noción del tiempo, y sólo se daba cuenta de la pronunciada escora que iba adquiriendo el buque. Ya tenían a casi todas las enfermeras embarcadas en las lanchas cuando el teniente vio surgir entre la humareda la figura del capitán, quien se dirigió a él hablándole serena pero rápidamente.

—Matthew, no podemos dominar la vía de agua, ya que las máquinas auxiliares están inutilizadas. Hay un gran orificio en la bodega principal y varios de menor tamaño en distintos lugares. Los mamparos no durarán mucho en los compartimientos que no están inundados. El buque está perdido; sí, el buque está perdido —repitió Adler—. No sé lo que pensará hacer ese maldito alemán, pero lo imagino. Bien, hay que abandonar la nave. Yo voy a echar de nuevo un vistazo.

Los dos hombres avanzaron entre los grupos de marineros diciendo con tono sereno:

—Abandonen el barco. Vamos a abandonar el barco.

Las enfermeras que aún estaban a bordo y los marineros comenzaron a subir a la lancha ordenadamente, hasta que ésta quedó más llena de lo que admitía su capacidad normal. Barclay no había visto a Sarah de nuevo, y, de pronto, a través del humo, la

vio arrodillada en la cubierta, prestando ayuda a alguien. El teniente se acercó a la muchacha y vio que el herido era Carlyle.

—¿Puede moverse, Red?

—Creo que sí, señor —contestó el marinero—. Es mi vientre; no sé que tengo, que...

Interrumpióse Carlyle, y el teniente tocó donde decía el marinero, comprobando que tenía allí una masa viscosa y húmeda. Entre Barclay y Sarah ayudaron a Carlyle a ponerse en pie y le llevaron hasta la lancha. Luego, con la ayuda de Nelson, le introdujeron en la misma.

—Vamos, sube tú ahora —dijo Barclay a la enfermera.

—No.

—Nelson, écheme una mano —dijo el teniente.

Entre los dos hombres cogieron a la enfermera por los brazos y la alzaron sobre la borda del barco, colocándola en el interior de la lancha.

—Y ahora —dijo el capitán, que estaba junto a Barclay— quiero que arríe el bote, que suba usted a él y que se aleje todo lo posible antes de que el buque se vuelque. Quiero que suba a la lancha, ¿me ha entendido bien? Yo voy a ver si puedo llevar algunos heridos al otro bote, y si consigo luego hacerlo descender. Cumpla usted mis órdenes, Matthew, ¿está claro? —manifestó Adler, y, tras hacer una pausa, añadió—: Adiós, Matthew. Dios le bendiga.

—Adiós, capitán.

Volvióse Adler y se perdió entre la nube de humo negro. Más atrás, Barclay notó que el fuego iba aumentando en intensidad y extendiéndose con rapidez hacia popa. Corrió Barclay de nuevo hasta la lancha y se inclinó sobre el torno que hacía descender la misma. Al tratar de soltar la palanca del freno notó, horrorizado, que el artefacto estaba atascado.

Corrió el teniente hasta un mamparo próximo y cogió un hacha de incendios que estaba sujeta contra el mismo, y con ella púsose a cortar los cables que retenían el bote a su pescante. Rompióse el cable y la lancha cayó al agua. Por suerte había poca altura, y Barclay oyó el chasquido del fondo de la embarcación al dar contra la superficie del mar. Luego se inclinó sobre la borda y, tratando de ver a través de la humareda, gritó:

—¡Nelson, Nelson!

—Dígame, señor —oyóse la voz del conrmaestre.

—¡Vamos, aléjese pronto con la lancha!

—¿No viene usted, teniente?

—¿No me ha oído, condenación? —replicó Barclay—. ¡Aleje el bote todo lo posible del barco!

—Está bien, señor.

Oyó Barclay que el motor de la lancha se ponía en marcha, y acababa de dirigirse al lugar por donde el capitán Adler había desaparecido, cuando el teniente notó bajo

sus pies una violenta convulsión. Era como si el barco se hubiera levantado por completo sobre las aguas para caer fuertemente de nuevo sobre ellas. Luego sintióse impulsado hacia adelante en el momento en que la nave parecía volcarse sobre el bote.

Habían pasado unos doce minutos entre el primer torpedo y el segundo... Inmóviles, Barclay y el capitán Adler habían creído adivinar lo que estaría pensando el comandante del submarino alemán. Sin duda estuvo tratando de ahorrar el segundo torpedo, si con uno bastaba, para utilizarlo con otro buque, de regreso a la base. Por fin debió decidirse por lanzar el segundo proyectil, para mayor seguridad, ya que no podía correr el riesgo de permanecer mucho más tiempo en aquella zona debido a la posible llegada de destructores enemigos. Sin duda sabía muy bien que el «LST» había enviado una señal de auxilio, que habría sido interceptada. Ambos oficiales comprendieron que el comandante del submarino, después de haber escuchado la llamada del transporte, emergió a una distancia superior al alcance de los proyectiles de cuarenta milímetros del buque, ordenando a continuación disparar una andanada contra el transporte para evitar que pudieran contestar desde el mismo, al saberse directamente bajo el fuego del submarino.

El comandante del submarino esperó unos minutos para ver si contestaban, y allí permaneció, observando impasible a través de sus prismáticos cómo el transporte iba inclinándose cada vez más mientras las llamas se alzaban desde su cubierta hasta el cielo. Siguió mirando el capitán del submarino a través de sus binoculares, y, por último, decidió lanzar el último torpedo.

A aquella distancia, y con el buque detenido sobre las aguas quietas, la nave constituía el blanco más fácil que podía imaginarse. Por fin, el largo y delgado proyectil salió velozmente de la proa del submarino y avanzó por el agua, dejando su blanca estela a la luz de la luna. Inmediatamente, el capitán ordenó la inmersión de su nave y luego, ya bajo la superficie del mar, puso rumbo hacia el estrecho de Gibraltar, hacia su patria.

Barclay vióse luchando entre grandes masas de agua, y sintió una intensa presión en los pulmones, como nunca la sintiera hasta entonces. Por fin llegó a la superficie y consiguió aferrarse a un gran trozo de madera, de aproximadamente un metro de ancho por dos de largo. La escena resultaba verdaderamente impresionante. El teniente podía ver el barco a unos treinta metros de donde se hallaba y notó incluso el calor de las grandes llamas, que parecían consumirle ahora por completo. El fuego producía un intenso resplandor en el cielo, y podía verse que la nave escoraba pesada y rápidamente. Instintivamente, Barclay miró a su alrededor, buscando el submarino; pensó que debió de haber salido despedido sobre la borda, por encima del bote, el

cual sin duda había resultado destrozado por el segundo torpedo, siendo la madera a la que se aferraba un trozo del mismo. De ser así, seguramente por los alrededores debían haber varios de los ocupantes de la lancha. Barclay oyó unos débiles gritos. Abandonó el tablero y comenzó a nadar hacia donde partían los lamentos. Vio una figura envuelta en un chaleco salvavidas, la cogió entre sus brazos y comprobó que era una enfermera, pero estaba muerta. De nuevo oyó los gritos de socorro, que parecían debilitarse por momentos, y se echó a nadar, hasta que tropezó con otro cuerpo, también envuelto en un salvavidas. Se trataba de un miembro de la tripulación, pero su destrozado rostro y su inmovilidad le indicaron que había dejado de existir. Siguió nadando Barclay y encontró a media docena más de personas, a las que examinó brevemente por si presentaban alguna señal de hallarse con vida. Algunos eran enfermeras, y otros miembros de la dotación. En cuanto a otros, ni siquiera hubiera podido decir si eran hombres o mujeres.

Dio de pronto el teniente con otro cuerpo y comprobó que se trataba del capitán Adler. Retuvo por un momento el cadáver entre sus brazos y luego lo soltó. Así fue encontrando los restos de los que habían sido sus compañeros durante los dos últimos años de su existencia. Vio los rostros sin vida del alférez Horner, de Latimer, y, por fin, el de Porterfield. Oyó Barclay gritos de nuevo. Esta vez eran inconfundiblemente de una muchacha, y nadó hacia ella con rapidez. Notó un cuerpo junto a él, y cuando lo cogió en sus brazos se dio cuenta de quién era.

—¿Te encuentras bien, Sarah? —preguntó el teniente.

—Sí, estoy bien, Matthew. Estaba cogida a algo, pero se me escapó...

—¿Dónde está tu chaleco salvavidas?

—Se lo coloqué a uno de los heridos que iban en la lancha. Se encontraba muy mal, Matthew. Carlyle debe de estar por aquí. Yo me hallaba junto a él en la lancha.

Oyéronse nuevos gritos bastante cerca, y, llevando a Sarah consigo, nadó Barclay hacia allí. Vieron que se trataba de Carlyle, y, con el brazo que tenía libre, Barclay ayudó al marinero a mantenerse a flote.

—Red, soy yo, Barclay. ¿Cómo está?

—Creo que..., estoy bien. Tengo algo en el vientre que... Creo que no será... nada...

El marinero tenía la voz débil. Barclay le sostuvo como pudo, mientras movía las piernas para mantenerse a flote, y sostener con él a Sarah y Carlyle.

—¿Cree que podría nadar, Red?

—Me parece que no, teniente Barclay. Lo he intentado, pero... Me siento bien, sólo que no puedo moverme...

—Descanse un momento —dijo Barclay suavemente.

Mientras seguía moviendo las piernas como si pedalease en el agua, el teniente trató de hacer una composición de lugar acerca de la situación en que se hallaban. El mensaje sin duda había sido recibido por algún navío norteamericano o británico, que

en esos momentos se estaría dirigiendo hacia allí a toda máquina. Se trataba, por lo tanto, de resistir cierto tiempo, hasta que llegase el barco salvador.

Luego, Barclay examinó lentamente la situación en que se hallaban las dos personas que tenía en los brazos. Sarah no estaba herida, pero en realidad casi no podía nadar, y si la soltaba no tardaría en hundirse. En cuanto a Carlyle, su herida le impedía evidentemente sostenerse a flote. De quedar solo, únicamente duraría unos segundos. Luego evaluó Barclay sus propias posibilidades. Era un buen nadador, sin duda, pero el peso de ambos cuerpos se hacía sentir sobre sus fuerzas.

Con uno sólo, seguramente habría podido resistir mucho tiempo, incluso hasta que llegase el barco de salvamento. Además, en aquel caso hubiera nadado por los alrededores en busca de algunos restos a donde aferrarse. Pero con las dos personas le resultaba imposible moverse. Se dijo que, si pretendía sostener a Sarah y a Red, no tardarían en irse al fondo los tres. Dentro de pocos minutos debería soltar a uno de los dos.

Pensó Barclay que no tendría que decidir cuál de los dos soltaría, y se dijo que, aun cuando la elección estaba ya hecha, prácticamente, le sería muy duro tener que abandonar a Carlyle. En ese momento, el marinero, como si leyera sus pensamientos, dijo:

—Teniente Barclay, creo que podré nadar un poco. Déjeme ir, señor. Voy a intentarlo...

Barclay se dio cuenta de que Carlyle trataba de disimular al comprender que no había otra alternativa.

—Siga descansando un momento, Red. Déjeme pensar a ver si hay alguna solución.

Entonces intervino la enfermera.

—Matthew, él está herido; le he visto en la lancha. Suéltame a mí, Matthew, yo podré arreglármelas —dijo ella.

Barclay pensó que Sarah no daría más de media docena de brazadas antes de hundirse, y durante un momento sintió una sorda irritación contra aquella generosidad desmedida de que hacían gala los tres, y que de nada les valía.

—¡Vamos, suéltame! —urgió al fin Sarah.

—Quédate quieta —declaró Barclay con brusquedad—. Dejadme pensar y no os mováis durante un momento.

El teniente notaba que los músculos de sus brazos se iban poniendo rígidos por momentos, y que las fuerzas huían de su cuerpo lenta pero implacablemente. Comprendió que resistiría muy poco tiempo. Esperar podía significar tener que soltar a los dos que le acompañaban.

En ese momento vio flotando a cierta distancia un gran trozo de madera que se dirigía justamente hacia donde ellos se encontraban. Barclay gritó a la enfermera:

—¡Cógelo, Sarah! ¡Ese madero! ¡No lo dejes escapar!

Ella se volvió en el momento en que el madero pasaba junto a ellos, y lo aferró con fuerza. Barclay notó con gozo que la tabla aguantaba a la muchacha. Mientras mantenía a Carlyle con un brazo, Barclay se apoyó con el otro en el madero y lo examinó brevemente. Vio que era un tablero bastante amplio, de un par de metros de largo por metro y medio de ancho. Sin duda se trataba de la parte superior de una mesa del comedor de marineros. Con un mar agitado, sin duda aquel resto se hubiera hundido unos metros bajo la superficie, pero en aquellas aguas tranquilas flotaba como si fuera una balsa.

—Sarah, mira a ver si puedes subirte encima —manifestó Barclay.

Él la ayudó con el brazo libre, y la muchacha subió al madero, que la sostuvo sin hundirse apreciablemente.

—Escucha lo que vamos a hacer, Sarah —agregó en seguida el teniente—. Voy a subir a Carlyle ahí encima. Es probable que la madera no os sostenga a los dos. Si ves que se hunde, salta inmediatamente y yo te sostendré. ¿Has comprendido?

—Sí. Espera, que voy a ayudarte a subir a Red —contestó la joven.

En cuanto el corpulento cuerpo del marinero quedó sobre la pequeña balsa, ésta comenzó a hundirse.

—¡Salta! —exclamó el teniente, pero Sarah ya lo había hecho, y Barclay la retuvo con un brazo. El tablero volvió de nuevo a la superficie, lentamente, y Barclay lo enderezó con su brazo libre, colocando mejor a Carlyle, que yacía inmóvil encima. Era indudable que el madero no aguantaba a más de una persona. De todos modos, eso constituía un alivio, y se dijo que habían conseguido un gran adelanto.

—Sarah, procura sostenerte a flote agarrándote al tablero. Creo que podrás hacerlo —dijo Barclay—. Mientras tanto, yo voy a nadar por los alrededores a ver si encuentro algún otro resto flotante.

—Está bien, Matthew —contestó ella, y el teniente sintióse notablemente aliviado al ver lo tranquila que la muchacha se encontraba.

—Bien, adelante. Prueba ahora.

Mientras él la sostenía, la enfermera cogióse del tablero, que se hundió imperceptiblemente y volvió a flotar en seguida. Barclay esperó, dispuesto a tomarla otra vez en sus brazos, pero el madero siguió a flote.

—Bueno, creo que aguanta —dijo el teniente—. Quédate aquí; yo voy a echar un vistazo por los alrededores. Estaré de vuelta dentro de unos cinco minutos. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy perfectamente.

Barclay comenzó a alejarse dando amplias brazadas, notando que el movimiento le hacía bien, después de haber tenido inmovilizados los brazos tanto tiempo. Más lejos, a unos cien metros quizá, podía verse el buque ardiendo por completo. Nadó el teniente hacia él, con la esperanza de encontrar en sus proximidades algún resto flotante. Pasó cerca de algunos restos, entre ellos una colchoneta, pero nada de ello servía para sostener a flote una persona. Barclay siguió avanzando hacia el barco, y

luego se puso a nadar a la braza, para poder mantener siempre la cabeza fuera del agua y ver bien a su alrededor.

Estaba ya relativamente cerca del «LST», y en cierto modo agradeció la presencia de las llamas, que le permitían observar las aguas de los contornos. Entonces divisó a unos treinta metros del buque, hacia adelante y a la izquierda, un objeto flotante de mayores dimensiones. Abandonó la lenta braza y avanzó hacia allí con poderosas brazadas en *crawl*. Al acercarse sintió que el júbilo le invadía, pues se dio cuenta de que se trataba justamente de lo que había sospechado.

Era una balsa del transporte, aparentemente sin daño alguno, de las que había ocho en el buque. Tratábase de un óvalo de madera de dos metros y medio de largo por metro y medio de ancho, bastante grueso, capaz de sostener a cuatro o cinco personas. Cuando llegó al lado de la balsa, Barclay echó una mirada dentro y vio que los remos de la misma se hallaban intactos. Haciendo un esfuerzo, el teniente se izó al interior del artefacto.

Un momento después, Barclay comenzó a remar en dirección a la enfermera y a Carlyle. La balsa avanzaba despacio, a fuerza de enérgicos golpes de remo. De pronto oyóse una explosión y la balsa se estremeció. Barclay miró hacia atrás y notó, acongojado, que estaba mucho más cerca del buque de lo que le había parecido cuando nadaba, lo cual siempre provoca una sensación engañosa de las distancias. También notó que avanzaba muy poco, a pesar de remar con vigor. Dióse cuenta Barclay de que las explosiones se debían seguramente a que comenzaban a volar los depósitos de municiones. Un nuevo estallido se produjo entonces, y la balsa se estremeció con mayor violencia. Sin dejar de remar desesperadamente, el teniente miró sobre su hombro y comprobó que el «LST» ardía ahora como una tea, llegando hasta él el calor de las llamas. Notó luego con creciente temor que la nave se inclinaba pronunciadamente hacia él, y que en cualquier momento podía volcar.

Durante unos instantes, Barclay pensó en saltar de la balsa y alejarse de allí nadando. Luego se acordó de Sarah y de Carlyle, y se dijo que no tendrían salvación si no les llevaba la balsa. Volvió a remar con furia para alejarse de la corriente de succión que, como bien sabía, iba a provocar el barco al irse al fondo, y para huir también de cualquier resto ardiente que fuera lanzado al aire por las explosiones. Oyóse entonces una atronadora detonación, y el teniente sintióse lanzado con violencia fuera de la balsa.

Quedó sumergido en el agua, pero volvió rápidamente a la superficie. Algo más allá, a la luz de las llamas, Barclay descubrió que se hallaba la balsa. Iba a avanzar hacia ella, cuando al levantar el brazo izquierdo notó un tremendo dolor que casi le hizo perder el conocimiento. Un momento después alzó suavemente el mismo brazo y de nuevo notó el atroz dolor, que se extendió ahora por todo el costado izquierdo de su cuerpo. Lentamente se palpó el brazo con la mano derecha y notó una extensa herida de la que manaba sangre, y que le producía un dolor insoportable al tocarla. También el costado izquierdo estaba afectado, pero menos que el brazo.

Empleando sólo el brazo derecho para nadar, se aproximó a la balsa y comprobó que el fondo de la misma y parte de sus costados estaban destruidos. Miró entonces hacia el barco y vio que éste comenzaba a volcarse sobre una banda, inclinándose hacia él, al punto que vio el puente de la nave acercarse como si fuera una gran pared que se derrumbase. Barclay nadó desesperadamente lejos del alcance del transporte.

«Debió de haber sido cuando la explosión —pensó el teniente—, o bien un momento después, al ser arrojado a las aguas». En realidad eso ya no importaba; el caso era que ahora se encontraba en una situación bastante peor. Trató de encontrar a Sarah y a Carlyle, pero ahora, sin las llamas que iluminasen la escena, resultaba más difícil hallarlos. No obstante los encontró un momento después.

Comprobó con espanto que el tablero había desaparecido, arrancado seguramente por la fuerza de la explosión. Pero para algo había valido. Sin duda, Carlyle recuperó un poco las fuerzas mientras permaneció sobre él, pues ahora nadaba sosteniendo a la enfermera. Ponía en ello toda su fuerza de voluntad, ya que Barclay notó que el marinero estaba llegando al límite de sus energías. Cogió el teniente a la enfermera con su brazo indemne, y los tres permanecieron flotando sobre las aguas. Sintió Barclay que su dolor aumentaba por momentos, y que las fuerzas le abandonaban. Entonces oyó la voz de Carlyle.

—¿Sostiene usted a la enfermera, teniente? —inquirió el marinero.

—Sí —contestó Barclay.

—Traté de resistir hasta que usted volviera, señor... Espero que lo consigan...

—¡Red! —exclamó Barclay—. ¡Red!

Pero Carlyle ya había desaparecido bajo las aguas.

Barclay siguió allí, sosteniendo a la enfermera. Ninguno de los dos decía nada. Un dolor insoportable invadió al teniente desde el brazo izquierdo hacia abajo, por todo el cuerpo, y, cuando trató de alzar aquél, notó que no podía hacerlo. Mientras se mantenía a flote con Sarah suavemente sobre las aguas, Barclay examinó de nuevo su situación. Ahora eran dos, en lugar de tres, pero sabía que se hallaba herido de consideración y notaba que la sangre salía por su costado izquierdo e iba a mezclarse con las aguas del mar. Se dijo que si les recogían antes de que pasara mucho tiempo, tal vez consiguiera resistir. También lo lograría si encontraba algún resto flotante por los alrededores, pero notó que el tiempo que le quedaba era muy escaso. Cada vez se sentía más débil, y pensó en el tiempo que aún podría seguir a flote, sosteniendo a la muchacha... Cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora todo lo más, seguramente. Era necesario que hallase algo adonde ella se pudiera agarrar. Sin duda ya no podía ayudar a Sarah de otra forma.

Luego el teniente consideró la situación de la enfermera. Esta se hallaba aparentemente indemne. Afectada por el desastre, pero físicamente incólume. Entonces pensó Barclay que lo único que podía hacer era conseguirle un chaleco

salvavidas. Con él, Sarah podría resistir varias horas, hasta que llegasen los buques. Se le ocurrió a Barclay que había numerosos chalecos salvavidas cerca, en los cadáveres que flotaban a su alrededor. De algún modo habría que quitárselo a un cuerpo sin vida, para que la muchacha se lo pusiera. De no haber estado seriamente herido, Barclay lo hubiera hecho con facilidad. Lo que haría sería sostenerla mientras ella trataba de desatar uno de los chalecos. Eso presentaba grandes dificultades aun no estando él herido, pero se dijo que, con decisión, podría conseguir lo que se proponía. Cuanto más esperasen, menos probabilidades tendrían de lograrlo, pues la pérdida de sangre iba debilitándole por momentos. El teniente se decidió al fin, y se propuso hacer la tentativa inmediatamente.

—Sarah —dijo.

—Dime, Matthew —contestó la muchacha con voz serena.

—Escúchame... Vamos a intentar una cosa.

A continuación, Barclay explicó rápidamente a la enfermera lo que pensaba hacer. Ella no contestó en seguida, pero al fin manifestó:

—Bueno, podemos probarlo.

—Entonces yo te empujaré, y tú observarás si hay alguien por aquí cerca.

Barclay comenzó a avanzar despacio, moviendo sólo las piernas. Aun así sentía un dolor sumamente intenso, y en un par de ocasiones preguntó:

—¿Ves algo?

—No —contestó ella.

Pareció transcurrir un siglo, pero al fin Sarah dijo:

—Aquí hay alguien, Matthew.

Él dejó de avanzar y manifestó:

—No le mires el rostro, Sarah:

—No, no lo haré. Pero tengo que asegurarme de que ha dejado de existir.

—Está bien, hazlo.

Barclay notó que las manos de ella se movían, y poco después la joven declaraba:

—Sí; está muerto, Matthew.

—Entonces desata los cordones que tiene sobre el pecho —dijo el teniente.

De nuevo sintió Barclay que Sarah movía los brazos. En un determinado momento, ella estuvo a punto de soltarse, y él la aferró con fuerza. Por fin, con gran alivio, oyó el teniente que la joven manifestaba:

—Ya están desatados los cordones.

—Ahora, despacio, trata de quitarle el chaleco salvavidas.

En esta operación la muchacha invirtió más tiempo que en la anterior, hasta que al cabo le oyó decir:

—Tengo el chaleco, Matthew. Ya está suelto.

—Vuélvete de cara hacia mí, muy despacio. Sostén fuerte el chaleco salvavidas —manifestó Barclay.

La enfermera lo hizo así, mientras el teniente la rodeaba con un brazo. El cadáver se había hundido y Sarah sintióse aliviada al verlo desaparecer. Barclay podía ver el chaleco flotando junto a la enfermera, que lo retenía con fuerza.

—Ponme los brazos alrededor del cuello —dijo él—. Suéltame ahora para que pueda ponerte el chaleco.

Sarah rodeó con sus brazos el cuello del teniente, y éste manifestó:

—Ahora sostente fuerte.

Con el brazo derecho, Barclay consiguió rodear hacia atrás con el chaleco a la enfermera. Trató luego de alzar el brazo izquierdo, pero no lo logró.

—Procura meter los brazos en el chaleco, Sarah.

La operación era terriblemente lenta. Resultaba difícil encontrar el agujero para introducir el brazo, pero al fin, ella consiguió introducir uno de ellos.

—Descansa un momento —agregó Barclay—, y luego trata de meter el otro brazo.

Ella se aferró a él de nuevo por el cuello, alzó el brazo derecho e intentó introducirlo en el otro orificio, pero no lo logró. Probó varias veces sin conseguirlo.

—No puedo; no, no puedo hallar el agujero, Matthew —dijo la joven.

—Trata de hacerlo de nuevo.

Una vez más lo intentó, sin tener éxito. Descansaron un momento, ambos jadeando a causa del esfuerzo.

—Matthew, no lo conseguiremos nunca.

—Vamos, prueba otra vez.

Imposible hallar el orificio entre la tela del envuelto chaleco salvavidas.

—Descansa otro poco —dijo él.

Se dejaron mecer una vez más en el agua, sin hablar siquiera, para no gastar fuerzas. Barclay trató entonces de acordarse de lo que había estado a punto de decir a Sarah cuando el primer torpedo estalló contra el buque. Sabía que era algo sumamente importante, pero no podía precisar de qué se trataba. Le hubiera gustado de todo corazón poder ayudar a la muchacha a ponerse el chaleco salvavidas, pero como sabía que no podrían conseguirlo, al menos quería decirle aquello a Sarah.

Si recordase lo que era... El dolor se intensificaba cada vez más, y Barclay suplicó disponer aún de unos pocos segundos para acordarse y decírselo a ella antes de perder el conocimiento. Ambos estuvieron acodados en la borda, a la luz de la luna, camino de Anzio... Entonces lo recordó. Quería decirle que deseaba compartir con ella todo el tiempo que les quedaba por delante, para siempre. Se lo dijo en voz muy baja a Sarah, y ella contestó también con un murmullo:

—Sí, acepto.

—Pero yo quiero que tú sigas viviendo. Es una pena que no continúes con vida...

—Matthew, estoy donde más deseo estar. Descansa, no te inquietes, amor mío.

Él la apretó con fuerza, pero sintió que no duraría mucho tiempo. Señor, si al menos pudiera aguantar el dolor. Pensó que ya no le quedaban fuerzas. Unos

momentos más y todo habría concluido. Recordó entonces la época de su primera juventud, que había concluido hacía tan solo dos años antes, y le pareció verse de muchacho, yendo al pequeño colegio que amaba entrañablemente, para después asistir un año a Yale, antes de que estallase la guerra. Recordó luego a su padre y su gran bondad. Pensó después en el «LST», en los tripulantes que había conocido, y en Carlyle, y se dijo que éste y el buque y los demás, habían desaparecido ya bajo las aguas, siendo Sarah y él los únicos que quedaban seguramente a flote. Luego se acordó de algo que había dicho hacía poco a Carlyle: «Creo en el amor, pero no en el destino». Lo primero, al menos, era cierto.

—Te amo —se oyó Barclay decir a sí mismo, dirigiéndose a Sarah—. Te he amado desde hace mucho tiempo.

—Te amo —respondió ella—. Te amé desde el principio.

Barclay sintióse lleno de gozo, al haber podido vivir lo suficiente para decir y escuchar aquellas palabras. Luego, por un momento, el teniente aterrado, pensó que a lo mejor Sarah había evitado introducir a propósito su mano en el chaleco salvavidas. Pensó que ya todo duraría poco, y entonces, singularmente, sintió que una extraña serenidad le invadía. De nuevo se oyó decir muy levemente, sin gran pena:

—Sarah... Las fuerzas me abandonan muy de prisa. ¿Tienes miedo?

—No, no tengo miedo, Matthew.

«Veinticuatro años —se dijo él—, y de ellos dos meses juntos». Y, sin embargo, aquello lo era todo. Veinticuatro años vividos para ella, para que sus vidas se encontrasen en aquel breve espacio de tiempo. Ya podía llevarle el mar, el piadoso mar, más piadoso que nunca aquella serena noche de luna. Recordó que su padre le había leído una vez: «Y el mar devolverá sus muertos». Los muertos; pronto se contaría él entre ellos. «Condúceme, Señor; condúceme bajo esas aguas —pensó—. ¡Oh, Señor, qué tan atroces dolores!».

A lo lejos, bajo la luz de la luna, a Barclay le pareció ver la silueta de una nave que podía ser un submarino o una lancha «LCI». Ambos tenían las torrecillas bastante parecidas, sobre todo vistas a lo lejos. Luego pensó que habría sido su imaginación, capaz de crear un espejismo en esos momentos. Si se trataba de una lancha, y podía resistir hasta que hubiera llegado, Sarah al menos se habría salvado. Se dio cuenta de que eso resultaba sumamente difícil, a pesar de todo, pues ya tenía el lado izquierdo paralizado. En cierto modo sintióse agradecido de que ocurriera así, pues con ello le desaparecía el dolor. Si aún lograra resistir unos instantes más...

—Sarah —dijo él—, ¿puedes ver un barco? Allí, hacia la luna, cerca del horizonte.

Ella miró y contestó:

—No, no veo nada, Matthew.

—Entonces, abrázame —dijo él.

—Te amo, Matthew. Te amo, y estamos los dos juntos.

—Sí, estamos juntos. ¿Tienes miedo, Sarah?

—No, no tengo miedo —oyó él que decía la muchacha en su oído, sin llorar, con voz serena—. Abrázame, Matthew... Abrázame, amor mío.

Y así, estrechamente unidos, ambos comenzaron a hundirse en las aguas: él en los brazos de ella, ella en los brazos de él. El mar se movió suavemente y los dejó pasar, como si en ellos acariciase a todos los jóvenes que les habían precedido; a todos los jóvenes malogrados por la guerra.

## EPÍLOGO

La misa por el eterno descanso de la dotación del «LST 1826» se celebró dos semanas después en la pequeña iglesia de Pozzuoli, cuyas campanas podían oírse desde el lugar donde la nave solía fondear cuando regresaba de Anzio. Ofició un capellán de la base naval americana, quien después pronunció unas palabras recordando el afecto que los tripulantes del buque sentían hacia las gentes de la población, y especialmente hacia los chiquillos.

Les contó, puesto que suponía que los asistentes al acto desearían saberlo, lo que se supo de las últimas horas del buque. Este se había hundido después de recibir dos torpedos de un submarino alemán, y cuando una lancha «LCI» y un destructor llegaron al lugar del naufragio, sólo encontraron un superviviente. Era un marinero llamado Andrew Nelson, dijo el capellán; un conrmaestre del barco, cuyo relato permitió conocer lo que había ocurrido. Le sacaron del agua en estado semiinconsciente, cuando se hallaba aferrado a un madero. Sobre la lancha se recuperó lo suficiente para poder contar la forma en que el transporte se había hundido. Poco antes de llegar a Pozzuoli, el conrmaestre murió a consecuencia de las heridas internas que había recibido.

Después de la ceremonia salió de la iglesia una joven en compañía de un niño. La muchacha llevaba en los brazos una criatura, aunque parecía demasiado joven para ser madre.

—¿Quiere que le lleve al pequeño, *signora* Coco? —preguntó el niño.

—No, gracias, Rebi; yo lo puedo llevar bien.

La joven vio que un hombre salía de la iglesia y se encaminaba hacia un «jeep» que hasta entonces no había divisado, y que llevaba un gran letrero donde se leía: «Cuerpo de Desmontaje de Bombas». Entonces el hombre vio a la muchacha y avanzó a su encuentro.

—Buenos días, Coco —le dijo el hombre.

—Buenos días, Shanley.

—¿Puedo llevarte en el «jeep» a algún sitio?

—No, gracias —contestó ella suavemente—. Vamos a casa; está aquí, a la vuelta.

Shanley permaneció un momento indeciso, y al fin dijo:

—Bien, entonces me despido, Coco. Me marcho de Nápoles.

—¿Adonde te vas, Shanley?

—A Roma. Dicen que los alemanes han dejado allí numerosos explosivos sin estallar, y el ejército ha solicitado ayuda de la Marina.

—¿Regresarás por aquí?

—No lo creo. Nuestras tropas avanzan hacia Livorno, la siguiente base naval, e imagino que me destinarán allí.

El teniente hizo una pausa y luego sonrió.

—¿Quieres que te lleve a Roma? —preguntó luego.

—No, gracias, Shanley, pero puedes saludar a la ciudad de mi parte.

—Lo haré. ¿Conoces Roma?

—Sí, desde luego; claro que conozco Roma —contestó la muchacha.

Shanley se volvió y dirigióse hacia su «jeep»; saludó a Coco con una mano, entró en el vehículo y se alejó en él. Coco avanzó por la calle, alejándose de la iglesia, y comenzó a llorar suavemente. Lloraba por muchas razones: por los marinos que habían muerto en el mar, especialmente por uno de ellos; lloraba por sí misma, por la guerra, por la vida, y lo que ella representaba. Coco miró a su hijo y pensó que el barco en que él había nacido descansaba ahora en el fondo del mar. Se dijo que, en cierto modo, la criatura era lo único que quedaba del «LST», y que, de no haber sido por éste y por sus tripulantes, su hijo tal vez no viviría.

—¿Qué haremos ahora, *signora*? —preguntó el pequeño Rebi.

—No lo sé muy bien. Lo he estado pensando, y creo que debiéramos a volver a vía Apolo si el piso está aún desocupado. ¿Te gustaría, Rebi?

El chiquillo se encogió de hombros.

—Es un piso muy bonito —dijo—, y allí comeremos mejor, ¿verdad?

La joven había dejado de llorar. Alzó un poco al niño en sus brazos, lo acomodó mejor y lo estrechó luego con más fuerza. La mirada de Coco brilló con intensidad.

—Sí, allí comeremos mejor —contestó ella.



WILLIAM CLARK BRINKLEY (Custer City, EEUU, 1917 - McAllen, EEUU, 1993). Escritor y periodista, conocido por sus novelas *Don't Go Near the Water* (1956), adaptada en una película en 1957, y *The Last Ship* (1988), que TNT adaptó en 2014 en una serie de televisión.

Brinkley fue oficial naval y sirvió durante la Segunda Guerra Mundial en Europa y en el Pacífico, básicamente en el área de relaciones públicas.

Se desempeñó como reportero para *The Washington Post* entre 1941 y 1942 y entre 1949 y 1951. Un dato curioso es que escribió un artículo acerca de un exorcismo que posteriormente se convirtió en la base para que William Peter Blatty escribiera su famosa novela *El exorcista* (1971).

Brinkley también formó parte del staff de escritores y corresponsales de la revista *Life* de la cual también fue editor asistente entre 1951 y 1958.

Posteriormente Brinkley, al parecer, sólo se dedicó a escribir: *The Fun House* (1961), *The Two Susans* (1962), *The Ninety and Nine* (1966), *Breakpoint* (1978) y *Peeper* (1981). *The Last Ship* fue su última novela. Fue miembro del National Press Club hasta su muerte.

En noviembre de 1993, después de sufrir un terrible desorden depresivo por varios años, Brinkley se suicidó por una sobredosis de barbitúricos en su casa a orillas del Golfo de México, tenía 76 años. Sus cenizas se depositaron en el mar.



# Notas

[1] *Landing Ship Tank*: expresión que equivale a transporte de desembarco de tanques.  
(N. del T.) <<

[2] MP: Policía Militar. (N. del T.) <<

[3] PT: *Patrol Torpedo boat*. Lancha torpedera. (N. del T.) <<

[4] *Red*: rojo, en inglés. Refiriéndose al cabello, significa pelirrojo. (N. del T.) <<